

FAIRY OAK

Elisabetta
Gnone



El Encanto de la Oscuridad

de

El tiempo de la paz parece de nuevo destinado a terminar, porque el antiguo enemigo ha vuelto en busca de venganza. Y de algo más. El Señor de la Oscuridad quiere gobernar el mundo en las tinieblas y, para hacerlo, tiene que destruir la otra mitad del poder mágico, la Luz. El enemigo estrecha su asedio a Fairy Oak. La defensa del pueblo es encomendada a los Mágicos, que ya en el pasado lograron rechazarlo, pero el Enemigo se infiltra entre ellos y la antigua alianza se tambalea. La esperanza está puesta en las jóvenes manos de Vainilla y Pervinca, las brujas gemelas, símbolo viviente de la antigua alianza, Luz y Oscuridad en la misma sangre, “dos caras de una moneda que no debería existir”...

Sobre esta unión, el enemigo descarga su hachazo. ¿Sabrá resistirse Pervinca a la fascinación de la Oscuridad? De eso depende la salvación de los Mágicos y los Sinmagia.



Elisabetta Gnone

El Encanto de la Oscuridad

Fairy Oak-2

ePub r1.1

fenikz 04.02.14

Título original: *Fairy Oak: L'Incanto del Buio*

Elisabetta Gnone, 2006

Traducción: Miguel García

Ilustraciones: Barbara Bargiggia

Editor digital: fenikz

ePub base r1.0



Mi nueva vida

iC orreo, correo! ¡Una carta para Sifelizellaserádecírnosloquerrá! ¡Y qué carta, nada menos que del Gran Consejo!

—¡Del Gran Consejo?! ¡Tiembacorazón! ¿Dónde está esa hadita? ¡Tenemos que encontrarla enseguida!

—¿Una carta para Sifelizellaserádecírmeloquerrá? ¿Quién le escribe?

—¡El Gran Consejo!

—¡Pasmosamaravilla! Déjame ver... ¿Puedo abrirla?

—¡No, no, no! ¡Tiene que abrirla ella en persona! Pero ¿dónde está?

—La he visto hace poco, voy a buscarla con vosotras...

—¿Por qué buscáis a Sifelizellaserádecírmeloquerrá?

—¡Le ha escrito el Gran Consejo!

—¿Una llamada?

—¡¿Qué otra cosa puede ser?!

—¡Oh emociónemocionosa! ¿Y ella lo sabe?

—No, no conseguimos encontrarla.

—SIFELIZTÚSERÁSDECÍRNOSLOQUERRÁAAS, ¿DÓNDE ESTÁAAAAS?

—¡Está en la Laguna de las Piedras Calientes! ¿Cómo es que todas la buscáis? ¿Qué ocurre?

—¡El Gran Consejo la ha mandado llamar!

—¿El Gran Consejo ha respondido? Sifelizellaserádecírmeloquerrá va a dar saltos de alegría, espera esta carta desde hace mucho tiempo.

—SIFELIZTÚSERÁAAAAS...

—¡Estoy aquí!

—¡Ha llegado esta carta para ti! ¡Venga, ábrela!

—¿Para mí?

—¡Sí, sí, ábrela!

—¡Es del Gran Consejo!

—¡Como lo oyes! Lee, lee...

—No, no me atrevo, leedla vosotras.

—Nosotras no podemos, tienes que leerla tú.

—¿Y si me dicen que soy demasiado joven o... inadecuada?

—¿TÚ? Figúrate, si eres la mejor hada niñera que conocemos.

—Ay, suspirosuspiroso, me tiemblan las manos... Y además, está escrita en una letra tan menuda... no, no puedo...

—Serenaserenilladelasendadelsuspiro, ¡léela tú!

—¡Está prohibido, ya lo sabéis! Si pudiera, la leería ahora mismo, pero esta carta se esfumaría al instante de mis manos. ¡Sólo ella la puede leer!

—Ánimo entonces, Sifeliztúserásdecírnosloquerrás, lee.

—Yo... Está bien, pero quedaos aquí conmigo.

—¡Como si pensáramos irnos!



A la amable hadita
Sifelizellaserádecírnosloquerrá.
Reino del Rocío de Plata.

¡Urgente!

Estimada Hadita:

El Gran Consejo de los Sabios, después de una atenta y docta indagación, se complace en anunciarle que ha acogido favorablemente su solicitud de convertirse en hada tata y la asciende a tal categoría con la más alta calificación.

Su ejercicio es excelente, y le alegrará saber que el Gran Consejo ha concedido un «sobresaliente» a cada una de sus 2754 respuestas. Sólo una ha tenido un «bien», pero estamos convencidos de que la ingenuidad expresada en tal respuesta se debe a su corta edad y a su inexperiencia.

Se trata de la respuesta a la pregunta 1277: «enumerar los signos reveladores de magia en los niños menores de diez años».

Usted, Sifelizustedserádecírnosloquerrá, ha enumerado algunos, todos correctos, pero la lista no está completa. En efecto, le ha faltado mencionar, entre otros, «volar» y «estornudar con los ojos abiertos».

Ambas cuestiones son muy importantes, pero, como decíamos, hemos obviado esta falta pues, en el momento de su solicitud, usted sólo tenía 965 años. Estamos seguros de que hoy respondería de otra manera.

Somos conscientes de que esta carta le llegará con varios meses de retraso, pero pensamos que no importará si hemos ganado tiempo y nos perdonará cuando haya leído el motivo. Como sabe, el Gran Consejo tiene por costumbre recomendar a

los Sabios de los reinos locales a aquellas hadas que demuestran poseer facultades excepcionales para el desempeño de las labores más complejas y delicadas.

Y así hemos hecho con usted, considerando que puede ser una excelente niñera. De hecho, no tardó en llegarnos una petición. El nombre de quien ha solicitado su presencia es tan prestigioso que hemos decidido llevar a cabo los trámites necesarios para ofrecerle el puesto, enviándole todo en una única carta, pues estamos seguros de que usted aceptará, Si feliz usted será decirnos lo querrá. Esperamos que las buenas noticias la recompensen por la larga espera.

Adjuntamos los documentos que ha de cumplimentar y la carta de la Bruja que ha solicitado sus servicios. Otra grata sorpresa, ¡ya verá!

Es importante que esté lista para partir cuando amarilleen las primeras hojas, para poder llegar a Fairy Oak en la primera semana de octubre. Le enviamos un mapa y la dirección en la que deberá presentarse:

Familia Periwinkle
Calle de los Ogros Bajos
Fairy Oak, Valle de Verdellano.



—¡Periwinkle! Uyuy, que me desmayo...

—¿Quieres creer que la ha mandado llamar nada menos que...?

—Sí, sí, ¡precisamente Ella!

—No, no es posible, será un error.

—Nada de error, hada afortunada, ¡mira aquí! ¡Es su firma!

—¿Afortunada? ¡Con todo lo que ha trabajado! ¡La suerte no tiene nada que ver!

—Está bien, lo decía por decir... pero ¡no todo el mundo tiene la suerte de ir a trabajar para Ella!

—¡Va porque Ella la ha llamado! Y si la ha llamado, ¡es que nuestra Si feliz tú será decirnos lo querrás vale mucho!

—Chicas, me parece que se ha desmayado.

—Apartaos, no estéis encima. Un jacinto, deprisa... Venga, pequeña, huele esto y recupérate.

—¿Qué... qué ha pasado? He soñado que...

—No, no lo has soñado, Sifeliztúserásdecírnosloquerrás, ¡Lala Tomelilla te ha mandado llamar de verdad!

—Oh, no te desmayes otra vez, ¡vamos! Aquí tienes su carta... léela cuando estés sola y te hayas recobrado un poco.

... Bueno, ahora ya sabéis cómo empezó todo.

Embriagada por todas estas novedades, me deslicé en la corola de un tulipán y, con la carta apretada al corazón, aguardé la noche. Esperaba que mis compañeras fueran a acostarse pronto, deseaba silencio y soledad. Me había gustado estar con ellas mientras leía la carta del Gran Consejo. Entre nosotras no había secretos, siempre compartíamos todo; pero esta vez todo era distinto.

Había recibido una carta de quien siempre había alentado cada una de mis aspiraciones. La bruja más sabia y honorable de todos los tiempos había tomado papel y pluma, y había escrito a Sifelizyoserédecírosloquerré. Lala Tomelilla, ¡nada menos que ella! Todo el mundo la conocía.

Su nombre corría de boca en boca cada vez que la famosa Bruja de la Luz descubría algo nuevo en el complicadísimo campo de las disciplinas mágicas. Y había hecho muchos descubrimientos, algunos de los cuales habían permitido a la sociedad de los Mágicos hacer progresos gigantescos en un solo instante. Ella sabía todo de todo y a mí me gustaba por su sentido común, su sobriedad y la sabiduría que transmitía en todo lo que hacía.

Con los ojos cerrados, imaginé su caligrafía: elegante, rápida, segura, de quien no pierde el tiempo en rodeos ni parloteo, sino que quiere conocer y saber. Y comunicar de modo conciso y eficaz lo que es importante comunicar.

Un genio. ¡Mi mito!

Había leído muchos de sus hermosos libros: sobre el uso de las artes mágicas, la educación de las jóvenes brujas, la vanidad, el vuelo, el cultivo de las hierbas aromáticas en invernadero, el diálogo entre animales y Mágicos, y por último —pero no en importancia— la relación entre Mágicos y Criaturas Mágicas. En ellos había aprendido que las brujas y los magos son seres humanos que poseen poderes mágicos, mientras que nosotras, las hadas... somos mágicas. Una tenue y sutil diferencia que, sin embargo, separa para siempre nuestro mundo del suyo.

«... Vamos, noche, ven; silencio, llega de una vez», pensé en esas horas de espera. «Quiero leer cada letra para conocer sus gestos, cada palabra para saborear su sonido y diez veces cada una de las frases con que me habla a mí. ¡A mí!».

Por fin se hizo el silencio en el Reino de las Hadas. Temblando de la emoción y feliz como nunca,

Levanté la carta y, con la claridad de mi luz, leí las palabras que cambiaron mi vida...



Querida Hadita de nombre impronunciable, pero que con un poco de práctica aprenderé a decir:

Mi nombre es Lala Tomelilla y soy una Bruja de la Luz. Tu nombre me lo ha dado el Gran Consejo, al que envió esta carta para que te la haga llegar lo antes posible (como sabrás, a ningún ser humano le está permitido escribir a una Criatura Mágica).

He leído en tu magnífico expediente que además de ser muy aplicada pese a tu juventud, estás dispuesta a trasladarte a otros reinos más lejanos. Quizá hayas oído hablar del valle de Verdellano y del pueblo del Roble Encantado; yo vivo allí.

Así pues, muy lejos del Reino del Rocío de Plata. De todas formas, puedo asegurarte que el lugar es bonito y agradable para las hadas. De hecho, muchas de ellas viven aquí con nosotros y cuidan con dulzura a nuestros niños.

Dentro de algunos meses, mi hermana Dalia dará a luz dos gemelos que, en vista de tus facultades, quisiera confiarte para que seas su tata. Naturalmente, vivirás con nosotros y recibirás una remuneración apropiada a tu labor, que, te lo digo desde ya, será a tiempo completo siete días de cada

siete.

Te adjunto algunas fotos de nuestra familia y de la casa, para que el encuentro te resulte de alguna manera familiar y puedas empezar a acostumbrarte a tu nueva vida. Confío, a decir verdad, en que aceptes el encargo.

A propósito de esto, te ruego que me contestes enseguida. El tiempo apremia y para mí es muy importante que mis sobrinos tengan un hada niñera que los vea nacer.

Si aceptas, tu trabajo con nuestra familia durará quince años, después de los cuales serás libre de nuevo para ocuparte de otros niños.

Felicitándote por tus excelentes notas y con la esperanza de tener pronto noticias tuyas, te saludo cordialmente,

Bruja Lala Tomelilla.



Mi nueva vida...

¡Mi nueva vida! ¡Mi-nueva-vida! ¡Mi nueva vidaaaaa! ¡Minuevavida-minuevavida-minuevavida-minuevavidaaaaaa!

—¡¡MI NUEVA VIDA!! —grité entusiasmada. Mi nueva vida comenzó en ese momento.

El 31 de octubre de ese año, la señora Dalia Periwinkle, asistida por su hermana Lala Tomelilla, dio a luz a Pervinca y Vainilla.

La que os cuento es su increíble historia. Lo que no viví en primera persona me lo contaron, y ahora la historia entera está aquí; bueno, casi entera.

Leed, leed...



Diez años después



Me aseguré de que todas las luces estuvieran apagadas y volé hasta la habitación de las niñas. Era una noche tranquila. Mamá Dalia descansaba en la habitación de al lado y solo oía, apenas perceptible, la leve respiración de Pervinca y Vainilla, que dormían en sus camas. Entré en mi tarro y empecé a escribir.

Desde que el Enemigo había vuelto a Verdellano, velaba por las niñas también de noche y, para pasar las horas de soledad, ponía al día mi diario. Cuántas cosas habían ocurrido aquel año: las niñas habían cumplido diez años y se habían convertido en brujas, y como de costumbre Pervinca había querido sorprendernos demostrando que era la primera Bruja de la Oscuridad de la familia Periwinkle.

El día mismo de su conversión en bruja, el Terrible 21 había atacado el valle. Desde entonces se habían producido otros ataques y en el pueblo se llevaba una vida extraña, más casera y retirada.

Al alba, todavía estaba sentada al escritorio, redactando, cuando un ruido llamó mi atención.

Alguien se había levantado. Pensé que tal vez quisiera charlar un rato, así que dejé la pluma y volé hacia abajo; la casa estaba oscura y silenciosa. Fui a la cocina, pero no encontré a nadie. Atravesé el comedor y me dirigí al salón de la chimenea: no había nadie tampoco. De repente, noté que un hilo de luz se filtraba por debajo de la puerta del estudio del señor Cícero. Llamé... nadie. Llamé otra vez, nada. Decidí entrar.



La lámpara del bonito escritorio de nogal estaba encendida y en el cenicero ardía todavía el fósforo con el que Cícero había encendido su pipa. Quizá había salido a tomar un poco el aire. La radio emitía ruidos, señal de que había tratado de ponerse en contacto con Duff o algún otro del pueblo y que dentro de poco volvería para intentarlo de nuevo.

Tendría que haber salido de allí y volver arriba, pero la atmósfera de aquella habitación siempre me seducía, así que me quedé un rato. Todo estaba bien ordenado, limpio, se notaba muy

querido: los libros y las fotos de las niñas en los estantes de madera, los vasitos y las bonitas botellas de vidrio oscuro y elegantes etiquetas, los mapas enrollados en su cesto, la leña junto a la chimenea y la butaca en la que a menudo se quedaba dormida Pervinca. En el armario, detrás de los cristales, brillaban los instrumentos de latón del señor Cícero: era meteorólogo, y un apasionado de la astronomía. Orientado al cielo, en efecto, estaba el precioso telescopio que a ninguno de nosotros se le permitía tocar. Recuerdo que cuando entré por primera vez en el estudio, este apuntaba hacia el Reino del Rocío de Plata: el señor Cícero, a su manera, había acudido a mi encuentro durante mi largo viaje. Aquello me gustó.

El telescopio era el instrumento preferido de Pervinca y a veces, de noche, la había sorprendido mirando las estrellas a escondidas. «Cómo me gustaría poder visitarlas una a una y ver más allá todavía, en la lejana oscuridad», decía. «¿Tú lo has hecho, Felí?».

«¿Ver una estrella de cerca? Sí, he visto algunas. ¿Quieres saber algo? La Tierra vista desde allá arriba parece una estrella».

A Vainilla, en cambio, le gustaba el catalejo. Se sentía una científica mientras lo sostenía como su padre le había enseñado. Sin embargo, como al señor Cícero no le gustaba que jugaran con sus instrumentos, y Vainilla se cansaba de tener un ojo cerrado y el otro abierto, la joven científica recurría a los gemelos, más cómodos. Se los aplastaba contra los ojos para que no se colara la luz y pasaba horas enteras estudiando el vuelo de las gaviotas, observando las olas de la bahía, espionando a los pájaros en sus nidos o atenta a un fruto o una hoja con la esperanza de asistir al momento en que se soltaran de la rama.

«¡No los orientes nunca hacia el sol!», le había dicho el señor Cícero.

«Lástima», había pensado Vainilla. Le habría gustado verlo de cerca.



El suelo del pasillo crujió. El señor Cícero volvía al estudio y lo mejor que yo podía hacer era salir de allí. ¡Estaba allí sin permiso! Volé deprisa hacia la puerta mientras esta se abrió. Sin embargo, no era el señor Cícero.

—¡Pervinca!

—¿Dónde estabas? ¡Me he despertado y todo estaba a oscuras! —me gritó jadeante. Estaba pálida como una sábana. La ayudé a sentarse en la butaca y la tapé con una manta.

—Tú nunca has tenido miedo de la oscuridad —dije sorprendida—. ¿Has vuelto a tener esa pesadilla?

Pervinca afirmó con la cabeza. Estaba fría como el hielo.

—¿Quieres que encienda el fuego?

De nuevo, sí.

Volé a hacerle una manzanilla. Cuando volví, la joven bruja estaba envuelta en una manta y sus mejillas habían recuperado el color.

—¿Estás mejor? —pregunté.

—Sí, aquí se está bien —dijo con una sonrisa.

—¿Quieres contármelo?

—Preferiría no hacerlo.

—¿Por qué? ¿Es una pesadilla tan horrible que te da miedo recordarla?

—Sí...

—Es sólo un sueño y, si lo compartes conmigo, será también un poco mío y ya no estarás sola con él.

—No te gustaría oírlo, Felí.

—Pues claro que me gustaría. ¿Por qué dices eso?

—Porque... —Pervinca bajó los ojos— te asustarías más que yo.

—¿Sueñas que el Terrible 21 vuelve para raptarte, es eso lo que sueñas?

—No, es otra cosa.

Vi guardó silencio. Me senté junto a ella y miré el fuego tratando de imaginar qué podría asustarme tanto, cuando de improvviso Vi volvió a hablar. Fue un susurro, apenas un murmullo:

—No es de él de quien tengo miedo —dijo. Me volví a mirarla. No quería hacer preguntas tontas ni darle la impresión de no haber entendido, pero... no lo había entendido. Él, ¿quién?

Aguardé antes de decir nada, esperando que siguiese hablando, que dijera algo que me ayudara a comprender, pero en ese preciso momento entró el señor Cícero.

—Creía que era el único que no dormía en esta casa y, sin embargo, descubro que estoy muy bien acompañado. Por ahí anda Tomelilla y aquí os encuentro a vosotras dos; ¿es que el insomnio afecta también a las brujas y a las hadas niñeras? —preguntó.

—Pervinca ha tenido una pesadilla —dije.

—Entiendo. Pero ya ha pasado, ¿verdad?

—Sí, un poco.

—¿Sabes, Vi, que creo que he descubierto una nueva estrella? Quería contárselo también a Duff, pero el bestia ese está durmiendo, como de costumbre.

—Son las cinco de la mañana —dije.

—¿Y qué? Nunca es demasiado pronto para un descubrimiento científico, querida Felí. ¿Te gustaría verla, Pervinca? —el señor Cícero sabía quién movía su telescopio cuando él no estaba. Pervinca apartó la manta y corrió a mirar por el objetivo.

—¿Dónde está?

—Espera, espera... primero deja que lo regule...

—Yo me voy con Lala Tomelilla —dije saliendo.

Pervinca estaba en buenas manos. Ella y su padre se querían mucho y se entendían en casi todo. Hablaban un montón, a veces discutían animadamente y gritaban, pero esto también formaba parte de su cariño mutuo. Quién sabe, a lo mejor el señor Cícero se las arreglaría para que esa noche Vi le contara su sueño.

El sueño de Pervinca



El reloj de la plaza dio seis toques: uno... dos... tres... En el silencio de la mañana, los sonidos se reflejaron límpidos y nos sorprendieron en el invernadero, donde todavía estábamos charlando.

—¿Ya son las seis? —se asombró Lala Tomelilla—. No me había dado cuenta de que fuera tan tarde. Seguiremos la Hora del Cuento mañana, Felí —dijo quitándose el mandil—. Creo que ha sido la más larga que hemos tenido nunca. Estoy contenta, de todos modos, porque las niñas han pasado una buena jornada, en estos tiempos no es fácil. Lo único que me disgusta es que Pervinca tenga siempre esas horribles pesadillas. Supongo que tiene que ver con lo que ocurrió. Pobrecita.

—Yo también lo creo —dije—. El incidente está todavía muy reciente y es normal que esté un poco asustada.

—¿Sigue obstinándose en no contarlo?

—¡No suelta ni una palabra!

—Pero es tan raro que sea ella la que tenga esas pesadillas. Me lo habría esperado más de Vainilla, que es más delicada y sensible... —comentó Tomelilla guardando las tijeras.

—Oh, también Vainilla sueña mucho —conté—. Es más, en realidad sueñan juntas. Si Pervinca se agita en sueños, después de unos minutos se agita también Vainilla. Y si Pervinca se despierta gritando, Vainilla también se despierta.

—Ocurre a veces entre los gemelos —dijo Tomelilla.

—¿Que sueñan las mismas cosas?

—Que uno siente lo mismo que el otro, ya sea alegría o miedo.

—Un momento, eso lo sé, pero... ¿también cuando duermen?

—Incluso cuando están lejos el uno del otro.

—Creía que eso era característico de las brujas —dije.

—Brujas y magos pueden sentir lo que sienten los Sinmagia, pero lo que sucede entre los gemelos es algo único y especial, no tiene nada que ver con los poderes mágicos.

—¿Por eso es posible que sueñen lo mismo?

—Sí, es posible... —respondió Tomelilla, y de repente se dio una palmadita en la frente—. ¡Qué tonta soy! ¡Cómo no lo habré pensado antes! Basta con preguntarle a Vainilla.

—¿El qué?

—Felí, ¿Vainilla cuenta sus sueños?

—Eh... sí, ella sí.

—Bien, pues ya está, ¡entonces sabremos lo que sueña Pervinca! Adelante, cuéntame el sueño de Vainilla.

—Bueno, apenas se acuerda cuando se despierta. Menciona a una persona de la que en el sueño sólo ve la mitad, siempre la misma. Dice que le parece una mujer joven, muy guapa y amable. A pesar de ello, le asusta un poco.

—¿Y es todo? —dijo Tomelilla—. ¿Sólo se trata de eso? Entonces, ¿por qué Pervinca se despierta aterrorizada?

—No lo sé —repliqué—, pero es precisamente lo que ocurre: nuestra Vi se despierta gritando, sudando y con la respiración agitada. Y si le pido que me cuente el sueño, me da la espalda y vuelve a dormirse. Y ojo con insistir, ¡se pone hecha una furia!

—Eso es más propio de Pervinca —sonrió Tomelilla.

—Esta noche, sin embargo, me ha dicho una cosa en voz baja que me ha sorprendido —proseguí—. Me ha dicho que no es él quien le da miedo.

—Él, ¿quién?

—Me he hecho la misma pregunta y he pensado en el Terrible 21, pero no estoy segura. Pervinca sólo ha dicho «él».

—No es él quien le da miedo... —repitió Tomelilla pensativa.



La Hora del Cuento terminó así. A veces ocurría: Tomelilla ordenaba los útiles mientras meditaba sobre lo último que hubiéramos hablado; apagaba las luces y subía las escaleras hasta su habitación sin despedirse siquiera de mí. A veces volvía minutos después y me pedía disculpas. Si no, golpeaba con el tacón de un zapato en el suelo de su habitación, encima de la nuestra, ¡*toc, toc, toc!*, lo que quería decir:

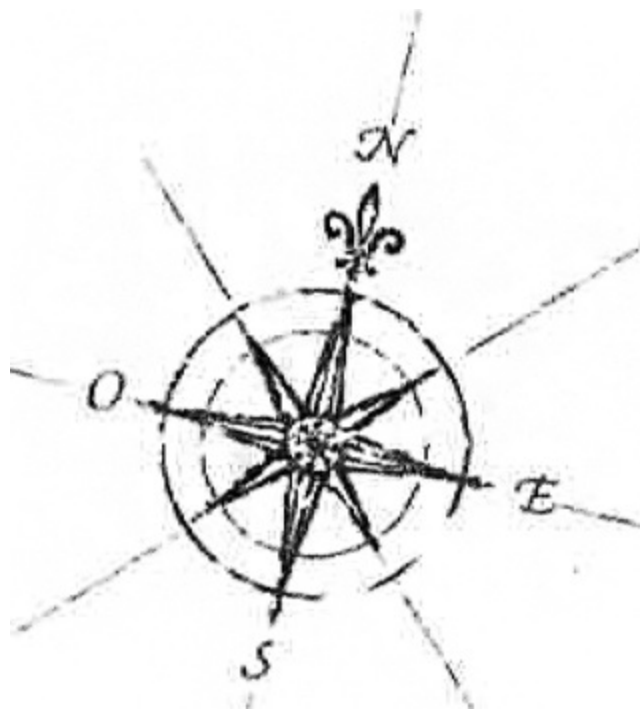
«Hasta mañana, Felí. Buenas noches».

Sabía que la Hora del Cuento era el momento de mi jornada que yo más apreciaba porque estaba sola con ella, mi mito, mi faro. Sentarse sobre su cómodo hombro, después de las preocupaciones del día, de las carreras, de las responsabilidades, suponía tal alivio que nada ni nadie me habría impedido vivir ese momento. La necesitaba, necesitaba decirle que todo iba bien, que todo estaba bajo control. Me reconfortaba.

El regreso del Terrible 21 había cambiado nuestras vidas, nuestras costumbres, pero mientras Tomelilla estuviera con nosotros habría esperanza.

¡Toc, toc, toc!, oí sobre mi cabeza poco después.

—Buenas noches a ti también, Tomelilla —me dije a mí misma—. Mejor, buenos días, ¡son casi las siete!



El Rugiente del Oeste



Aquella mañana nos despertó el viento. Un viento frío y violento, de esos que impiden a los pescadores echar las redes, a las madres tender la colada, a los niños jugar al balón y a nosotras, las hadas, volar tranquilas sin girar en el aire como las semillas de arce.

Tal como había vaticinado el señor Cícero, iba a ser uno de esos días en los que todo silba, rueda y golpea. Y si el señor Cícero lo había anunciado, se trataba de un fenómeno natural y no del Enemigo. Era un gran alivio. Aunque...

En Fairy Oak, a los días como aquellos los llamábamos «nudosos», porque había que atarlo todo: las barcas, los toldos de las tiendas, las cancelas, que se ponían a dar golpes y se estropeaban... A veces los llamábamos también días de «siesta», porque cuando soplaba el Rugiente del Oeste a nadie le apetecía salir, e incluso los perros y los gatos se quedaban en sus casetas, o buscaban lugares confortables para acurrucarse al sol, en las terrazas o detrás de las ventanas.

Había algunos, sin embargo, que en los días de siesta trabajaban más que de costumbre. Los pintores, por ejemplo, porque cuando soplaba fuerte el viento, el paisaje cambiaba: aparecía el perfil de las montañas, normalmente oculto por la niebla, y sus picos parecían tan cercanos que creías poderlos tocar; en el cielo, las nubes creaban las formas más fantasiosas y al mar le crecía la barba. En los días de siesta me habría gustado saber pintar. Aunque...

Luego estaba el juguetero que vendía cometas: él era el más feliz en los días de viento. Y el propio señor Cícero, ¡que no se separaba de su catalejo!

—¡Se ve la isla de Strongcharles! —gritaba desde el estudio.

—Y las olas se abaten unas sobre otras: ¡mar fuerza siete y aumentando!

Nadie se quejaba: en Fairy Oak el viento era como de la familia y estábamos acostumbrados a sus alborotos. Aunque... desde el día en que el Enemigo había desencadenado el primer ataque, bastaba con una racha de viento para que me inquietara. Si además una contraventana se cerraba de golpe... ¡aguantacorazón! Saltaba como un grillo. E inevitablemente tiraba algo. «¡Tranquila, Felí! ¡Calmapiensaypaciencia!», me decía. «Es sólo el viento, ¡sólo el viento!». Después, sin

embargo... BADABUMM, golpeaba una puerta y... UIJJJ, silbaban las ventanas...

El Rugiente del Oeste podía soplar durante días y días, así que... «¡Muchomásquedemasiado!», gritaba a veces en el límite de mi paciencia.

«Felí, estás hablando con el viento», me hacía notar entonces Pervinca. «¿Lo has oído responder alguna vez?».

No; a decir verdad, no. Pero era más fuerte que yo.

Aquel día, Pervinca estaba demasiado absorta en la lectura para darse cuenta de mi nerviosismo. Nada más terminar de comer, se había enfrascado en un libro antiguo que le había prestado Tomelilla y ahí seguía. En cambio, Vainilla, viéndome tan tensa, hizo una broma con la que en otros tiempos me habría tronchado de risa. Dijo:

—¿Por qué te remueves tanto, hadita? ¿Es que quieres que te dé el síncope de la bruja?

La miré seriamente:

—¿Te parece que se pueden decir esas cosas?

—No —respondió encogiéndose de hombros y esbozando una sonrisa—. Pero era demasiado buena como para no lanzarla.

—Me alegra que no hayas perdido el sentido del humor, Babú. De todas formas, opino que harías mejor en estudiar en vez de burlarte de la única hada que tenéis las dos, o a este paso seguiremos aquí a medianoche.

—Hada gruñona, ¿no ves que tenemos los libros abiertos?

—Ya —dije—, ¡como si con eso bastara! Tenías seis problemas de geometría, ¿los has resuelto todos?

—Hay dos que no me salen. Los haré esta tarde con papá. Ahora estoy aprendiendo los poemas...

—Mmm... está bien, pues cabeza gacha y no quiero oír ni un vuelo... quiero decir, ni un suspiro —dije.



Desde hacía semanas, a los escolares de Fairy Oak les ponían una cantidad increíble de deberes. Los niños se quejaban, pero nosotros sabíamos que era una estrategia de los maestros para mantenerlos alejados de los problemas; mejor dicho, de los peligros que en aquellos días acechaban el valle. Con el Enemigo rondando por ahí, ya no era posible dejar a los pobrecillos corretear afuera. Si salían, tenían que permanecer a la vista y contar en todo momento lo que hacían y con quién; si necesitaban alejarse, tenían que esperar a que alguien los acompañase; si gritaban «socorro» al jugar, sin que hubiese un peligro real, eran castigados, lo mismo que si transgredían las demás normas. Por supuesto, ¡ni hablar de salir solos del pueblo!

En consecuencia, también nuestra labor, la de las hadas, había aumentado: no podíamos perder de vista a nuestros niños ni un solo diminuto minuto, ni de día ni de noche. No es que fuese un sacrificio para nosotras, entiéndase bien, sólo estábamos preocupadas de no hacer lo suficiente para protegerlos.

Los niños, sin embargo, soportaban mal ese permanente control por nuestra parte. Así, a menudo se escapaban o se encerraban en algún sitio para jugar por fin con total libertad. Total, que era un incordio para ellos y un sufrimiento para nosotras. Entre otras cosas porque «no» y «prohibido» son palabras difíciles de pronunciar para un hada.

La voz de Dalia nos llegó desde el fondo de la escalera:

—Felí, vamos a salir. Te quedas tú con las niñas, ¿verdad?

—Sí, sí, no se preocupen, no nos moveremos de aquí. Pero vuelvan pronto —contesté.

—Muy bien, buenas chicas, os aconsejo que no salgáis —dijo la voz de Cícero—. Y si viene alguien, decidle que hoy la previsión es sol y viento frío. ¿Vi y Babú están estudiando?

—Sí. Vainilla está aprendiéndose los poemas y Pervinca... ¿qué es lo que estás leyendo?

—He llegado a Mentaflorida.

—Pervinca está leyendo sobre Mentaflorida.

—Bien. ¿Y sabe ya quién era? —preguntó la voz de Tomelilla.

—¿Sabes quién era?

—No, ¿quién era?

—No, ¿quién era?

—Se divertirá descubriéndolo. Hasta luego.

—Cuando alguien en esta casa se decida a dar una contestación directa, ¡yo volaré también de día! —gruñó Pervinca. Abajo, la puerta se cerró.

Y Vi reanudó la lectura del *Libro Antiguo*...

Del Libro Antiguo



El valle de Aberdur

Al alba del primer día de verano, Mentaflorida saltó de su camastro y corrió a despertar a su mejor amiga. Estaba tan emocionada que se olvidó de calzarse las babuchas de corteza y ni siquiera se peinó sus largos cabellos rojos. Apartó las ramas del haya péndula bajo la cual vivía y corrió descalza por la colina. De un brinco salvó el arroyo y de otro evitó a un grupo de ocas que iban de paseo. Atravesó los prados todavía húmedos de rocío y, para llegar cuanto antes, tomó el atajo bajo la cascada. Giró hacia el claro de los helechos y por fin...

—¡Es hoy, es hoy! —gritó llamando con fuerza a la puerta de Scarlet-Violet.

—Entonces, ¿es el gran día, señorita? —dijo una voz a sus espaldas.

Mentaflorida se volvió: una hermosa señora estaba bajando al río con su colada.

—Sí, sí, es hoy, bruha Colliflower —contestó Mentaflorida con su graciosa manera de pronunciar la «j».

—¡A ver si esa marmota de Scarlet-Violet se despierta! Tenemos que prepararnos...

—Grita más fuerte, niña, ya verás cómo alguien te oye —replicó la bruja con una sonrisa.

Mentaflorida alzó aún más la voz:

—SCARLET-VIOLET PIMPERNEL, ¡DESPIÉRTATE YA ! —chilló tocando con fuerza a la puertecita del árbol. Como nadie abría, y Scarlet-Violet no daba señales de querer aparecer, decidió hacer un último intento antes de empezar a prepararse ella sola. Así que tomó todo el aire que pudo, extendió los brazos, abrió la boca y...

—¡Como chilles de nuevo, te meto este ratón por la boca! —amenazó la amiga, que entretanto había abierto la puerta y sostenía un ratoncito por la cola. Mentaflorida se quedó unos instantes con la boca abierta y el aire en los pulmones, después se deshinchó y sonrió:

—No te atreverías, ¿es tu favorito!

Scarlet-Violet resopló, dejó marchar al ratón y entró con su amiga en la casita:

—¿Es que te persigue un oso?

—No, ¡estoy emocionada! Y tú, ¿cómo puedes dormir en un día como este?

—Estaba a punto de conseguirlo hasta que llegaste tú.

—Perdona, es que...

—¿Has desayunado? Lo dudo.

—No, pero no tengo hambre, se me ha cerrado el estómago.

—¿Por todas las furias del valle, Mentaflorida de los Senderos! ¿Qué se te ha pasado por la cabeza para gritar de ese modo a las seis de la mañana? ¡Qué susto nos has dado! —exclamó la madre de Scarlet-Violet apareciendo por la estrecha escalera de caracol: todavía estaba en camisón y un cómico gorro rosa le envolvía la cabeza angulosa.

—¡Creíamos que nos estaba atacando un dragón! ¡O que el río se había desbordado! ¡Vaya modales!

—Mil perdones, mamá Pimperl, estoy tan emocionada por la fiesta de esta tarde que... he exaherado un poco, vaya.

—¿Cuándo aprenderéis, vosotras las Brujas de la Luz, a contener vuestras emociones? Todas sois iguales... —comentó la señora Pimperl de una manera un tanto antipática. Mentaflorida notó con estupor que la madre de Scarlet-Violet tenía la cara verde. ¿Sería por el miedo?

—Es crema de merluza putrefacta, una asquerosidad que se hace ella misma para mantenerse joven —susurró Scarlet-Violet a su amiga.

—¡Apesta! —dijo Mentaflorida tapándose la nariz—. ¿Cómo puede soportarla?

—¡Quizá espera que le desaparezcan las arrugas! —se rio Scarlet-Violet ofreciéndole un pastelillo de rosas.

—¿Por qué no hace que le desaparezcan con la mahia? Es una bruja de la Oscuridad, podría hacerlo.

—Mentita, a ti todavía te falta por aprender la magia que podemos o no hacer, ¿verdad? Pues bien, esta es una de las que NO podemos hacer —explicó Scarlet-Violet metiéndole el dulce en la boca a su amiga.

—Entonfef, ¿cómo ef que tú ayer haf hecho defaparefer tu espinilla? Mmm... qué bueno.

—Bueno, he hecho trampa. Pero una espinilla no es señal de tiempo. ¿Cómo te lo diría? Tienes dieciséis años y esta tarde mirarás en el torrente, ¡tienes que saber estas cosas! Nadie, ni vosotros los Mágicos de la Luz con vuestros bonitos poderes creativos, ni nosotros los Mágicos de la Oscuridad con nuestros grandiosos poderes destructivos, tiene derecho a interferir en la naturaleza de las cosas.

—Umm... algunos lo hacen, sin embargo. ¿Me das otro?

—Sí, claro, ¡los disolutos! Los hechizos de ese tipo alteran el equilibrio de la naturaleza y luego vienen los desastres. Sírvete y pásame la miel, por favor... ¿Te acuerdas de lo que le ocurrió al bosquecillo de nogales del mago Almond?

—Daba frutos en todas las estaciones.

—Exacto. Pero no era un hecho natural, ¿no? Eran los hechizos del mago los que obligaban a los árboles a dar nueces en todo momento.

—Es verdad. ¿Qué hay ahí dentro?

—Té de rosas, sírvete un poco, pero ten cuidado con la taza, si se cae mi madre se transforma en una col... Hablábamos del mago Almond: era feliz, ¿no?, podía degustar guirlache siembre que quisiera. Luego, un día...

—Murió.

—¡Envenenado! El pobrecito había forzado tanto la naturaleza que esta había terminado

dándole frutos no comestibles. Por eso, el Sumo Mago prohibió a todos hacer hechizos de esa clase.

—Está bien, ¡pero nunca me pondré crema de merluza en la cara!

—Muy bien; además, no sirve de nada. Lávate con el agua del río y no te expongas al sol. Y cuando necesites una receta mágica, no acudas a mi madre. Madame Burdock, ella sí que sabe de hierbas. Ve a verla.

—¡A tus órdenes! ¡OH NO, LA TAZA!... Eh, ¿has visto lo que he hecho? Se me estaba cayendo, estaba a un dedo del suelo, pero se ha ralentizado y se ha posado suavemente. Qué extraño... ¿has sido tú?

—No, pero ya he dejado de asombrarme. Cosas así me ocurren desde que nací.

—Qué afortunada, yo rompo todo. Ahora vayámonos, por favor, o llegaremos tarde.

—Faltan catorce horas, Menta. Tranquilízate o llegarás a la fiesta agotada.

Mentaflorida no se tranquilizó. De todas formas, no era la única chica del valle que estaba emocionada. Aquella tarde, siguiendo el antiguo rito, todas las brujas dieciseisañeras mirarían en el torrente Baran para descubrir, entre las aguas cristalinas y ruidosas, el rostro de su futuro esposo. Vestirían por primera vez el Traje de la Responsabilidad, máspreciado y pesado que sus vestidos habituales, pues las madres lo tejían añadiendo a las madejas de algodón blanco un grueso hilo de plata. Y así, en cada vestido, el hilo plateado brillaba... «como un arroyo que discurre entre la nieve, como el sendero de piedra que lleva a la cima de la montaña, así el camino hacia la edad adulta es vivaz y tortuoso...», como dice la letra de una antigua canción. Las jóvenes llevarían el Traje de la Responsabilidad en todas las ocasiones importantes, hasta que cumplieran veinte años. Después, otro vestido, más rico y aún más pesado, lo sustituiría.

Naturalmente, también era la presentación en sociedad de los jóvenes magos: competirían en pruebas y hechizos de valor, agilidad e inteligencia. Pero antes, todos juntos, brujas y magos, bailarían a la luz de la luna, en la playa blanca de la Bahía de Arran, donde todo estaba preparado para la Fiesta del Solsticio de Verano.

Pero las cosas no salieron así aquella vez...

La marejada



Pervinca sonrió:
—Qué fuerte... —exclamó sin despegar los ojos del Libro—. ¡Esto es mucho mejor que la clase de historia!

—Eh, ¿habéis oído ese ruido? —las palabras de Vainilla se me clavaron como gotas de lluvia helada.

—¿Qué ruido? —pregunté poniéndome azul del miedo.

—Es el viento, Babú, no nos asustes —dijo Pervinca dejando de leer un instante.

—No —insistió Vainilla—, eso no es el viento.



Babú había oído las olas.

GUSSHHH... ¡BADABUMMM!, atronaban contra las rocas de los promontorios... GUSSHHH... ¡BADABUMMM!, la música del Océano los días de viento. La música preferida de Vainilla: a Babú le encantaban las marejadas. Por el estruendo que se oía, la de aquel día debía de ser excepcional.

—Felí, ¿podemos ir al acantilado? —preguntó.

—Lo siento, tesoro, pero ya conoces las normas, no podemos salir del pueblo.

—¡Por favoor! Es un día tranquilo, ¿lo ves? Luce el sol. Sol, sol, sol por todas partes, no hay ni una nube. El Enemigo nunca ha atacado durante el día y jamás de los jamases en un día soleado. Por favor... No tardamos nada, sólo ir y volver. Vamos, vemos una... bueno, no, tres, tres olas, y volvemos a casa, ¿eh? ¿Vamos?

Me dolía el corazón de verla suplicar así. En parte tenía razón: el espectáculo tenía que ser estrepitosamente, y el Terrible 21 nunca había atacado antes del anochecer. Pero el Mal es imprevisible.

En siglos anteriores, el Terrible 21 había atacado el valle muchas veces y siempre había raptado a los Mágicos de la Oscuridad para convertirlos en aliados suyos. Pero cuando el 21 de junio de aquel año el Enemigo volvió, primero intentó raptar a Pervinca, una Bruja de la

Oscuridad, pero tan joven que no le habría sido de gran ayuda como aliada, y justo después también a Vainilla, ¡una Bruja de la Luz! Fue el primero de los cambios que indujeron a Tomelilla a pensar que se trataba de un enemigo nuevo: su modo de luchar era distinto, su ira había aumentado y la finalidad de aquellas tentativas de rapto se nos escapaba. Sin embargo, había algo familiar en el comportamiento del Enemigo. Los asaltos estaban bien urdidos, las estrategias revelaban un perfecto conocimiento de los Mágicos del valle y del campo de batalla.

Era el Terrible 21, sin duda. Lo único que había cambiado eran sus intenciones. Pero no podíamos saber cuáles eran.

Por eso, Tomelilla había considerado oportuno sugerir al alcalde Pimpernel que convocase lo antes posible una asamblea ciudadana: era necesario que todo el pueblo de Verdellano se reuniera para establecer un plan de defensa. ¡Tenían que ponerse de acuerdo entre ellos y unirse contra el Enemigo!

El alcalde, en un primer momento, se quedó un poco perplejo, pero cuando Tomelilla le hizo entender sobre quién recaería la responsabilidad por el inminente desastre, el señor Pancracio aceptó enseguida.

Ya sólo esperaban conocer la fecha.

—¿Qué, lo has pensado? ¿Vamos? —volvió a la carga Vainilla.

—No me hace falta pensar nada, no vamos —dije.

—Pero ¿por qué? Es una marejada preciosa.

—¡Es demasiado peligroso!

—Pero el Terrible 21 podría seguir aquí durante años. ¿Qué haremos, no saldremos nunca?

—Eh, ¡tiene razón! —intervino Pervinca.

—¿Tú no estabas leyendo algo interesantísimo?

—Sí, pero esto es más importante. No podemos tolerar que el Enemigo condicione nuestras vidas. ¿O crees que deberíamos jugar bajo las ramas de Roble hasta que seamos viejas? Más valdría entonces dejar de luchar y darnos por vencidos. ¡Él ha ganado!

¿Qué debía hacer? A las niñas no les faltaba razón; desde hacía meses vivíamos como prisioneras, y a mí también me emocionaba la idea de ver la marejada.

Recordé entonces las palabras de la primera hada tata de la historia. Se llamaba Nieve, o al menos los Mágicos la llamaban así. Sabía poco de ella, ya que había vivido mucho antes de que yo brillase en el mundo, pero lo poco que sabía me había inspirado para ser un hada niñera. Nieve solía decir: «Si no sabes decir que no, entonces di que sí, ¡pero haz que parezca una idea tuya y dicta las reglas!».

—Está bien —dije—. Poneos las capas y vamos, la veremos desde el muelle.

—¡Viva! ¡Tres hurras por el hada Felí!



Con el pelo bajo las caperuzas de las capas y la cara envuelta en las bufandas, las dos hermanas parecían una misma persona. Apretadas una contra la otra, bajaron por la calle hacia el puerto

mientras yo iba zarandeándome de aquí para allá en el bolsillo de Vainilla. Las calles estaban cubiertas de hojas, el aire hería y el viento olía a nieve. El invierno estaba a las puertas.

—¡Buenos días, señora Roseta! —saludaron las niñas.

—Buenos días a vosotras —las saludó la florista—. ¿Vais solas a dar una vuelta?

—No, no, están conmigo —dije saliendo del bolsillo.

—Ah, buenos días, Felí. Entonces todo en orden. Que disfruten del paseo.

—Y usted también —dije.

—¡Siempre vigiladas! Dentro y fuera de casa —protestó Pervinca.

—¡Tú callada! —le susurré desde el bolsillo.

Por suerte, no nos encontramos con nadie más.

En el puerto, sin embargo, nos detuvo el Capitán:

—¿Dónde creéis que vais las dos? —voceó a las gemelas.

—No, no, están conmigo —me apresuré a decir otra vez—. Vamos a ver la marejada en el muelle.

—¡Tonterías! —exclamó el Capitán—. No podéis ir al muelle, las olas son demasiado altas.

—Entonces las veremos desde la muralla.

—Os empaparéis incluso allí, pero si no os importa... Y si os caéis del muro, procurad que sea del lado del pueblo y no fuera, esta noche se han oído extrañas voces que venían de los bosques.

—Vale, Capitán, ¡gracias!

—Y atentas a la ronda, podría dar la alarma de un momento a otro y con este infierno os arriesgáis a no daros cuenta.

—Habéis hecho bien en decírnoslo, Capitán Talbooth, gracias.



Como me había imaginado, ningún barco había salido a la mar, ni siquiera el *Santón*. Los pescadores, como el Capitán Talbooth, aprovechaban para coser las redes o reparar sus casetas.

Subimos los peldaños que llevaban a lo alto de la muralla del pueblo y nos agachamos. El viento soplaba con fuerza y hacía frío, pero el espectáculo era magnífico.

—Madre mía, el guardián del faro estará bailando como loco —exclamó Vi lamiéndose la sal de los labios—. Si las olas son aquí así de altas, imaginaos en el Cabo Aberdur.

—Bueno, en el fondo es muy afortunado —dije—; en días como este sólo tiene que abrir la ventana para encontrarse con la cena.

—¡Mirad qué grande es aquella! Ya llega... ya llega... ya llega... GUUUSH... ¡BADABUUUM!

Algunos choques eran tan violentos que hacían temblar las piedras bajo nosotras.

—A propósito del guardián del faro —dijo Pervinca—, ¿sabéis que creo que es pariente de los Burdock?

—¿Quién te lo ha dicho?

—Está escrito en el Libro Antiguo que me dio Tomelilla.

—¿Ese libro habla de nuestro guardián del faro?

—No, pero cuenta de un antepasado de los Burdock que se llamaba igual que él y que tenía su mismo carácter.

—¿Arisco e irascible?

—¡Exactamente! Oíd lo que dice...

—¿Te has traído el Libro Antiguo?

—Sí, pero, Babú, ponte delante para que no se moje.

Del Libro Antiguo



Duffus Burdock, el rebelde

Entre los chicos que debutarían aquella tarde, Duffus Burdock era el único que de buena gana habría preferido no hacerlo. «¿De qué sirve?», se preguntaba. «¿Por qué tengo que demostrar mi valor de una manera tan vana? Si soy listo, valiente y sabio, ya se verá en su momento, cuando de verdad cuente. Esta tarde nadie pondrá realmente su vida en peligro ni las pruebas serán demasiado difíciles, porque no habrá tensión ni miedo a agitar el pensamiento. Sólo es una fiesta. La fiesta de los pavos reales presumiendo de sus colas. Algo propio de los vanidosos».



Su tío Grisamold era el único de la familia que comprendía ese desasosiego y, si en vez de ser su tío hubiese sido su padre, quizá habría pedido a los sabios que lo excluyeran de los juegos. El muchacho estaba convencido de ello, y lamentaba que su tío no fuera su padre. Porque a Duffus no le gustaba su padre. Viccard Burdock era un Mago de la Oscuridad poderoso y orgulloso, más devoto de la fuerza que de la razón, y de la batalla antes que del razonamiento. Para él todo se reducía a un desafío, por eso los varones de la familia tenían que demostrar su valor en todas las ocasiones, incluso en una fiesta.

Oyendo al mago Viccard, Duffus participaría en los juegos aunque no quisiera.

—¡Pero me voy a negar! —dijo Duffus a su tío esa tarde.

—Tu padre no lo permitirá.

—¿Y qué puede hacerme? ¿Encerrarme? ¿Convertirme en un gusano? Ya soy su prisionero y prefiero ser transformado en un dignísimo gusano antes que en un payaso de circo.

—Tal vez deberías decírselo a él como me lo estás diciendo a mí... ¿Lo has hecho alguna vez?

—¿Hacer qué, hablar con él? Mil veces... pero no sirve de nada. Soy aún un muchacho, tío. Mi padre no te hace caso ni siquiera a ti que eres su hermano y tienes su edad; figúrate a mí..., para él soy un renacuajo.

—Entonces trataré de hablar con él.

—¿Cuándo? Necesito saber qué es lo que va a decidir lo antes posible, porque si no consigues convencerle, yo...

—¿¿Tú??

Duffus pensó en lo que estaba a punto de decir. ¿Podía fiarse de su tío Grisamold?

—Yo... tendré que resignarme, vaya, y prepararme para la fiesta. Me va a llevar tiempo, ¿entiendes?

—¿A dónde vas ahora?

—A la playa, voy a ver si mamá necesita algo.

—No pases por la cueva de las Hadas, algunas chicas se están probando ya los vestidos.

—¡Gracias por informarme! Volveré después para saber qué te ha dicho mi padre.



Pero Duffus no fue enseguida a la playa. Primero se encaramó al árbol más alto y, desde su casa construida en medio de las ramas, observó el espectáculo que podía disfrutarse desde allí. Lo conocía bien: el monte Adum al sur, los grandes acantilados al norte y, en medio, los prados verdes de su valle atravesados por el río Otrot y sus afluentes; al este, los altos bosques y la playa blanca de Arran, y poco más allá, detrás de los promontorios cubiertos de brezo, la bahía del Roble Encantado, profunda y protegida de la furia del Océano. ¿Qué había llevado a sus abuelos a asentarse en aquel valle? A Duffus siempre le había parecido tan tranquilo y perfecto...

El joven Mago de la Oscuridad pareció acariciar con la mirada la magnífica vista. Después volvió a entrar en casa. Se puso una pesada bata con muchos bolsillos, cogió un saco, lo llenó con algunas de sus cosas y volvió a bajar por la escala de cuerda.

—¿Te vas a escapar, Duffus Burdock? —lo sorprendió en aquel momento una voz a sus espaldas. Duffus no se sobresaltó, siguió bajando y dijo sin volverse:

—Y si así fuese, ¿vendrías conmigo?

—A lo mejor... —respondió la voz.

—Entonces sí me estoy escapando. —Duffus saltó al suelo y se inclinó ante las dos chicas—. ¡Scarlet-Violet! Y la tímida Mentaflorida... ¡qué alegría! ¿Estáis listas para la fiesta?

—Vamos a probarnos el traje por última vez —explicó Scarlet con una sonrisa que a Duffus le pareció simplemente deliciosa.

—Alguien ha olvidado sus babuchas... —dijo el joven dirigiéndose a Mentaflorida. Mentaflorida se sonrojó hasta las orejas y buscó instintivamente una manera de escapar. Si hubiera sido una Bruja de la Oscuridad, probablemente habría desaparecido, pero era una Bruja de la Luz y no podía hacer esos hechizos. Y como lo recordaba muy bien, se sonrojó todavía más.

—He... he salido mu... muy deprisa hoy... —balbució.

Duffus le acarició la mejilla:

—No te preocupes, estás muy guapa así.

Con la «i» de «así», Mentaflorida se transformó en una mariposa y salió volando.

—¡Estupendo! —exclamó Scarlet-Violet—. Lo que faltaba. Pasarán horas antes de que vuelva a su forma original. ¡Todavía no domina las transformaciones! ¡Y nos acabábamos de peinar!

—Lo siento, sólo quería ser amable —contestó Duffus esforzándose por no reír—. Puedo

probar yo...

—¿Y si te equivocas?

—Soy un Mago de la Oscuridad, sé convertir algo bonito en feo y...

—¡Shhh! —lo interrumpió Scarlet-Violet—. Menta, perdónale, estaba bromeando, es un estúpido, no sabe lo que dice... Duffus Burdock, ¡siempre estás liándolo todo! Mírate: te burlas de los demás cuando tú mismo te vistes como un bufón. ¿Se puede saber por qué te has puesto toda esa ropa? ¿No sabes que estamos en verano? Bah, ¡eres un desastre y no te importa nada ni nadie!

—¡Es que me voy a ir, de verdad, querida Scarlet-Violet! —dijo el chico echándose el saco al hombro. Luego, pasando muy, muy cerca de ella, añadió en un susurro:

—¿No me crees?

—No... —respondió Scarlet-Violet sintiendo un extraño escalofrío.

—Ya verás...

—¡Claro que te veré! Esta noche en la fiesta, como a todos, porque quien se escapa no lo dice y tú...

—¡No, no como a todos! —exclamó Duffus volviendo sobre sus pasos—. ¡No como a todos, Scarlet-Violet Pimpernel! —repitió mirando a la chica a los ojos.

Scarlet se quedó inmóvil y muda. Nadie, ni siquiera su padre, lograba hacerla callar. Duffus Burdock, en cambio, quién sabe cómo, lo conseguía a menudo, hacerla callar y sentirse incómoda. Trató de apartar sus ojos de los del muchacho, pero estaba tan cerca...

Lo miró en silencio cuando él se giró de nuevo al alejarse por la senda de arena.

—¿Adónde vas? ¡Por ahí está la playa! Si quieres escaparte, tienes que ir por el otro camino... —le gritó.

¿Quería molestarle o detenerle? Ni ella lo sabía.

—Con su permiso, hermosa doncella, ¡voy a despedirme de mi madre! —respondió Duffus mientras se agachaba a arrancar un pequeño lirio blanco.

—¡Eres un mentiroso, Duffus Burdock!

—Tienes razón, Scarlet-Violet, por eso no me creas si te digo que estoy enamorado de una pesada. Despídeme del simpaticón de tu hermano. ¡Adiós también a ti, Mentaflorida!

Mentaflorida, al oír su nombre, se elevó desde la flor y batió las alas para devolver el adiós. Después volvió a posarse. Scarlet-Violet la levantó con un dedo.

—¿Qué crees que ha querido decir? —preguntó a su amiga.

Mentaflorida alzó sus minúsculos hombros de mariposa, ensayó una sonrisita y bisbiseó:

—Juro que no lo sé.

El lugar adecuado



Pervinca estaba leyéndonos el Libro Antiguo cuando una ola mayor que las demás golpeó el muelle y por el viento nos salpicó, mojándonos de pies a cabeza.

—¡Justo como había previsto Talbooth! —dije.

—Será mejor que cambiemos de sitio o el libro se mojará. Además, el tiempo se está poniendo feo.

—¡Ah, mi sombrero! —gritó en ese momento Vainilla.

—Ven aquí, deja que se pierda —dije.

—¡Pero mi sombrero se va volando!

—¡Vainilla, vuelve aquí! ¡NO SALGAS DE LA MURALLA!

—No puedo perderlo.

—¡VUELVE!

Persiguiendo el sombrero, que rodaba a pocos pasos de ella, Vainilla bajó corriendo los escalones y sobrepasó el pequeño arco que conducía al camino de la playa.

—¡Quédate aquí, no te muevas! —ordené a Pervinca—. ¡Voy a buscarla!

—¿Y qué hago aquí yo sola?

—Llama al Capitán Talbooth, dile lo que ha pasado, ¡dile que estamos en el camino de las mulas!

Entretanto, Vainilla había emprendido el vuelo y con cómicas acrobacias trataba de agarrar el sombrero:

—Tenía razón tía Tomelilla —dijo viéndome llegar—. Agarrar las cosas con los pies por los aires no es nada fácil. Hace falta mucho entrenamiento. Quizá sea mejor que ande.

—¡Quizá sea mejor que lo dejemos! —dije sujetando el sombrero—. ¡Mira dónde estamos!

—O-oh, ¿tan lejos? Debe de habernos empujado el viento. Bueno, pero lo hemos recuperado; piensa si lo hubiéramos perdido, pobrecito.

—Volemos de vuelta antes de que vengan a... —no terminé la frase: el pueblo había desaparecido ante nuestros ojos.

—Felí, ¿ha bajado la niebla? —preguntó Vainilla en voz baja acercándose a mí todo lo que pudo.

—Parece que sí, y el viento se ha calmado. Pero todavía se oye el mar. Si seguimos el murmullo, dejándolo a nuestra izquierda, llegaremos al pueblo. ¿Puedes volar?

—Sí, aunque muy despacio.

—Está bien, volvamos muy despacito. Sígueme...

Traté de guiarla en la niebla, pero, después de un tiempo que me pareció infinito, todavía no habíamos alcanzado la muralla.

—Puede que nos hayamos perdido —dijo Vainilla.

—¡Gritemos! Venga, juntas a la de tres. Una... dos... y ¡tres...!

—¡PERVINCAAAA!

Nada.

Lo volvimos a intentar:

—¡PERVINCAAAA! ¡ESTAMOS AQUÍÍ!

—¡No responde nadie! —se lamentó Babú.

—Pero no podemos estar lejos. La dirección es la buena. Si al menos pudiera ver algo.



Mientras, Pervinca había corrido a avisar al Capitán Talbooth y juntos habían vuelto a buscarnos. Como nosotras, habían seguido el camino de las mulas y, al igual que nosotras, se habían perdido en la niebla. Pero después, algo había hecho que se separaran, así que Pervinca vagaba sola buscándonos desesperadamente.

—¡VAINILLAAA! ¡¿FELIIÍ?! —gritaba. Pero nosotras no podíamos oírla...



—Estamos en el lugar adecuado, en el momento adecuado —suspiré.

—¡La brújula mágica! —exclamó Vainilla.

—¿Qué has dicho?

—«El lugar adecuado, en el momento adecuado»: ¿no es lo que pone la brújula que me regaló mi tía?

—¿La has traído?

—Sí.

—¡Consúltala ahora mismo!

Vainilla sacó del bolsillo una pequeña brújula de oro.

—Indica hacia el faro —respondió.

—¿Al faro? No es posible. Estará rota.

—No parece rota.

—¡Pero el faro está a dos millas de aquí por lo menos! —dije. En ese instante, la linterna del

faro apareció en la niebla y un haz de luz iluminó el camino hasta la explanada. Vainilla y yo nos miramos atónitas: ¿¿Estaremos en el faro??

—¿Cómo es que hemos llegado hasta aquí?

—No lo sé, pero hay que llegar antes de que la luz desaparezca de nuevo —dije.

Volamos a llamar a la puertecita:

—¡Señor Viccard! ¡Abra, por favor! Soy Vainilla Periwinkle, estoy aquí con mi hada —chilló Babú.

—¡MARCHAOS! —respondió la voz desde dentro.

—Se lo ruego, señor, estamos en peligro. Anochece y está bajando una niebla extraña que nos impide volver a casa...

—¡YA HABÉIS PASADO POR AQUÍ! ¡A MÍ NO ME ENGAÑÁIS! ¡HE DICHO QUE OS VAYÁIS!

De improviso, la luz se apagó, o desapareció, no lo sé. Sé que nos quedamos fuera en el frío, solas y asustadas.

—¿Por qué la brújula mágica nos indica que vayamos al faro, si luego el guardián no nos deja entrar? —preguntó Vainilla enfadada.

—Por su manera de contestar, creo que ha recibido ya la visita del Enemigo y quizá la brújula no lo sepa —respondí—. O bien...

—¿O bien?

—O bien hay otro motivo. Como estamos solas y no vemos nada, sugiero que nos fiemos de la brújula y nos detengamos aquí un momento mientras pienso qué hacer. Puede que el señor Viccard cambie de idea y nos abra.



Anocheció pronto. Pervinca lo intuyó porque sus pies se volvieron más ligeros de repente, señal de que había llegado su turno de volar. Se alegró porque tenía la impresión de que la estaban siguiendo. Había oído pasos detrás de ella, pero no eran de hombres, sino más bien como de un gran animal de cuatro patas. Las mulas utilizaban aquel sendero para bajar a la playa y podía ser una de ellas.

Ante la duda, Pervinca alzó el vuelo y escrutó en la niebla: «Me parece ver el faro», se dijo. «A lo mejor Vainilla y Felí se han ido a refugiar con el guardián».



Nos quedamos sentadas en los escalones del señor Viccard durante un rato. Después dije desconsolada:

—Aquí no ocurre nada.

—Así es —respondió Babú—. Yo estoy hecha un carámbano... y no consigo volar.

—¿Quieres decir que ya es de noche?

Hicimos otro intento con el guardián del faro, pero la puerta permaneció cerrada.

—Dame la mano, y sigue mi luz —dije—. Volvamos al pueblo.

Nos encaminamos lentamente, sin ver a un palmo de nuestras narices, envueltas en un mar de niebla.



Cuando Pervinca llegó a la explanada, nosotros acabábamos de marchar de allí.

—¡Ábrame, señor Viccard! —gritó Vi llamando con fuerza a la puerta del faro—. Soy Pervinca Periwinkle, ¡estoy buscando a mi hermana y a mi hada!

—¿ME HABÉIS TOMADO POR TONTO? —gritó el guardián desde detrás de la puerta—. ¡YA OS HE DICHO QUE OS MARCHÉIS! ¡Y NO VOLVÁIS MÁS!

—¿Es que alguien ha llamado a vuestra puerta? ¿Quién era? —preguntó entonces Pervinca.

—UN MONSTRUO QUE HABLABA CON TU MISMA VOZ. ¡PERO A MÍ NO ME LA DAIS!

«¡Entonces han estado aquí!», pensó Pervinca.

—¿Y adónde han ido ahora? —volvió a preguntar.

El guardián ya no respondió.



—Felí, la tierra tiembla —dijo Vainilla.

—¿Con fuerza? —inquirí.

—Un poco...

—¿Puedes andar?

—Sí, pero... es como si una manada viniera hacia aquí.

—¡Oh, no! ¡Intenta volar otra vez, Babú, haz un esfuerzo!

—Es inútil, Felí, la tierra tiembla cada vez más.

—Entonces tienes que transformarte, Vainilla.

—¿En qué? ¿En qué puedo convertirme? Ayúdame tú...

—En algo que yo pueda llevar... Una pluma, por ejemplo. ¿Sabes convertirte en una pluma?

—No, nunca lo he hecho hasta ahora.

—¡Entonces tenemos que volver atrás! ¡Corre, Vainilla, sigue mi luz! ¡Rápido, rápido!

Intenté regresar volando al mismo lugar del que veníamos, esperando con todo mi corazón entrever la luz de la gran linterna del faro. De repente, también pude escuchar el ruido de una manada que se acercaba velozmente.

—¡CORRE, BABÚ, CORRE! —grité.

—¡No puedo, la tierra tiembla demasiado!

Intenté levantarla, tiré de ella con todas mis fuerzas, pero sólo conseguí que diera saltitos.

—¡Ya llegan, Felí! ¡Ya están aquí! —gritó.

De nuevo la arrastré hacia el faro, tratando de llegar lo más deprisa posible, cuando de improviso una sombra apareció en la niebla, agarró a Vainilla por la otra mano y entre las dos

logramos levantarla.

—¡PERVINCA! —gritó Vainilla.

Ojos en la niebla



La joven Bruja de la Oscuridad, que había salido de la nada, había salvado a su hermana un instante antes de que la misteriosa manada la arrollara. Pero ¿cómo? Mi pequeña Vi, que yo había dejado en el pueblo convencida de que se ocuparían de ella...

—Os he buscado por todas partes —dijo jadeante—, ¡estaba tan preocupada!

¡¿Preocupada?! Debía tener miedo... una niña sola en la niebla, presa fácil de un terrible enemigo...

—¡Volvamos al faro! —dijo.

—¿Al faro?, ¡pero si ni siquiera puedo verlo!

—¡Yo lo veo! —dijo Pervinca.

—¿De verdad?

—Confía en mí, Felí, soy una Bruja de la Oscuridad. Aunque... ¡hay algo extraño!

—Oh, no. ¿Qué más ves?

—Veo dos luces.

—¿Dos? No es posible —dije entornando los ojos para ver en aquel océano de niebla—. El faro sólo tiene una.

—Parece volar en una nube —comentó Vainilla—. Yo he perdido del todo la orientación. ¿Sabéis dónde estamos?

—¡Pobre de mí, ni idea! —dije—. Mis antenas no perciben ninguna señal, ni buena ni mala. Ya me ocurrió una vez, y estaba... ¡Hadasamigasayudadme! ¡HUYAMOOOOS!

—¿Por qué? ¿Adónde? ¿Qué pasa?

—¡La última vez que no percibí señal alguna estaba DELANTE del Enemigo! ¡Esas no son las luces del faro! ¡Son sus OJOS!

En ese instante oí su «voz»; un estertor, una especie de borboteo mezclado con un grito feroz, justo delante de nosotras. Del susto, Vi soltó el brazo de Vainilla y ambas nos precipitamos a tierra.

—Perdonad, perdonad, no quería... —se disculpó Pervinca dándonos alcance.

—¿Qué... qué era eso? —balbució Vainilla. En la caída se había hecho daño en un tobillo y ahora le costaba estar de pie.

—Creo que es Él —susurré.

—¡Es Él! —precisó Pervinca. Estaba muy derecha, de pie, y miraba fijamente hacia la niebla sin expresión alguna.

—¿Lo puedes ver? —pregunté.

—Sí —contestó ella con tranquilidad.

Teníamos que huir de allí.

—Pervinca, toma la mano de Vainilla y...

—No hace falta —me respondió Pervinca.

—¿Cómo que no? ¡Rápido, toma su mano! —ordené. Pero ella no se movió. Seguía observando la niebla y sonreía, sonreía a alguien.

—Dentro de poco estará aquí... —dijo.

Pensé que el miedo le había hecho perder la razón. El Enemigo estaba a un paso de nosotras, sentía incluso el aire que se apartaba a su paso, y Vi se mantenía en calma y sonriente. Incluso le tendió la mano a aquello que avanzaba.

—Aquí está... —volvió a decir.

Me volví a tiempo para ver la niebla que se abría en grandes remolinos. Luego, un poderoso ruido de viento nos arrastró.



Ya no vi ni sentí nada. ¿Era así como terminarían nuestras vidas? No había sido tan horrible. Aparte del miedo, no había sufrido, no me encontraba mal, no sentía dolor. Estaba volando, pero no eran mis alas las que me impulsaban. Percibía la brisa, el olor del mar. ¿Dónde estaba? ¿Dónde estaban las niñas?

—¡Felí, abre los ojos! ¡Estamos a salvo! —dijo de repente una vocecita lejana—. Y mira quién ha venido a salvarnos...

Otra vez oí el poderoso ruido de viento, pero esta vez era familiar. Abrí los ojos y vi a Vainilla y a Pervinca, todavía pálidas, mientras el mundo discurría veloz bajo sus pies.

Estábamos volando en la grupa del dragón de Dum.

—¡Naim! —exclamé en el colmo de la alegría—. Oh dulce y valiente amiga, nos has salvado tú. Eras tú a quien Pervinca sonreía. Por eso estaba tan tranquila. Oh, ¡gracias, gracias! —dije acariciando su cándido pelo.

Pronto nos alejamos de las nubes. Las grandes alas del dragón cortaban el aire, leves y poderosas. El horizonte retenía el último saludo del sol y las primeras estrellas empezaban a brillar.

—Tienes que aprender a fiarte de mí, hadita —dijo Pervinca guiñándome un ojo.

Sonreí un poco cortada. Tenía razón, debía aprender a fiarme de ella. ¿Por qué no lo

conseguía?

—¡HAY UNA LUZ ALLÁ ABAJO! —gritó Vainilla, y Naim descendió—. Parece que estamos yendo precisamente hacia allí.

La tierra se fue haciendo más reconocible. Naim bajó hacia un pequeño claro iluminado.

—Tenemos que agarrarnos muy fuerte, ¡nuestra salvadora va a aterrizar! —advertí.

Así fue. Cuando estuvimos encima del claro, las alas del dragón empezaron a batir con rápidos y potentes golpes hacia delante; cuando alzó el cuello, hubo un momento en el que no pudimos ver nada. Finalmente, las enormes patas tocaron el suelo y el cuerpo de Naim se relajó. Después de un último aleteo, cerró sus alas y entonces vi la luz que nos había guiado:

—¡Es la tía Tomelilla! —gritaron las niñas.

Estaba de pie en medio del claro, severa como la noche sin luna. Naim extendió lentamente un ala, y Vainilla y Pervinca se deslizaron hasta sus pies.

Mientras corrían a abrazarla, un gran viento nos embistió de nuevo. Naim había reemprendido el vuelo y se marchaba. «Ni siquiera le he dado las gracias», pensé.

—¡Lo he hecho yo por ti! —dijo Tomelilla con una sonrisa.

—¿Dónde está tu sombrero, Vainilla?

—Lo... lo he perdido, me temo.

—Y te has hecho daño... Ven, vamos a casa.



Esa noche, en sus camas, las niñas hablaron largo rato. Para consolar a su hermana, y quizá distraerse, Pervinca leyó unas páginas del *Libro Antiguo*.

—¿Te acuerdas dónde lo dejamos? —preguntó Babú.

—Cuando Duff va hacia la playa dejando a Scarlet-Violet con un palmo de narices y a Mentaflorida convertida en mariposa.

—A lo mejor, Menta ha conseguido volver a ser una niña.

—Ahora habla de eso, escucha...

Del Libro Antiguo



La cueva de las Hadas

Después del incidente con Duffus, Scarlet-Violet llevó a Mentaflorida a un claro tranquilo y resguardado. Y allí esperó pacientemente a que su amiga volviera a su forma original...

—¿...Así?

—Así eres una libélula.

—Y... ¿así?

—Un colibrí.

—¿...Así?

—Un rruiseñor... Menta, concéntrate. Debes volver a ser una chica. Piensa en cómo eres...

¿Recuerdas qué forma tienes?

—Uff... ¿Así?

—Así eres una mariquita.

—Pues he progresado. Es que pienso en mis pecas...

—Muy bien, entonces piensa también en el resto.

—¿Aaa... sí?

—¡Esta eres tú! Pero, espera, hay algo distinto en ti... ¡la nariz! Tú tienes la nariz un poco como de patata.

—¿...Y ahora?

—¡Ahora! Déjame ver la tripa... ¡Falta el lunar!

—Lo sé.

—¡Y un cuerno lo sabes! ¿Qué es lo que te he dicho esta mañana?

—Que si gritaba otra vez me metías un ratón en la boca.

—¡Eso no! Después, mientras desayunábamos...

—Uff, que no podemos interferir en la naturaleza de las cosas, ¡pedazo de latosa! Está bien, me has convencido, ¡a mi tripa, como salido de una paleta, vuélvame mi lunar de color violeta!



Las chicas llegaron a la cueva bastante tarde. La larga fila para poder entrar llegaba hasta el

punto sobre la cascada, mientras adentro las madres, hijas y hadas se agolpaban para dar los últimos retoques a los Trajes de la Responsabilidad.

Parecía un día de mercado...

—¿De quién es este vestido?

—¡Necesito otro hilo de plata aquí!

—¿Puedes apartarte de la pared de hielo? Todos tenemos que mirarnos, ¿no crees?

—He perdido la aguja, cuidado, hay una por el suelo...

—Deprisa, ¡no queremos cumplir los diecisiete aquí afuera!

—Mollis Acanthus, ¡tu vestido está listo!

—¿Dónde te habías metido, niña? Te he buscado por todas partes —exclamó Madama de los Senderos, la madre de Mentaflorida, que apareció entre la multitud.

—Nosotras... hemos ido a que nos peinara la bruja Columbina y luego...

—¡Y luego te han raptado los murciélagos! ¡Tus trenzas son un desastre! ¿Dónde has dejado las babuchas?

—En casa, he salido sin ellas. ¿Has traído mi vestido?

—Sí, tesoro, pónelo. Así las hadas verán si hay algún arreglo que hacer.

Scarlet-Violet miró a su alrededor:

—¿Habéis visto a mi madre, Madama de los Senderos? —le preguntó.

—No está aquí, querida, y ahora que lo pienso, tú tampoco deberías estar. Ya sabes cómo es, no soporta el jaleo, por eso ha mandado llamar a un hada para que tú te pruebes el vestido en casa.

—Tenía que haberlo imaginado —resopló Scarlet-Violet—. Entonces me vuelvo a casa. Nos vemos dentro de un rato, Menta...

—Oh, no —respondió Mentaflorida—, no es husto, no puedo probarme el vestido sin ti, y tú tampoco, ¿verdad? Si me esperas, te acompaño. Me doy mucha prisa, ¡lo huro!

En ese momento, la cueva se vio inundada por el grito de una chica:

—¡MI VESTIDO HA DESAPARECIDOOO!

—Y a continuación otra:

—¡MI VESTIDO SE HA VUELTO AMARILLOO!

—Y otra más:

—¡EL MÍO ES TRANSPARENTEEE!

—¿Qué ocurre aquí? —intervinieron las madres—. ¿Quién ha lanzado estos hechizos?

Scarlet-Violet levantó los ojos: ¡ahí estaban! Apostados en la cueva, unos cuantos chicos reían a más no poder.

—Menudas cosas se os ocurren. ¡Marchaos de ahí! —gritó Scarlet-Violet.

—Cómo no, madrecita, si lo dices tú... ¡Ja, ja! —rieron.

—¡Los hermanos McLoad! ¡Era de suponer! —comentó una de las madres—. Y Crocus Pills y Elderberry Barks... ¡Os hemos reconocido, sinvergüenzas! Bajad o mando llamar a vuestros padres.

La única respuesta de Sándalo McLoad fue señalar a un grupo de chicas:

—¡Traje de la Responsabilidad, al instante desaparece, y tú, debutante, en ropa interior

aparece! —ordenó riendo a carcajadas.

—¡AHHH! —gritaron las chicas.

—Y más aún: Vestido blanco de debutante, ¡conviértete en un fuego crepitante! —dijo su hermano Alcornoque muerto de risa.

—¡SOCORRO! ¡ABRASA!... ¡Ay! —gritaron las chicas.

—¡ALCORNOQUE MCLOAD! MÉTETE ESOS PODERES TUYOS DONDE NO...

—¡SCARLET-VIOLET, POR AMOR DEL CIELO! —intervino la madre de Mentaflorida—. No empeoremos la situación.

—¡Pero no podemos dejar que nos traten de esta manera! —protestó Scarlet-Violet. Y mientras lo decía se volvió hacia sus compañeras y lanzó el grito que todas, o casi todas, estaban esperando—: ¡AL ATAQUEEEE!

Las jóvenes brujas no se lo hicieron repetir y rápidamente pagaron al enemigo con su misma moneda:

—¡Zarzas y zarzajos, envolved las piernas de esos muchachos! —ordenaron.

—¡AYAYAY, AYAYAY! —gritaron los chicos.

—Vestido tan querido, vestidito, ¡de chocolate serás un caramelito! —replicó el enemigo.

—¡AH, ESTOY TODA SUCIA! —gritaron las chicas.

—¡Que los calzones desaparezcan al instante y los calzonazos enseñen los calzoncillos! —intimaron las brujas.

—¡Viento, vientecito de primavera, cárgate de agua y vuélvete chubasco! —respondieron los magos.

—¡NO, AGUA NOOO!...



En fin, que a pocas horas de la Fiesta de la Responsabilidad se desencadenó la más estúpida e infantil de las batallas. Mientras las hadas trataban de poner a resguardo los vestidos que aún podían llamarse así, dentro y fuera de la cueva todo volaba, chorreaba, desaparecía o se transformaba. Algunas chicas lloraban, otras se lamían el chocolate de los brazos, otras se divertían lanzando indignos hechizos a diestro y siniestro... Un verdadero desastre.

Una voz que se alzó entre las demás trajo la calma.

—¡BASTA! —gritó Roseto Pimpernel.

Los chicos y las chicas se detuvieron y todos los objetos que volaban cayeron al suelo. El hermano de Scarlet-Violet avanzó entre ellos con una expresión que daba miedo. Era mucho mayor que Scarlet-Violet y en el pueblo todos le temían, ya que daba gran valor al respeto y no dudaba en recurrir a medios muy hábiles para imponerlo. Era de carácter imprevisible y a menudo se dejaba llevar por feroces arranques de ira; por ello, pese a ser muy culto y guapo, era un hombre solitario y no tenía amigos.

—¿Os parece manera de comportaros? —dijo—. Pedazos de gusanos inútiles e indisciplinados. ¡Yo sí que sabría domesticaros! Y tú... —dijo dirigiéndose a Scarlet-Violet,

cargando su voz de desdén—... tú eres el deshonor de nuestra familia. ¡Sal pitando para casa!

—¡Espera! —exclamó Mentaflorida—. Voy contigo.

—¡Mentaflorida! —silbó su madre.

—Es mejor que no, Menta —la detuvo Scarlet-Violet.

—Pero ¿por qué? No hacemos ningún mal y hoy es un día tan importante para nosotras...

—¿No has oído a tu madre? —la reconvino Roseto—. Si fuera usted, Madama de los Senderos, enseñaría a su hija a obedecer sin rechistar. Y hasta a hablar como conviene a una muchacha de su edad, ¡si no, dudo que alguien quiera casarse con ella!

Y diciendo esto, Roseto agarró a su hermana de un brazo y salió de la cueva.

Vainilla herida



Por suerte, ahí estaba el Libro Antiguo para hacernos olvidar los malos recuerdos.

Habían pasado dos días desde el asalto. El mago médico había prescrito a Vainilla unos días de reposo, así que estábamos tumbadas las tres en su cama, leyendo y dibujando. El susto había sido tan grande que no teníamos ningunas ganas de salir. ¡Incluso de la habitación! Para consolarnos, mamá Dalia nos traía bandejas llenas de exquisiteces: chocolate caliente, tarta de miel, guirlache, galletas y requesón, pan y mermelada de castañas... Por su parte, Cícero seguía de cerca el estado de la pierna de Babú:

—¿Te duele aquí? ¿Y aquí? ¿Puedes hacer así?...

—No deberíais mimarlas tanto —había oído decir a Tomelilla—. En el fondo, ¡han desobedecido las normas!

—Sólo Vainilla, y por ir detrás de su sombrero —nos había defendido Dalia—. Ya sabes cómo es Babú, ¡no soporta perder nada!

—Tendrían que haber pedido ayuda en vez de correr fuera de la muralla.

—¡Pervinca lo hizo! ¿Acaso no pidió ayuda al Capitán Talbooth? ¿Y no vino él a llamarte a ti?

En cuanto a Felí, cumplió con su deber, pobre hadita. ¿Por qué estás enfadada con ella?

—¿Quién ha dicho que esté enfadada con Felí? Sólo digo que si cada vez que se meten en problemas, las vais a consolar así, adiós muy buenas, nunca aprenderán. Además, no creáis que no he pasado miedo. No hago más que pensarlo: la manada, esas voces que todavía se oyen y que vienen de los bosques... Ah, ¡cómo me gustaría que todo hubiera acabado! —Y tras decir esto, Tomelilla bajó a la Habitación de los Hechizos y allí se quedó hasta bien entrada la noche. Desde que habíamos vuelto a casa, no me había llamado para la Hora del Cuento. Disgustadínfelizdemí, ¡qué mal me sentía!



—¿Habéis notado que Mentaflorida y su madre tienen el mismo apellido que nuestra madre y tía Tomelilla? —comentó Pervinca.

—Sí. Y tú, ¿has notado que Mentaflorida tiene un lunar color violeta en la tripa, precisamente como el tuyo? —respondió Vainilla.

—Y qué creéis, ¿qué Mentaflorida es una antepasada nuestra? —preguntó Vi.

—Yo creo que sí —dijo Babú—. Fíjate también en nuestra nariz... De patata, ¿no?

—Pero en el carácter, Mentaflorida me recuerda un poco a Shirley.

—Tienes razón, y un poco también a Flox. Y Duffus me recuerda a Grisam...

—Bueno, puesto que tienen el mismo apellido, Duffus debió de ser pariente suyo.

Alguien llamó a la puerta de casa. Dalia abrió, después cerró y subió la escalera de nuestra habitación:

—Han llegado los deberes, queridas mías —anunció al entrar.

—No podemos hacerlos —dijo Vainilla—. Estamos adoloridas y muy asustadas todavía.

—Venga, venga —dijo Dalia—, ya es hora de que volváis al trabajo. Dentro de un par de días regresaréis al colegio y no podéis ir retrasadas.

—¿Quién los ha traído? —pregunté.

—El hada Devién, y me ha dicho que te salude. Hala, que se os dé bien.

Pervinca dividió los deberes entre su hermana y ella:

—¡Cuántos! —descubrió desolada.

—¡Eh!, ¡aquí hay una notita! —exclamó Vainilla—. ¡Es de Flox! Dice que esta tarde vendrá a dar clase de magia con nosotras. ¡Aquí!

—No sabía que hubiera clase de magia esta tarde —dije.

—Os manda saludos y dice que en el colegio no se habla de otra cosa que del asalto y... ¡de nosotras! ¡Uau!

De repente vi a Pervinca sonriendo al abrir otra notita.

—¿Y esa? —pregunté—. ¿También es de Flox?

—No —respondió Pervinca volviendo a doblarla.

—Ah, entonces es de Grisam —dijo Vainilla con una vocecita estúpida—. ¿Qué cuenta?

—Cosas mías.

—Claro. Pero al menos podrías decirnos si él también va a venir a la clase de esta tarde.

—No, no creo. Sus padres prefieren que estudie magia en su casa con su tío Duff.

—¿Sobré qué creéis que será la clase de hoy?

—No lo sé —dijo Pervinca—. ¡Pero imagino de qué irá el rapapolvo de tía Tomelilla!

¡No se sale del pueblo!

Tomelilla lo había escrito diez veces en la pizarra:



—Ya sabemos de qué trata la lección —susurró Pervinca a su hermana.

—¿Qué magia es? —preguntó Flox. Había llegado a nuestra casa acompañada por su tía Hortensia. Después de haber hecho mil carantoñas a las niñas, se habían puesto el uniforme de aprendices de brujas y habían bajado a la Habitación de los Hechizos.

—No es una magia —dijo Lala Tomelilla—. ¡Es una orden!

—Ay —murmuró Flox.

—¿Cómo os tenemos que decir que ya no basta con que os mantengáis lejos de los lugares prohibidos? —prosiguió Tomelilla—. ¿Que el Enemigo está fuera de la muralla? Y algunos dicen que incluso dentro. Han encontrado huellas de extraños animales en los jardines y hay cosas que han desaparecido.

—¿Qué cosas? —preguntó Pervinca.

—Barcos, por ejemplo, y las redes de Meum McDale, el portón del viejo ayuntamiento, la valla de los Thymus, los postigos del faro, la manada entera de los Bugle y casi todos los utensilios del herrero y los del leñador McDoc. ¡Y muchos árboles!

—¿¿Ha desaparecido Roble??

—No, él no, por fortuna.

—¿Y qué hace el Enemigo con esas cosas?

—Mejor que no os lo diga —contestó Tomelilla sacudiendo la cabeza.

—Nosotras hemos visto una manada —dijo Vainilla—. Bueno, para ser sincera, Felí y yo sólo la hemos oído. Pervinca, en cambio, la ha visto de verdad.

—Lo sé, pero, si no me equivoco, no eran vacas como las de los Bugle, ¿verdad, Pervinca?

—Parecían lobos, grandes lobos negros, casi tan grandes como caballos.

—¡Esto no nos lo habías dicho! —exclamó Vainilla.

—No quería asustaros —dijo Pervinca.

Noté cómo se aflojaban mis antenas:

—Es culpa mía —dije—. No debí permitir que salieran.

—Entonces, ¿así tienen que ser las cosas? ¿Tenemos que prohibiros que salgáis de casa para salvaros la vida? —inquirió Tomelilla. Su tono era un poco más dulce y ya no tenía los ojos en forma de plumero (¡se le ponían así cuando regañaba a las niñas!).

—No, tía —dijo en voz baja Vainilla—. Lo hemos entendido, pero Pervinca no tiene nada que ver. Es más, ella me salvó la vida. Fue muy valiente.

—Sí, también lo sé —dijo Tomelilla— y te estoy muy agradecida, Vi. Pero fue toda una imprudencia. No lo vuelvas a hacer. Ahora, por favor, sacad los cuadernos de magia: vamos a aprender a distinguir a un animal de verdad de un Mágico convertido en animal.

Tomelilla borró la frase de la pizarra y escribió el título de la lección:



—¿Cómo se sabe si un animal es un mago transformado? —preguntó Flox.

—Tenéis que decírmelo vosotras. Yo sólo os daré algunas pistas y deberes que hacer.

—¿Y es útil saberlo? —preguntó Vainilla, mientras su tía le ponía sobre la mesa un gran sapo marrón.

—Oh, sí —contestó Tomelilla—. ¡Y sobre todo en estos tiempos! Los emisarios del Enemigo usarán cualquier camuflaje y se transformarán para entrar en el pueblo y poder acercarse a nosotros. Tenéis que ser capaces de reconocerlos, adopten la forma que adopten. Hoy empezaremos con la forma animal, mañana trataremos la vegetal, y así.

—¡Oh, no! —exclamó Fox—. ¿Por qué me habéis dado a mí un ciempiés? ¡Odio los ciempiés!

—No tienes que ser su amiga, Flox, sólo contarle las patas: si tiene más de sesenta, muchas más, entonces es un mago transformado.

—¿Y cómo es que no tienen cien pies los ciempiés?

—¡Ni soñarlo!

—Y yo, ¿qué tengo que hacer con este caracol? —preguntó Pervinca.

—A ti te he asignado el letargo, Vi; asegúrate de que ese caracol está de verdad dormido y tiene frío, y no lo está simulando.

—¿Y cómo lo hago?

—Bueno, en esta estación su único deseo tendría que ser estar bajo tierra al calor y dormir profundamente dentro de su casita. Intenta impedirselo y verás lo que ocurre.

—Si me gastaran a mí una broma como esa, mordería —masculló Pervinca.

—¿Ves?, eso ya es una buena señal —se burló Tomelilla—, ¡ellos no muerden!

Vainilla, mientras tanto, había tratado de besar al sapo, pero el bicho no había querido saber nada y todavía se estaban peleando:

—¡Santo cielo, Babú! ¡Así no! —intervino Tomelilla—. Los sapos odian que los besen.

—Vale, ¡entonces puedo decirte con seguridad que esto es un sapo! —dijo ella perdiendo la paciencia.

—Sí, pero esa no es la manera. ¡No podemos ir por ahí besando a todos los sapos del valle!

—Y entonces, ¿cómo se hace?

—Hay un sistema: por ejemplo, trata de observarlo atentamente mientras captura una presa...

Las niñas dejaron la Habitación de los Hechizos medio divertidas y asqueadas.

Antes de salir, Pervinca le dio las gracias a Tomelilla por el *Libro Antiguo*.

—Me está gustando mucho —dijo—. Tendría que preguntarte muchas cosas.

—Me lo imaginaba —sonrió Tomelilla—. Adelante, pues.

—Para empezar, ¿Viccard y Duffus Burdock eran antepasados de los Burdock que conocemos?

—Sí.

—¿Y es pura casualidad que el guardián del faro se llame Viccard, como el padre de Duffus?

¿O él es también un descendiente suyo?

—No creo que Viccard esté emparentado con los Burdock. Su nombre aparece a menudo en nuestra historia, como Duff, o Duffus, o Scarlet...

—¡Ah, precisamente ella! —exclamó Pervinca—. Parece increíble que la Scarlet que conocemos nosotras lleve el mismo nombre que un personaje histórico tan hermoso y especial como Scarlet-Violet, ¿no te parece, tía?

—Pues sí.

—¿Y Mentaflorida fue una antepasada nuestra? —preguntó Vainilla, y Tomelilla sonrió:

—Veo que estáis haciendo una lectura en grupo... Me parece muy bien. ¿Tú también participas, Felí?

—Sí, y se me ocurren muchas preguntas que haceros —dije mirándola a los ojos.

—¡Lo sé, Felí, lo sé! Dame aún un poco más de tiempo.

Al subir para volver a nuestra habitación, Flox preguntó a Pervinca por el libro:

—¿Hay alguien que se llame como yo en tu Libro Antiguo?

—No, pero hay una chica que tiene un poco tu mismo carácter.

—¿De verdad? Si tía Hortensia me deja dormir aquí, ¿podré leerlo con vosotras?

—Claro...

Del Libro Antiguo



Un corazón de héroe

—**U**n desastre, eso es lo que va a ser —sentenció Viccard Burdock, el padre de Duffus—. Si le obligo a participar, perderá en todos los juegos para desafiarme, y si no le obligo... el deshonor caerá sobre nuestra familia.

—¡Habla con él! —sugirió su hermano Grisamold—. Llegad a un acuerdo...

—A un compromiso, querrás decir. ¡Con un mocoso de dieciséis años! ¿Y después, según tú, cuántos tendré que aceptar? Soy su padre, tengo veinte años más que él, soy yo quien decide lo que es justo ¡y sin compromisos!

—Viccard, eres mi hermano mayor y te respeto, pero tú mismo lo has dicho: obligarle no servirá de nada.

—No, en efecto. De todos modos, prefiero verle perder compitiendo antes que permitirle renunciar. Tal vez sea como dices: quizá Duffus es un iluminado, quizá sea verdad que sabe cosas que nosotros no sabemos. Yo no he estudiado tanto como tú, Grisamold; soy tosco, ignorante, pero no estúpido. Yo también veo en sus ojos esa luz, sé que es inteligente. Pero tiene que reconocer que ha sido también muy afortunado. Por sus venas corre la sangre de los Burdock. ¿De quién cree que ha heredado ese valor? ¡De mí! ¿Y ese noble aire de guerrero? ¡Son cualidades de los Burdock! Él tiene que ser un ejemplo para los demás. ¡Ha nacido para guiarlos!

—Y lo hará —continuó Grisamold con emoción—. ¡En los momentos decisivos los guiará, no te preocupes!

—Los momentos decisivos son también los que nunca querrías que llegaran, los que no comprendes del todo, los que te hacen sentirte a disgusto —dijo Viccard Burdock—. Duffus participará en los juegos, lo quiera o no. Y no tengo nada más que decir.



En la playa, entretanto, los preparativos proseguían con gran empeño. Entre las brujas organizadoras estaba Ana Burdock, la madre de Duffus.

—Ana, tesoro, creo que está llegando tu hijo —avisó una bruja sin disimular su ironía. Ana no le hizo caso. Todos empleaban ese tono cuando hablaban de su chico. ¿Y cómo quitarles la razón? Duffus vestía de una manera excéntrica, era difícil comprenderle y se encendía como una hoguera

cuando hablaba de igualdad, libertad, tolerancia, colectividad, respeto y otras rarezas por el estilo. Deseaba que hubiera leyes que regulasen el uso de los poderes y normas, en su opinión indispensables para la convivencia. De sus labios salían grandes palabras como «organización», «estructura», «jerarquía», «códigos».

Los más ni siquiera lo escuchaban; quien parecía prestar atención a sus discursos, en realidad lo miraba divertido sin entender ni una palabra. Sólo Scarlet-Violet lo tomaba en serio y a menudo estaba de acuerdo con él. Pese a ello, los dos terminaban siempre discutiendo. «¡Mimada, orgullosa y vanidosa!», le recriminaba él. «Testarudo, obstinado y soñador», le reprochaba ella. Y adiós muy buenas tolerancia, diálogo, etcétera, etcétera.

Entre los adultos, pocos entendían el fin de aquellos discursos, pues los Mágicos de la región se consideraban libres como el aire y, aparte de Roseto Pimperl, iguales y tolerantes los unos con los otros. Nadie mandaba sobre nadie, y todos obedecían a un único jefe, el mismo desde hacía siglos, que no daba órdenes sino consejos precisos y muy sensatos. Había también algunos auténticos sabios, de carne, hueso, artritis y bastón: el más joven tenía 6567 años. El Consejo estaba compuesto por seis, pero, a causa de la edad, tres eran más como niños que como sabios. Por eso, en cierto sentido, había una jerarquía y todo iba como la seda.

No estaba claro a quién o a qué se referían las encendidas arengas del joven Burdock. Quizá a las criaturas del Pequeño Pueblo, pues algunas de ellas habían sido sometidas por los magos y las brujas. Pero nadie se había quejado nunca, y por lo demás, ¿no eran los trabajos de precisión más adecuados para las hadas? Y los más pesados, ¿no eran coser y cantar para los forzudos gnomos? ¿De qué hablaba ese bendito muchacho?

Ni siquiera Ana entendía bien a su hermoso hijo, pero confiaba en él y, a veces, tenía incluso el presentimiento de que Duffus llegaría a ser algo grande. Viéndolo llegar tan abrigado a la playa, no pudo evitar sonreír y suspirar:

—¿Qué traes hoy en la cabeza, Duffus querido?

—¿Por qué, no es invierno? —respondió él tomándole el pelo. Ana sonrió de nuevo—. No estoy loco, si es lo que piensas. Tengo escalofríos, quizá un poco de fiebre... —la tranquilizó.

—Deja que te toque... —Ana quiso apoyarle los labios sobre la frente, pero Duffus se apartó.

—¿No me crees?

—Siéntate a la sombra entonces. Voy a prepararte una infusión de melisa. ¿Qué llevas en ese saco?

—La ropa para esta noche —contestó.

La bruja emitió un suspiro de alivio:

—¡Ah, entonces vas a venir! —dijo haciéndole una caricia—. La fiebre no es un pretexto para... quiero decir...

—No, no es un pretexto. Voy a entrenarme con los demás.

—¡Bravo, Duffus! Me alegra que hables así. Temía que enfadaras a tu padre, pero veo que quieres ser razonable. Ya verás como al final te divertirás como todos los demás.

—No, mamá, no como los demás —la corrigió Duffus—. ¿Hay algo de comer?

—¡Mira a tu alrededor y escoge tú mismo! —dijo Ana Burdock indicando orgullosa los

mostradores dispuestos en forma de U en la playa y que ella, con mucho entusiasmo, había ayudado a disponer—. En esas cestas de ahí hay incluso manzanas.

Duffus se llenó los bolsillos de la bata, dio un beso a su madre y se alejó. Desde lo alto de las dunas preguntó:

—¿Sabes que tiempo hará?

—Serenos, mi amor. El mago Hibiscus ha dicho que esta tarde la luna y las estrellas nos contemplarán. Será precioso, Duffus, precioso...

La visita de las hadas



La luna se había puesto hacía poco.

Pervinca había leído el Libro Antiguo en voz alta para Flox y Vainilla hasta que los ojos se le habían cerrado solos; luego, las tres se habían dormido tranquilas. Me acompañaba el silencio y miraba hacia fuera a través de los cristales empañados por el frío cuando entreví unos resplandores. Las hadas estaban de ronda. Abrí la ventana.

—¡Devién, Pic, Talosén! —llamé en voz baja.

—¿Eres tú, Felí?

—Sí. Decidme, ¿qué noticias hay?

Se acercaron, una a una, un poco torpes por el frío.

—¡Brrrr! Déjanos entrar un momento para calentarnos, Felí, menudo frío hace aquí afuera —dijo Pic.

—Venid aquí, cerca de la estufa... ¿Entonces, habéis visto algo?

—No, por suerte esta noche todo está tranquilo, pero sopla un viento muy desagradable. ¿Sabías que Viccard, el guardián del faro, ya no quiere estar solo allá abajo? Tiene miedo. Figúrate, ¡precisamente él!

—Dice que alguien llama a su puerta todas las noches.

—Sospecho que es verdad... —dije.

—Después del último ataque, todos viven aterrados.

—Oh, no creo que el asalto de la otra noche haya empeorado las cosas —dijo Devién—. Más bien, las huellas en los jardines y las voces horribles que se oyen por la noche, y los robos... son cosas que asustan.

—Sí, tienes razón. Ayer hasta el arado de los Coclery desapareció.

—¿Y qué hace el Terrible 21 con un arado, las redes, los postigos del faro, la manada de los Bugle...? Tomelilla no ha querido decírnoslo.

—Hierro, madera, redes, cuerdas, comida... ¿te dice algo esto? ¡Armas y trampas, Felí! Y comida como para alimentar a un ejército.

—¡Saltabatalla, es verdad!

—Y lo más estúpido es que algunos, en vez de atribuir los robos al Enemigo, han empezado a culparse entre ellos.

—¿Cómo es eso? ¡Pero si en Fairy Oak todos se conocen desde hace siglos!

—Pues mira, ¡Tulipa Oban ha acusado a Talbooth de haberle robado la dentadura!

—¿Y es cierto?

—No, claro que no, pero esto te muestra hasta dónde ha llegado la desconfianza. No veas cómo le atacó el domingo delante de todos, en la plaza.

—¿Y Talbooth?

—Al principio trató de defenderse. Pobrecillo, incluso le enseñó su boca desdentada, pero Tulipa seguía gritando, así que Talbooth salió con su barco y no lo volvimos a ver hasta ayer por la tarde.

—Y si vieras las calles del pueblo, Felí, ¡vacías!

—Nadie se detiene ya a charlar con nadie, ni siquiera con Roble. Qué solo está.

—¡Ah!, a propósito, se niega a perder las hojas.

—¿Otra vez? Creía que ya se le había pasado.

—Oh, no. Sostiene que con las hojas combate mejor al Enemigo. Que los latigazos de sus ramas con hojas son más eficaces, y nadie logra convencerlo de lo contrario.

—Pobre Roble, incluso él se siente amenazado. ¿Y cómo se lleva con el otoño?

—¡Se pelea con él! Y cada vez que pierde una hoja, primero llora y se desespera; después, intenta convencer a algún joven Mágico de la Luz para que la vuelva a hacer crecer. No te rías, es algo muy serio.

—Tienes razón, Pic, perdona. Mañana trataré de hablar con él.

—Y luego están también los niños...

—¿Qué niños? —pregunté preocupada.

—¡Todos los niños! Son insufribles, ya no nos soportan y escapan a nuestro control.

—A propósito de niños, ¿tenéis noticias de Shirley Poppy? Hace tanto que no la vemos y, después del ataque al faro de Aberdur, estamos un poco preocupadas. Ocurrió tan cerca de su casa...

—Verla, no —respondió Talosén—, pero hemos oído hablar de ella.

—Cotilleos, no vale la pena contarlos —dijo Pic alzando los hombros.

—¡Al contrario! Si os habéis enterado de que está en peligro, quiero saberlo —dije.

—Oh, no en más peligro que todos nosotros, querida. No más que todos nosotros. No, los cotilleos se referían a su... aspecto.

—¿Y quién tiene tiempo para cotillear sobre el aspecto de una niña, mientras el Enemigo asedia el pueblo día y noche?

—¡Adelaida Pimpernel!

—¡Esa arpía arrugada y buscalíos! —exclamé—. ¡Pero, claro, tenía que haberme imaginado que era ella!

—Shhh, baja la voz o despertarás a las niñas —susurró Devién.

Demasiado tarde.

Pervinca se había erguido apoyada en los codos y nos miraba por las rendijas de sus ojos:

—¿Qué ocurre ahí? ¿Qué estáis tramando vosotras las hadas?

—Nada, tesoro. Duerme tranquila.

—¿Dormir? He oído lo que habéis dicho. Estáis hablando de Shirley.

Pervinca se levantó de la cama arrastrando con ella la manta.

—¿Quieres bajar la voz, por favor? —dije—. Son las tres de la madrugada, vuelve a dormirte.

—No puedo, si habláis os oigo y, si os oigo, no consigo dormirme.

—Está bien, entonces vamos todas a dormir.

—No, no, espera, quiero saber qué pasa con Shirley —insistió.

—¡Chitón! ¿Quieres despertar a todo el mundo?

—¿Qué ocurre? ¿Quién grita? —bufó Flox medio dormida.

—Vaya... ¡perfecto! Ahora se despierta la otra Bruja de la Oscuridad, ¿pero es que tenéis todas el sueño ligero?

Cuando Flox vio a su hada, saltó fuera de la cama y corrió a saludarla.

—¿Te estás portando bien? —le preguntó Devién.

—Muy bien —respondió Flox—. Pero me olvidé el camisón y Vi ha tenido que prestarme uno de los suyos.

—Oh, Flox.

Mientras, Pervinca se había acercado a la cama de Vainilla.

—Babú, ¡despiértate! —le susurró.

—¿Es preciso despertarla también a ella? —pregunté.

—Claro —contestó Vi—. Shirley es sobre todo amiga suya. ¡Despierta, despierta, Babú! —susurró más fuerte.

—Yo no insistiría —dije—. Todavía es de noche y las Brujas de la Luz a esta hora duermen profundamente. Ella, además, hasta que no ve luz... ¿Qué hac...? ¡No...!, ¡aparta!, ¡déjame!

—Muy bien, Felí, me has dado una magnífica idea —exclamó Pervinca agarrándome por las alas—. Mira la luz, Babú... Mira la luz... —dijo moviéndome ante los ojos de su hermana como una linterna.

—¡Ultrajofensa! ¡Qué modales! —protesté—. Si me lo hubieras pedido gentilmente, lo habría hecho por propia voluntad.

Vainilla abrió un ojo:

—¿Qué... hora es? —balbució.

—¡Las tres de la madrugada! —respondió Vi arrastrándola fuera de la cama—. Perdona, Babú, pero la única manera de despertarte era haciéndote creer que era de día.

—¿Y por qué me has despertado? Todo está oscuro ahí fuera y yo... umm... tengo sueño.

—No, no vuelvas a dormirte. Las hadas están hablando de Shirley Poppy, tú también tienes que oírlo.

—¿Las hadas? Anda, mira, las hadas. Buenos días, quiero decir... buenas noches. ¿Habéis encontrado mi sombrero?

—Shhh, escucha.

—Quizá no ha sido buena idea venir —comentó Devién.

—Ni rastro, Babú, lo siento —dijo Talosén.

—Vaya, qué pena... Entonces, ¿por qué estáis aquí?

—Esa antipática, la mujer del alcalde, cotillea a espaldas de Shirley —le dijo Pervinca.

—¿CARADEFAISÁN? ¿Y POR QUÉ?

—¡Cierralabocapesteazul! Habla en voz baja —susurró Pic—. La Pimperl no es la única que

cotillea. El otro día, al acompañar a las niñas al colegio, oí a Pétula Penn hablando con la mujer del herrero, y decían que Edgar Poppy debía de tener dos monedas de oro sobre los ojos por no darse cuenta de lo extraña que es su hija. Y una de las dos, no recuerdo cuál, añadió incluso que Shirley viste como una andrajosa y que, si no fuera con esa «rata» —así la llamó— en el hombro, todos estarían más contentos y a lo mejor hasta se olvidaban de su «originalidad»; usaron exactamente esa palabra, «originalidad», pobrecita.

Devién movió la cabeza:

—Estás cotilleando, Pic —dijo apartando el tintero de las manos de Flox.

—¡Nada de eso! —se defendió—. Sólo estoy contando algo que ha pasado.

—Estás contando algo que no te concierne y una conversación en la que no participabas: ¡estás cotilleando!

—Me habéis pedido vosotras que lo contara... yo...

—¡Estás cotilleando! —insistió Devién.

—Vale, está bien. ¡Entonces me callo!

—No deberían hablar mal de Poppy, es una buena chica, no son andrajos... —murmuró Vainilla. La noticia la entristeció mucho. Pervinca, en cambio, estaba hecha una furia:

—¡Cierta gente no debería tener derecho a hablar y punto!

—Quizá sea culpa del Terrible 21 y de este mal ambiente. Todo el mundo está tan nervioso e irritable... —susurró Talosén. Pero Pervinca no estaba de acuerdo:

—La madre de Scarlet siempre ha sido una grandísima cotilla, incluso antes de que llegara el Enemigo.

—Incluso su hija, si vamos al caso —añadió Flox.

—Exacto, su hija también. Nuestro deber, ya que ahora sabemos lo que van diciendo por ahí, sería intervenir para defender el honor de Shirley y de su familia.

—¿Y cómo pensáis hacerlo? —pregunté.

—¡Protestaremos! —respondió Vi—. ¡Escribiremos una carta!

—¿A quién?

—¡Al alcalde!

—¿Para decirle qué? ¿Que no queréis que su mujer se meta en las vidas de la gente de Fairy Oak?

—¡No a costa de los Poppy!

—¡Escribámosla ahora mismo! —exclamó Vainilla entusiasmada.

—Creo que el alcalde tiene cosas más urgentes estos días —dije—. No hace falta tanta prisa.

Ahora volved a la cama, y mañana, con la mente despejada, hablaremos de nuevo.

La cita secreta



El viernes, nada más levantarse, las niñas tomaron papel y pluma y se pusieron a escribir la carta de protesta al alcalde Pimpernel:

«Estimado señor padre de esa remilgada de su hija y marido de esa cara de faisán de su mujer...».

Con sólo dos líneas escritas y ya se estaban revolcando de risa por el suelo:

—¡Pues sí que vais a llegar muy lejos así! —dije—. Creía que queríais hacer algo serio.

—Lo será, sólo necesitábamos desahogarnos un poco. Vamos a empezar de nuevo...

—Escribo yo, Vi; tú tienes una caligrafía que no se entiende, y usaré... ¡esta pluma! —

Vainilla tomó una hoja y, de su preciosa colección de gomas, gomitas, lápices, lapiceritos, plumas y plumillas, eligió la pluma más bonita.

«Estimado Sr. Alcalde...».

Escribieron toda la mañana: borrarón, arrugaron varias hojas y empezaron una y otra vez. Al final...

—¡Lista! —declaró Vainilla muy satisfecha.

—¿Puedo leerla? —pregunté.

—Si quieres...

—¡Pero si no es para el alcalde! —dije.

—Hemos cambiado de idea —explicó Pervinca—. Como no podemos ir a verla y no tenemos noticias tuyas...

—¡¡Hemos decidido escribir una carta a Shirley!!

—Pero no sabemos cómo hacérsela llegar.

—Encontraremos una manera, ¡os lo prometo! —exclamé orgullosa.



Entretanto, el tiempo había empeorado y desde primeras horas de la mañana llamaban a la puerta continuamente:

—¿Todo normal, Cícero? —venían a preguntar los habitantes del pueblo—. ¿Había previsto este empeoramiento?

Desde que el Terrible 21 amenazaba el valle, bastaba una ráfaga de viento inesperada para que cundiera el pánico.

Ese día llovía oblicuamente y el mar tenía la barba gris. Todo era gris. Si el mundo se hubiera dado la vuelta, no nos habríamos dado cuenta: el cielo parecía el mar, el mar parecía el cielo y, en medio, agua y viento.

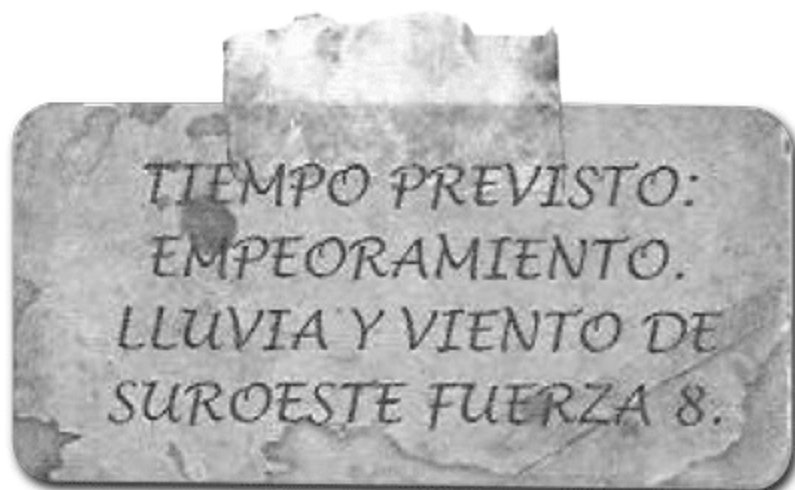
—Todo lo había previsto, ¡marchad a casa tranquilos! —respondía Cícero con amabilidad.

Era una gran persona y un experto meteorólogo. Conocía las nubes por su nombre y sabía decirte, por su forma, si traían sol o borrasca, viento caliente o viento frío, lluvia o granizo. Sabía interpretar las olas y el color del mar, el vuelo de las gaviotas, el perfume del aire, las corrientes, la forma de la lluvia, el temblor de las hojas... Y todas las tardes escrutaba el horizonte hacia el oeste, porque de allí llegaban la lluvia y el viento... naturales. Además, siempre estaba disponible, así que cualquiera que pasara bajo nuestras ventanas, sobre todo en verano, se consideraba autorizado a pedirle consejo: «¿Dónde echo las redes, Cícero? ¿Detrás del Cabo del Romero o en los Escollos Planos?».

O bien: «¿Qué me dice, señor Periwinkle, hacemos la fiesta de las tartas? No va a llover, ¿verdad?».

A mediodía, cansada de responder a la puerta, Dalia colgó un cartel en nuestra cancela.

Decía así:



—Qué aburrimiento de invierno —refunfuñó Pervinca—. No sé qué hacer.

—Podrías hacer los deberes que te ha traído Flox —dije.

Vi me fulminó con la mirada:

—Te odio cuando dices esas cosas. ¡Yo me aburro y me desespero, y tú me hablas de deberes!

—Voy a desesperarte aún más si esta tarde descubres que tendrás que pasarte todo el fin de semana con los libros. Échales al menos una ojeada...

Pervinca tomó el libro de Flox con la expresión más contrariada del mundo. Pero su rostro se iluminó nada más abrirlo por la primera página: había una notita. Estaba muy bien doblada y ponía: «Para Vi». La abrió y encontró estas palabras:



Sin decir nada, Pervinca guardó la nota en su caja de secretos personal y se tumbó sobre la cama a leer. Siempre había sido muy discreta y, en lo concerniente a su amistad con Grisam, lo era especialmente.

—Hoy hay clase de magia —dijo Babú en aquel momento.

Vi bajó el libro.

—¿¿Hoy también?? —preguntó alarmada.

—Sí, espero que no tenga que besar a más sapos o cosas por el estilo.

—¿A qué hora es?

—Me parece que tía Tomelilla ha dicho que bajemos después de la merienda.

—Uf, menos mal.

—¿Por qué «menos mal»?

—Por nada.

A la hora de la comida, sin embargo, los planes cambiaron.

—Hoy va a haber una asamblea de los Sumos Mágicos a media tarde —anunció Tomelilla—. Por ello, vamos a adelantar la clase de magia. Os espero en la Habitación de los Hechizos a las tres en punto.

Pervinca estuvo a punto de atragantarse con un bocado:

—No podemof... ¡Cof, cof! Queremof hafer una cofa... —intentó decir.

—¡Pervinca, no se habla con la boca llena! —la reprendió Cícero.

Vainilla miró a su hermana con curiosidad:

—¿Qué tenemos que hacer? —preguntó.

Conociendo a Pervinca, en aquel momento hubiera estrujado a su hermana gemela.

—Tenemos que... ¡entregar una carta!

—¿Hoy a las tres?

—Sí.

—¿Y a quién, si se puede saber?

—¡A Roble! —contestó Pervinca sin dudarlo. Vainilla estaba cada vez más sorprendida—. La

carta es para Shirley, pero nosotras se la entregaremos a Roble para que se la haga llegar.

—¿A Roble?

—Sí, los árboles se la irán pasando de rama en rama hasta Frentebosque, y así nadie correrá ningún riesgo.

—¡Qué buena idea! —exclamó Tomelilla.

—Y que hermoso pensamiento el haber escrito una carta a Shirley, hace tanto que no la vemos... —añadió Dalia.

—Bueno, en ese caso retrasaremos la lección media hora —dijo Tomelilla—, así podréis ir a la plaza y volver.

—Bueno, no hace falta que vayamos todas —dijo Pervinca—; me acercaré yo, sólo tardaré unos minutos.

—Está bien. Felí te acompañará.

—Con mucho gusto —dije. Sentía una gran curiosidad por saber cómo se desarrollaría todo, en vista de que ni siquiera habíamos hablado de ello.

Pervinca hizo una mueca:

—Gracias, pero puedo ir sola, está aquí mismo...

—Felí te acompañará —insistió su tía.

Pervinca suspiró y esbozó una sonrisa:

—Como quieras, tía.

Diez minutos de mentira



A las tres menos unos minutos, Pervinca daba vueltas por la habitación como un caballito de feria.

—He tenido una buena idea, ¿sabes? Entregar la carta a Roble... ¿Cómo se te ocurrió? —dijo Babú.

—No sé... ¿Qué hora es?

—Las tres menos cinco. Es la tercera vez que me preguntas la hora, ¿qué te pasa? ¿Estás preocupada? ¿Tienes miedo de salir sola? Pero Felí irá contigo y, si quieres, yo también.

—No, tú no.

—Vale, perdona.

—Quería decir... que te necesito más en clase, así tomas apuntes para mí también.

—Creo que tía Tomelilla querrá esperarte para empezar la lección, ¿no?

—Bueno, si es que tardo...

—¡Figúrate! Si a las tres y cinco no habéis vuelto, tía Tomelilla irá a buscaros inmediatamente.

—¡Entreténla!

—¿¿Cómo??

—Impídele que vaya a buscarnos, porque... porque seguro que ya estaremos de vuelta —dijo Pervinca muy nerviosa.

—¡Vainillaaa! —llamó Tomelilla.

—¡Voy! Nos vemos luego. Saluda a Roble de mi parte.

—Sí, hasta ahora —la despidió Pervinca.



—Y ahora, entre las dos —dijo nada más cerrarse la puerta—, ¿me vais a contar qué es lo que está pasando? La carta a Shirley no tiene nada que ver, ¿verdad? Es sólo un pretexto, pero ¿para qué?

—Tengo una cita —confesó Pervinca.

—¿Con Grisam?

—Sí.

—Ya entiendo. ¿Y no podías retrasarla?

—Me ha escrito que se pasaría por aquí hoy a las tres, ¿cómo podía avisarle de la clase? Pero la idea de Roble no está mal; podemos llevar la carta de verdad y, mientras tanto, puedo hablar con Grisam. ¿Qué te parece?

—De esa manera yo me convertiría en cómplice de tu mentira, Vi, no sé si eso me gusta.

—Diez minutos de mentira, Felí. ¿Puede un hada soportar diez minutos de mentira?

Mientras pensaba en la respuesta, la voz de Grisam nos llegó desde la calle.

—¿Qué le digo, Felí?

La miré y me conmovió verla tan guapa con ese vestido de terciopelo azul, con florecitas bordadas, y la bata escocesa que tanto le gustaba. Estaba delante de la ventana y se restregaba las manos.

—Dile que ya bajamos —suspiré.



Hablaron por la calle, caminando deprisa hacia la plaza del Roble, el uno junto al otro.

—Me alegro de verte —le dijo Grisam—. Me enteré del ataque y desde entonces no hemos vuelto a hablar. ¿Estás bien?

—Ahora sí, gracias. Yo también tenía ganas de verte; tengo que hablarte de una cosa, de un libro que estoy leyendo, pero tengo tan poco tiempo...

—Buenos días, niños. ¿De paseo? —los saludó Pétula Penn, la «cotilla». Pervinca no logró contenerse:

—No, señora, estamos escapando para unirnos al Enemigo. ¿Quiere venir usted también?

Por suerte, la anciana señora era un poco sorda:

—¿Cómo? —preguntó, segura de haber oído mal.

Vi iba a repetírselo, pero yo me anticipé:

—Ha dicho que están paseando un poco para olvidarse del Enemigo —dije con una gran sonrisa.

—Ah, muy bien, muy bien —respondió alejándose.

Grisam soltó una carcajada:

—¿Qué tienes en la cabeza? ¿Por qué le has contestado así? —preguntó divertido.

—Porque Pétula Penn es uno de los motivos por los que hemos escrito la carta que vamos a entregar.

—¿Es una de las que han hablado mal de Shirley?

—Exacto.

—Eres terrible, Vi, ¡pero me gustas por eso! —sonrió Grisam.

—Calla, calla, no digas esas cosas —protestó ella.

—¿Por qué? No es nada malo.

—Lo sé, pero, de todas formas, no las digas. Aquí está Roble...

—BUEEENOS DIIÍAS, NIIÍÑOS —los saludó el viejo árbol—. ¿PUEEEDO HACEEER AAALGO POR VOSOOOTROS?

—Madre mía, Roble, ¿qué te ha pasado? ¡Estás todo pelado! —dijo Pervinca.

—OOOH, SIIÍ, NO CONSIGOOO QUE MIIS HOOOJAS SE SUJEEETEN A LAS RAAAMAS.

—Nos gustaría ayudarte, Roble, pero con nuestros poderes lo único que haríamos sería perjudicarte. Pero quizá tú puedas hacer algo por nosotros.

—CON MUUUCHO GUUUUSTO, SI PUEEEDO. ¿QUEEÉ NECESIITAS, JOOOVEN PERIWIIINKLE?

—Tendrías que hacerles llegar esta carta a los Poppy de Frentebosque. ¿Crees que lo conseguirás?

—LOS ÁAARBOLES ESTAAÁN UN POOOCO INQUIEEETOS EN ESTE TIEEEMPO, PERO CONOOOOZCO ALGUUUNOS ROOOBLES DE MI FAMIILIA CON LOS QUE PODEEEMOS CONTAAAR —dijo Roble.

—Mil gracias, entonces. Más tarde diré a mi hermana que se pase por aquí y te haga crecer algunas hojas.

—GRAAACIAS, PERVIINCA, EEERES MUY AMAAABLE.

—Sentémonos un momento, Vi, no te vayas ya —dijo Grisam indicando uno de los bancos a la sombra de Roble.

—SIIÍ, SENTAAAOS UN POOOCO AQUIIÍ CONMIIGO —le hizo eco el árbol.

Pervinca se volvió y me miró.

—No puedo —dijo luego dirigiéndose de nuevo a Grisam—. Me esperan en casa. Nos vemos el lunes en el colegio, en el jardín, durante el recreo, ¿vale?

—¡Pero si sólo hemos estado juntos un minuto!

—Tengo que irme, Grisam, perdona.

—Pero...

—¡Hasta el lunes!

Grisam se dejó caer en el banco:

—¡Brujas! —exclamó desanimado.

—EEEH, LO SEEÉ, TOODAS SOON IGUAAALES —lo animó Roble—. Y SIN EMBAAARGO, JOOOVEN BUUUURDOCK, ÉEESTA ES DISTIINTA...

Mientras, en casa, Tomelilla acababa de empezar la lección de magia.

—¡Vacíate los bolsillos! —ordenó a Pervinca nada más entrar.

—¿¿Cómo?? —exclamó ella.

—Vacíate los bolsillos —repitió su tía—. Pon sobre la mesa lo que has recogido estos días y anótalo en tu cuaderno. Es la hora de «Clasificación», Pervinca, ¿no has leído la pizarra?

—Oooh, sí, claro, ¡la hora de Clasificación! —respondió ella suspirando de alivio. Por un momento había temido que su tía hubiese descubierto el engaño.

—¡Por todos los ojos del valle! —exclamó Tomelilla asustándola de nuevo—. No me extraña que siempre tengas agujeros en los bolsillos, Vi..., anzuelos, pieles de reptil, escamas, un grillo... ¿y esto?

—Una uña de Naim, se la dejó en el claro aquella tarde... —explicó Pervinca. Tomelilla sonrió con dulzura:

—Sí —dijo—, siempre las cambian, ¡como los gatos! Ahora empezad a dibujar. Y... un momento, ¿dónde has encontrado ese grillo?

—Se me ha metido cuando he entrado en el pasillo, así que lo he guardado. Parecía no tener ningún miedo de mí.

—¡DE UNA PIEZA SÉ JUGUETE! —gritó Tomelilla y el grillo se transformó en una estatuilla de madera.

—¿Por qué lo has hecho? Pobrecito.

—¿Por qué? Y, sin embargo, estabas en la lección de «Zoología y hechizos». Es noviembre, Pervinca: ¿no te extraña ver a un grillo saltando como si fuera el mes de junio?

—Bueno, en nuestra casa hace calor, a lo mejor se refugió aquí a principios del otoño y ha sobrevivido.

—Mmm... —murmuró Tomelilla dando vueltas alrededor del bichito—, ¡este grillo tiene bigote! Es muy raro... Vainilla, toma una de esas jaulas de los estantes, por favor. Una de las que están en lo alto, las que no usamos nunca.

Babú voló hasta los estantes.

—¿Esta está bien? —preguntó señalando una jaulita apropiada para encerrar justamente a un grillo.

—No, una de las grandes, si puedes. Gracias. Trataré de hacerle un contrahechizo y, si es lo que pienso, necesitará más espacio.

Tomelilla encerró al grillo en la jaula y, bajo la mirada atónita de las niñas, y la mía, pronunció las palabras mágicas:

—¡AGÍTATE, DES-JUGUETESÉ!

¡PUFF!, hizo el grillo y en su lugar apareció...

—¡¿El perro del señor McMike?! —exclamé yo—. ¿Cómo es posible?

—Ah, no lo sé, alguien lo habrá transformado en un grillo. Acompáñalo A casa, Felí, por favor. Y ahora, Pervinca, dibuja tu uña de dragón, y de prisa: esta noche vendrá a cenar Duff y todavía no he preparado nada.

Pervinca palideció: el tío de Grisam estaba invitado a cenar y ella no lo sabía. Vendría para hablar con Tomelilla, como siempre... Quién sabe si Grisam le habría dicho que se habían visto. Vi confió, con todo su corazón, en que no.

El Infinito Poder



Duff Burdock era siempre bienvenido en nuestra familia. Además de ser un amigo de la infancia de Tomelilla, era una magnífica persona. Cícero siempre era feliz teniéndolo como invitado, un poco porque le tenía cariño y un poco porque, al menos durante unas horas, dejaba de ser el único hombre en una casa de mujeres.

—¿Qué bebes, amigo mío? —le preguntó mientras esperaban, sentados ante la chimenea, a que el soufflé de Tomelilla decidiera inflarse.

—Lo que quieras, Cícero, con tal de que sea bueno y sincero.

—¿Has estado hoy en el puerto?

—Vengo de allí ahora. Ayer por la noche, durante la ronda, Meum, Oliver y McMike vieron unas sombras saltar el muro y huir hacia los Bosques Altos. Quería tener alguna noticia más precisa.

—¡Mal asunto! ¡Mal asunto! —comentó Tomelilla entrando en la sala—. La cena está lista.

Ya en la mesa, Pervinca no levantó los ojos del plato ni una sola vez. Seguía la conversación con mucha atención, decidida a intervenir en el caso de que Duff hiciera alguna alusión a su encuentro con Grisam.

—¿El alcalde ha fijado la fecha de la Asamblea? —preguntó Tomelilla.

—No, todavía no —respondió Duff.

—¡Ese hombre es un inconsciente! —exclamó la bruja montando en cólera—. El Enemigo se está organizando, ¿es que queremos darle tiempo para que luego nos destruya?

—Tomelilla, las niñas —susurró Dalia.

—Oh, es mejor que lo sepan y que estén preparadas. Hasta ahora, los ataques del Terrible 21 han servido para asustarnos. Pero ahora está formando a sus ejércitos, ¡pronto estaremos bajo asedio! Tenemos que prepararnos y reaccionar como uno solo, antes de que sea demasiado tarde.

—Ay, mamita mía —comentó Dalia con un hilillo de voz.

—Creo que sería útil que nosotros dos hiciéramos una visita al alcalde, Tomelilla —sugirió Duff.

—Sí, y quizá haríamos bien llevándole el Libro Antiguo —añadió ella—. A lo mejor repasando la historia se vuelve un poco más avisado.



La cena prosiguió sin que nadie mencionara a los niños y a aquella tarde. Cuando Duff tomó la mano de Dalia para darle las gracias, Pervinca soltó un suspiro de alivio.

Pero le duró poco:

—Te acompaño —dijo Tomelilla.

Vaya, ahora sí que estaba en dificultades. Pervinca me miró con cara de desesperación. Alcé los hombros y abrí los brazos: ¿qué podía hacer yo?, ¿gritar «¡fuego!»?

Subimos a la habitación, yo volando y Vi arrastrando los pies.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Vainilla.

—Nada —contestó abatida.

—No es cierto, te ocurre algo. ¿Echas de menos a Grisam?

Pervinca la miró y después me miró a mí también, y a las dos se nos escapó la risa.

—Eres increíble, Babú —dijo abrazando a su hermana—. ¿Cómo puede una no quererte?

—¿Por qué, qué he dicho?

—Nada, cruza los dedos y ven aquí, leamos un poco el *Libro Antiguo*.

Tomelilla se echó la capa:

—¿A dónde vas? —le preguntó Duff.

—Salgo contigo un momento, tengo que hablarte de una cosa —contestó cerrando la puerta tras de sí.

—¿Cómo están las niñas? —preguntó Duff—. ¿Ya se han recuperado?

—Sí, pero faltó poco, entiéndelo, muy poco. Estoy preocupada, Duff. Diez ataques en cinco meses, y seis de ellos dirigidos contra las gemelas. ¿Por qué? ¿Es una casualidad? No lo creo, amigo mío. Lo que sucedió el domingo no puede ser una casualidad más. ¡Él las estaba esperando!

—¿Por qué crees que las gemelas puedan ser su blanco? ¡Sólo son dos niñas! —preguntó Duff.

—Quizá esté loca, pero escucha hasta el final lo que quiero decirte y, para empezar, responde a esta pregunta: ¿desde cuándo el Infinito Poder vive dividido en dos?

—Milenios, creo, un año más o un año menos...

—Milenios, exacto. Y desde hace milenios el Pueblo de la Magia sobrevive dividido en Mágicos de la Oscuridad y Mágicos de la Luz, ¿no?

—Justo.

—Ahora dime, Duff: ¿conoces una sola familia, una sola, en la que hayan nacido hermanos con poderes distintos? Piensa también en nuestra historia...

—No, me parece que no.

—¡Te parece que no porque nunca ha sucedido! Los hermanos heredan los poderes de una sola tía, por eso los descendientes de una misma familia sólo pueden heredar el mismo poder.

—Nunca lo había pensado —respondió Duff.

—Y de repente —continuó Tomelilla—, he aquí que nacen dos criaturas idénticas, dos niñas que la vida une desde el primer instante, que se comunican sin hablarse, que sienten las mismas cosas, que tienen los mismos sueños, siempre en el mismo momento, como...

—Como si fueran una sola persona —se adelantó Duff.

—¡Inseparables! Sin embargo, una posee el poder de la Luz y la otra el de la Oscuridad. ¿Por qué?

—Una pregunta verdaderamente interesante —respondió Duff acariciándose la barba, que ya le estaba creciendo—. Déjame pensar un momento... Si Vainilla y Pervinca fuesen de verdad una sola persona, ¿los dos poderes volverían a ser uno!

—¡Y es como si lo fueran, Duff! Mientras estén juntas, ¡las gemelas son como una sola persona!

—El Infinito Poder... ¡en manos de dos niñas! —Duff se había quedado de piedra.

—¿Ahora entiendes por qué quiere atacarlas? Babú y Vi representan lo que él combate desde siempre: ¡el equilibrio!

—Pero para que la Oscuridad domine sobre la Luz, como Él desea, los dos poderes deben estar separados.

—Exactamente, ¡Él quiere separarlas!

—¿Crees que tratará de raptar a Pervinca, que querrá plegarla a su voluntad?

—No le bastará con eso. Cuando digo que, mientras estén juntas, las gemelas son como una sola persona, no quiero decir «físicamente» juntas, Duff.

—Creo que empiezo a entenderlo: una debería traicionar a la otra, es eso lo que quieres decir, ¿no?... ¿Quién, Vi?

—Podría ser —dijo Tomelilla—. No sería la primera vez que un hermano le da la espalda al otro...

—Si te refieres a Roseto, no tenía nada en común con su hermana, ¡y mucho menos con Pervinca!

—Es verdad, y de hecho el amor que las gemelas sienten la una por la otra cuenta para mí muchísimo. Sobre todo, cuento con Vainilla: ella es la única que podría impedir que Pervinca cayera presa del encanto de la Oscuridad.

—¿Por eso les has dado el Libro Antiguo? —preguntó Duff—. ¿Para que conozcan el origen de sus poderes?

—Se lo he prestado a Pervinca. ¿Y tú cómo lo sabes?

—Creo que me lo ha dicho Grisam.

—¿Y Grisam, cómo lo sabe?

—Se lo habrá dicho Pervinca esta tarde.

—Esta tarde Pervinca estaba en clase de magia —le informó Tomelilla—. Salió sólo un momento para... —se interrumpió—. Buenas noches, Duff. Te he tenido aquí fuera hablando y estarás helado. Pero piensa en lo que te he dicho. Necesito que estés a mi lado en esta batalla.

—¡Ahí estaré, Lila de los Senderos, como siempre! —contestó él abriendo la cancela.



Poco después, la bruja entró en casa cerrando la puerta muy despacio.

Vuelve la pesadilla



Tomelilla pasó de largo nuestra habitación y subió al piso de arriba. «Hadadelosdeseos, por favor, haz que esta noche haya Hora del Cuento», rogué. Pero la casa quedó en silencio sin que ningún ¡*toc, toc!* viniera a alegrarme. Estaba inquieta y metida en problemas, eso seguro.

Las niñas dormían profundamente, así que volé a la ventana esperando interceptar algún resplandor, ver a las hadas. De improvisto oí una extraña voz a mis espaldas. Me volví: Vi y Babú estaban soñando. Tenían los ojos cerrados, pero hablaban. Eran palabras confusas, voces más que nada, pero algo tuve claro enseguida: ¡estaban hablando entre sí! ¡Se llamaban y se respondían en sueños! Pervinca parecía asustada. Babú, en cambio, movía la cabeza a un lado y al otro, como quien trata de ver mejor una imagen borrosa. Y llamaba a Pervinca con extrema dulzura.

—¡VETE, BABÚ! ¡VEEETE! —chilló por su parte Pervinca. El corazón se me salía del pecho.

—Despiértate, Vi. Despiértate, tesoro. Estás soñando —dije.

—¡VETE! —repitió ella llorando.

Cícero irrumpió en la habitación:

—¿Qué ocurre? ¿Quién ha gritado?

—Es Pervinca —dije—. Tiene pesadillas otra vez.

—Aquí estoy, tesoro, despiértate —dijo Cícero tomando a Vi entre sus brazos. Llegó también Dalia.

—He soñado con la bruja por la mitad —le dijo Vainilla espabilándose—. Y ella tenía más miedo que yo.

—¿La bruja tenía miedo? —preguntó Dalia.

—Sí, pero no sé de qué. No había nadie. Sólo yo.

—Entonces quizá tuviera miedo de ti.

—No, no; es más, me pedía ayuda.

—Cómo me gustaría que no tuvierais esos sueños —suspiró mamá Dalia.

—¿Otra vez las pesadillas? —preguntó Tomelilla al entrar. Estaba en salto de cama y su largo cabello blanco le bajaba por la espalda recogido en una bonita trenza. Le sonreí, pero no me prestó atención, tal vez porque en ese momento Pervinca se estaba despertando también.

—Todo va bien, tesoro, estamos aquí contigo —le dijo Cícero. Cuando Pervinca abrió los ojos, Tomelilla vio el terror en su mirada.

—¿Qué has soñado, Pervinca? Dínoslo, puedes confiar en nosotros —le rogó su padre—. ¿Siempre es el mismo sueño?

—Sí —contestó ella volviéndose de lado. Y eso fue todo lo que dijo. Mientras le acomodaba las mantas, Dalia tuvo la impresión de que Pervinca se había vuelto a dormir. Con un gesto, indicó a Cícero que no hiciera ruido y todos salieron de la habitación.



A la mañana siguiente, Pervinca se despertó con una herida en la mano. No era la primera vez.

—¿Te duele? —le preguntó mamá Dalia mientras se la desinfectaba.

—Un poco, pero lo puedo aguantar.

—Otra vez te ha picado un insecto, Vi. ¿Tienes idea de qué puede ser?

—No.

—¿No será Regina?

—¿¿Regina?? ¿Por qué iba a hacerlo? Vive conmigo desde hace dos años y siempre se ha comportado como una araña muy amable. ¿Verdad, Regina? Tú no has sido.

Dalia frotó la herida con una hoja de *Semprevivum* y untó sobre ella aceite de lavanda.

—Subiré una escoba y un plumero, y vosotras dos haréis una buena limpieza. No me gusta que nadie pique a mis niñas cuando yo no estoy —dijo Dalia haciéndole una caricia a Vi en la mejilla—. ¿Qué vais a hacer hoy?

—¿Te burlas? —replicó Pervinca.

—Es un bonito día, podríais salir a jugar en el jardín.

—Babú, ¿te apetece ir al jardín?

—No mucho, pero, si quieres, vamos.

—No tengo ganas —repitió otra vez a su madre. Dalia abrió los brazos:

—¿Qué queréis que os diga? Afuera está el Enemigo, no podéis ir de paseo. Puede que Felí quiera acompañaros a casa de Flox. ¿Quieres, Felí?

Antes de que pudiera responder, alguien llamó desde la calle.

—¡Es Grisam! —exclamó Pervinca.

Todavía no le había dicho que tía Tomelilla se había enterado de la mentira.

—Si nos pide que salgamos, ¿podemos ir con él?

—Depende de adónde —contestó Dalia—. ¿No le respondes?

—Primero sal.

—Oh, ¡qué de secretos! Ya me voy.

Pervinca abrió la ventana:

—Hola, tú. ¿Cómo estás? ¿Qué sucede ahí fuera?

—Lo de siempre. ¿Qué hacéis?

—A lo mejor una arriesgada excursión por el jardín. ¿Tú adónde vas?

—Al puerto, a llamar a tío Duff. Ha ido a echar una ojeada porque al parecer ha habido algún problema, no sé... ¿Os venís?

—Tenemos que pedírselo a mamá.

—... Y a papá y a tía Tomelilla —añadió Vainilla.

—Vi, antes de que se lo pidas a tía Tomelilla, tengo que decirte una cosa —susurré.

—Espera, Felí, primero se lo pido y luego me la dices.

—No, créeme, Vi, es mejor que te la diga antes. Después decides si hablas con tu tía.

Pervinca lo intuyó:

—¿Lo ha descubierto? —me preguntó apartándose de la ventana.

—Sí —dije.

—¿Por el señor Burdock?

Asentí.

—¿Te ha dicho algo?

—Ni ha respirado.

—¿Pero de qué estáis hablando? —preguntó Vainilla.

—De nada, Babú, métete en tus asuntos.

—¡Eh, qué modales! ¿Por qué me tratas así?

—Perdona, tienes razón. Es que estoy en un lío.

—¿Por qué, qué has hecho?

—He dicho una mentira.

—¿A quién?

—A tía Tomelilla, a mamá... a todo el mundo.

—¡Ayayay! —soltó Babú—. Espero que tuvieras un buen motivo.

—El motivo está esperando una respuesta —dije.

—Bueno, ¿os habéis decidido? —llegó desde la calle la voz

impaciente de Grisam. Pervinca volvió a asomarse.

—No puedo, estoy metida en un lío —dijo en voz baja.

—¿Por qué en un lío?

—Déjalo, es una historia demasiado larga.

—¿Nos vemos el domingo?

—¿No habíamos dicho que el lunes? ¿Qué pasa el domingo?

—Hacemos el desfile para Talbooth.

—¿Y os lo dejan hacer?

—No lo sé, pero lo haremos de todas formas. ¿Venís?

—Se lo pediremos, pero ya sé que van a decir que no.

—Está bien, pasaré a buscarte y ya veremos.

—Vale, pero bajo tu propia responsabilidad.



—¡Vale la pena!

Del Libro Antiguo



El espejo del futuro

Por fin llegó el momento tan esperado.

En la oscuridad de la primera noche de verano, la cueva de las Hadas se encendió con una luz mágica y vibrante: las muchachas estaban listas. Resplandecientes en sus vestidos blancos y plateados, las diminutas figuras atravesaron el puente llevando una flor y entonando el canto de la noche.

Desfilaban luminosas, en elegante sucesión entre los árboles, camino del torrente Baran, mientras magos y brujas, alineados en sus márgenes, las observaban emocionados. La luna, reflejada en las aguas, esperaba ver resplandecer sus caras. Cien rostros, cien veces reflejados.

Scarlet-Violet fue la primera. Sin dudarle, se asomó y se vio distinta, como una mujer joven. Guapísima. Después, su rostro desapareció y de un remolino negro surgió el rostro del que la amaría. Un instante, un suspiro y las aguas volvieron a discurrir veloces hacia el mar. Pero ese breve momento bastó para que el corazón de la joven Bruja de la Oscuridad se colmara de alegría. Después se asomó Mentaflorida. Vio cien reflejos de cien momentos felices y un rostro desconocido.

Una tras otra, todas se asomaron y se retiraron, algunas con una sonrisa, otras ruborizadas, desilusionadas o alarmadas, y todas ofrecieron su flor al torrente. Y al futuro.

Avanzaron los chicos, orgullosos y elegantes en sus trajes de fortaleza y honor. Con solemnidad se alinearon detrás de ellas, cada uno con la que había elegido para que fuese su dama en la vertiginosa Danza de la Responsabilidad.

Bajo la dirección del Mago de la Música, una melodía dulcísima invadió el claro y envolvió a los debutantes.

El Sumo Mago batió entonces las manos. Las chicas cerraron los ojos. Sus corazones latían con fuerza: ¿a quién verían al abrirlos? ¿Al mismo muchacho que había aparecido en el torrente? Algunas esperaban que sí, otras que no, pero Scarlet-Violet no se esperaba ver a...

—¿¿TÚ??

—¡Sí, yo! —contestó Roseto.

—¿Qué haces aquí? No puedes ser mi acompañante, ¡eres mi hermano!

—Con el carácter que tienes, nadie se habría puesto detrás de ti, aparte de ese desequilibrado de Duffus Burdock, pero a saber dónde está.

—¿Qué significa «a saber dónde está»?

Roseto agarró la mano de su hermana:

—Nos están mirando: inclínate y finge que estás contenta.

—¿Entonces?

—No se sabe, y punto.

—¿Y dónde ha ido?

—No me lo preguntes a mí, no soy su aya.

Las jóvenes parejas fueron bajando bacía la playa de Arran, donde todo estaba preparado en su honor.

Siguiendo la costumbre, los padres encendieron la gran hoguera en la arena y los jóvenes, a su alrededor, iluminados por las llamas, iniciaron una danza intensa y enloquecida. Largas vueltas, espectaculares piruetas, saltos altísimos... con cada paso los bailarines golpeaban con fuerza la Tierra para que esta supiera que eran valientes.

Un espectáculo magnífico, la Danza de la Responsabilidad. Al final, cayeron al suelo extenuados.

—¿Has visto a Duffus? —preguntó Scarlet-Violet a Mentaflorida. Ambas estaban sin aliento. Mentaflorida sacudió la cabeza:

—Y tú, ¿has visto quién me ha invitado al baile? —dijo sonriendo.

—Sí, el espinilloso Pruno, apodado «el Moras».

—Vaya lengua que tienes. Tiene algún grano en la piel, lo sé, pero es simpático. Mira lo que me ha regalado.

—¿Una pluma?

—¡Una pluma mágica! ¡Sabe escribir!

—¿Y es al Moras al que has visto en el agua, Menta? ¿Es él?

—No, no sé quién era, no conozco su rostro. ¿Tú, a quién has visto?

—¡Tengo que encontrar a Duffus! —contestó Scarlet-Violet—. No veo tampoco a sus padres. Tal vez le haya pasado algo...

—Pregunta al Sumo Mago, él podrá decírtelo.

—¡Ni siquiera él está!

—Quizá lo sepan tus padres.

—Uff, déjalo. ¿Y tu madre, dónde está?

—Allí arriba, comiendo con papá y mí tía. ¿La ves? Detrás de ese... ¡CABALLO!

—¿Qué hace aquí un caballo? —preguntó Scarlet-Violet sorprendida—. ¡Y hay también un jinete!

—Ah, sí, y llama la atención de todos.

Había llegado un forastero.

La picadura de Regina



Esa tarde, Dalia pidió a Pervinca que moviera su cama para alejarla de Regina.
—¡Ni pensarlo! —replicó Pervinca—. Regina se ofendería muchísimo. Si es por las picaduras, te digo que no es ella.

—¿Cómo puedes saberlo? Cuando ocurre, tú estás durmiendo.

—¡Porque nunca lo ha hecho!

—Ha crecido, Vi, ¿no lo ves? Es enorme. Quizá cuando la encontraste era pequeña, pero ahora que es adulta ha desarrollado otros instintos.

—¡No ha sido ella!

—Pervinca, aparta tu cama de la librería como te ha dicho tu madre —ordenó Cícero apareciendo en la puerta de la habitación.

Vi movió su cama hacia el centro del dormitorio, sin respirar siquiera, y se metió en ella dando la espalda a todos.

—Buenas noches —dijo Cícero cerrando la puerta.

—Esta no es una casa, ¡es una prisión! —sollozó Pervinca un instante después.

—Es por tu bien, Vi —dije—. Quizá haya sido de verdad Regina, aunque no lo haya hecho por maldad. Es una araña, y las arañas no son animales de compañía. Regina no es un gatito o un perro. Es posible que desee la libertad, conocer a otras arañas, estar en la naturaleza...

—¿Y por eso me pica? ¿Estás diciendo que ya no quiere estar conmigo? ¿Que me odia porque la obligo a estar encerrada aquí adentro?

—No, no es que te odie. Los animales no conocen ese sentimiento. Quizá te pica para probarte, a lo mejor tiene hambre.

—Ah, tal vez es que no le doy bastante de comer, pobrecita. Ahora que se ha hecho grande necesita más comida. Pobre Regina, qué mamá más mala tienes. Pero, si quieres salir, yo te dejo ir, ¿sabes? Puede que llore un poco, pero seré feliz si tú eres feliz... ¿Cómo se puede saber si quiere marcharse, Felí?

—Se abre la ventana y se espera. ¿Quieres intentarlo ahora?

—No, ahora está oscuro y hace frío... ¡Uy!

Pervinca se tapó la boca con una mano.

—¿Por qué haces eso? ¿Qué has dicho? —preguntó Vainilla.

—Ha dicho que no va a dejar salir a Regina, aunque quizá esta quiera marcharse, porque teme por su seguridad.

—¿Y? Ah, ya entiendo: ha hablado como una madre.

—O una tía, o un hada —añadí con una sonrisa—. Extraños y misteriosos son los caminos que las lecciones de la vida eligen para que las aprendamos, ¿no creéis?

—Bah, dejadme en paz —replicó Pervinca—. Quiero leer el *Libro Antiguo*, ¡y esta noche lo leeré yo sola!

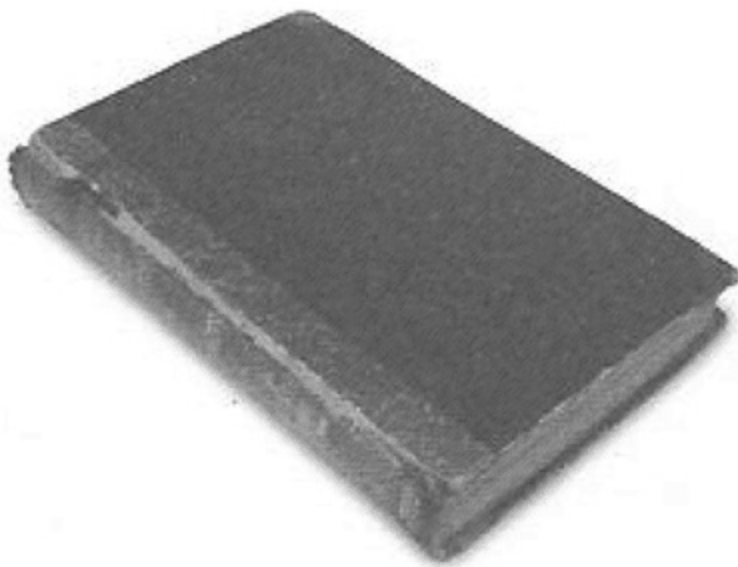
—¡Bu, buu, buuu, cascarrabias! —se burló Vainilla—. Ahora que estamos tan metidas no puedes abandonarnos. Si no tienes ganas de leer en voz alta, leeré yo. O nos sentamos a tu lado y leemos todas en silencio. Pero leerlo sola... no, no, ni hablar de eso, querida.

—¿Quién dijo que nacer con una hermana gemela es una suerte? —se preguntó Vi alzando los ojos al cielo.

—Nadie —respondí yo.

—Ya me parecía. ¿Dónde nos habíamos quedado?

—Había llegado un forastero...



Del Libro Antiguo



Los Simpoderes

Los Mágicos del valle de Aberdur sabían que en algunas regiones, muy lejos, vivía gente distinta de ellos, pero nadie de aquella generación había visto a un Simpoderes hasta entonces.

—¿Quién sois? —preguntaron al recién llegado.

—Me llamo Osvald O’Neily.

—¿Venís solo?

—No, mi gente está acampada a unas millas de aquí. Estaba de reconocimiento, he visto las hogueras y...

—¿Vuestra gente?

—Sí, mi mujer y mis hijos, y las familias que han venido con nosotros. Estamos buscando una tierra para vivir.

—¿Por qué, qué tenía la vuestra para que no os gustara? —preguntó Roseto Pimperl adelantándose.

—Vaya pregunta, Roseto, sé más cortés —intervino la madre de Mentaflorida—. ¿De dónde venís, caballero?

—Señora, estamos en camino desde hace tanto tiempo, que casi no recuerdo de dónde partimos. La sequía agostó nuestras cosechas y secó nuestros ríos. El hambre y la sed nos empujaron a emprender este largo viaje. Estamos muy cansados.

—¿Y la magia? ¿No os ha ayudado?

—¿Perdonad?

—¿Sois un Mago de la Luz o de la Oscuridad?

—Me temo que sigo sin comprender.

—¿Qué poderes tenéis, señor?

—Oh, ninguno en absoluto. Yo sólo soy el pobre jefe de mi pobre familia.

—No, no, no, no... Quería decir: ¿qué magia sabéis hacer?

—¿Magia? Santo cielo, ninguna. Ojalá supiera.

Los Mágicos se miraron atónitos.

—¿Os burláis de nosotros?

—No me lo permitiría nunca.

—¿Queréis decir que no sabéis transformar la uva en vino o una rama en un bastón de paseo?

—Por supuesto que sí.

—Ah, menos mal, ¡nos habíais asustado!

—No veo, sin embargo, qué magia haya en todo eso —continuó el caballero.

—¡Ahora resultáis impertinente! ¿Qué queréis decir?

El caballero miró perplejo a su alrededor. Luego, con aire circunspecto, hizo una señal a uno de los Mágicos para que se acercara y, hablándole al oído, le dijo:

—Perdonad, pero ¿qué lugar es este al que he llegado?

—¡Es el valle de Aberdur! —respondió el Mágico retirándose.

—Y, naturalmente, vos sois...

—Los habitantes del valle —respondieron los Mágicos a coro.

El caballero suspiró aliviado:

—Excusadme si sonrío —dijo—, pero por un momento he temido encontrarme en presencia de magos y brujas. Magia para hacer buen vino y trabajar la madera... Qué buena broma me habéis gastado. He picado, lo reconozco.

Los Mágicos se miraron entre ellos aún más atónitos y decidieron poner a prueba al forastero:

—Habéis despertado nuestra curiosidad, joven —dijo uno de ellos—. ¿Por qué no nos enseñáis cómo lográis transformar este viejo pedazo de madera traído por el mar en un elegante bastón de paseo?

—¿Ahora?

—¿Por qué no? Si es tan fácil como decís...

—No he dicho que fuese fácil. He dicho que es posible.

—Pues bien, mostrádnoslo.

—Necesitaría un cuchillo.

—¿¿Un cuchillo??

—Sí, una hoja.

—Sea, traedle un cuchillo.

Las brujas se apresuraron a buscarlo en las mesas y enseguida el cuchillo estuvo allí.

—No es la herramienta más adecuada —dijo el caballero aferrando el cuchillo para tartas que le ofrecieron—, pero sabremos trabajar con ella.

Trabajó la vieja madera un rato, recortando y serrando con ahínco. Después, soltó el cuchillo y llevó la madera al agua, donde la restregó entonces con arena. Finalmente, pidió una vela.

—¿Encendida?

—Sí, gracias —dijo el caballero.

Los Mágicos esperaban impacientes.

El forastero trabajó la cera caliente hasta formar una pasta blanda con la que restregó muchas veces el bastón.

—¡Helo aquí terminado! —dijo girando el objeto en el aire y apoyándose en él con aire satisfecho—. ¡Un bastón de paseo!

Los Mágicos estaban pasmados. El nuevo instrumento tenía una empuñadura cómoda y una

forma armoniosa. La madera estaba bien pulida, era suave y agradable al tacto.

—Un buen trabajo, ciertamente —dijo Roseto—. Pero habéis empleado dos giros del reloj de arena para crear sólo un bastón de paseo. Yo, en cambio, puedo convertirlo en algo más útil con sólo batir las manos. Así...

El Mago de la Oscuridad dirigió su gesto al objeto y este, en el tiempo que dura un resplandor, se transformó en un bastón de paseo un poco más feo que el anterior. Así, de pronto, los Mágicos no entendieron. Entonces, Roseto empuñó el mango del bastón y, con un hábil gesto, ¡desenvainó una espada! El caballero abrió de par en par los ojos y la boca.

—¡Un bastón de paseo! —repitió Roseto con insolencia—. Y, si se da el caso, también una espada.

Osvald O’Neily miró el bastón-espada unos instantes; luego, su mirada petrificada se posó en cada uno de los Mágicos presentes:

—¿Estoy en peligro? —preguntó con la cara pálida.

—No, si nosotros no lo estamos. ¿Lo estamos? —preguntó el mago más anciano.

—No —respondió el caballero moviendo apenas los labios.

—Entonces, muy bien. ¡Tú y tu gente sed bienvenidos! Avisaremos al Sumo Mago de nuestra comunidad de vuestra llegada y él os dirá qué hacer.

—Venid a beber algo, creo que lo necesitáis.

—Y nosotros también —dijo la madre de Mentaflorida tomando al forastero del brazo.

Roseto recompuso el bastón haciendo desaparecer la espada en su interior y los siguió, mientras Scarlet-Violet corría a buscar a Duffus y su familia.

¡Domingo libre para todos!



Nada más despertarse, Babú bajó corriendo la escalera para abrir la puerta. «Mmm... vivificante y limpio aire otoñal», pensó respirando profundamente. Qué buen aroma tenía. La Cesta de las Cortesías estaba, como de costumbre, apoyada en el primer peldaño. Aquel día estaba cubierta de escarcha. Vainilla la agarró con el chal y la llevó adentro.

—Un saquito de castañas, tres ovillos de lana sin hilar todavía, seis huevos tibios, un centro de mesa con pan, un ramillete de bayas rojas y... el cubo de pescado fresco —resumió dando saltitos hacia la cocina—. También está la pinza del carpintero.

—¿Quién es? —preguntó Dalia.

—¡Puaj! ¡Adelaida Pimpernel! Esta la podemos tirar —contestó Babú.

—Ni soñarlo —exclamó Dalia—. Siempre las hemos guardado todas, y guardaremos también esta. Sentaos, que el desayuno está listo. Pervinca, ponte algo en los pies, está helando.

—¡Qué buen desayuno ha preparado, señora Periwinkle! —dijo Cícero al entrar.

—Gracias, señor Periwinkle —respondió Dalia.

Cuando Dalia y Cícero se llamaban por el apellido, quería decir que estaban de buen humor y tenían ganas de bromear. Señal de que Tomelilla no les había informado de la mentira que Pervinca había contado para ver a Grisam.

—¡Podrías haberme esperado, cariño, habría hecho buñuelos! —siguió diciendo el señor Cícero.

—Oh, apenas he podido hacer nada, tesoro, siéntate.

—¿Nada? —susurró Pervinca—. ¡A mí me parece un banquete nupcial!



El domingo era un día especial, y en casa de los Periwinkle siguió siéndolo incluso durante el asedio del Enemigo. Aquel domingo en particular la mesa estaba arreglada para la fiesta y había cosas exquisitas de comer.

Mamá Dalia había puesto nuestro mantel favorito, el que había hecho la bruja Prímula Pull

para Tomelilla usando «retales de telas antiguas», así había dicho ella. En nuestra opinión, había sido una manera amable de decir que había deshecho los trajes de su marido, por otra parte confeccionados por ella misma, y los había cortado en pedacitos. Lo sospechamos porque, desde el día del cumpleaños de Tomelilla, el señor Pull había llevado la misma chaqueta y los mismos pantalones durante semanas. E incluso esos estaban llenos de parches.

Por su parte, Tomelilla había agradecido mucho el regalo: la señora Pull tenía un excelente gusto en cuestión de telas y cosía muy bien. No por nada era considerada la mejor modista del pueblo. Muchos vestidos de las gemelas salían de su taller. Incluso los uniformes de aprendices de bruja: Tomelilla decía que nadie los hacía como Prímula. El corte, lo resistentes que eran... Excelentes. Algunas lenguas malignas atribuían el secreto de las magníficas prendas de la señora Pull a las hadas que la ayudaban en el taller. Seis hadas ancianísimas, plurimultimilenarias, ¡las hadas más viejas que jamás se habían visto!

Las cotillas se equivocaban, sin embargo. Las hadas son buenas costureras, pero tienen ideas un poco cómicas acerca de la forma de los vestidos. Piensan como hadas y no entienden que los humanos tienen otras necesidades distintas a aquellas que son tan altas como las hojas de sauce y ligeras como la brisa. Para que lo comprendáis: si pidierais a un hada que os confeccionara un traje de su propia creación, probablemente os entregaría un copo de nube bordado con gotas de rocío, o una faldita de plumas de búho y una chaquetita de corteza de árbol. Por eso, está bien claro que en el taller de la señora Pull ella era la mente pensante, y las hadas, la aguja y el hilo. No podía ser de otra manera.

El hecho es que aquel mantel fue siempre nuestro favorito. Dalia le había hecho los honores con todo el amor y la gracia de que es capaz una madre: había puesto los platitos y las tazas de cerámica de los mismos colores que el mantel; había vertido la mermelada en las tarrinas, cada una con su cucharita, evitando así la vista de los botes pringosos. Con la mantequilla había formado una rosa que había colocado sobre un centro de papel, en medio de una tabla con fragantes rebanadas de pan apenas tostado.

Una vez se hubieron sentado todos, mamá Dalia trajo a la mesa la leche en una bonita jarra blanca y no en la cacerolita, como hacía de costumbre, y el café en una cafetera de peltre. Desde el hombro de Vainilla, donde estaba sentada, la vista de todas aquellas bondades me ponía muy contenta.

—Qué magnífico desayuno, Dalia, mis felicitaciones —dijo Tomelilla acomodándose. Viéndola así, distendida y sociable, tuve la impresión de que nuestra mentira era algo pasado, olvidado. Pero cuando Cícero habló, el ceño de la bruja se frunció de nuevo.

—Roble me ha dicho a su lenta manera que tú y Grisam le habéis confiado una carta para que se la entregue a los Poppy... ¡Qué buena idea! —dijo dirigiéndose a Pervinca. Por poco no me caí en la taza de Babú.

Vi, por su parte, murmuró un afligido «gracias» sin alzar los ojos de su café con leche.

—Bien —prosiguió Cícero—, el viejo árbol, siempre con lentitud, nos hace saber que la carta ha llegado a su destino, pero no ha habido respuesta.

—Shirley acaba de aprender a leer y escribir —intervino Vainilla—. No creo que sea capaz de

escribir una carta. A menos que lo haga la pluma que tú le has regalado, tía Tomelilla. A propósito, hemos leído en el Libro Antiguo que Mentaflorida recibió como regalo una pluma idéntica de un chico llamado Pruno. ¿Es la misma que le diste a Shirley? ¿La heredaste de tus antepasados?

—En los tiempos de Mentaflorida había pocos profesores y muchas plumas de esa clase. La que le di a Shirley para que aprendiese a escribir es, sin duda, una pluma muy antigua, pero no estoy segura de que sea la misma.

En aquel momento, Pervinca y yo agradecemos a Vainilla de todo corazón que hubiera llevado la conversación a un tema distinto. De todos modos, conociendo a Tomelilla, ambas sabíamos que la reprimenda sólo había sido pospuesta a un momento más oportuno.

Entre otras cosas, porque alguien llamó a la puerta.



Señales extrañas



—**B**uenos días, Cícero —dijo la voz de Meum McDale—, perdona que te moleste a estas horas del domingo, pero en el puerto soplan aires de tormenta...

—Es una tramontana pasajera —lo tranquilizó Cícero—. Nada de qué preocuparse...

—Oh no. Quería decir que tenemos un problema allá abajo en el puerto: el constructor de instrumentos musicales, McMike, está boxeando otra vez y desafía a todo el que se pone a su alcance. Me preguntaba si querrías hablar con él.

—Siéntate, Meum, mientras me visto. ¿Te apetece tomar algo caliente?

—No, gracias —dijo Meum—. Esta mañana, la Cesta de las Cortesías era bastante generosa y Campánula me ha llenado de buñuelos y arenques ahumados.

—¿Cómo está nuestra Campánula? —quiso saber Tomelilla—. ¿Siempre en forma?

—¿Campánula, dices? Oh, está bien, pero es más terca que mi barca, Tomelilla. Ya no quiere que salga a pescar. Dice que ya no veo ni oigo bien. Además, tiene miedo de que el Enemigo me rapte. ¡Y qué va a hacer con un pobre viejo como yo!, le digo.

—¡Mujeres, querido Meum! —dijo Cícero al volver—. Es su trabajo el preocuparse de nosotros. Si quieres, alguna que otra vez podría acompañarte; hoy mismo, si te parece bien.

—¿Acostarte?

—No. He dicho que, si quieres, podría acompañarte de pesca de vez en cuando.

—Oh, gracias, Cícero. Sí, sería un placer para mí, así me ayudarías a cebar los anzuelos, los hacen tan pequeños últimamente... Gracias, acepto.

—Estoy listo. Sólo me falta la bufanda. Mientras Dalia la busca, dime qué ha pasado en el puerto.

—¿Cómo dices?

—EN EL PUERTO, ¿QUÉ HA PASADO? —repitió Cícero al señor McDale gritándole al oído.

—Pues mira —explicó McDale—, hemos tenido mucho quehacer con algunos pesqueros que habían roto los amarres pese a que, en la bahía, el mar estaba tan calmado como una balsa de

aceite. Y precisamente porque el mar estaba en calma, algunos hemos pensado que el causante había sido el perro de McMike, que se encontraba por allí. ¡Así se derrumbe el cielo! El luthier se lo ha tomado a muerte y ha llamado locos a todos, porque, según él, ningún perro puede morder cabos tan gruesos, ni siquiera su Mordillo. Pasó lo mismo ayer y, si no llega a intervenir Duff, alguien habría salido herido de verdad: McMike tiene un gancho de izquierda notable. Tumbó a tres antes de que Duff lo parase. Y hoy tampoco razona, está gritando y montando jaleo...



Así se llamaba el perro del señor McMike, «Mordillo», porque lo de mordisquear era de verdad un vicio en él: en dos años, había devorado todas las defensas de corcho de las barcas, bastante cordaje, las ruedas del carro del panadero, las vigas del muelle, las redes de pesca del Capitán Talbooth y al menos una rueda de cada una de las bicicletas de Fairy Oak. Se sabía que había sido él porque Mordillo tenía la costumbre de dejar una especie de goma pegada, una mezcla de baba, polvo y migajas, en todo lo que mordía. Una hiperasquerosidad indescriptible. Por eso alguien lo había apodado «Moho».

Oyendo a Meum, sin embargo, puede que el luthier McMike tuviera razón: los amarres de los pesqueros eran realmente gruesos, incluso para Mordillo-Moho, y además no había rastros de baba en los cortes.

Pero entonces, ¿quién podía haber sido?

Dalia suspiró:

—En otro tiempo, misterios aparentemente pequeños como este sólo habrían añadido un poco de sal a la tranquila vida de nuestro pueblo. Ahora, en cambio, no hacen más que aumentar nuestra inquietud. Ayudadme a tender —dijo luego a las niñas—. Necesito aire fresco.



Jamás tuve nada claro por qué tendíamos en el jardín incluso en invierno: la colada volvía más húmeda que cuando la sacábamos, y tan rígida que al doblar las sábanas las oíamos crujir. Quizá Dalia lo hacía por las niñas: había guardado todas las pinzas talladas por el carpintero y ellas se divertían alineándolas en las cuerdas.

—Aquí ponemos al Capitán Talbooth.

—Y aquí al alcalde Pimpernel...

—Y para la otra manga... ¿dónde está la nueva?

—Aquí... —respondió Pervinca sacándola del bolsillo—. Aquí está su mujer, Adelaida. ¿Ves cómo hemos hecho bien no tirándola? ¿Querías dejar solo al alcalde?

Con el tiempo, algunas pinzas se habían estropeado: Duff Burdock tenía la nariz mellada, Talbooth había perdido su único diente, uno de los violines del luthier McMike parecía una pandereta... Todas juntas, sin embargo, eran todavía muy bonitas.

Había, además, varias versiones del mismo ciudadano: Marta Burdock aparecía con la bandeja

de las exquisiteces o sin ella; Cícero se presentaba con el catalejo o con la pipa; mamá Dalia tenía delantal en una pinza y, en otra, estaba vestida con el traje de fiesta, mientras que de Tomelilla teníamos tanto la versión de jardinera como la de maestra de magia, con su sombrero de pico. Algunas piezas, además, tenían más valor que otras: por ejemplo, las que tenían una herramienta valían más que las que no, y si el objeto era precioso en la realidad, entonces la pinza también lo era. Los animales valían el doble. El doble de qué, bueno, eso era un misterio. El valor era del todo ficticio, atribuido por las niñas cuando eran muy pequeñas.

—¿Te han hecho alguna picadura esta noche, Vi? —preguntó mamá Dalia.

—¡No, señora! Ni una. Y esto demuestra que Regina no tiene nada que ver, porque, si hubiera querido picarme, habría podido bajar de su tela, venir a mi cama y picarme. Pero se ha quedado en su casita y esta mañana estaba de morros.

—Oh, cuánto lo siento. ¿Y cómo lo has notado?

—Vaya pregunta, porque tenía los ojos tristes.

—Ya entiendo. Poned una pinza aquí...

—No encuentro la de Pervinca —dijo Vainilla rebuscando en la cestita.

—Mira bien.

—No está.

—¿Habéis perdido mi pinza? —preguntó Pervinca, ya alarmada.

—Qué va, estará en algún sitio.

—¡Habéis perdido mi pinza!

—Te digo que no, pero... ¿qué son esos gritos?

—¡EL DESFILE, EL DESFILE! —gritaban los niños en la calle.

—¡Vaya, ya es domingo! —comentó Dalia.

Olvidándose completamente de la pinza, Vainilla y Pervinca cruzaron una mirada de complicidad: ahora parecían dos flechas listas para dispararse desde el arco.

—¡No! —exclamó Dalia.

—¡Te lo ruego, te lo ruego, te lo ruego, mamá! Papá ha dicho que podemos salir si no nos alejamos. Iremos hasta el puerto, estaremos con los demás niños... Te lo piiiido —imploró Vi.

—Por favor, ya no aguantamos más estar encerradas —se le unió Vainilla.

Dalia se agarró la cabeza con las manos:

—¿Qué tengo que hacer con vosotras dos? —dijo exasperada.

—¡Dejarnos ir!

—Felí vendrá con nosotras y...

—¡Antes prefiero freír sapos! —exclamé—. O aprenderme de memoria todas las palabras del diccionario élfico al derecho y al revés. No me gusta el desfile, ¡nunca me ha gustado!

—Pero si, en realidad, el Capitán no se lo toma a mal, Felí, sólo lo disimula. Díselo tú también, Vainilla.

—Pervinca tiene razón. Si no fuera así, no haríamos el desfile. ¿Vamos?

Desfile para Talbooth



Las niñas corrieron a la cancela.

—¡Esperadnos, nosotras también vamos! —gritó Pervinca.

¿Os han dado permiso? —preguntaron Grisam y Flox acercándose.

—Increíble, ¿verdad? Vámonos antes de que mi madre cambie de opinión.

—¡No os alejéis del puerto! —gritó Dalia desde la casa.



El desfile para el Capitán Talbooth era una vieja tradición. O quizá debería decir una «vieja travesura», pues de eso se trataba: de una fechoría que se repetía cada domingo desde hacía más de veinte años contra el pobre Talbooth. Algunos sostenían que el viejo marino fingía que se enfadaba. Y que se ofendería si los niños abandonaban aquel juego. «Si no se divierte, ¡qué se le va a hacer!», pensaban otros. Así aprendería a contar todas aquellas historias de las cuales, y por lo que relataba, había sido el valiente protagonista: viajes hasta el fin del mundo, abordajes de piratas, calamares gigantes, tierras de hielo... Cada año inventaba una nueva. Por no hablar de la cantinela de que había sido Capitán de la Armada Real de quién sabe qué Majestad: esa había sido la más gorda. Un buen día, hacía unos seis o siete años, Talbooth salió con que él era el Capitán de una Fragata Real. Naturalmente, nadie le había creído: «Si es verdad, ¿dónde está ahora tu nave?», le habían preguntado. «¡Diablos si lo recuerdo!», había contestado. Como no podía perder credibilidad, puesto que no tenía ninguna, se ganó un apodo nuevo y para todos fue ya el Capitán Talbooth.



Aquel día habían acudido al desfile casi todos los niños del pueblo. Algunos volando y otros andando, se empujaban, tironeaban, reían y resbalaban. Parecían divertirse un montón. Otra era, en

cambio, la expresión de las haditas que los seguían.

—Ah, hola, Felí —me saludaron Ditemí y Lolaflor—. No nos veíamos desde el ataque. ¿Estáis ya todas mejor?

—Sí, gracias.

—¿Y la pierna de Vainilla?

—Se está curando ya. De día vuela y no la siente.

—Buenos días, niñas, ¿también a vosotras os ha tocado este tormento?

—¡Pic! Bienvenida —dije—. Y también están Devién y Talosén...

—Parece que es la única diversión que les ha quedado a los niños —respondió Ditemí.

—¡Y yo pensé que sería lo primero que prohibirían!

—Ya... Pero es bonito divertirse, ¿no?

—Ellos se divertirán, pero llegará el día en que el Capitán no lo aguantará.

—Vamos, si es sólo un juego. Y creo que a él le complace recibir un poco de atención.

—Sí, sí, llámalo atención...

—Diversión o no, si por mí fuera encerraría a todos los niños en sus casas hasta que el Enemigo desapareciera.

—¡Estoy de acuerdo! ¡No se puede vivir con esta ansiedad perpetuamente!

—¡¿Y si se lo propusiéramos a sus padres?!

—Pero son jóvenes, necesitan jugar y correr al aire libre —dije—. Tú, Devién, ¿qué piensas?

—Pienso que hoy será un día particular.

—¡Alto ahí! Has dicho un día... ¡QUIETOS TODOS! ¡VOLVED! DEVIÉN DICE QUE...

—¡Eh, eh! He dicho que será particular, no he hablado de peligro.

—¿Qué quieres decir, entonces? ¿Será bueno o malo?

—Ni bueno ni malo, particular.

—Mmm... Cuando hablas así, Devién, me inquietas —bufó Pic, evitando por un pelo estrellarse contra una farola. Por fin había aprendido a volar.

No era tan hábil como las otras hadas; lejos de ello, a menudo perdía altura o subía como una hoja arrastrada por el viento.

Y de vez en cuando volvía a caer aún, o se distraía y terminaba dándose contra cualquier cosa: ramas bajas y farolas eran su especialidad. Pero ahora volaba más, y sus esfuerzos le hacían mejorar día a día.

—En conclusión, ¿tenemos que preocuparnos o no? —preguntó impaciente.

—Siempre hay que preocuparse —contestó Devién—, pero, si queréis saberlo, siento que hoy aprenderemos algo.

Pic me miró con los ojos redondos y muy abiertos de quien no tiene la menor duda de haber comprendido.

—Nuestro Capitán acaba de dar la vuelta al muelle —anunció Lolaflor—. Ya empieza...



Los niños se repartieron por el puerto. Los mayores ayudaron a los pequeños a quitar los remos de las chumaceras de las barcas, o a sacarlos de las casetas de los pescadores. Luego, silenciosos y ordenados, se dispusieron todos en dos filas perfectas a los lados del puente donde, precisamente en aquel momento, estaba atracando el Capitán Talbooth.

Cícero estaba un tanto alejado, en compañía de un pescador. Viéndonos llegar en medio de aquella marabunta, había dejado de hablar y aspiraba su pipa con expresión resignada.

—¡Hola, papá! —lo saludó Vainilla al pasar a su lado.

—¿Cuándo dejaréis de torturar a ese pobre hombre? —preguntó.

—Pero si no lo torturamos. Al Capitán le gusta.

—Pues procurad no excederos.

Cuando el Capitán Talbooth desembarcó en el puente, los niños presentaron los remos e hicieron sonar los tacones de sus zapatos polvorientos: «¡Clac clac!», se oyó. Y luego:

—¡Honor al Capitán William Talbooth! —gritó el primero de la fila, el mayor de todos.

—¡Honor al Capitán! —respondieron los demás.

Con un gesto, Talbooth los mandó al cuerno.

Puede que si alguna vez se hubiera prestado al juego... Si hubiese, qué sé yo, simulado que pasaba revista a las jóvenes «tropas»; si hubiese desfilado en medio de ellos haciendo el saludo de los marinos; si hubiese... sonreído, quizá los niños se habrían hartado de aquel juego irreverente. En cambio, él maldecía, se ponía furioso. O al menos lo parecía.

—MARINEROS DE AGUAS BAJAS, ¡ESO ES LO QUE SOIS! ¡MI ACHICADOR ES MÁS ÚTIL QUE CUALQUIERA DE VOSOTROS! —gritó con su vozarrón de cuervo—. ¿ES QUE NO TENÉIS NADA QUE ESTUDIAR, SALMONETES DE LAS ROCAS, QUE ESO ES LO QUE SOIS?

Tosió, como siempre le ocurría cuando levantaba la voz. Y, sin embargo, yo también tuve aquella vez la impresión de que detrás de aquella tos se escondía una sonrisa. Quizá Vainilla y Pervinca tuvieran razón. Quizá, bajo aquella cáscara áspera y austera, el Capitán tuviera un carácter simpático.

Con nosotras las hadas, siempre era muy educado. Decía que, puesto que no éramos seres humanos, no podíamos traerle mala suerte, así que a algunas de nosotras nos permitía subir a bordo de su barca: se llamaba *Santón* y era un velero robusto y de fiar. No le había fallado ni una sola vez, y Talbooth lo quería como a un amigo fiel. El único que tenía. Lo cuidaba mucho, despegándole los moluscos y reparando cada pequeña grieta, como un padre cura las rozaduras en las rodillas que se hacen sus hijos. Y todos los años lo pintaba. El *Santón* tenía muchos años, pero los llevaba bien, mejor que Talbooth, que era poco mayor que su barca. Por su parte, ella correspondía al amor del Capitán afrontando cualquier mar sin vacilar ni volcar.

A menudo, Devién había acompañado al Capitán y a su barca a pescar en las noches sin luna: ¡ella era su luz! Y le ahorraba aceite para la lámpara. Pero no era por eso por lo que el Capitán la buscaba: Devién era su favorita, siempre lo había sido. Parecían conocerse desde siempre, se querían y se respetaban. Siempre fue muy gentil con ella y con todas nosotras, un verdadero caballero. Y un experto pescador, el mejor del pueblo.

Como cada día, descargó del barco dos grandes cubos llenos de pescado que debían pesar

mucho. Pero él los levantó sin esfuerzo: pese a su edad, sus brazos eran fuertes, y en cuanto a sus manos, habría podido hundir clavos con ellas.

Pasó caminando entre las filas de niños que despotricaban y gruñían, mientras Billie Ballate tocaba una marcha con su trompeta de juguete.

—¡Trágetela! —le recriminó el Capitán a un centímetro de su nariz. Billie dio una nota falsa y la marcha terminó. En ese momento rompieron filas y los niños corrieron detrás de Talbooth como pollitos detrás de una gallina clueca.

—No nos das ningún miedo, viejo gruñón —dijeron riendo—. ¡Cuéntanos una de tus historias!



El secreto del Capitán



No sabía decir de dónde sacaba las ganas William Talbooth de contar sus historias a aquellos gamberretes que siempre, y precisamente por sus historias, le tomaban el pelo. En su lugar, yo habría mandado a todos al país de los ogros. Pero, en cambio, él no. Él... revivía. Como la tierra árida se vuelve fina cuando el agua la inunda, así su rostro, rudo y austero, se relajaba si alguien le pedía que contara una historia, y en sus ojos brillaba una chispa de complacencia. Se sabía tantas...

Seguido por la camada de descarados, se dirigió hacia la caseta donde reparaba sus cosas de pescador y marinero.

—¡No lo atormentéis! —aconsejó Cícero—. No os alejéis, que dentro de media hora volvemos a casa.

Todos los pescadores del pueblo poseían una caseta. Las puertecitas de madera se asomaban al muelle por el oeste, más apartado respecto al puerto, el lugar de los paseos. El mar difícilmente llegaba hasta ellas, pero esto no impedía que la sal arrastrada por el viento cuarteara la pintura y pudriera la madera. La puertecita azul celeste de Talbooth era la más cuidada: el pomo de latón estaba perfectamente lustrado, los cristales de la ventanita, nítidos, y la cortina blanca, que impedía a los curiosos asomarse al interior, recién planchada.

Sorprendía la gracia de aquel sitio, tan distinto, aparentemente, de su propietario. Amontonados delante de los escaloncitos, los chicos miraron desde el pequeño umbral...

—¿Qué hacéis aquí? ¡Fuera de aquí! ¿No sabéis que el Capitán no os quiere ver por su caseta? —voceó un marinero que cosía las redes muy cerca de allí.

Los chicos no se movieron:

—Hasta que él no nos eche, podemos quedarnos. Esto es de todos —replicó la joven Cloudy Bugle. El marinero no daba crédito a lo que oía:

—¿Qué manera de hablar es esa? —atronó con un vozarrón de contrabajo—. ¡Esto es de los pescadores y de quien trabaja aquí! Me pregunto incluso cómo es que os dejan salir de casa. ¿Vuestros padres no están preocupados? ¡Iros a casa!

Mientras tanto, Devién había entrado en la caseta del Capitán y estaba hablando con él:

—Creo que sé lo que vas a hacer y conviene que te avise: tú sabes que nosotras las hadas, durante la Hora del Cuento, tenemos que informar de todo lo que hacen, ven y oyen los niños... —dijo.

—Sí, señora, lo sé —contesto él.

—¿Y estás dispuesto a dar las explicaciones que te pedirán? Porque el pueblo entero sabrá qué hay en esta caseta, harán preguntas...

—¿Acaso he dicho que los dejaré entrar? No, no lo he dicho.

—Pero lo vas a hacer.

—¡Vosotras y vuestros poderes mágicos! —refunfuñó el Capitán—. ¿Qué sabéis de lo que pasa por la cabeza de los demás? Bueno, sí, los dejaré entrar. ¡Sería un monstruo si los dejase ahí afuera con este frío! Además, esa maldita furia nos ataca día sí y día no. Al menos aquí dentro estarán calentitos y podrán escuchar una de mis historias sin que la niebla, o quién sabe qué otra diablura, se los lleve. A propósito, será mejor encender la estufa.

Devién se quedó un instante en silencio.

—Si estuvieras a punto de marcharte, me lo dirías, ¿verdad, Capitán? —preguntó luego con voz conmovida. El Capitán le sonrió:

—Confía en mí, Soplodocesoplosoplosdeviento, todo irá bien —dijo. Y si llamó al hada por su nombre completo no fue para darle una orden, a los Sinmagia no les estaba permitido. Simplemente fue una muestra de cariño.



Fuera, los niños esperaban impacientes al Capitán y su historia. Era un grupito alegremente variado: había Mágicos y Sinmagia, chicos y chicas, caras llenas de pecas y morros llenos de barro, altos y bajos, delgados y rellenitos, simpáticos y... no, aquel día sólo había una antipática: Scarlet Pimpernel, la hija del alcalde.

—¿Dónde está Paj? —preguntó Grisam mirando a su alrededor. Paj era el apodo de Robin Windflowers, el menor del grupo, diminuto como un pajarillo.

—Allí está, todavía con el remo —contestó Pervinca.

—Déjalo, Paj, ¡ya no lo necesitas! —gritó Grisam—. ¡Ven corriendo, igual el Capitán nos deja entrar en su caseta!

—¡Qué insensatez! —gritó Talbooth desde el fondo de la estancia—. Dejaros entrar... Seríais capaces de devastar un zoco, sois peores que la langosta o que una tormenta de arena.

—¿Qué es un zoco? —preguntó Babú a su hermana en voz baja. Vi hizo un gesto como diciendo: «Ni idea».

—Has prometido que nos contarías una historia —protestó Cloudy de nuevo.

—¡Jamás he dicho tal cosa! —refunfuñó el Capitán apareciendo en la puerta.

—¡Sí lo has hecho! —exclamó una voz en el grupo.

—¿Quién ha hablado? ¡Que dé un paso adelante y demuestre que tiene intestinos y una lengua

viperina!

Pervinca se abrió paso entre sus compañeros:

—He sido yo, y tú has dicho que nos contarías una historia.

—¿Y cuándo he dicho tal cosa?

—¡Antes! Te lo hemos pedido y tú no has dicho que no. Eso quiere decir que sí.

—Mmm... —el Capitán frunció sus tupidas cejas grises y miró a los niños uno a uno.

—¡Enseñadme las manos! —ordenó—. Mugrientas, como imaginaba. Metéoslas en los bolsillos y no toquéis nada.

—¿Quieres decir que podemos entrar?

—Me arrepentiré mientras viva, lo sé. Encontrad un hueco donde posar el fondillo de vuestros sucios pantalones y permaneced mudos como peces —graznó Talbooth haciéndose a un lado—.

¡Adelante, entrad!

Los niños estaban exultantes y se daban con el codo:

—Gruñe, gruñe, y es más bueno que el pan —susurró uno.

—¡Esperemos que no nos coma! —comentó otro.

—¡Un momento! —atronó el Capitán—. Será mejor que un hada vuele a avisar a los padres de esta chusma de que sus críos están aquí. En estos tiempos, querrán saber dónde se encuentran.

Mientras los niños se organizaban, Ditemí partió a recorrer casa por casa para cumplir la orden del Capitán.

—¡En fila de a uno! —ordenó Pic.

Cada uno de ellos puso la mano en el hombro del anterior, como en el colegio, y de uno en uno me siguieron más allá del umbral.

Dentro estaba más bien oscuro, y nuestros ojos, acostumbrados a la luz, tardaron unos momentos en adaptarse a la luz tenue de la caseta. Pero cuando la estancia fue haciéndose visible... ¡nos quedamos embobados!

Yo la primera, me quedé sin palabras. Algunos niños tropezaron en el escalón, otros se quedaron petrificados en la puerta, con la boca abierta, mientras su mirada vagaba de acá para allá, sin saber en qué fijarse.

Si por fuera la caseta nos había sorprendido, por dentro nos dejó estupefactos. ¡No se parecía en nada a una caseta de pescador! Las paredes y el techo estaban revestidos de madera, y no me refiero a «tablas y listones clavados», ¡quiero decir carpintería! Maderas preciosas, pulidas y barnizadas. Las redes de pesca, los cestos, las sogas, las anclas, los cubos... estaban dispuestos en perfecto orden a la entrada, mientras que otros mil hermosos objetos colmaban lo que, sin exagerar, podía definirse como un pequeño reino.

—Hay un gato que quiere entrar, Capitán, ¿qué hago? —preguntó el último de la fila.

—Ah, es Pampuria, ¡ha olido el pescado! Deja que entre, también es su casa —dijo el Capitán echando dos pescados en un cuenco.

—Capitán, ¡no nos había dicho que tuviera un tesoro aquí adentro! —exclamó Grisam Burdock.

—Bueno, son cosas viejas que pertenecen al mar —contestó cambiando de conversación con

un gesto de la mano.

Devién sacudió la cabeza.

La confianza hace volar



Serían cosas viejas las que decoraban el «camarote» del Capitán, pues a esto se parecía su caseta, pero algunas tenían un aspecto indudablemente precioso. Otras, en cambio, no las habíamos visto nunca, y otras más llevaban letreros escritos en lenguas y alfabetos desconocidos. Algunas... sí, algunas debían de tener una antigüedad de siglos, pero el Capitán las había conservado muy bien. Ni una mota de polvo, ni una telaraña. Las maderas habían sido enceradas a menudo, los latones brillaban y todo estaba perfectamente ordenado. Incluso el suelo de piedra resplandecía, y el camastro, al fondo de la caseta, estaba ese día extendido.

El Capitán lo cubrió con una manta:

—Las niñas pueden sentarse aquí —dijo—. Los varones... bah, donde puedan. Total, limpiaré otra vez cuando os hayáis ido.

Hubo un pequeño altercado: los niños se disputaron los sitios más cómodos. Luego se acomodaron: quién se sentaría sobre un baúl, quién sobre una caja, quién en las hornacinas de la pared; alguno dio la vuelta a un cubo, otros se acuclillaron en el suelo... Cuando por fin todos estuvieron acoplados, en cada rincón de la caseta, iluminado por la luz de un hada, brillaba la cara de un niño. Sólo Grisam Burdock permaneció casi todo el tiempo de pie. Su mirada iba inquieta de un objeto a otro.

—¿Qué ocurre, joven Burdock, mi suelo no es digno de tu noble trasero? —preguntó Talbooth.

Grisam no respondió: estaba fascinado, o mejor, cautivado, emocionado... ojiabiertoconquistado, por los libros, los instrumentos, los mapas, los pergaminos...

—Oh, no, al contrario, Capitán. Todo es precioso. Si prometo no tocar nada, ¿puedo mirar las cosas de cerca? —preguntó.

—Claaaro —contestó Talbooth—. Si te urge tanto charlar un rato, mira... ¡ese sextante de allí es el que más puede contarte cosas! —dijo. Los niños estallaron en risas: ¡incluso el Capitán sabía que Grisam hablaba con los objetos!

Yo nunca había asistido a una de aquellas conversaciones suyas, pero no dudaba de que fueran ciertas. En el pueblo, en cambio, el joven Burdock estaba considerado un poco extravagante a

causa de ello.

—En realidad, preferiría conocer mejor aquel baúl —respondió el niño—. Parece un pequeño armario, pero tiene correas y bisagras, como los baúles. Y lleva una inscripción: dice...

—¡Mantente lejos de él! —berreó el Capitán—. Su historia no te concierne.

Grisam retrocedió unos pasos, pero incluso desde allí logró leer las cuatro letras grabadas en la cerradura: G. W. E. T. «¿Qué significarían?», pensó.



Se hizo un silencio sepulcral.

Los niños estaban esperando la historia, pero Talbooth no parecía tener prisa por contarla. Se lavó despacio las manos, se las secó cuidadosamente con una toalla limpia que luego colgó de un gancho de latón en forma de ancla. Dio vueltas a la manivela de un gramófono, alzó el pequeño brazo y posó delicadamente la aguja sobre el disco. Una dulce melodía inundó la estancia. De un aparador sacó un hervidor de agua, lo llenó y lo puso sobre la estufa. Sobre una bonita bandeja de plata colocó un mantelito de lino de color marfil, una hermosa tetera de porcelana fina, una sola taza, un solo platito, decorados con el mismo motivo que la tetera: una corona y un escudo que los niños nunca habían visto. Y una sola cucharilla. Cuando el hervidor silbó, el Capitán vertió unas gotas de agua en la tetera y la agitó delicadamente. De una bonita caja de madera sacó un puñado de hojitas que puso en un saquito de muselina que dejó caer dentro. Después echó el resto del agua. Cuando estaba sentándose en su silla, se detuvo de repente. Olió el aire y dijo:

—Ha cambiado el viento, ahora sopla del noroeste.

«¿Cómo puede saberlo encerrado aquí adentro?», se preguntaron los niños con perplejidad. ¡Si no era un mago!

La puerta de la caseta chirrió de un modo siniestro y se abrió de golpe:

—¡АНННН! —gritaron los niños. Paj, que precisamente en ese momento entraba, gritó a su vez del susto y dio tal salto que el picaporte se le rompió en la mano—. ¿¿Tú?? —exclamaron—. ¿Es que quieres matarnos de miedo? ¿Dónde te habías metido?

—He... he dejado el remo en su sitio —respondió Pajarillo mirando a su alrededor. No tartamudeaba, no exactamente, pero repetía siempre la primera palabra, restregándose la nariz y subiendo y bajando sus largas pestañas doradas. Nada en él estaba quieto. Si no podía correr, daba saltitos en el sitio con uno y otro pie.

«¿Necesitas hacer pis, Paj?», daban ganas de preguntarle.

«No, no, tengo que irme», contestaba él.

«¿Adónde?».

«Irme, irme».

Era el nerviosismo en forma de niño.

La puerta, sin el picaporte que corría y descorría el pestillo, empezó a molestar con sus golpes:

—¿Trato de arreglarla? —preguntó Grisam al Capitán.

—Ahora no —contestó.

—Pero entonces seguiré golpeando y... si golpea quiere decir que... ¡el viento sopla del noroeste!

Los niños abrieron de par en par los ojos: el Capitán lo había adivinado. Cómo lo había hecho, era un misterio.

—Paj se ocupará de mantener la puerta cerrada, ¿verdad, Paj? —dijo Talbooth.

—Sí, sí, Capitán. O... o al menos lo intentaré. Yo, yo soy pequeño, escuchimizado. La, la agarro así y... ¡AUHHHH!

Paj arillo voló hasta el exterior arrastrado por la puerta.

—Bravo, escuchimizado. Empiezas bien. Verás cómo pronto habrás aprendido.

—¡Si antes no termina en el agua! —comentó irónicamente Pervinca. Pajarillo volvió a entrar con la puerta y salió volando hacia fuera otra vez.

—OOOO-OHHH... ¡SOCORRO!

—No pidas socorro, Paj, recuerda lo que les pasa a los niños que gritan «socorro» por nada —bromearon los demás.

El Capitán, en cambio, pareció no prestar atención. Se sirvió el té y, con la gata entre los brazos, se acomodó en la vieja silla crujiente junto a la estufa.

—¿Qué estáis mirando? —preguntó sintiendo los ojos de los niños puestos en él—. Ah, ya, la historia. Bueno, veamos... ¿Os he contado ya cuando mi *Lowri Bell* terminó encallada en las arenas de la isla de Wapatu?

—Por lo menos cien veces.

—Estáis preocupados por vuestro amigo, ¿eh? —dijo el Capitán—. Bueno, dejad que os diga que se las apañaría muy bien si contase con un poco de vuestra confianza.

—En mi opinión, en este momento agradecería más un ancla —comentó Pervinca.

El Capitán la miró de reojo:

—¡Mujeres! ¡Abren la boca y no dicen nada! ¿Cuándo aprenderéis, me pregunto? Un ancla te fija a la tierra, señorita, pero la confianza... ¡Ah, la confianza! ¡La confianza puede hacerte volar a donde quieras! —dijo alzando los brazos al cielo.

Pervinca no supo qué responder y el Capitán retomó su discurso:

—¿Dónde me quedé? Ah, sí, los piratas nos seguían y...

La puerta golpeó de nuevo, y esta vez fue tan fuerte que Pajarillo rodó hasta los pies de Talbooth:

—¡Es... es divertido! —dijo el pequeño Robin riendo a carcajadas y corriendo a cerrar la puerta—. Puedo... ¡puedo conseguirlo, Capitán! ¡Ji, ji, ji!

—Muy bien, Paj, muy bien. No tenemos prisa —le respondió el Capitán—. Como estaba diciendo, creo que no os he contado nunca el gran naufragio de Cabo Aberdur.

Al oír la palabra «naufragio», Devién soltó un estornudo y luego otro y otro. Talbooth la miró con ternura.

—Alguien de aquí es alérgico a la verdad... —dijo.

Un misterioso hallazgo



Sucedió un invierno, uno de los inviernos más crudos e ingratos que yo recuerde... —comenzó el Capitán encendiéndose la pipa—. La *Isabella II*, una fragata de velas cuadradas, surcaba las aguas entre la niebla del mar de Kerrclan siguiendo la ruta de costumbre. ¡Las estrellas son testigos si digo que era una belleza! Dos puentes, tres mástiles, un velamen imponente y su proa... ¡amplia y esbelta! Una maravilla de barco. Y, ¿queréis saber cuál era su mayor cualidad?

—¿Cuál, Capitán?

—Sabía estrechar el viento.

—Ni siquiera sé lo que quiere decir.

—Maniobrar la *Isabella II* era tan fácil como llevar a una dama en un vals —explicó Talbooth—. Estaba armada con dos baterías de cañones: doce de siete libras y seis de cinco. Aquel maldito día no utilizamos ninguno.

—¿Era, era un buque de guerra-aah? —preguntó Paj, que voló con la puerta.

—¡No sólo eso! Los cometidos de la *Isabella II* eran explorar, escoltar, atacar y defender. Pero aquella vez, ay de mí, también llevaba una carga preciosa. Esto, sin embargo, la tripulación no lo sabía. Al reclutamiento se presentaban delincuentes y criminales a los que no habría confiado ni mi pinta de cerveza: no te podías fiar de nadie. Por lo demás, la paga era muy baja y los buenos marineros, los de fiar, no estaban por la labor de navegar en aguas infestadas de piratas. En resumidas cuentas, que con una chusma de esa ralea, a la que hay que sumar treinta oficiales, un contramaestre, un piloto, un jefe de cañoneros, un médico, tres carpinteros y veinticinco infantes de marina, la *Isabella II*, a las seis en punto del día fijado, soltó amarras y se hizo a la mar escoltada por un puñado de gaviotas. El mar en calma y el viento estable permitieron enseguida una buena andadura: «¡Siete nudos y aumentando, Capitán!», gritó el señor Peabody retirando la corredera.

—¿Eras tú el Capitán? —preguntó Flox.

—Por las barbas grises de las olas, ¿y quién si no habría de serlo? —respondió—. Yo mismo,

en persona.

Los niños no pudieron aguantar unas risitas quedas, pero Talbooth no se dio por aludido y continuó su relato.

—«¡Muy bien, señor Peppop!», dijo al contramaestre. Se llamaba Cal Peppop, un gran hombre de mar, así como buena persona. «A este paso, en un par de horas estaremos fuera del cabo, en mar abierta».

»Bajé a controlar la carga: sólo yo conocía el contenido de las cinco cajas estivadas en el vientre de la nave. Y a los tres hombres que hacían guardia les había dado orden de abrir fuego contra cualquiera que se acercara.

»A las ocho en punto, como había previsto, dejábamos las aguas seguras del canal para afrontar el Gran Mar. Cinco horas después, el segundo de a bordo vino a avisarme de que había un problema.

»Todos los hombres estaban sobre el puente y miraban el mar en silencio, atónitos. “¿Se ha caído alguien, Torrel?”, pregunté. “¡Por todas las marañas!, ¿por qué no he oído el grito de alarma?”.

»“No se ha caído nadie, Capitán. Ninguno de nosotros, pero... mirad vos mismo...”.

»Alrededor del buque flotaban los restos de un galeón real. Los piratas lo habían abordado y, después de haberlo saqueado, le habían prendido fuego. Una parte del castillo de popa ardía todavía entre barriles y jarcias, alimentos y aceite, cacharros de todo tipo... “¡Buscad a los supervivientes!”, ordené. “Echad al agua mi barca, ¡bajaré yo también!”.

»No encontramos a un solo hombre, ni vivo ni muerto. Los tiburones habían pasado antes que nosotros.

»“¡Es el *Sunboat!*”, gritó uno de los marineros sacando del agua la tabla con su nombre. “Gracias, Bradley, me lo imaginaba”, respondí. Los remos habían sacado a flote algunas vestimentas entre las que reconocí el sombrero de mi amigo y valiente capitán Charles Albert Bullet.

»Anduve entre aquellos miserables restos con la esperanza de encontrar el libro de a bordo. Y un libro encontré: flotaba con las páginas abiertas. La corriente lo estaba arrastrando hacia el norte. “Extraño”, me dije. Cuando lo rescaté, enseguida me di cuenta de que no se trataba del Diario del capitán. Pese a encontrarse hundido en el agua, no se le había borrado ni una sola palabra, pero ninguna hacía referencia a la nave recién hundida; la tinta con la que estaba escrito seguía negra y brillante como la del calamar. De todas formas, era un libro. Quien lo había escrito debía de haber vivido muchos siglos atrás. La tierra que describía me era del todo desconocida, lo mismo que los hechos que contaba. Decidí conservarlo y en las noches que precedieron a nuestro desastre me sumergí en su lectura.

—¿Qué contaba? —preguntó Vainilla.

En ese momento noté que, desde hacía unos minutos, ya no oía ni a Paj ni al viento. Me volví y observé al pequeño Robin sentado con las piernas cruzadas delante de la puerta, bajo la cual había encajado un trozo de madera. Sonreí: «El Capitán sabe más que todos juntos, ¡y Paj más que el Capitán!», pensé.

—¿Era un libro de aventuras? ¿Quién lo habría escrito? —insistió Vainilla.

—¡Sólo el cielo lo sabe! —respondió el Capitán Talbooth—. Quizá una Criatura Mágica, viendo el poder de la tinta, pero nombres... ¡bah! Y en cuanto a los hechos que narraba, os asombraría escucharlos.

—¡Cuéntanoslo! —exclamaron los niños a coro.

—Oh, no, no me corresponde a mí. Os diré, en cambio, qué ocurrió la noche en que fuimos atacados.

—¿Tropezasteis con un calamar gigante?

—¡Un cachalote!

—¿Un grupo de sirenas?

—¡Piratas! —exclamó Talbooth—. ¡Esos perros famélicos!

—¡Capitán! —susurró Devién.

—Eh..., quería decir que precisamente con ellos.

El naufragio del «Isabella II»



» **E**ran poco más de las once de la noche —continuó el Capitán—. Desde hacía horas navegábamos en un denso banco de niebla. El viento parecía haberse olvidado de nosotros y llevábamos un serio retraso. Me encontraba en las cocinas con el señor Poteto, el cocinero del buque; los hombres le habían puesto ese apodo porque era gordo y pálido como un tubérculo. Precisamente, estaba ordenando al señor Poteto que racionara los víveres y el agua cuando el vigía de la cofa lanzó el grito de alarma. Un instante después, un choque violento nos arrojó a ambos entre las cajas de fruta. No había bajíos ni escollos en aquellas aguas, así que comprendí todo inmediatamente. Corrí a buscar mi pistola al camarote y luego salí a cubierta.

—¿Tenías una pistola?

—Todos los oficiales tenían una, cuando no dos o tres. Aquellos perros... quiero decir, los piratas, estaban ya sobre el puente de la nave y llevaban las de ganar contra mis hombres o, para ser más precisos, contra los que todavía me eran fieles. Casi todos los oficiales, el contra maestre, el timonel, dos carpinteros y tres mozos estaban combatiendo para salvar el *Isabella II*, pero el resto de la gente, en menos que se tarda en contarlos, se había pasado al bando del enemigo y estaba saqueando mi buque para salvar la vida y ganarse un pasaje en el barco pirata.

»Me uní a mis hombres y, espalda contra espalda, entablamos una lucha desesperada contra piratas y amotinados. Aparecían entre la niebla, armados hasta los dientes, ágiles y silenciosos como fantasmas sedientos de sangre. De repente, me acordé de la carga. Corrí a prestar ayuda a los hombres de guardia, pero, cuando llegué, las cajas habían desaparecido y los hombres...

—¿Muertos?

—¡Peor!

—¿Qué es peor que morir?

—Morir a manos de los piratas. Cuando volví a cubierta, el puente estaba en llamas y el aire olía a humo y a derrota. Oía el lamento de los heridos, pero no lograba verlos. Atravesé el puente empuñando la pistola, esperando que alguno de los míos se hubiera salvado. Encontré al segundo,

el señor Torrel, herido en una pierna, y también, con gran alivio, al señor Peppop: una bala le había agujereado la camisa, y la tripa bajo ella, pero él parecía no darse cuenta. «¡Tenemos que apagar el incendio!», gritó. «¿Quién se ha salvado además de nosotros?, ¿habéis visto a alguien más, señor Peppop?».

»“Al timonel, ¡señor! Y al oficial de derrota, el señor Lewis, al médico, al ayudante del cocinero, a tres suboficiales y a algunos marineros”. Encontramos también a unos jóvenes grumetes escondidos en un barril de arenques. ¡Que el cielo me fulmine si sé cómo conseguimos apagar aquel fuego! Nos pusimos todos manos a la obra, codo con codo, pasándonos barriles y cubos de agua. ¡Y que no llueva cuando más la necesitas! Tuvimos que tirar al agua todo lo que ardía: cuerdas, velas, cajas, barcas, paños y barriles. Al final nos sangraban las manos, el puente humeaba, pero el incendio estaba controlado. Esperé a que se despejara el humo y pedí que calcularan las bajas: “Veinte hombres en pie, cinco heridos y dos quemados”, refirió el segundo. Todos los demás habían pasado a mejor vida, habían sido capturados o viajaban en la tripa de algún pez.

—¿Qué fue de los traidores? —preguntó Pervinca.

—Los pobres ilusos... seguramente serían abandonados en alguna isla o vendidos como esclavos. Los piratas no hacen amigos y no tienen piedad, conviene saberlo.

—¿Pero es una historia de verdad? —preguntó Cloudy Bugle.

—Por supuesto que es de verdad —le respondió Flox acalorándose—. ¿De dónde te crees que vienen todos estos objetos?

—El Capitán ha dicho que vienen del mar.

—¡Vienen del *Isabella II*!

—¡Silencio! —atronó el Capitán—. Chusma indisciplinada, ¡os dije que estuvierais «mudos como peces» si queríais que siguiera!

El Capitán vació la ceniza de su pipa y la volvió a encender. El humo, nuevo y vigoroso, invadió la estancia:

—¿Qué estaba diciendo? Ah, sí... el abordaje... El señor Peppop hizo la relación de daños: «Quizá pudiéramos armar el palo de mesana y carenar el trinquete», dijo. «Pero el palo de la vela maestra está muy dañado. Las jarcias de estribor han cedido con el abordaje y el costado tiene una gran grieta, afortunadamente por encima de la línea de flotación. Y hemos perdido la brújula. Y el ancla. Y todas las lanchas. Sólo ha quedado un remo».

»“Gracias, señor Peppop”, dije desanimado. “Ahora id a que os curen esa herida, si es que el médico se tiene aún en pie”. Habría bebido de buena gana un vaso de grog, ¡pero los canallas se habían llevado incluso eso!

—¿Qué es el grog, Capitán? —preguntó Pajarillo.

—En esos momentos, el mejor amigo de los marineros —explicó el Capitán—. El único capaz de elevarles la moral, la mejor medicina: ron, agua hirviendo, azúcar de caña y corteza de limón.

—¡Puaj! —prorrumpieron los niños con asco.

—Por suerte, el señor Peppop guardaba siempre una petaca de ron bajo su chaleco. Armamos la vela maestra y remendamos las velas del trinquete. No era gran cosa, pero siempre es mejor que

nada. Con el remo logramos hacer una muleta para el señor Torrel. El timón, por el contrario, se había perdido del todo. Fijamos el rumbo con el sextante y decidimos navegar hacia el este, hacia la tierra firme más cercana. Después de un día de viento favorable, habíamos recorrido tres millas hacia el este ¡y sesenta hacia el norte!

»“¡Una corriente nos ha atrapado y nos está arrastrando hacia el frío, Capitán!”, gritó el oficial de derrota. Durante seis días y seis noches combatimos contra aquella corriente, pero no hubo nada que hacer, y una mañana nos despertamos cubiertos de nieve. Sus tres buenos palmos, en los puentes y en las vergas, y seguía nevando. Olas negras y gélidas golpeaban el buque en la proa y el viento soplaba sin piedad. “¡Tended las cuerdas de seguridad!”, dije al señor Peppop. “¡Sí, señor! ¡Desguindad los palos! ¡Mar a proa! ¡Aferrad las velas!”, ordenó él.

»Miré al timonel y vi que no resistía más el esfuerzo: tomé su puesto y me até al timón. Peppop se ató a mi lado. “Ataos también vos, señor Torrel”, grité a mi segundo. “¡Y vos, dadme un poco de vuestro ron, contramaestre, o se me congelarán las tripas!”.

—¿Y luego?

—Luego nadie más habló.

El vagabundo sin nombre



Absorto en sus fantásticos recuerdos, el Capitán daba largas chupadas a su pipa y el tabaco crepitaba y se ponía rojo, mientras el humo se elevaba en amplios círculos sobre nuestras cabezas.

—¿Y luego qué ocurrió, Capitán?

—Ah, no lo sé —respondió sacudiendo la cabeza—. Desde ese momento, las imágenes quedaron envueltas en la niebla. Pero algunas noches escucho todavía ese ruido...

—¿Qué ruido?

Talbooth no contestó. Su mirada estaba lejos, perdida en busca de aquellos últimos recuerdos que no querían volver. Sus labios murmuraban palabras incomprensibles y los niños pensaron por un momento que se había vuelto loco del todo.

—¡El grito de un barco! —exclamó de golpe.

Los niños dieron un respingo:

—¿Los barcos pueden gritar? —preguntaron.

—Los barcos gritan cuando su Capitán los estrella contra las rocas. Es un sonido horrible. Simplemente horrible.

—¿Estrellaste tu barco contra las rocas, Capitán?

—Me temo que sí. Estaba tan oscuro...

—¿Dónde os encontrabais?

—Frente a una tierra que no venía en nuestros mapas. ¡Frente a ESTA tierra! —respondió el Capitán acalorándose todavía de la rabia.

—¿Estas diciendo que el *Isabella II* naufragó frente a nuestras costas?

—Creo que estábamos frente al Cabo Aberdur.

—¡Precisamente donde te encontraron!

—¡Donde Devién, mi hada, lo encontró! —puntualizó Flox.



Tenía razón, lo había encontrado Devién cuando todavía era el hada niñera de la tía de Flox, Hortensia. Talbooth estaba boca arriba sobre la arena, sepultado por la nieve y agonizando. Nadie sabía quién era ni cómo había llegado a aquella playa. Vestía un jersey y unos pantalones hechos jirones, y puesto que en una mano apretaba una botellita de ron y en la otra una muleta de madera los ciudadanos de Fairy Oak imaginaron que se trataba de un vagabundo y lo confiaron al cuidado del señor Viccard. El guardián del faro lo cuidó durante seis largos meses. Con ayuda de Devién, que desde entonces había permanecido muy cerca de él.

—Si esta historia es verdad, Capitán, ¿por qué no la contó enseguida? —pregunté.

Me sonrió enseñando su único diente:

—Por qué, por qué, por qué... Porque cuando me recuperé, apenas si recordaba mi nombre, he ahí el porqué —dijo—. Me convencí de que era de verdad un vagabundo y quizá, puesto que aferraba una botella de ron, también un borracho. No era cojo, sin embargo, y no me explicaba por qué llevaba una muleta.

—Era la de tu segundo, el señor Torrel —dijo Flox, ahora segura de haber comprendido todo—. Quizá intentaste salvarlo, ¡y lo mismo hiciste con el señor Peppop!

—Y te quedaste con sus cosas en la mano —continuó Vainilla.

—¿Qué fue de tus hombres, Capitán? ¿Dónde están ahora?

—No lo sé, y maldigo esta cabeza mía que no quiere recordar. Quizá ocurrió lo que decís, quizá intenté salvar a aquellos compañeros míos que estaban cerca, pero no lo logré, desde luego, y todos entregaron su alma al mar, pobrecillos, porque no he tenido noticias de ninguno de ellos.

—Pero tú te salvaste. El único de toda la tripulación, ¿no es extraño? —preguntó Scarlet Pimpernel, la hija del alcalde. Los niños la miraron de mala manera; ya fuera verdadera o falsa la historia, no estaba bien hacer esa pregunta. Así que cambiaron de tema.

—Capitán, ¿estos objetos vienen todos del *Isabella II*? —preguntó Babú.

—¡Todos y cada uno! Pero... durante años recogí los restos de mi barco sin reconocerlos. Me parecían bonitos y nada más. Después, mucho tiempo después del naufragio, cuando ya era a todos los efectos «el vagabundo sin nombre», encontré en el mar mi baúl de viaje...

—¿«Ese» baúl? —preguntó Grisam.

—Ese precisamente, pero tú sigue manteniéndote a distancia. Lo que contiene no te concierne.

—¿Y cómo empezaste a recordar?

—Primero sólo fueron imágenes desenfocadas e impresiones confusas —explicó el Capitán—. El chapoteo de las olas, las voces de los hombres, el olor de la pez y de los arenques, el restallido de las velas hinchadas por el viento...

—¿Y se lo contaste a alguien?

—Por desgracia, sí. Dije que estaba seguro de venir del mar, pero nadie me creyó y mi historia sólo sirvió para que me cambiaran el nombre. Como no lograba dar detalles exactos, me convertí en «el marino visionario». Desde aquel momento, sin embargo, los recuerdos empezaron a

volverse cada vez más vívidos y claros. Cada objeto que encontraba me contaba un episodio de mi historia: el buque, mis compañeros, los viajes... Habría debido callarme y guardarme para mí solo mi pasado. De todos modos, era tal mi alegría que siempre terminaba contando mis averiguaciones a alguien. Cuando encontré mi gorra y me acordé de que había sido capitán...

—Tu nombre cambió otra vez —adiviné yo.

—Y pasé a ser «el Capitán» —concluyó.

—¡Qué injusticia! —exclamaron los niños.

—Oh, yo en cambio lo entiendo —dijo Talbooth—. ¿Cómo se puede creer a alguien que dice haber visto un calamar gigante, pero que no recuerda su propio apellido?

—Claro... —comentó Scarlet—. Capitán, ¿puedo preguntarle qué hay en ese barril? Suelta un extraño olor.

—¡Grog! —contestó el Capitán—. Lo hago yo con mis propias manos.

—¿Y bebe mucho? —preguntó Scarlet.

—¿No estarás llamando borrachuzo al Capitán, no? —exclamó Vainilla horrorizada.

—No te sulfures, Periwinkle uno. Sólo he hecho una pregunta —respondió Scarlet.

Pervinca ya estaba yendo hacia ella cuando una voz llegó desde el muelle:

—ROBIN WINDFLOWERS, ¿SE PUEDE SABER DÓNDE TE HAS METIDO?

—Es, es mi madre, está buscándome, tengo que irme —dijo Pajarillo. Antes de salir, fue a darle las gracias al Capitán.

—Gracias, gracias por la historia y por el juego de la puerta. Ha, ha sido muy interesante —dijo estrechando con sus dos manos la mano gigantesca del Capitán.

—ROBIN LEWIS WINDFLOWERS, SI NO VIENES ENSEGUIDA A CASA, YO...

—Ya, ya voy.

—Nosotras también nos vamos. Vuestro padre se estará quedando helado ahí afuera —dije haciendo que se levantaran las niñas.

Pervinca dudó un momento:

—La historia que nos has contado hoy, ¿cuándo la recordaste, Capitán?

—Hace una semana —respondió él con una sonrisa.

—¿Encontraste algún objeto que te la hizo recordar o te vino así sin más?

—El libro.

—¿Qué libro? ¿El que encontraste entre los restos del *Sunboat*, con la tinta de las palabras todavía negra y brillante?

—Ese precisamente.

—¿Lo has encontrado hace sólo una semana?

—Se enganchó en la red.

—Vámonos a casa ahora, es casi de noche —dije—. Como siempre, somos las últimas.

—Esperad —dijo el Capitán cuando ya estábamos en la puerta—. Tú querías saber qué es un zoco —dijo dirigiéndose a Vainilla.

—En realidad... sí, Capitán.

—Zoco significa «mercado», y para entender lo que es debes imaginar un lugar de mucho

follón, con mil colores que hieren la vista, olores que pellizcan la nariz y voces y palabras que no comprenderías porque provienen de una tierra muy antigua y lejana. Eso es un zoco. Yo he estado en ellos.

—Lo creo, Capitán —contestó Babú—. ¿Puedo hacer otra pregunta? ¿Qué había en las cajas del *Isabella II*?

—No me acuerdo.

Cuando salimos, el sol estaba poniéndose. Cícero hablaba con el marinero que había intentado echar de allí a los niños. Estaba contento de vernos.

—Ah, aquí estáis —dijo frotándose las manos—. Tengo que pasar un momento por el pub, luego nos vamos.

—Nosotros acompañamos a la «chusma» a sus casas —dijeron Pic, Ditemí, Talosén y Lolaflor—. Nos vemos mañana.

—Sí, tened cuidado —dije despidiéndome.

—Estoy sorprendido de que el Capitán os haya dejado entrar en su caseta. A ninguno de nosotros nos ha permitido nunca acercarnos siquiera —dijo Cícero mientras subíamos la calle.



—Lo ha hecho para protegernos del frío y de... —me interrumpí: no me apetecía pronunciar el nombre del Enemigo en aquel momento, pero Cícero comprendió de todas formas.

—Ese hombre es una continua sorpresa —dijo.

—Nos ha contado una historia preciosa, papá —dijo Vainilla—. ¡Es de verdad capitán!

—¿Ah, sí?

—¡Y ha dicho que vivimos en una tierra que no figura en los mapas! ¿Tú lo sabías, papá? — preguntó Pervinca.

—No, pero ¡esta sí que es buena!



Fue todo lo que un adulto supo de aquella historia. El resto permaneció siempre como un secreto entre los niños y el Capitán.

El jirón de Mordillo



Al pasar por delante de la puerta del pub, Cícero curioseó por la ventanita en forma de ojo de buey y empujó la puerta.
—Aquí estoy —dijo—. Venid...

Sentados a una mesa, el tío de Grisam y el señor Polimón, padre de Flox, charlaban ante dos jarras de cerveza.

—¡Ah, Cícero! ¿De paseo con los niños?

—Los he salvado de las garras del Capitán Talbooth, o mejor dicho, lo he salvado a él de las tuyas —contestó Cícero—. ¡Han estado en su caseta!

—¿De verdad? Qué extraño, nunca había dejado entrar a nadie —comentó Bernie Polimón—. Siempre me he preguntado qué será eso tan precioso que oculta.

—Oh, si lo vieras, papá... —empezó a contar Flox, pero antes de que pudiera continuar Pervinca le dio disimuladamente un empujoncito con el hombro y calló.

—Ahora los llevo a casa —dijo Cícero—. Sólo quería saber si el plan sigue siendo el mismo, es decir, lo de esta noche... —mientras hablaba, guiñó un ojo a Duff.

—De eso estábamos hablando, Cícero —contestó el señor Burdock.

—Si te sientas un momento, organizaremos la ronda.

Desde debajo de la mesa se oyó el ruido de una patada.

—¡AY! —gritó Duff agarrándose un pie.

Vainilla se volvió hacia su padre:

—¿¿Haces rondas otra vez?? —le preguntó alarmada.

Cícero miró a Duff y movió la cabeza:

—Mago charlatán —masculló.

—Pero es que siempre te toca a ti —protestó Babú—. ¿No podría ir el padre de otro?

Cícero le cogió las manos:

—¿Te gustaría que el tuyo no cumpliera con su deber? —le preguntó.

—Sí —contestó ella con los ojos brillantes.

—No es verdad, no lo creo. Y además, no hay nada que temer: como ves, estaré en «buena» compañía —prosiguió Cícero. Pervinca fue a abrazar a su hermana.

—Ya me encargo yo de ella, papá —dijo—, no te preocupes.

También Grisam se adelantó:

—Si queréis quedaros, señor Periwinkle, yo acompaño a casa a las chicas.

—Gracias, Grisam. Es muy amable por tu parte, chaval —contestó.

Mientras abandonábamos el local, Duff pidió disculpas a Cícero:

—Lo siento, creía que lo sabían.

—Mago testarudo, ¿no te he guiñado un ojo?

—Ah, ¿era un guiño? Creía que te picaba.



En el camino de vuelta, Grisam hizo lo que pudo para que Pervinca, sobre todo, no se acordara de que le habían llamado «chaval»:

—Son hombres muy capaces —dijo—. Si no hubiera tenido que acompañaros, ¡me habría ido con ellos!

—Nunca te lo habrían permitido, eres demasiado pequeño —replicó Vi.

—¿Bromeas? Tío Duff ya me lo ha pedido una vez.

—¿Y fuiste?

—No, porque también iba de ronda mi padre, y mi madre se habría quedado sola.

—Ah, ya, fue por eso —sonrieron Flox y Pervinca. Vainilla, por su parte, caminaba con la cabeza gacha.

—Hace un frío de perros —dijo toda seria. Debía de estar muy triste, porque no era propio de ella hablar así.

—A propósito de perros —dijo Flox en aquel momento—, ¿aquel no es Mordillo?

—Sí, es él. ¿Qué lleva en la boca?

—¡Ven aquí, bonito! ¡Aquí, Mordillo! —Grisam llamó al perro y logró quitarle de la boca el objeto—. Es un trozo de tela negra —dijo—. Debe de haber desgarrado la capa de un mago.

—Ya, y el mago le ha alcanzado de refilón con un hechizo. Mirad su rabo...

—¡Parece un cerdito! ¡Ja, ja!

—Pero es muy raro, Mordillo no suele atacar a la gente. Mordisquea las cosas y ya está.

—¿Puedo verlo? —pregunté—. Sí, sí, es un trozo de capa.

—Pero míralo: no tiene aire de culpabilidad, pobre perrito —dijo Flox—. ¡Parece más bien orgulloso de su fechoría! ¿Estás orgulloso? Sí, sí, hola, Mordillo, hola.

Mordillo no tenía aspecto de culpable, todo lo contrario. Saltaba juguetón alrededor de los chicos tratando de recuperar su trofeo.

—¿Sabéis qué creo? —dijo de repente Vainilla—. ¡Que Mordillo es un héroe!

—¿Por qué? —preguntó Pervinca.

—Porque para mí que ese pedazo de tela pertenece a la capa de un emisario del Enemigo que ha entrado en el pueblo.

Enmudecieron.

—Creo que Vainilla tiene razón —dijo Devién—. Yo me vuelvo para advertir a Duff y a los demás. Grisam: tú y Felí, llevad a casa a las niñas, ¡deprisa!

Al oír aquellas palabras, Pervinca y Flox se dispusieron a volar, pero Devién las detuvo:

—Prefiero que permanezcáis con los pies en el suelo, ocultas bajo el muro —dijo—. Más bien, corred.

Mientras Devién volaba hacia el puerto, los niños corrieron a toda prisa por la calle seguidos por mí y por Mordillo. De improviso, una figura envuelta en una capa negra les cerró el paso.

—¡AHHH! —chillaron.

—¿Se puede saber dónde estabais? —los interrogó en un tono bastante enfurecido.

—¡Tía Hortensia! —exclamó Flox.

—Qué susto nos habéis dado, bruja Polimón —dije apenas recuperé el aliento.

—¡No te habíamos reconocido!

—Llevo horas buscándoos —exclamó—. Tu madre y tu padre, Flox, están todavía dando vueltas por el pueblo buscándote. Por suerte me he encontrado con Dalia, que me ha dicho dónde estabais. ¿Se puede saber qué habéis estado haciendo en el puerto hasta ahora? ¡Es de noche!

—Estábamos con el Capitán Talbooth en su...

—¡Barco! —intervino Pervinca.

—¿Habéis subido al *Santón*?

Yo me sentí mal.

—Es una larga historia —intervine—. Flox os la contará cuando lleguemos a un lugar más seguro.

—¿Por qué?, ¿ha ocurrido algo? —preguntó tía Hortensia.

Le hablé de Mordillo y del jirón que llevaba en la boca. Tía Hortensia se consoló al saber que la ronda sería informada y, sin perder ni un minuto más, nos acompañó a casa.

La ronda



Con el jirón de tela negra en la mano, Duff, Bernie y Cícero se lanzaron fuera del pub a la caza del emisario del Enemigo.

Muy pronto la noticia se propagó por el pueblo: las madres, ayudadas por las hadas, recluyeron a sus hijos en casa y atrancaron las puertas, mientras los hombres bajaban por las calles armados de remos, rastrillos y bastones. Desde hacía mucho tiempo no existían armas de verdad en Fairy Oak.

Siendo tres y estando de ronda, Cícero y sus compañeros se ocuparon de inspeccionar la muralla externa y el puerto, las zonas más peligrosas. En cambio, el resto de los hombres se repartió por las calles y las plazas iluminadas por los faroles.

—¿Habéis visto algo? —gritaba de vez en cuando una voz.

—No, ¿y tú?

—¡Nada!

También Roble participó en la búsqueda. De hecho, desde lo alto de sus treinta metros veía todo el pueblo. Encerradas en la sala de la chimenea, oíamos su vozarrón dar valiosas informaciones, aunque lentas, a los hombres.

—NAAADIE EN LA MURAAALLA NOOORTE, LA CAAALLE HAAACIA EL OEEESTE ESTAAÁ LIIIBRE...

—¿Creéis que lo encontrarán? —preguntó Dalia.

—Quizá no debería decirlo —respondió Rosie Polimón, la madre de Flox—, pero en el fondo de mi corazón espero que haya huido, ¡no quisiera que mi Bernie y tu Cícero se encontraran ante un emisario del Enemigo!

Toda la familia Polimón se había refugiado en nuestra casa, y poco después llegó también Devién.

—¡Creo que tendremos que ir a ayudarles! —me dijo—. Nosotras las hadas podríamos ser muy útiles.

—¡NO! —exclamó Babú—. Ya está papá ahí fuera, ¡sólo falta que vaya también nuestra hada!

—Sin embargo, Devién tiene razón —dije y miré a Tomelilla. Ella respondió a mi mirada con

un leve gesto.

—¡Si pudiese, os transformaría a ambas en pisapapeles y os mantendría aquí quietecitas! — protestó Vainilla—. Es más, voy a hacerlo ahora mismo...

—¡VAINILLA! —intervino su tía—. Si Felí quiere ir, que vaya; espero que sea prudente. Pero quédate tranquila, tu hermana no se moverá de esta casa.

—Estaba segura —resopló Pervinca. Babú se calmó un poco.

—Voy a ver dónde está tu padre, Vainilla —le dije—. Y me aseguraré de que no le pase nada malo. ¿Eso te tranquiliza?

—Me hace estar más tranquila a mí, Felí —dijo Dalia—. Marchaos, pero sed prudentes, de verdad. De vez en cuando, volved para darnos noticias.

Asentí y volé detrás de Devién.

No tenía miedo; más bien, actuar me daba valor, y enseguida me sentí orgullosa de descubrir que no éramos las únicas hadas del pueblo que habían salido.

Las calles estaban invadidas por nuestros resplandores y cada hada seguía a su cabeza de familia.

—¿Habéis visto a Cícero Periwinkle? —pregunté.

—Está con Bernie Polimón cerrando las puertas del pueblo —respondió un hada—. El mago Duff, en cambio, ha levantado el vuelo...



En casa, mientras tanto, Tomelilla hizo aparecer de buenas a primeras una exquisita sopa caliente:

—No es momento de que te pongas a cocinar, Dalia —dijo.

Dalia se lo agradeció:

—Está muy bien tener a alguien que te lea el pensamiento de vez en cuando.

Flox no se hizo de rogar y aceptó de buena gana un cuenco, mientras Vi y Babú ni se dignaron mirar la cena, estaban en ascuas.

De forma imprevista, Pervinca tuvo una idea:

—Quizá no podamos ir con ellos, ¡pero podemos verlos! —exclamó—. ¡Seguidme!

Dicho esto, corrió al estudio de Cícero y abrió el armario de los instrumentos:

—Vosotras usad estos —dijo al entregar unos gemelos y un catalejo a Flox y a Babú—. Yo usaré el telescopio para escrutar la oscuridad lejana.

—Estamos demasiado abajo —dijo Vainilla—. Deberíamos subir a la habitación de la tía. Desde la torreta se ve mucho más. Pero ¿cómo hacemos para llevar el telescopio? Si se rompe, papá nos mata.

—Tienes razón, Babú. Por eso, no hay otra manera más que esta... —chasqueó los dedos y el telescopio desapareció.

—Uy, ¿y ahora? —preguntaron Flox y Vainilla.

—¡Corred arriba y decidme si ha reaparecido, deprisa! —les ordenó Pervinca.

Las dos brujitas se precipitaron a las escaleras:

—¡ESTÁ AQUIÍ! —gritó Vainilla—. ¡SUUUBE!

—¿Qué estáis tramando las tres? —preguntó Tomelilla.

—Nada, tía, luego te lo contamos.

Pervinca apuntó el telescopio fuera de la ventana, Flox tomó los gemelos y Vainilla el catalejo:

—¿Veis algo? —preguntó Pervinca.

—¡Un montón de luces!

—Son las hadas, Babú. Mira a ver si ves a Felí; yo, mientras, buscaré a papá.

—Los gemelos no funcionan, ¡lo veo todo negro!

—¡Tienes que quitarle las tapas, Flox!

—Ah, es verdad... Sí, pero ahora lo veo todo borroso.

—Tienes que regular la ruedecita.

—¿Qué rued...? Ah, esta... ¡Oh, ahora sí que veo!

—¡Cuánto me gustaría ser uno de ellos! —suspiró Pervinca.

—¿No te daría miedo? —le preguntó Flox.

—¡No, ningún miedo!

—¡Qué suerte la tuya, yo estaría temblando! Tiemblo de estar aquí.

—¡Eh, mirad, también está Grisam! —exclamó Vainilla.

—¿Dónde, dónde? —preguntó Vi moviendo el telescopio hacia aquí y hacia allá.

—Está allá arriba, ¿lo ves? Cerca de Roble.

—Entonces decía la verdad, es cierto que le permiten salir por la noche. No es justo, sólo porque él es un chico y yo una chica.

—Pero no veo ni a su tío, ni a papá ni a tu padre, Flox.

—¡Yo me voy! —dijo Pervinca. Y antes de que Vainilla pudiese detenerla, salió y voló en dirección a Grisam.

—¡Nooo! ¡La tía te tendrá castigada un siglo! ¡Vuelve aquí! —susurró Vainilla.

—No te oye —dijo Flox.

—No me escucha, que es distinto. Y si grito, además, la tía vendrá a ver qué ocurre y adiós a los días de libertad. Pásame los gemelos, con ellos veo mejor.

Vainilla dirigió los gemelos hacia Pervinca y trató de no perderla de vista.

—¿La ves? —preguntó Flox.

—Sí, esa listilla ha llegado hasta Grisam y ahora él está intentando que vuelva a casa.

—¿Y ella?

—Dice que «no» con la cabeza.

—¡No hay duda de que Vi tiene valor!

—Pero qué valor, ¡pura locura! Ahora se ha tapado la cara para que no la reconozcan. Si papá o Felí la ven, no quiero ni pensar en cómo reaccionarán. ¡Eh, Grisam también se está tapando!

¿Qué te apuestas a que también él está fuera sin permiso?

—¡Entonces los dos son unos locos! —dedujo Flox.

De improviso sonó un grito que paralizó al pueblo entero. Flox y Babú dieron un salto hacia

atrás:

—¿Has... has oído? —balbució Flox—. Yo me voy abajo.

—Espera —la detuvo Babú—. Yo también tengo miedo, pero si bajamos sin mi hermana, la meteremos en problemas. Esperemos un momento; si lo oímos otra vez, bajamos y le decimos todo a mi tía, ¿vale?

—Va... vale.

Pasó un momento sin que se oyera de nuevo el grito. Vainilla y Flox estaban por asomarse cuando:

—¡ESTÁ AQUÍ, CORRED! —gritó una voz masculina.

—¡Es la voz del Capitán Talbooth! ¡Lo han encontrado! —exclamó Vainilla mirando a través de los gemelos—. ¡Todos van hacia el puerto!

—Y nuestros padres, ¿están también?

—Espera... No, es decir, todos van vestidos igual, con sombrero, capa... quizá aquel... no, me parecía, pero no es él. Y tampoco veo a Pervinca ni a Grisam. Ya no están cerca de Roble.

—¡Estarán yendo hacia el puerto también!

—Quizá sea mejor que avise a mamá y a la tía.

—¿Se enfadarán mucho?

—Ni te imaginas cuánto, pero si Vi estuviese en peligro... Espera, ¡la multitud está retrocediendo! Miran a alguien que está saliendo del puerto... Vaya, el árbol está en medio y no logro ver quién es.

—¿Qué hacéis aquí? —exclamó Tomelilla entrando en la habitación. A las niñas se les puso el pelo azul del miedo.

—¡Está... estábamos viendo la captura! —respondió Babú.

—¿Lo han atrapado?

—Quizá, pero el árbol está justo en medio y...

—¿Puedo ver? —Tomelilla tomó el catalejo y miró—: ¡Es Duff! —exclamó—. Está sujetando a alguien, y Cícero y Bernie lo ayudan. ¡Es verdad que lo han atrapado!

Vainilla volvió a mirar con los gemelos y por fin vio la escena: rodeados por una densa multitud de Mágicos y Sinmagia, su padre, Bernie Polimón y Duff Burdock estaban llevando a un prisionero hacia el ayuntamiento, mientras Devién y yo los seguíamos. Se puso infinitamente contenta. Pero ¿dónde estaban Grisam y Pervinca?

El prisionero



Radiante de alegría, Tomelilla se asomó por el hueco de la escalera:
—¡Subid, lo han atrapado! —llamó. Dalia, Rosie y Hortensia corrieron al piso de arriba.

Mientras, Vainilla seguía observando la escena con los gemelos. ¿O era un pretexto? Sabía que a tía Tomelilla le bastaría con mirarla a los ojos para comprender que Pervinca había hecho algo gordo. De las dos, ella era el espejo de la verdad. Por eso, mantenía los gemelos pegados a los ojos sin dejar de pensar.

Quería ayudar a su hermana sin meterla en líos. ¿Qué debía hacer? En su corazón, esperaba que su hermana regresara, quizá pasando por una ventana, a escondidas, antes de que alguien le preguntara: «¿Y dónde está Pervinca, Vainilla?». Pero fue una esperanza vana, porque Dalia, nada más entrar en la habitación, preguntó:

—¿Dónde está Vi?

—Estoy aquí —contestó Vi entrando por la puerta, tranquila y contenta por la captura.

Vainilla sintió ganas de abrazarla y, justo después, de zurrarla por el miedo que le había hecho pasar. Por suerte, consiguió contenerse y no hizo ni una cosa ni la otra. Por su parte, Pervinca, con una de sus miradas, se ocupó de que Flox no abriera la boca.

Las mujeres de las dos familias se abrazaron y felicitaron por el valor de sus respectivos maridos y de sus respectivas hadas. Estaban tan contentas que Dalia se ofreció a encender la cocina y preparar algo bueno para cuando regresaran.

—No —dijeron las niñas—. ¡Nosotras nos ocupamos de la bienvenida!

Y diciendo esto, se encerraron en la cocina.



Entretanto, la ronda había entregado al intruso al alcalde, que lo había encerrado en la única celda de Fairy Oak, ¡a prueba de delincuentes y de delincuentes mágicos!

Todo el pueblo felicitó a Duff, a Cícero y a Bernie. Y a nosotras las hadas. O al menos así me pareció.

En realidad, una vez en casa, Cícero nos contó que había oído a algunos lamentarse por la captura.

—¿De verdad? —preguntó Tomelilla estupefacta—. ¿Y cómo es eso?

—Quizá temen la reacción del Terrible 21 —contestó Cícero.

—¡Puede que hayamos capturado a un emisario suyo! —añadió Duff.

—¿Es alguien conocido? Ni siquiera os lo he preguntado.

—No, nunca se le había visto. Un tipo joven, alto y robusto.

—¿Un Mago de la Oscuridad?

—¡Sin duda!

—Podría ser uno de los nuestros, alguien raptado en algún ataque anterior y que se ha aliado con el Enemigo. Y ahora vuelve bajo un nuevo aspecto —dijo Tomelilla.

—Sí, podría ser, pero repito que no se parece a nadie.

—No estoy del todo de acuerdo —intervino Bernie Polimón—. Para mí, tiene algo de Meum McDale.

—Bah, a mí no me lo parece —comentó Duff—. Y además, ninguno de los McDale ha sido raptado.

—Es verdad, pero los McDale son primos de los Dhella, y Hiedra Dhella fue raptada el 21 de junio.

—¿Quieres decir que el mago que hemos atrapado, el posible emisario del Enemigo que por poco nos tumba a los tres, es en realidad Hiedra Dhella? ¡Nunca lo creeré! —exclamó Duff.

—Shhh, hablaremos más tarde —dijo mamá Dalia—, cuando las niñas se hayan ido a dormir. Ahora las tres están ahí preparando no sé qué. Querían daros una buena bienvenida...

—¡Tachán! —exclamó Flox abriendo la puerta de la cocina—. Los héroes están servidos.

Vainilla salió llevando una olla humeante, que posó en medio de la mesa de la sala, y Pervinca la siguió con un vaso para cada uno.

Cícero fue el primero en ser servido, y poco faltó para que escupiera todo a la cara de Duff:

—¡¿GROG?! —exclamó.

—¡El mejor amigo de los marineros!

—¡El único capaz de levantarles la moral!

—¡La mejor medicina!

Recitaron las niñas una después de la otra.

—¿Quién os ha dado la receta del grog? —preguntó Duff.

—El Capitán Talbooth, esta tarde. ¿No está buenísimo?

—A propósito de Talbooth, ¿qué es toda esa historia del barco? No terminasteis de contármela —preguntó tía Hortensia. Dalia aprovechó ese momento para hacer desaparecer la olla y llevar a los hombres a la cocina.

—¿Qué barco? —preguntó Flox, olvidándose del cuento que Pervinca había empezado en plena calle pocas horas antes. Por suerte, Devién vino en su ayuda:

—Si me permitís —dijo—, lo que la joven Vi quería decir es que había un buen motivo para estar hoy en el puerto.

—¿Y qué motivo es ese? Quiero decir, el verdadero motivo.

—No podemos decírtelo, tía —dijo Flox finalmente.

—Creo que es un secreto entre los niños y el Capitán —añadí yo. Las niñas asintieron.

—¡Podríaís haberlo dicho antes! —replicó tía Hortensia.



Esa noche, a Flox se le permitió quedarse a dormir con nosotras, entre los muchos «vivas» de las niñas. Devién fue a buscar los libros escolares para el día siguiente y Dalia le prestó un camisón. Luego, para mi gran sorpresa, me pidió que le avisara cuando bajase a la Hora del Cuento.

—Claro que lo haré, mamá Dalia, pero no creo que la celebremos esta noche. Tomelilla no me ha dicho nada... —le comuniqué con evidente aprensión.

—La habrá, esta medianoche, como siempre —respondió Dalia.



«La habrá, la habrá»... ¿Lo decía Dalia porque lo sabía, o era más un «Ya verás, probablemente, quizá, tal vez, a lo mejor habrá»? Porque, después de todo lo que había pasado, no soportaba más estar alejada de mi bruja. ¡Necesitaba hablar con ella!



Como siempre que Flox se quedaba en nuestra casa, las niñas pusieron los colchones en el suelo, uno junto al otro, y los cubrieron con una sola sábana.

—Haced sitio, Periwinkles, ¡aquí llego! —exclamó Flox, que, para no desobedecer a su tía ni parecer descortés con la señora de la casa, se había puesto el camisón que le había traído Devién y, por encima, el que le había prestado mamá Dalia. Ágilmente, se deslizó entre las gemelas y con las mantas hasta la nariz suplicó a Vi que leyera el *Libro Antiguo*.

Devién se acercó a mí:

—Te noto preocupada, ¿es por Tomelilla? —me preguntó.

—Sí —dije—. Tengo tantas preguntas que hacerle, tantas dudas, inquietudes, temores...

—Te entiendo, Sifeliztúserásdecírmeloquerrás, pero es igual para todas, ¿sabes? Tenemos una gran responsabilidad.

—Para la cual tal vez yo no esté a la altura... —dije.

—Hablas así porque estás cansada, Felí. Pero si escuchas mejor tu corazón y tus antenas...

—Mis antenas no funcionan —dije.

—¿Qué es eso de que no funcionan? ¡Pues claro que sí!

—Pues no, Devién. ¡No capto los peligros! —confesé—. ¡Podría volar entre los brazos del Enemigo sin saberlo!

—Porque su campo de energía es más fuerte que el tuyo, y esto anula tu percepción. Pero hay una manera de impedir que ocurra.

—¿De verdad? —pregunté sorprendida—. ¿Y cuál es?

—Cuando dudes de si Él está cerca, cierra los ojos y enrolla las antenas entre sí para formar una sola. Después grita fuerte: «¡Yo te siento!». Si Él está cerca de verdad, notarás un escalofrío y luego oirás un fuerte chasquido en las orejas. En ese momento sabrás qué hacer.

—Yo te siento —repetí en voz baja.

—¡Eso es! De este modo aumentarás tu energía. Pero cuidado: cuando tú lo sientas, Él te sentirá a ti. Quien quiera que tenga antenas te sentirá. Y el Enemigo debe de tener mil por lo menos.

El reloj de la plaza dio el primer toque:

—¡Gracias, Devién! —dije volando a toda prisa hacia la puerta—. ¿Te quedas con las niñas o vienes también?

—Ve tranquila; con vosotras dos, yo sobro.

—No me habla desde hace una semana —dije.

—Lo sé. Ahora ve.

El segundo toque, el tercero... Llamé a la puerta de Dalia para avisarle de que iba a bajar; oí el cuarto toque. Volé por las escaleras... el quinto. Atravesé la sala... el sexto. Delante de las ventanas del jardín me detuve... el séptimo. Miré el cielo, estaba límpido, pero el corazón me latía con fuerza, por Cícero, por Tomelilla... el octavo. Cerré los ojos... el noveno... el décimo toque. Volé ante el espejo... estaba bien, sí... el undécimo... «¡Es la hora!», me dije. El duodécimo toque sonó en mi corazón. Contuve la respiración y entré.

Los peores temores



Ella estaba de espaldas. Vestía los pantalones de trabajo y una chaqueta de fieltro color malva, sobre la cual se había anudado el chal de lana. Sin decir nada, observé unos instantes su figura elegante. No sabía qué hacer: ¿debía toser para anunciarle mi presencia? En el fondo, Tomelilla no me había llamado. ¿Y si no quería que estuviese allí? Tenía que irme y esperar a que me llamara. Intenté salir, pero su voz me detuvo:

—Adelante, Felí.

Dudé aún un momento y luego volé junto a ella:

—¿Y bien? —dijo.

—Me faltan las palabras, Tomelilla —empecé—. Estoy demasiado nerviosa. Y disgustada, y me siento culpable, y creo que deberías mandarme de vuelta a casa y llamar a otra hada niñera, porque yo no estoy a la altura del cometido que me habéis asignado. Armo líos y tengo el corazón demasiado blando; soy inútil y torpe, y no sé educar a las niñas como os gustaría, por eso...

Tomelilla me puso un dedo sobre la boca:

—Shhh —dijo, y luego sonrió—. ¡Menos mal que te faltaban las palabras! De todos modos, muchas de las que has utilizado son apropiadas, Felí. Eres una lianta y tienes el corazón blando... Pásame las tijeras... No te oculto que, en el instante en que Talbooth me dijo que habíais salido del pueblo, pensé realmente en mandarte de vuelta al Reino del Rocío de Plata y solicitar otra hada. Pero cuando supe toda la historia, di gracias de que fueras tú, Sifeliztúserásdecírmeloquerrás: leal y valiente. Sólo hay una cosa que tengo que reprocharte: no lanzaste ninguna señal de alarma. En el momento de peligro, te comportaste como si fueses la única Criatura Mágica en el mundo, hada tontuela. Cuando te sientas perdida, debes pedir ayuda. Las otras hadas te oirán. Y yo también, si tu señal es lo bastante fuerte.

—Sí, Tomelilla, ahora sé cómo se hace —murmuré.

—Y recuerda que, en casos extremos, Pervinca puede volverse invisible y Vainilla puede convertirse en cosas muy ligeras, como una pluma o una flor. Cosas que un hada puede llevar

fácilmente... Pon un dedo aquí, por favor...

—En realidad, lo intentamos —dije—. Pedí a Babú que se transformara, pero ella no pudo. Quizá estaba demasiado asustada...

—Sí, es posible —respondió Tomelilla—. Ante una amenaza, las Brujas de la Luz reaccionan de manera muy distinta a como lo hacen las Brujas de la Oscuridad. El miedo y la desesperación alimentan el poder de la destrucción. Pervinca, de hecho, en el momento de mayor peligro, logró transformarse en un abejorro. En Vainilla es al contrario. Ella es una Bruja de la Luz, lo es en todas sus manifestaciones, lo es desde lo más profundo de su corazón, por eso su poder creativo necesita alegría y júbilo para manifestarse. Sea como fuere, creo que será oportuno repasar la lección sobre las transformaciones. De ti, Felí, espero más disciplina y una cabeza firme sobre los hombros.

—Y quizá algo más de sinceridad —suspiré.

—Esa es otra historia —dijo con calma Tomelilla—. Entonces, ¿qué ocurrió el otro día por la tarde, junto a Roble?

—Grisam había quedado con Pervinca, precisamente a las tres. Vi no había conseguido advertirle de que a aquella hora tenía su clase, así que...

—Inventó el pretexto de Roble para salir con él.

—Sí —suspiré de nuevo—, así fue.

—Pero ¿por qué no me lo dijisteis? ¿Cómo pudisteis pensar que no lo entendería?

—Pero si no fue así en absoluto. Pervinca os mintió porque pensaba que no sería justo pedirnos que atrasárais la clase sólo porque ella quería ver a Grisam. En cierto modo, mintió por respeto a vuestra autoridad. No quería que os retrasárais y, al mismo tiempo, no sabía cómo avisar a Grisam, así que pensó en hacer las dos cosas diciendo una pequeña mentira.

Tomelilla guardó silencio.

—¿Y tú? —preguntó un momento después.

—Yo fui detrás de ella —respondí— y me equivoqué más que ella. Pero si no os había contado esto antes, era sólo porque vos no me convocasteis. Si supierais cómo he estado esperando la Hora del Cuento. Cada medianoche tenía la esperanza de que me llamarais.

—No ha sido un castigo, Felí. Tenía que pensar, concentrarme —explicó Tomelilla—. El último ataque, en el faro, confirmó mis peores temores, y por primera vez me siento impotente frente al Enemigo.

—¿Incluso ahora que tenemos un prisionero?

—Oh, capturar a un posible emisario del Enemigo ha sido, sin duda, un buen paso adelante. Espero que el mago que hemos atrapado quiera colaborar con nosotros, pero esto no alivia mis temores.

—Creo que sé a qué os referís, Tomelilla, oí vuestra conversación con el señor Duff —dije.

—¿La oíste o la escuchaste?

—¡La oí! Y la escuché...

—Mmm... debí imaginarlo, ¡con el oído que tenéis las hadas! Bueno, ahora ya sabes por qué necesito que estés muy atenta. Vigilarás a las gemelas con mil ojos y diez mil antenas, Felí. Y me

contarás cada pequeño suceso.

—Lo haré, Tomelilla, ¡contad con ello! —dije. Apagué las velas y volé fuera del invernadero, detrás de mi bruja.

Cuando volví arriba, Devién leía el Libro Antiguo sentada junto a las niñas, que dormían.

—¿Todo bien? —me preguntó en un susurro.

—Sí, gracias. Y vosotras, ¿todo bien?

—Hemos leído todas juntas, ¡cómo les apasiona este libro!

—Sí, es verdad. Pervinca no lo dejaría nunca. ¿Qué habéis leído esta noche?

—El capítulo de la fuga de Duffus. Toma, léelo tú ahora, las gemelas no quieren que te quedés atrás...



Del Libro Antiguo



La fuga

Scarlet-Violet corrió a la casa del árbol y encontró al padre de Duffus hablando con el Sumo Mago y su hermano Grisamold. No le sirvió de nada encaramarse a la escala de cuerda, los hombres hablaban de forma excitada y a la muchacha le llegó claramente al oído la palabra «fuga». ¡Duffus se había escapado!

«Voy a la playa a saludar a mi madre», le había dicho esa tarde. Y luego estaba el saco, toda aquella ropa que llevaba consigo, la extraña conversación que habían tenido... «Si escapara, ¿vendrías conmigo?»... Cómo se arrepentía de no haberle dicho que sí. ¿Adónde se dirigía Duffus?

—¡Ha traicionado...! —gritaba su padre en la copa del árbol—. ¡Ha traicionado todo aquello en lo que creen los Burdock, y desde este momento ya no es hijo mío!

Scarlet-Violet cerró los ojos y contuvo las lágrimas. No quería oír más. Se disponía a marcharse cuando, de improvviso, una figura apareció por el camino de arena. Entonces se escondió.

—¡Sumo Mago, Sumo Mago! —gritaba.

—¿Quién es, quién me busca?

—Soy yo, Sumo Mago, estoy aquí abajo —contestó el mago moviendo los brazos—. Tenéis que venir a la playa, ¡ha llegado un forastero y dice que no sabe de magia!

—¿Un forastero? ¡Bajo enseguida! —exclamó el Sumo Mago. Luego, volviéndose a Viccard, añadió—: Lo encontraremos, ¡ahora ven conmigo!

Los tres hombres descendieron y siguieron al Mágico por el sendero. Ninguno de ellos se percató de la presencia de Scarlet-Violet, ni ella se dejó ver.



En la playa, mientras tanto, Roseto había retado al caballero a un falso duelo. El forastero les había revelado que él también poseía una espada. La tenía en su funda, atada a la silla del caballo, junto a un bellissimo escudo. Los jóvenes nunca habían visto armas de aquella clase y estaban encantados. Algunos, empuñándola, se habían asombrado de su gran peso; otros estaban fascinados por la hoja de acero, tan pulida que la luna se reflejaba en ella, y afilada por ambos

lados. El caballero sostenía el escudo con el antebrazo izquierdo y con la derecha combatía.

—Dices que no está aquí para causar problemas, pero tiene una espada y parece saber usarla

—comentó el Sumo Mago mientras observaba al forastero.

—Antes no la tenía...

Tropeolum Majus se abrió camino entre los curiosos y llegó silenciosamente por detrás del caballero. Apenas lo vio, Roseto bajó la espada-bastón e hizo una rápida inclinación con la cabeza. El caballero, a su vez, se dio la vuelta:

—Oh, perdonad, no os había visto —dijo un tanto cortado. Resultaba claro, incluso para él, que aquel hombre debía de ser una autoridad.

—Gracias a vos, nuestro Roseto Pimperl aprende el arte de la espada —dijo el Sumo Mago.

—Oh, no tengo nada que enseñar a quien me ha retado —respondió el caballero.

—Y bien, ¿por qué estáis aquí?

—Estamos aquí, mi gente y yo, para encontrar un lugar donde establecernos y poder vivir en paz.

—Paz, qué palabra más dulce. ¿Y es por la paz por la que lleváis con vos una espada y un escudo?

—Para defenderme y proteger a mi familia. Nosotros las usamos para eso. Vosotros, como he tenido ocasión de conocer, usáis los poderes mágicos.

—Desde hace muchos siglos, señor, no utilizamos ese tipo de poderes. Espero que nada nos haga cambiar este plácido discurrir.

—No en lo que dependa de nosotros. Somos un pueblo pacífico que sólo desea un poco de tierra, agua y el poder criar a nuestros hijos con la esperanza de verlos crecer.

—Vuestras palabras me alegran, caballero. Que vuestra espada permanezca así pues, enfundada. Y nosotros no os daremos ningún motivo para usar el escudo.

—¿Paz, entonces?

—Paz. Que nuestro valle sea también el vuestro, él será bueno y generoso con vosotros si vosotros lo sois con él.

Con esas palabras, y con un vigoroso y sincero apretón de manos, el Sumo Mago y el caballero sancionaron la pacífica convivencia de sus pueblos.

Los magos y las brujas, que hasta aquel momento habían guardado un absoluto silencio, ¡estallaron de júbilo!



Pero el júbilo duró poco. Un viento imprevisto irrumpió en la fiesta: el tiempo empeoró en un instante y al este se perfiló el morro negro de una tormenta. Al preguntarle, el mago del tiempo dijo que del este sólo podía llegar una cosa: ¡mal tiempo!

—La lluvia viene del oeste, señor —había dicho— y esas nubes llegan del este. No es lo natural.

Las primeras gotas cayeron sobre las mesas todavía puestas. Y otras, cada vez más abundantes y gordas, siguieron a continuación. Las Brujas de la Luz, entonces, se dispusieron para la batalla, unas junto a otras, y, después de la imposición de manos contra la amenaza que iba acercándose, profirieron las palabras mágicas.

El Hechizo del Tiempo

Nubes negras empujadas por el viento
vosotras no nos provocáis aspaviento.

Truenos callad, rayos huid
contra vosotros nos hemos de unir.

No consentiremos veros avanzar
por donde venís ya podéis regresar.

Pero las nubes no se detuvieron. Es más, comenzaron a retorcerse y a tronar mientras el viento se enfurecía y empezaba a levantar olas hasta el cielo.

—Pronto, ¡marchaos de aquí! —ordenó el Sumo Mago. Un instante después, la playa de Arran fue barrida por una ola gigantesca que arrastró a muchos de ellos. Otros se salvaron subiendo a las dunas, pero el viento y el granizo los azotaban y se los llevaban.

Scarlet-Violet agarró a Mentaflorida y juntas alcanzaron la cueva de las Hadas:

—¡Rápido, venid, venid! —las acogieron las haditas con premura.

—¿Moriremos todos? —preguntó Mentaflorida con lágrimas en los ojos.

—No lo sé —contestó Scarlet-Violet abrazando a su amiga—. Aguardemos aquí a que acabe este jaleo, y esperemos que lo haga.

Mientras hablaba, Scarlet-Violet sintió una punzada en el corazón. Cómo le habría gustado que Duffus estuviese allí con ellas. ¿Dónde estaría en aquel momento? De nuevo cerró los ojos y apretó con fuerza los párpados. No podía llorar, no quería. De repente, más allá de la cortina de lluvia, entrevió una figura que con dificultad caminaba hacia la cueva apoyándose en un bastón.

—¡Es mi hermano! —exclamó Scarlet-Violet—. Tenemos que ayudarlo. ¡Una cuerda! Ayúdame a encontrar una cuerda.

No había cuerdas en la cueva de las Hadas, pero ¡estaban las hadas!

—¡Os ayudaremos nosotras! —le dijo el hada más joven—. Nos agarraremos de las manos, formaremos una cadena y así tú lograrás alcanzar a Roseto. Juntas lo pondremos a salvo.

¿Pensáis acaso que Roseto les dio las gracias? Ni se le pasó por la cabeza. Apenas recuperó el aliento, empezó a acusar a Scarlet-Violet de haber huido y al forastero de haber traído el fin del

mundo.

—¡Es culpa suya! —gritó.

—¿Qué dices? —replicó Scarlet-Violet—. ¡No es un mago!

—Así que le habéis creído, ingenuos estúpidos. ¿No habéis visto cómo empuña la espada? ¿La destreza con que la maneja? Yo la he tenido en la mano: ¡pesaba como si fuera de granito!

—Quizá es un hombre muy fuerte...

—¿Estás acaso diciendo que yo soy débil? —gruñó Roseto.

—No, sólo digo que...

—¡Es un mago! —rugió Roseto golpeando con el bastón en el suelo—. Y ha venido a destruir nuestro valle. En cuanto lleguen también los demás, nos harán prisioneros y nos matarán a todos.

Mentaflorida, asustada, se llevó las manos a la boca, sin saber que Roseto no había hecho más que empezar:

—Si nos salvamos de este tormento, quiero que te unas a mí en contra de los recién llegados —dijo Roseto a su hermana—. Estoy seguro de que encontraremos a otros que también querrán echarlos: juntos, formaremos un ejército y los combatiremos.

—Pero Roseto, ni siquiera estamos seguros de que la culpa sea de ellos; esperemos al menos a que vuelva Duffus...

—¿DUFFUS? —vociferó el joven—. ¿Y para qué?

—Bueno, podríais tomar una decisión juntos y...

—Ese cobarde ha huido antes de que se abatiese la tormenta, dejándote a ti y a su propia familia a merced del enemigo. ¿Qué te hace pensar que volverá?

Scarlet-Violet sintió que las lágrimas se le saltaban de los ojos, no pudo contenerlas más:

—¡Volverá! —gritó—. ¡Él volverá!

Otra vez al colegio



Cuando cerré el libro, el sol ya empezaba a asomarse por la línea del horizonte y en la escarcha de la noche se reflejaban sus rayos.

—¡¡AHHH!! ¿QUÉ ES ESE RUIDO? —chilló Flox asomándose desde debajo de las mantas.

—Es el despertador de Babú... —gruñó Pervinca.

—Ah, sí. ¿Dónde está? No lo veo...

—Se habrá caído detrás de la mesilla.

Flox saltó de la cama y lo apagó.

—Pero ¿cómo podéis despertaros siempre así en esta casa?

—Cuando no estás tú es peor, porque el ruido continúa durante tres o cuatro minutos. Eres todo un resorte.

—¿Y Vainilla no se muere del susto?

—Babú ni lo oye.

—Me lo habíais dicho, pero no me lo creía.

—Es una Bruja de la Luz, Flox, ella se despierta con el sol... y a almohadonazos.

—Hada mía, el corazón me late a mil —dijo Flox metiéndose otra vez en la cama—. Devién, ¿te has asustado también esta vez?

¿Devién?

—Se está recuperando —dije—. No te preocupes. Veamos, ¿a quién le toca ir al baño?

—Me toca a mí —gorjeó Vainilla volando fuera de la cama.

—Miradla qué avispada ella. Buenos días, ¿eh? ¿No has oído nada? —la saludó Flox.

—Oír no, pero sentir..., he sentido tus pies helados cuando has vuelto a la cama —respondió Vainilla—. Han sido ellos los que me han despertado.

Por turnos, Vainilla y Pervinca se lavaron y vistieron, después de lo cual, sentadas en la cama, esperaron pacientemente a que Flox terminara de ponerse todo su guardarropa: primero los pololos de algodón beige; después la combinación a cuadritos color ciruela, también de algodón; sobre ella, el vestido de punto de largas mangas color perejil, un poco más corto que la

combinación, y sobre el vestido de punto el baby de grandes vuelos, escocés, más corto que el vestido de lana. Pero todavía no había terminado: sobre el baby se puso una vieja rebequita rosa, y encima la capa roja.

—¡Estoy lista! —dijo por fin.

—¿Estás segura de no haber olvidado nada? —le preguntó Pervinca—. Mira bien, lo mismo queda algo en el armario.

—¿Tú crees? A lo mejor tienes razón, me faltan los calcetines.

—Estaba bromeando, Flox. Y de todas formas, los calcetines ya los tienes puestos, uno de cada color.

—Sí, pero estos son los primeros calcetines, los largos. Me faltan los calcetines cortos... mira debajo de ese montón de vestidos, por favor.

—Están aquí —dijo Vainilla—. Y por supuesto, también son de colores distintos. ¡Sólo tú estás guapa vistiéndote con los colores del arco iris, Flox!

—Me gustan los colores, ¿qué puedo hacer?

—Nada. No hagas nada, estás perfecta así.



En la Plaza del Roble, las niñas quisieron pararse a tomar la merienda en la Tienda de las Exquisiteces. Fuera del establecimiento, Vic Burdock, el dueño, estaba leyendo una proclama que alguien había pegado a su puerta.

—¿Ha fijado el alcalde la fecha de la Asamblea? —pregunté.

—Eso parece —contestó—. Es dentro de tres días.

—Tomelilla se pondrá muy contenta —comenté.

—Vaya, perdonadme, estoy leyendo y no os dejo entrar. Por favor, por favor... Marta ha hecho unas nuevas rosquillas que estoy seguro de que os gustarán muchísimo.

—¿Son de chocolate? —preguntó Vainilla.

—No, pero llevan el nombre de vuestros valientes padres —respondió el señor Burdock, que era el padre de Grisam y el hermano de Duff Burdock.

—¿¿De verdad??

—Después de la captura del intruso, Marta estaba tan contenta que se pasó toda la noche haciendo rosquillas. Y cuando le pregunté qué nombre debía poner en el cartelito de la vitrina, me contestó: «Rosquilla *Cídube*, por Cícero, Duff y Bernie».

—Mmm... están buenísimas —dijo Vainilla.

—Tomad, una bolsita por cabeza. ¡Invita la casa! —dijo la señora Marta.

—¿Iréis a la Asamblea, señora Burdock? —preguntó Vi.

—¿Qué modales son esos? —intervine—. La señora Marta no tiene por qué informarte de sus planes.

—No importa, Felí. También Grisam siente mucha curiosidad por la Asamblea. Le gustaría participar, pero no estoy segura de que admitan a los niños.

—Precisamente era la pregunta que estaba a punto de hacerlos. En el anuncio no se dice nada, así que...

—Seguro que tu tía lo sabe, Pervinca. Pregúntaselo esta noche, así mañana podrás decírselo a Grisam.

—Así lo haré, señora Marta. Gracias.



Antes de proseguir hacia el colegio, Vainilla hizo que crecieran algunas hojas en las ramas de Roble, que le estuvo muy agradecido. Sus lentas y ruidosas «gracias» acompañaron a Babú hasta la entrada del colegio.

—¿Por qué Roble te da las gracias? —le preguntaron algunas compañeras.

—Por las hojas. Y porque he arrancado el anuncio del alcalde que alguien le había pegado al tronco. ¡Pobrecito, como si fuera una puerta!

—He sido yo, Periwinkle uno, ¿algo que objetar?

—Yo no, pero si pasas bajo las ramas de Roble, ponte primero un cojín en el trasero. ¡Quien ha probado sus azotes, no los ha olvidado! —rio Babú.



Cuando sonó la hora del recreo, Pervinca salió a esperar a Grisam en el jardín, como habían acordado. Para que los niños no se sintieran demasiado oprimidos por las nuevas normas anti-Enemigo, el cuerpo docente del Colegio Horace McCrips había determinado, de común acuerdo, prolongar el recreo: ¡de veinte minutos a toda una hora!

Como Grisam tardaba, Vi sacó el Libro Antiguo y, por fin en soledad, empezó a leer...

Del Libro Antiguo



El bosque

Al alba, Scarlet-Violet se asomó a la entrada de la cueva: ya no llovía y el viento había cesado. De todos modos, parecía que el cielo se hubiera desplomado sobre el valle. El horizonte estaba negro. Las nubes tocaban el mar y descargaban lluvias de fulgores rojos. Si Scarlet-Violet hubiese tenido que imaginar el fin del mundo, se lo habría imaginado así.

—Oooh... —murmuró Mentaflorida a sus espaldas—. ¿Y ahora? ¿Cómo volveremos a casa? «¡Si es que existe todavía!», pensó Scarlet-Violet.

El puente sobre la cascada se derrumbó; el torrente quedó reducido a un amasijo de piedras, fango y troncos, y la carretera que llevaba al pueblo ya no existió.

—Daremos un rodeo y atravesaremos el bosque —dijo. Mentaflorida se extrañó:

—¿Quieres atravesar el bosque? ¡Pero es peligroso!

—Menta, mira a tu alrededor. ¿Ves algo que no parezca peligroso?

—Entonces quedémonos aquí, aunque me gustaría que vinieran también mis padres... Y los tuyos. Por cierto, ¿dónde está Roseto?

—No lo sé. Cuando me desperté, ya no estaba —respondió Scarlet-Violet sin volverse—. La calle ha sido borrada, Menta, no creo que llegue nadie. Tenemos que bajar nosotras. ¿Te sientes capaz? Un momento: es de día, aunque no lo parezca, y tú eres una Bruja de la Luz: puedes volar. ¿Te sientes capaz de volar sola hasta casa, Menta?

—¡No!

—Lo sabía... —dijo Scarlet-Violet—. Por eso haremos lo que he dicho.

Se tomaron de la mano y bajaron la pendiente con mucho cuidado hacia el torrente. La tierra se desmoronaba bajo sus pies y no había nada a lo que aferrarse. Por suerte, un hada voló en su ayuda. Era siempre la misma hada, joven y tenaz.

—Si apoyáis los pies en estas raíces, ellas os sostendrán. Son raíces de árboles antiguos, siempre podéis fiaros de ellas.

Scarlet-Violet y Mentaflorida siguieron el consejo del hada y, lentamente, lograron bajar sin caerse.

—¿Y ahora? —preguntó Mentaflorida, cubierta de fango de la cabeza a los pies.

—La tormenta ha abierto un camino en el bosque, ¿ves? Y va precisamente en la dirección correcta —respondió Scarlet-Violet—; pasaremos por ahí.

—¿Quieres ir hacia las antiguas ruinas?

—¿Preferirías escalar la montaña?

—No, no, pero... las ruinas... odio esa roca, me da miedo.

—Lo sé, pero desde allí llegaremos al mar y, por la costa, alcanzaremos la playa y, quizá, nuestras casas. Ven con nosotras... ¿cómo te llamas, hada?

—Con mucho gusto. Me llamo Sombralevedenieveviene —respondió el hada.

Mentaflorida se agarró a una punta del vestido de Scarlet-Violet y las tres juntas se adentraron en el bosque.

Caminaban despacio, por el borde del que parecía un largo y ancho camino entre los árboles. Lo raro era, sin embargo, que no había ni rastro de árboles abatidos. La tormenta debía de haber arrancado de raíz a miles para abrir un paso tan grande, pero ¿dónde estaban los troncos y las enormes copas?

Avanzaban en silencio, sin dejar de mirar hacia atrás. El hada iba delante y ellas la seguían. De vez en cuando, la llamada de un pájaro o el «plof, plof» de las gotas de agua que resbalaban de las hojas las asustaban.

—Según tú, ¿es verdad lo que se dice de este bosque? —preguntó Mentaflorida a Scarlet-Violet en voz baja.

—¿Lo de que los árboles se apartan al cantar una canción?

—Sí.

—Yo no oigo canciones ni veo a las raíces paseando —contestó Scarlet-Violet.

—Yo tampoco... ¡mejor! —respondió Menta acoplando sus pasos a los de su amiga.

El tesoro escondido



Una voz sorprendió a Pervinca en el jardín:

—¿No hace un poco de frío para leer al aire libre?

¡Grisam! Cuánto has tardado, ¿dónde estabas?

—Me ha entretenido el profesor de historia: me reconoció ayer por la noche, durante la caza del intruso. Le he dicho que no era yo, pero me temo que de todos modos irá con el cuento a mis padres.

—Pobre de ti. Yo conseguí entrar en mi casa sin que nadie me viera. Espero que no me reconociese nadie. ¿Sabes que he probado las rosquillas que tu madre ha dedicado a nuestros padres? Buenísimas, pero ¿por qué precisamente rosquillas?

—Ha dicho que la operación de ayer salió bien «con agujero», como las rosquillas, así que... ¿Qué leías?

—¡Un libro fantástico! —contestó Pervinca enseñando el Libro Antiguo a Grisam—. La otra tarde, cuando no tuvimos tiempo, quería hablarte de él. Ábrelo, ¡habla de nuestros antepasados!

—¿También de los míos? —preguntó Grisam.

—¡Sobre todo de los tuyos! Uno de los protagonistas de la historia es un chico que se llama Duffus Burdock...



Sentados en el banco, bajo las ramas nudosas del viejo ciruelo, Pervinca contó a Grisam la historia de Scarlet-Violet y Mentaflorida, de Duffus, Roseto y el valle de Aberdur, donde vivían sus antepasados.

Grisam la escuchaba cautivado. Los niños hablaron y hablaron. Y no sólo del Libro Antiguo, también de los ataques, de lo que harían cuando todo terminara, de las lecciones de magia y de Regina, de la cual la madre de Pervinca sospechaba que había adquirido el vicio de picar...

—¿Te ha hecho ella esto? —preguntó Grisam tomando la mano de Vi.

—Quizá sí. Mi madre y Felí sostienen que Regina quiere la libertad y me pica para que lo entienda. Pero yo no quiero que se vaya... es decir, no ahora que hace frío y cualquier animal podría comérsela. Ella no sabe lo que hay afuera, no sabe lo peligroso que es...

—Hablas como una madre —comentó Grisam.

«O como un hada», pensé yo.

—¿Te duele?

—No, me pica un poco, como si fuera la picadura de un mosquito.

—Pero no hay mosquitos en esta época.

—Oh, no empieces también tú con las lecciones de hibernación; ya he tenido una gran experiencia con un caracol.

—¡Yo también! —exclamó Grisam—. En «Zoología y hechizos», ¡tío Duff me hizo soplar en la cara a un caracol durante media hora!

—¿Tenías que constiparlo?

—No, parece que a los caracoles no les gusta andar contra el viento a causa de la baba: temen que se seque o algo así... Por eso nunca ves a un caracol andar contra el viento...

—Es un mago transformado, lo sé, lo sé.

Y se quedaron unos instantes en silencio mientras el frío, y quizás un poco de timidez, enrojecía las mejillas de ambos.

—Tía Tomelilla combate a los caracoles poniendo los posos del café en los tiestos. Dice que si se arrastrara como ellos, odiaría que todos esos granitos se le pegaran bajo la cola —dijo de repente Pervinca.

—¿Y eso qué tiene que ver? —preguntó Grisam.

—Nada, me ha venido a la cabeza al hablar de los caracoles.

Grisam le miró las manos:

—Me alegro de que lo lleves —dijo indicando el anillo en el dedo de Vi. Ella sonrió tímidamente y cambió de conversación:

—¿Sabías que las ranas tienen la lengua pegada en la punta y que los ciempiés no tienen cien pies?

—Interesante —respondió Grisam dando una patada a una piedra—. ¿Cómo es que cada vez que digo algo romántico, tú hablas de otra cosa?

—Oh, Gri, otra vez. Sabes que no me gusta decir cosas cariñosas, me emocionan.

—Te emocionan, ¿eh?... Estupendo. Entonces, ¿prefieres que te diga que las víboras tienen la pupila como la de los gatos cuando miran la luz, muy estrecha y delgada, mientras que las culebras tienen siempre la pupila redonda?

—¿Y las arañas? —preguntó Vi con curiosidad.

Grisam suspiró:

—No tienes remedio, Vi —dijo resignado—. ¿Las arañas, qué?

—¿Sabes cómo se sabe si una araña es de verdad una araña?

—Rompiéndole la tela, supongo, y esperando a ver si logra rehacerla: sólo una araña sabe hacer una telaraña perfecta.

—¡Eres un genio! —exclamó Pervinca.

—Un genio que dice cosas que emocionan.

—Y dale. En esto eres muy distinto de tu antepasado: Duffus nunca decía cosas tiernas a Scarlet-Violet. Bueno, no directamente.

—¿Y qué más hacía ese Duffus?

—Una tormenta devastó su valle, una «extraña» tormenta, para mí muy parecida a las que el Terrible 21 desencadena contra nosotros, sólo que nosotros tenemos a tía Tomelilla y a tu tío Duff, que le impiden devastar Verdellano, mientras que en aquellos tiempos los Mágicos no estaban preparados, creo. Duffus, sin embargo, escapó antes del ataque y ahora Scarlet-Violet corre el riesgo de tener que aliarse con su antipático hermano...

—¿El que ha creado el bastón-espada? —preguntó Grisam, demostrando haber escuchado el relato de Pervinca.

—¡Exactamente!

—¿Sabes que tío Duff me dijo una vez que hay un bastón-espada enterrado en algún sitio fuera de la muralla del pueblo?

—¿Lo dices en serio? ¡Vamos ahora mismo a buscarlo!

Entusiasmada por la revelación de Grisam, Pervinca se levantó del banco de un salto:

—Bueno, ¿vamos?

—Aparte del hecho de que todavía tenemos clases, Vi, he dicho «fuera» de la muralla. Fuera, ¿entiendes?

—Pero fuera, ¿cuánto? ¿Mucho o poco?

—¿Qué más da si de todas formas no podemos ir «fuera» del pueblo?

—¡Imagina que encontráramos el mismo bastón, Grisam!

—Sería una antigualla podrida y enmohecida.

—¡Sería un trozo de historia que sale de mi libro para hacerse realidad! Debemos descubrir dónde está, Gri, tienes que preguntárselo a tu tío.

—¿Para qué?

—Tú pregúntaselo y ya está.

—Sólo si me dices para qué quieres tú un bastón-espada.

—Para nada —dijo Pervinca—. Lo quiero sólo como una reliquia. Pero, perdona, ¿por qué has hablado de él si no te interesa buscarlo?

—No sé, como veía que el asunto te interesaba tanto...

Una voz los interrumpió:

—Mira, mira: los dos tortolitos al aire libre sin que los vigile un hada —exclamó Scarlet Pimpernel.

Pervinca se llevó una mano a la frente:

—¡Mi hada! ¡Felí habrá oído todo!

Pues sí, ¡yo lo había oído todo!

—¿Os habéis dicho cosas muy tiernas? —preguntó Scarlet con voz petulante.

—¡Basta! —le recriminó Pervinca—. Por cierto, ¿sabes que por algún motivo tu nombre ya no

hace que me piquen las manos? ¿Qué mal viento te trae?

—¡La curiosidad, Periwinkle dos! Sólo quería saber si también te diviertes soñando cosas raras, como tu hermana.

—¿Y tú qué sabes de los sueños de Vainilla?

—Lo que Vainilla ha contado a la pequeña Flox, pero en voz tan alta que...

—¡A Flox, no a ti! —intervino Grisam.

—Te lo advierto, Burdock, por tu bien ten cuidado: esta gente sueña con medias brujas guapísimas y tramposas...

—Scarlet, vete de aquí —dijo seriamente Pervinca.

—¿Por qué? No he terminado: media bruja se aleja por un oscuro sendero y en una mano lleva un pequeño...

—¡VETE! —gritó Pervinca poniéndose en pie. Pero Scarlet ni se inmutó.

—¿Qué te pasa, Periwinkle dos, no quieres que tu novio sepa que a tu hermana le falta un tornillo?

Pervinca agarró a Scarlet por el jersey:

—Te lo advierto, Pimpernel, ¡una palabra más sobre mi hermana y te convierto en la víbora que eres en realidad!



Volé a ponerme entre las dos, pero cuando llegué Scarlet ya silbaba entre los pies de los dos niños, y con dos vueltas se arrastró hasta esconderse entre las piedras.

—¿Qué has hecho, Pervinca?

—Sólo la he amenazado, ni siquiera he pronunciado el verdadero hechizo.

Un poder demasiado poderoso



La noticia corrió por el colegio tan veloz como el viento y desencadenó un enorme jaleo. Maestros y alumnos huyeron en todas direcciones. Sólo la profesora de matemáticas y ciencia, la bruja Margarita de Transvall, tuvo el valor de salir al jardín:

—Escupe ese ratón, Scarlet, ¿o prefieres que te devuelva a tu forma con un ratón en la boca? —dijo. Evidentemente, ¡Scarlet se había tomado en serio su nueva condición!

—¡PERVINCA PERIWINKLE! —gritó en ese mismo momento la señora Euforbia Flumen, directora del colegio—. ¡A MI DESPACHO, INMEDIATAMENTE!

—¿Quieres que vaya contigo? —le preguntó Vainilla.

—¡Deberías ir tú, y sola! —le contestó secamente Pervinca—. Si alguna vez mantuvieras cerrada tu bocota...

La señora Flumen encerró a Vi en una habitación donde había colgado un enorme pergamino:

Art. 1: Se prohíbe a magos y brujas usar sus poderes mágicos para interferir en asuntos humanos si no es con el debido permiso por escrito o en caso de probada necesidad, y sólo con buenos fines.

Art. 1/bis: Se prohíbe a magos y brujas menores de 25 años usar sus poderes mágicos en la escuela o para alterar el normal desarrollo de la actividad escolar.

Art. 1/tris: Se prohíbe a magos y brujas menores de 18 años realizar encantamientos de transformación en seres humanos, sean Mágicos o Sinmagia.

—¿Lo habías visto? —preguntó arisca.

—Es el Código Brujeril —contestó Pervinca.

—Muy bien. ¿Y lo has leído?

Mi tía nos hace leer un artículo cada día y nos lo explica.

—Si no supiera que eres la sobrina de la gran Tomelilla, diría que tu tía se saltó, precisamente, ¡el Artículo Uno! Pero eres sobrina suya, de la pobre Lila de los Senderos; de ella, tan buena y sabia, qué disgusto vas a darle...

—Yo no quería transformar a Scarlet. Se me ha escapado, estábamos hablando de víboras y...

—¿Se te ha escapado? —la señora Flumen se aterrorizó—. ¿Tienes idea de lo que pueden provocar tus poderes?

—Empiezo a tenerla —respondió Pervinca.

—Escribe el Artículo Uno diez veces en la pizarra, Pervinca, y luego vuelve a clase —ordenó la directora—. Voy a ver si han rescatado a esa víb... a Scarlet.



Poco después, la ronda de día dio la alarma y los maestros acompañaron a sus grupos al refugio subterráneo. Ocurría una vez al día más o menos, y los niños ya se habían acostumbrado. En fila, cada uno con la mano sobre el hombro del anterior, bajaban los escalones de piedra que llevaban desde el colegio a la cueva y allí esperaban el aviso de que el peligro había pasado.



—¿Qué ha sido esta vez? —preguntó Vainilla mientras volvían. Pervinca no contestó.

—Ha sido una falsa alarma, Babú —le expliqué—. El señor Coclery interpretó mal el movimiento de una nube.

—Ah, ¿qué te pasa, Vi, estás enfadada conmigo? —preguntó todavía Vainilla al notar la cara seria y enfurruñada de su hermana.

—Sí —contestó ella.

—¿Por qué?

—No deberías haber contado tu sueño por ahí.

—¡Esta sí que es buena! —exclamó Babú—. Ahora resulta que es culpa mía que hayas convertido a Scarlet en una víbora.

—¡Lo es! —declaró Pervinca.

—Ya te he dicho que yo sólo se lo he contado a Flox, no sabía que Scarlet estuviese espiando.

—Vale, vale. Pero no debes contárselo a nadie más, ¿has entendido?

—Sólo es un sueño... —protestó Babú—. Y además, ¡es MI sueño! —añadió para sí mientras Vi entraba la primera en casa.



—¿Hay alguien? —pregunté cerrando la puerta. Cícero apareció desde la sala:

—No, hoy estamos solos. Mamá ha sido absorbida por los preparativos de la Asamblea y Lala Tomelilla está ocupada en una especie de preasamblea con los Sumos Magos. Estoy haciendo de comer.

—¿Huevos podridos? —preguntó Vainilla.

—No, puré de coliflor —contestó Cícero molesto.

—Habrían estado mejor los huevos podridos.

—Yo no tengo hambre, ¿puedo subir a la habitación? —preguntó Pervinca.

—¿Estás bien, tesoro?

—Sí, sí, es sólo que estoy un poco cansada.

—Como quieras. Si cambias de idea, estamos aquí.

—Gracias, papá.

Aquella no fue lo que yo llamaría una comida deliciosa, pero desde luego Cícero se había esforzado y Vainilla procuró no dejar nada en el plato.

—Era peor el olor que el sabor —dijo.

—¡Uau! Me lo tomaré como un cumplido, Babú, gracias —dijo Cícero.

—Le llevaré un poco a Pervinca, a lo mejor ya le entró el hambre.

—Buena idea. Yo vuelvo al estudio.

Subimos juntas con la bandeja, sobre la cual papá Cícero había puesto también una servilleta limpia, un vaso de agua fresca y una ramita de bayas azules.

—¡Almuerzo en la habitación para la princesa de las tinieblas! —anunció Vainilla entrando. Pervinca sonrió. Estaba tumbada en la cama y leía el *Libro Antiguo*.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Babú.

—Mmm... un poquito.

—¿Continúas leyendo la historia sin nosotras?

—No, estoy relejendo algunas partes para entenderlas mejor.



—¡FELÍ, TUS ANTENAS PROVOCAN INTERFERENCIAS EN LA RADIO! —gritó Cícero desde el estudio—.

«¡HAZ ALGO!».

¿Y qué podía hacer? ¡También tenía que estar en alerta para proteger a las niñas, ¿no?!

—¡LO INTENTARÉ, PERO NO SÉ CÓMO PUEDO EVITAR LAS INTERFERENCIAS! —contesté.

Cícero subió el volumen de la radio:

—Duff... Duff... Duff, ¿me oyes? ¡Corto y cambio!

—Bzzz... bzzz... bzzz... bzzz... Cíc... bzzz... bzzz... no te oig... bzzz...

—¡Está bien! —dije—. Salgo un momento, ¡pero que alguien esté pendiente de las niñas!



Debió de suceder entonces... cuando salí y las dejé solas. Quizá Pervinca encontró algo en el Libro Antiguo, o volvió a pensar en lo que le había dicho Grisam, no sé. Pero si hubo un momento en que puso a punto su plan, fue sin duda aquel, pues yo no me enteré de nada hasta que los acontecimientos se precipitaron sobre nosotros.



Cuando volví a entrar, Cícero había abandonado el estudio, y Vainilla y Pervinca leían el *Libro Antiguo*...

Del Libro Antiguo



El adiós

Mentaflorida repicó con un dedo en el hombro de su amiga:
—Psst... —susurró— no quisiera alarmarte, pero el árbol de ahí enfrente se ha movido.

—Te estás sugestionando, Menta, ¡ese sauce está ahí desde hace siglos!

—¡Te digo que se ha movido! —insistió Mentaflorida—. Vamos a preguntárselo a Sombralevedenieveviene...

—Si te empeñas en hacer morir de risa a un hada, adelante —replicó Scarlet-Violet.

—Entonces no se lo preguntaré. Vero si nos ataca, ¡será culpa tuya!

Apretada a Scarlet-Violet, Mentaflorida pasó por delante del sauce con los ojos cerrados y... no ocurrió nada.

Sólo que, nada más pasarlo, Menta se volvió y...

—¡AH! —gritó.

—¿Qué te pasa?

—¡Me ha saludado!

—¿Quién?

—¡El sauce!

—¡Menta!

Andaron y andaron acompañadas por el murmullo de los árboles y el retumbar de los truenos en la lejanía, cuando de repente:

—Hemos llegado —anunció el hada.

—Yo veo piedras —dijo Scarlet-Violet—, pero no parecen las ruinas de la Roca.

—¡Ya está, nos hemos perdido! —exclamó Mentaflorida.

—¿Pero quieres parar? No nos hemos perdido, el lugar es este, el hada tiene razón, sólo que es... distinto. Es como si... —Scarlet-Violet tuvo un escalofrío—. ¡Es como si alguien hubiera reconstruido la Roca! —dijo.

—¿Esta noche? —inquirió Mentaflorida incrédula.

—Sé que suena extraño, pero así es.

De cuatro saltos, Scarlet-Violet salió del bosque y alcanzó al hada.

—¡Espérame! —gritó Mentaflorida.

En ese preciso momento se oyó un ruido a lo lejos y Sombralevedenieveviene les hizo una señal para que se escondieran.

—¡Rápido, rápido! ¡Detrás de ese arbusto! —susurró. Un caballo, que salía del bosque, llegó al trote y se paró justo delante de ellas. Mentaflorida sintió sus grandes narices jadeantes rozarle la nuca. Scarlet-Violet le hizo un gesto para que no se moviera.

—Debe de ser el jinete que llegó ayer —murmuró. Pero el hada, junto a ellas, dijo «no» con la cabeza. El estupor de su rostro empujó a Scarlet-Violet a levantarse y mirar por encima del arbusto:

—¡Roseto! —exclamó en voz baja. El mismo, y no estaba solo. Otros caballos ya le estaban dando alcance, y otros jinetes: Sándalo McLoad y su hermano, Crocus Pills, Creulon Deb, Elderberry Barks... los mismos tontos sinvergüenzas que las habían sorprendido en la cueva. Y luego:

—¡El padre de Duffus! Y Silver Birch y... ¡mi padre! —susurró Scarlet-Violet desconcertada—. Van a luchar contra los recién llegados, pero ¿de dónde han sacado esos caballos?

—Yo creo que a los recién llegados ya los han hecho prisioneros —dijo Sombralevedenieveviene. Tirada por cuatro caballos, llegó en efecto una gran jaula negra en la cual Scarlet-Violet y Mentaflorida reconocieron al jinete. Estaba atado y con él había otros hombres y mujeres que las muchachas no habían visto nunca.

—¿Pero es que se han vuelto locos? —se preguntó Scarlet-Violet—. ¿Por que los han metido en esa jaula?

—Y ahí llega otra —murmuró Mentaflorida.

Lo que vieron las dos amigas dentro de la segunda jaula las dejó sin respiración. Y sin esperanzas.

—¡Son mis padres! —exclamó en voz baja Mentaflorida.

No eran los únicos Mágicos que Roseto y sus compañeros habían apresado: con ellos estaba también el Sumo Mago, el Mago del Tiempo y muchos de sus queridos amigos.

—Han capturado a todos los Mágicos de la Luz —murmuró Scarlet-Violet. Mentaflorida hizo ademán de salir del escondite, pero Scarlet-Violet la detuvo justo a tiempo—: ¿Quieres que te capturen a ti también?

Roseto alzó un brazo y la columna reanudó la marcha.

—Como anunció mi Señor, la Roca está lista para acoger a los prisioneros —dijo al pasar junto al arbusto; a su hermoso rostro lo atravesaba una mueca horrible.

—Tú eres el elegido, jefe. El oscuro Señor del Mal te ha elegido como su mano derecha. Dinos qué tenemos que hacer —habló Creulon Deb.

—Entregaremos a los Mágicos de la Luz y a los Simpoderes —respondió Roseto con decisión—; luego volveremos al pueblo y obligaremos a los Mágicos de la Oscuridad a aliarse con nosotros.

—¿Crees que aceptarán?

—Sí, ya sucedió una vez.

—¡Tenemos que detenerlos! —dijo Mentaflorida arremangándose—, ¡usemos la magia!

¡Lancemos un hechizo y liberémoslos!

Scarlet-Violet la detuvo:

—Si fuese tan fácil, lo habrían hecho ya ellos mismos, ¿no crees? Debe de haber algo... algo en esas jaulas...

—No las habíais visto nunca, ¿verdad? —preguntó el hada—. Sois demasiado jóvenes. Son las jaulas de los cazadores de Mágicos. Tan antiguas como el odio, desaparecieron de este valle cuando los dos poderes, ahora separados, aprendieron a convivir en paz. Eso ocurrió hace varios siglos. Se creía que habían sido destruidas con el mal, y en cambio...

—¿Por qué los prisioneros no tratan de escapar? Los Mágicos podrían hacerlo fácilmente —preguntó Scarlet-Violet.

—Quien entra en ellas cae presa de un terrible encantamiento: sus ojos dejan de ver, sus orejas de oír. Una profunda calma envuelve a los prisioneros, los cuales, como borregos, se dejan llevar... Shhh, ¡nos han oído!

Uno de los hombres de Roseto se detuvo y bajó del caballo:

—¡Hay alguien en el bosque! —gritó—. ¡He oído voces que vienen de esa dirección!

—¡Alto! —ordenó Roseto a la columna—. McLoad, ¡ve a ver qué sucede y cuéntamelo!

Sándalo McLoad volvió atrás y galopó hacia el arbusto. Scarlet-Violet habló entonces a Mentaflorida:

—¿Te acuerdas de cuando te dije que debías confiar en ti y creer en tus posibilidades?

—Sí —contestó Mentaflorida.

—¿Me creíste?

—Sí.

—¿Me creerás si te digo que lo que ahora deberás hacer nos salvará a nosotras y a nuestro pueblo?

—No..., pero lo haré de todos modos si tú me lo pides.

—Conviértete de nuevo en una bonita mariquita y escóndete en el bosque hasta que yo vuelva.

—¿Por qué, a dónde vas?

—A buscar ayuda, Menta. Pero primero tendrás que convertirme en un águila para que pueda volar también de día. Sólo tú puedes hacerlo.

Mentaflorida miró a su amiga en silencio: Scarlet-Violet sabía que no le salían nada bien esos hechizos.

Sándalo McLoad se apeó del caballo y, sin darse cuenta, pisó la manga de Scarlet-Violet:

—Ahora, Menta, antes de que sea demasiado tarde —susurró.

Mentaflorida bajó los ojos un instante y, cuando los volvió a levantar, su expresión era seria y consciente. Acercó sus manos abiertas hasta la cara de su amiga, cruzó los pulgares y, simulando el movimiento del vuelo, le susurró:

—Tú eres águila, yo lo sé.

Un momento después, un resplandor dorado envolvió a Scarlet-Violet.

La magia espantó a los caballos, y los hombres, pie a tierra, tuvieron que alejarse para no ser pisoteados.

—¿Qué ocurre ahí? —gritó Roseto, fustigando y espoleando a su caballo hacia el arbusto. Habría pisado a Mentaflorida y al hada si una espléndida águila blanca no hubiese alzado el vuelo en ese momento delante de él.

El caballo de Roseto se encabritó y retrocedió.

—¡Vámonos de aquí! —gritó dando patadas a la pobre bestia—. Sólo es un águila, ¡no hagamos esperar a mi Dueño!

Mentaflorida y el hada se quedaron quietas hasta que el último caballo se alejó. Sólo entonces Mentaflorida volvió a abrir los ojos y, volviéndose hacia el hada, preguntó:

—¿Qué tengo que hacer ahora?

—No llores, Mentaflorida —dijo el hada— y ten confianza en quien te quiere. Transfórmate en una mariquita y escóndete en el bosque. Si necesitas ayuda, dirígete al viejo sauce. Es una criatura muy amable, sobre todo con los niños. Yo tengo que seguir a Scarlet-Violet y asegurarme de que logra encontrar al que busca.

Mentaflorida miró el cielo cubierto sobre su valle, sorbió otra vez con la nariz y lentamente se envolvió en sí misma. Un momento después, una pequeña mariquita roja con pintas negras, y una manchita color lila al final de una de las alas, se encaramaba entre las hojas y las ramas.

El hada la miró adentrarse en el bosque:

—Buena suerte, Mentaflorida —le deseó desde lo más profundo de su corazón—. ¡Nieve volverá pronto a buscarte!

El último capítulo



Una lágrima cayó sobre la página del *Libro Antigo*.

—Tú lloras, Babú, ¡pero yo estoy enfadada! —exclamó Pervinca cerrando el libro de golpe—. ¿Cómo puede terminar así?

—Pobre Mentaflorida... —lloriqueó Vainilla.

Pervinca empezó a andar de un lado al otro de la habitación, inquieta e interrogándome a mí, que no tenía nada que ver:

—Tía Tomelilla me dio a leer el Libro Antigo porque dijo que sería más útil que el libro de historia: ahora, dime, ¿de qué me sirve haber llegado hasta aquí?

Me encogí de hombros como diciendo «no lo sé».

—¡Pues claro —replicó—, no lo sabes porque no puede haber ninguna razón! ¡Tengo que hablar con ella!

Y diciendo esto, Pervinca agarró el Libro Antigo y subió corriendo la escalera.

—¡No creo que esté en su habitación! —grité—, ¡prueba en la cocina!

No la encontró, ni en la cocina ni en ningún otro sitio.

—Está encerrada en la Habitación de los Hechizos desde esta mañana —dijo mamá Dalia entrando con la colada—. Búscala allí.

Pervinca bajó a toda prisa los escalones, pero se detuvo cuando se encontró ante la oscuridad. Había recorrido aquel pasillo decenas de veces, tal vez nunca sola, es verdad, pero sabía que no había ningún peligro. ¿Por qué, entonces, se había detenido?

Observándola inmóvil, pensé que el miedo a la oscuridad tenía que ver con su temor. Ya una vez me había contado que se asustó al despertarse, cuando se encontró a oscuras todo alrededor. Ella, que poseía el poder de la Oscuridad...

Me acerqué.

—¿Quieres que te acompañe? —le pregunté. Ella se sobresaltó:

—¡Felí! Qué susto me has dado, no sabía que estuvieras aquí. Yo... no, creo que me las

arreglaré, es más, claro que me las arreglaré, ¿ves?, ya voy de nuevo. Vuelve con Vainilla, yo estaré un rato con la tía.

Desaparecí en el pasillo como desaparece una plumilla sumergida en la tinta. Pero oía su voz: contaba los pasos... cinco... seis... siete... Sabía que, cuando dijera «veinte», el miedo se le habría pasado. Y en efecto... ¡«veinte»!, murmuramos juntas. La pared delante de la joven bruja se encendió con mil lucecitas. La miré alejarse con el libro apretado sobre su pecho. No se volvió y, tras un instante, volé hacia Vainilla.

No le dije, no tuve tiempo de hacerlo, que aquel último capítulo del Libro Antiguo me había sorprendido también a mí. Durante años había buscado noticias sobre el hada Nieve, y he aquí que de improviso me encuentro su nombre, su historia, entre las manos. Pero ¿cómo pasó a ser un hada niñera? Esperé de todo corazón que Pervinca volviera con un segundo libro.



—Entra, Pervinca —dijo Tomelilla al oír tocar a la puertecita.

—¿Cómo sabías que era yo?

—Porque quien atraviesa el pasillo para venir a molestarme suele tener un buen motivo. Y tú lo tienes: has terminado el libro, ¿verdad? Y quieres saber cómo acabó todo.

—¡Oh, me gustaría mucho!

—Te gustaría mucho...

Tomelilla hablaba de espaldas a Pervinca. Estaba inclinada sobre una gran olla en la que hervía un mejunje verdoso de delicioso aroma.

—Me has interrumpido en un momento delicado, ¿sabes?

—¿Estás preparando una poción?

—Oh, no, no... Esta es la sopa para la noche. Estaba buscando un texto antiguo que no consigo encontrar... —dijo apartándose del fuego y sentándose al escritorio, que en efecto estaba abarrotado de gruesos libros polvorientos. Abrió uno y empezó a leer en silencio. Pervinca no se movió.

—¿Quieres que vuelva en otro momento, tía?

Al no obtener respuesta, suspiró desalentada, dio media vuelta y estaba por irse cuando Tomelilla la detuvo:

—Siéntate en tu pupitre y calla un momento, si puedes.

Pervinca se subió a su pupitre y allí se acurrucó sonriente. Pasaron diez minutos antes de que su tía se decidiera a cerrar el librote para dedicarse por fin a ella.

—¿Qué problema tienes con las sillas? —preguntó irritada.

—Nada, pero así me siento mejor —contestó Pervinca.

—Tonterías. ¡Eres una señorita, no un gato! Baja de ahí y siéntate como se debe.

Pervinca saltó del pupitre, separó la silla y se acomodó.

—¿Entonces? —resopló en el límite de la curiosidad.

—Entonces, entonces... ¿No quieres hacerme preguntas?

—Mil preguntas, pero ¿contestarás a todas?

—A todas las que merezcan respuesta. Venga, pregunta...

—¿Quién era el hada? ¿Quién era el señor de Roseto? Puede que lo haya comprendido, pero no estoy segura. ¿Y qué pasó con Roseto? ¿Quiénes eran los cazadores de Mágicos...?

—Espera, espera, por orden. Una a una. Quieres saber quién era el hada...

—Sí.

—Siento que Felí no esté aquí para escucharlo, porque la historia de esta hada le gustaría también a ella.

Sombralevedenieviene



Era un hada.

—Ya, pero ¿era un hada niñera como Felí? El libro es un poco confuso sobre esto.

El libro es confuso porque en aquellos tiempos las hadas no tenían esta clase de cometidos. Los Mágicos se valían de ellas para coser los Trajes de la Responsabilidad, y quizá también para remendar, pero el Pueblo Luminoso no participaba en la vida de las brujas y los magos. Y a las hadas esto les venía muy bien. A ellas tampoco les agradaba mezclarse con nosotros.

—Entonces, ¿por qué usaban esos nombres tan complicados?

—¡Empezaron a usarlos en ese momento! Durante milenios, el pueblo de los Mágicos y el de las Hadas ignoraron incluso la existencia el uno del otro. Rudo y anárquico el primero, delicado y amable el segundo, no tenían nada en común. Y cuando se encontraron, lo suyo no fue precisamente, como es de suponer, un amor a primera vista. Los Mágicos sólo vieron en las Hadas el aspecto práctico. Las hadas, por su lado, comprendieron desde el primer momento que tendrían que protegerse de tanta rudeza. Por eso, para evitar que magos y brujas les ordenasen hacer trabajos poco adecuados, o no lo bastante dignos, las Lucecitas empezaron a darse nombres impronunciables y difíciles de recordar.

—¿Y no era el hada niñera de Scarlet-Violet o de Mentaflorida?

—No, pero acabó siéndolo.

—¿Cómo?

—Mira, las hadas, por su naturaleza, quieren a los niños, a todos los niños. Nieve vio nacer a Scarlet-Violet. Más aún, ayudó a su madre a traerla al mundo y les salvó la vida a las dos, pero siempre permaneciendo invisible, así que nadie lo supo hasta que Nieve lo contó.

—¿Y lo contó?

—Oh, sí, pero muchos años después.

—¿Y la creyeron?

—Sí, porque, entre tanto, Nieve se había ganado la confianza y la estima de los Mágicos. Piensa que en los Libros Históricos del Gran Consejo es descrita como la primera hada tata de la

historia.

—Pues si Felí ha oído hablar de ella, nunca nos lo ha dicho.

—Estoy segura de que sí —dijo Tomelilla.

—¿Y llevó a cabo valientes hazañas? Quiero decir, para ganarse la confianza que dices.

—¡Le salvó la vida a Scarlet-Violet!

—¡Entonces existe un segundo libro! ¿Puedes dármelo?

—Me temo que no. Si alguna vez hubo un segundo libro, se perdió hace mucho tiempo.

—Vaya, qué pena... Pero entonces, ¿cómo sabes tú estas cosas?

—Me las contaron.

—¿Alguien que yo conozca?

—No, desapareció hace ya mucho tiempo.

—¿Querías a esa persona?

—La quería mucho, sí.

—¿Era la abuela?

—No, no era la abuela.

—Así pues, es justo —prosiguió Pervinca.

—¿El qué? —preguntó Tomelilla.

—¡Creer más a un hada que a un Sinmagia! Nadie cree que el Capitán Talbooth haya sido capitán de fragata, pero todos creyeron a Nieve cuando dijo que había asistido al nacimiento de Scarlet-Violet. Tiene sentido.

—¿Y qué sentido tiene? —preguntó Tomelilla, desconcertada por lo que estaba diciendo su sobrina. Pervinca explicó entonces su punto de vista:

—Los Sinmagia son más débiles que los Mágicos y que las Criaturas Mágicas —dijo—, por eso tienden más al error, a la mentira, a la traición. Es justo.

Tomelilla se maravilló:

—¿Y tú precisamente dices algo así? ¿Tú, que has leído el Libro Antiguo y sabes lo que Roseto hizo a su gente? ¡Vaya, ha sido muy útil!

—En realidad, no estoy segura de saber lo que hizo Roseto, ni por qué lo hizo. Por eso estoy aquí.

—¡Roseto traicionó a todos! En menos de lo que se tarda en decirlo, se alió con el Enemigo y vendió a su pueblo a cambio de poder.

—¿Fue... llamado por él, o fue raptado y llevado a la Roca por el Terrible 21?

—Ah, veo que algo sí has entendido: la Roca, el Terrible 21... sí, fue él quien atacó el valle de Aberdur. Muy bien.

—¿Y llevó a Roseto a la Roca de Arrochar?

—No fue necesario. Roseto se ofreció al Enemigo por propia voluntad.

—¿Cómo? El Terrible 21 no es alguien con quien se pueda hablar, no tiene rostro, no tiene voz, ni orejas...

—¿Has oído a Felí alguna vez chillar al viento?

—Mil veces.

—¿Y has oído alguna vez al viento responderle?

—Nunca.

—Sin embargo, Felí sigue chillándole.

—Sí.

—¿Y por qué crees que lo hace?

—Porque todas las hadas están un poco chifladas.

Tomelilla sonrió:

—Sí, un poco sí que lo están. Pero desde luego sería interesante conseguir dialogar con quienes nos hacen la vida difícil, ya sean personas o el viento o la lluvia. O el Enemigo.

—¿Y eso es lo que hizo Roseto? ¿Habló con el Enemigo?

—Cuando salió de la cueva de las Hadas, las fuerzas del mal lo arrancaron de la tierra y lo arrojaron al fango, sobre las rocas, en las zarzas, mientras él maldecía y gritaba contra ellas. Hasta que, en el límite de sus fuerzas, se preguntó espontáneamente por qué. «¿Por qué?», gritó Roseto con la poca voz que le quedaba. «¿Por qué te ensañas conmigo? ¿Por qué no puedo estar de tu lado?».

—¿Y el Enemigo le contestó?

—Evidentemente, lo eligió para ser su mano derecha.

—¿Le contestó... hablándole?

—No lo sé. Pero sin duda se hizo comprender.

—Me pregunto qué voz tendrá el Enemigo...

—Tenga la voz que tenga, espero que tú, si la oyes, sepas reconocerla, tesoro.

—¿Por qué Roseto no aprovechó aquella ocasión para traer el Mal de vuelta a la región?

—Porque, cariño, cada uno aprovecha a su manera las ocasiones que la vida le ofrece. Pero todavía no me has hecho la pregunta más importante: ¿por qué Roseto raptó a los Mágicos de la Luz y a los Simpoderes?

El origen del poder



Tomelilla tomó un libro muy estropeado y viejo que estaba encima de todos los demás.

—Para entenderlo, quizá te sería de ayuda conocer una historia —dijo—. Una historia que rara vez se cuenta, tan antigua que su origen se pierde en la noche de los tiempos. Su trama está hecha de verdad y de leyenda, pero es difícil decir dónde acaba una y empieza la otra. Se funden en el mismo tejido como hilos de dos madejas distintas. ¿Estás lista?

—¡Listísima!

—Tienes que saber entonces que lo que voy a decirte te llevará lejos, lejos del pueblo, lejos del valle de Verdellano, lejos de nosotros, lejos de lo que conoces y te resulta familiar, muy lejos de tu tiempo. Cierra los ojos, Pervinca, y escucha... —Tomelilla abrió el viejo libro, pasó la primera y la segunda páginas, y se paró en la tercera. Leyó algunas líneas, después de lo cual levantó los ojos, suspiró y empezó a contar...

»Hubo una vez una Era, muy antigua, en la que, según se dice, Luz y Oscuridad eran una misma, un único poder. Quien lo poseyó gobernó sobre la Tierra durante muchos milenios en paz y armonía, haciendo sonar juntos, como un director de orquesta de oído perfecto, el día y la noche, el frío y el calor, lo bonito y lo feo, la lluvia y el sol, sin descuidar ni una sola tonalidad. La Tierra era preciosa.

»Los ancianos te dirían que aquella fue la Era del Principio. El principio del fin. Pues ya entonces alguien lo traicionó. Sin un motivo preciso, repentinamente, dio la espalda a la armonía y al equilibrio. Y sin pedir permiso, impuso la noche al día, la lluvia al sol, el odio al amor y la oscuridad a la luz.

»Siguieron años de guerras y luchas que borraron los matices de la armonía y llevaron al Infinito Poder a escindirse en dos.

»La Oscuridad, poderosa y despiadada, tomó ventaja y durante muchos siglos gobernó sobre la Luz, los Hombres y todas las Criaturas Mágicas. Sin un solo día de luz ni un rayo de sol, la Tierra perdió todos sus colores y su belleza, y se convirtió en un páramo tétrico, lleno de dolor y tristeza. Muchos murieron, otros fueron apresados por los cazadores de Mágicos y vendidos al enemigo,

otros perdieron la razón. Los que pudieron huir, huyeron: Brujas y Magos de la Luz, Sinmagia, hadas, elfos... Como un único pueblo, atravesaron las montañas y se marcharon muy lejos.

—¿Y no regresaron nunca? —preguntó Pervinca.

—Regresaron, sí, pero cuando llegó el momento, es decir, mucho, mucho tiempo después.

—¿Cómo supieron que podían volver?

—Alguien los mandó llamar.

—¿Quién?

—Un Mago de la Oscuridad.

—¿Un enemigo?

—Un enemigo arrepentido. Un hombre sabio y valiente, que guardaba en su corazón el recuerdo del equilibrio y luchó contra sus propios ejércitos para volver a traer la armonía.

—¿Y cómo se las arregló un hombre solo contra todos? ¿No tenía miedo?

—Bueno, no estaba del todo solo. Otros como él conservaban ese recuerdo, y se les fueron uniendo otros, cansados de vivir en la oscuridad o conscientes de haberse equivocado: entre todos, estos últimos se revelaron como los aliados más fuertes y fieles.

—¿Qué fue de las Criaturas Mágicas y de los Simpoderes?

—Oh, también el Pequeño Pueblo regresó, pero los Simpoderes no. Después de haber compartido la fuga con los Mágicos, los hombres descendieron hasta los valles del sur atravesando otras montañas y valles, y no se había vuelto a saber nada de ellos. Hasta que...

—Hasta que llegó aquel jinete durante la Fiesta del Solsticio.

—Exactamente. El Sumo Mago sabía de su existencia. Y también los viejos sabios y aquellos que habían leído la historia. Pero los jóvenes no: en aquellos tiempos, la historia no se enseñaba y quien no se daba prisa en informarse se encontraba siempre sin estar preparado cuando lo pasado volvía a ocurrir otra vez. Por eso te di el Libro Antiguo, Vi, para que tú estuvieses preparada, ¡para que supieras! Conocer los orígenes de tu poder, y el mal uso que se hizo de él en el pasado, servirá para hacerte dar los pasos justos en este oscuro presente y en el futuro.

—Ha sido muy interesante, tía, ¡incluso demasiado! Bueno, quiero decir, para mí es más importante ahora que antes saber cómo terminó todo.

—Lo entiendo y siento no poder darte el segundo libro, Vi. Lo he buscado largo tiempo, lamentablemente sin éxito.

—Según Grisam, su tío Duff podría saber dónde está escondido el bastón-espada de Roseto. ¿Crees que es cierto? —preguntó Pervinca.

—Oh, esa historia... —Tomelilla levantó los ojos al cielo—. Duff me lo ha contado mil veces también. Incluso fuimos juntos a buscarlo, pero nunca lo hallamos. Personalmente, creo que el bastón-espada siguió a su dueño y desapareció con él.

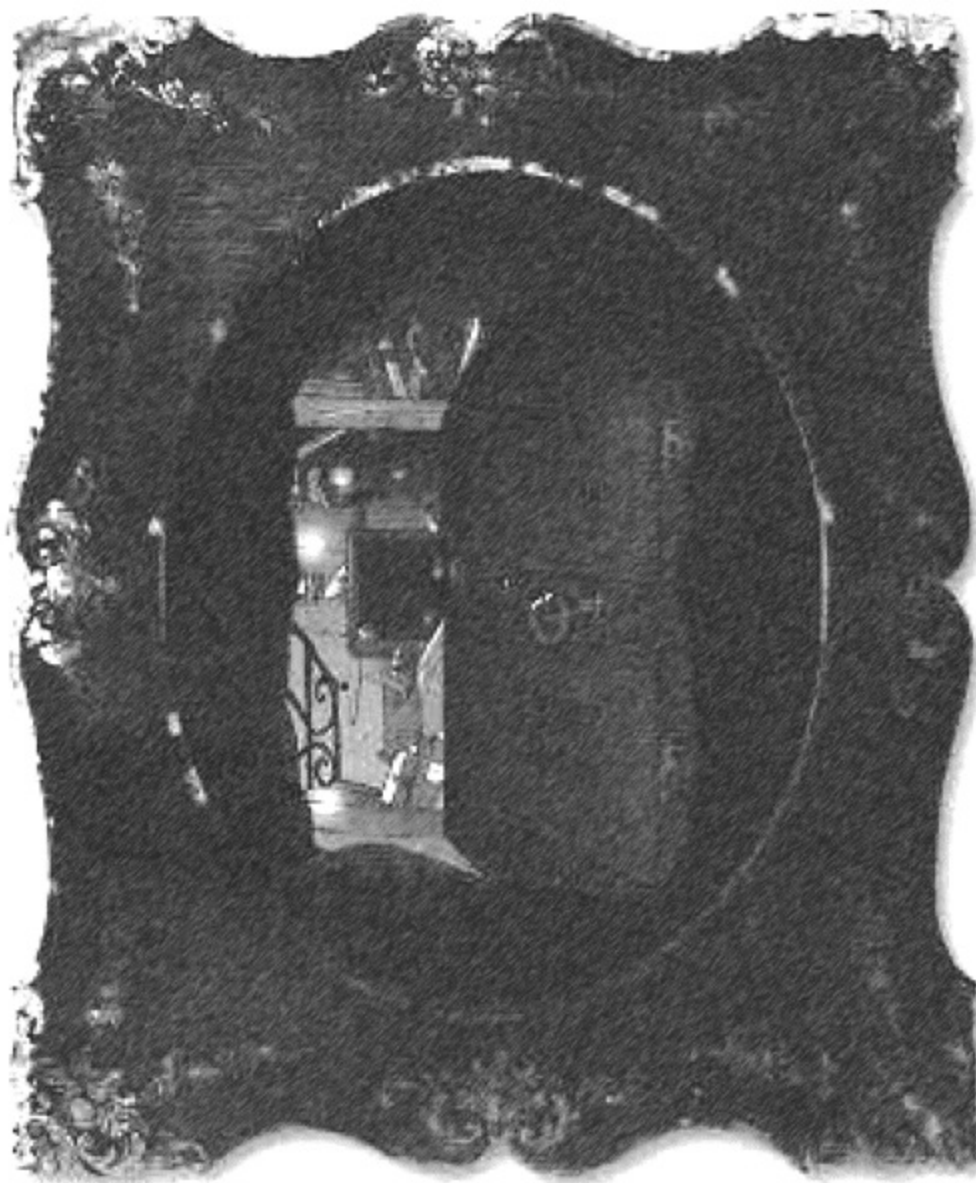
—¿Y entonces por qué dice Duff que se encuentra por aquí?

—¡Es cosa de Roble!

—¿Cosa de Roble? —repitió Pervinca estupefacta.

—Una vez nos contó que había asistido a una batalla...

—¿A una? ¡Roble debe de haber visto mil batallas!



—Sí, pero a la que se refirió aquel día no era «una batalla», sino «la batalla». El épico enfrentamiento entre las fuerzas liberadoras de la luz y las tiranas de la oscuridad. Duff y yo lo escuchamos con mucha atención y curiosidad, porque no existen testimonios escritos de lo que ocurrió. Pero desde las primeras palabras nos dimos cuenta de que Roble confundía las referencias históricas y los nombres, y que su punto de vista era, cuando menos, desatinado. Yo me fui casi enseguida. Duff, en cambio, siguió escuchando el relato y, cuando volvimos a vernos unos días después, me dijo que Roble le había revelado el lugar exacto donde Roseto había perdido su «cetro», así lo llamó Roble, y me pidió que lo buscara con él. Excavamos allí donde había indicado Roble, y también un poco más al norte, al sur, al oeste y al este, pero no encontramos nada.

—Según tú, ¿Roble os mintió, tía?

—No, los árboles no saben qué es la mentira: las olfatean en el aire, pero no saben mentir. Simplemente creo que Roble es muy viejo y, como sucede con las personas, ha perdido un poco de su proverbial memoria. A menudo se confunde, ¿lo has notado?

—Sí, pobrecito. Y saluda siempre como si fuera la primera vez que te ve. Ahora, además, se ha obsesionado con esa historia de tener hojas también en otoño... ¿Puedo quedarme con el Libro

Antiguo un poco más?

—Por supuesto, tesoro, quédatelo cuanto quieras. Pero no vuelvas a sacarlo de casa, existen muy pocas copias y ni siquiera podría pedir a Duff el suyo, ¡sufriría demasiado separándose de él!

Pervinca salió por la puertecita, pero volvió a entrar justo después.

—Si oyese la voz del Enemigo, ¿me asustaría?

—Depende —dijo la tía.

—¿De qué?

—De qué parte estés.

—¿Pero estaría bien que me asustase?

—Sí, a menos que...

—¿A menos que qué?

—Que tú seas la bruja más valiente de todos los tiempos. ¿Lo eres?

—Espero serlo, tía.

Por fin una certidumbre



Aquella noche, en el cuarto, Pervinca nos contó con pelos y señales lo que le había dicho tía Tomelilla en la Habitación de los Hechizos, saltándose sólo las últimas palabras que habían intercambiado.

—Por eso no sabré nunca si Scarlet-Violet encontró a Duffus, ni si Mentaflorida volvió a ver a sus «padres»... ¡no es justo! —protestó Vainilla.

—Yo también lamento que no haya un segundo libro, Babú, pero ¿qué podemos hacer? —dijo Pervinca—. Si se perdió, se perdió.

—Por suerte, Tomelilla se acordaba de Nieve y de cómo se convirtió en tata; si no, creo que ahora estaría llorando —dije.

—¿Tenemos algún otro libro que leer para dormirnos? —preguntó Babú.

—En realidad, tía Tomelilla me ha dicho que pensemos un poco en el que acabamos de terminar antes de pasar a otro. Pero, si quieres, papá me había dado un libro de aventuras, sobre piratas y cosas por el estilo. Me prometí que lo leería más tarde y lo puse ahí arriba. Espera...

Pervinca se apoyó con la punta de los pies sobre la cama para alcanzar el libro, pero se tambaleaba, así que se apoyó en la librería e hizo caer una pila entera de libros sobre la telaraña de Regina.

—¡Noooo! —gritó.

Vainilla se llevó las manos a la boca:

—¡Madre mía! —murmuró.

—¡Quieta, quieta! ¡No te muevas! —avisé a Vi volando a buscar la araña—. Podrías aplastarla. Quédate quieta donde estás.

Pervinca permaneció inmóvil. Aparté los libros uno a uno: la tela ya no estaba, la habían arrastrado. ¿Y Regina?

—La buena noticia es que aquí no está —dije—. Así que no la han aplastado. La mala es que ahora tenemos que buscarla.

—Eso no es ningún problema —dijo Pervinca más tranquila—. Lo importante es que esté viva. Apenas se calme, saldrá de su refugio y volverá a tejer la tela.

—Pues sí, la suya estaba un poco maltrecha —comentó Vainilla—. Ahora podrá por fin hacerse una nueva.

Pervinca se puso seria de nuevo:

—¿Qué has dicho, Babú?

—¿Yo? Que la telaraña de Regina estaba un poco maltrecha. Sin querer ofender, naturalmente, pero tenía unos agujeros que, para atravesarla, tenía que hacer acrobacias.



Esas palabras trajeron a la mente de Vi la conversación que ella y Grisam habían mantenido en el jardín del colegio: «¿Cómo se sabe si una araña es de verdad una araña y no un mago transformado?», le había preguntado. «¡Rompiéndole la tela!», había contestado Grisam. «¡Sólo una araña sabe hacer una telaraña perfecta!».

Un terrible pensamiento empezó a darle vueltas a Pervinca: «Si Regina es una verdadera araña, ¿por qué no ha reparado nunca la telaraña?».

—Tenemos que encontrarla —dijo—. ¡Ahora!

—¿Y cómo?

—Ayúdame a separar la cama.

—¿Pero no prefieres esperar a que salga sola?

—Sí, pero luego has dicho una cosa, Babú, que me ha hecho cambiar de idea. Y ahora tengo una sospecha atroz.

—¿Qué sospecha? —pregunté yo.

—¡Que Regina no sea una araña!

—¿QUÉ?

—Ve a llamar a tía Tomelilla, Felí, rápido, mientras nosotras la buscamos.

—Ni pensarlo, yo no os dejo aquí solas con una falsa araña de la que no sabemos siquiera quién es. Id vosotras mejor, yo me quedo aquí con ella.

—«Ella» no está aquí —dijo Vainilla—. Iré yo a llamar a la tía, vosotras seguid buscándola.

—¡Date prisa!

Mientras Babú corría escaleras abajo, Pervinca empezó a mover los libros de la estantería, uno a uno, lentamente...

—Prepárate, Felí —susurró—. Toma un pañuelo y, si la ves, tíraselo encima. ¡Y no grites!

—Está bien.



—¡Hay una araña en nuestra habitación! —gritó Vainilla abriendo de par en par la puerta del invernadero donde su tía estaba trabajando.

A Tomelilla casi le da un síncope.

—¿Es que quieres matarme de un susto? ¿Qué modo de entrar es este? Pues claro que hay una araña en vuestra habitación, ¡se llama Regina y está ahí desde hace dos años!

—No, ¡quiero decir una falsa araña! —insistió Babú.

—¿Qué historia es esta, nunca habéis tenido miedo de las arañas vivas y ahora os va a asustar una araña falsa?

—¡Es una falsa araña viva! —trató de explicar Vainilla.

—¿Es que Regina se está haciendo la muerta?

—¡Nooo! Estoy diciendo que Regina no es Regina, sino un mago, ¡o una bruja!

—Santo cielo, Babú, ¿por qué no lo has dicho antes?

—¡Lo he dicho!

—Avisa a tu padre... Ah, no, que no está.

—¿Dónde está?

—Te lo digo después, ahora vamos arriba, ¡deprisa!



Oímos a Tomelilla y a Vainilla subir a toda prisa la escalera e irrumpir en nuestra habitación:

—Bien, ¿dónde está?

—Aquí, la hemos encontrado —dije.

—Apartaos, yo me ocupo —exclamó Tomelilla.

—Ya no hace falta.

—¿Por qué?

Pervinca hizo una señal a su tía y a su hermana para que se acercaran: Regina había reaparecido en un rinconcito encima de la cama y estaba atareadísima reconstruyendo la telaraña.

—¡Parece una araña normalísima! —exclamó Tomelilla.

—¡Lo es! —afirmó Pervinca orgullosa.

—Entonces, ¿para qué me habéis llamado?

—Su desorganización me había alarmado —explicó Vi, encantada con la maestría de su araña—. No lograba explicarme por qué Regina tenía su telaraña en mal estado: temía que no fuera capaz de arreglarla.

—Bueno, consuélate, Pervinca —dijo Tomelilla—, tu madre y yo tenemos las mismas dudas respecto a tu desorganización: cuando vemos el montón de ropa sobre tu silla, no conseguimos explicarnos cómo es que no la guardas en su sitio y tenemos la sospecha de que nuestra Vi no es una niña, sino ¡una araña borracha!

Las niñas estallaron de risa.

—Deberías aprender la lengua de los animales, Vi, como Shirley Poppy —dijo Vainilla—. Tú y Regina podríais descubrir que tenéis más cosas en común.

—Muy graciosa, Babú —comentó Pervinca.

—Piensa en las bonitas conversaciones que tendríais: «Dime, Regina, ¿tú qué agujas usas para

hacer tu tela? Yo las del número dos, finas, ¡así sale más resistente!». «Yo, en cambio, babeo un poco por aquí y otro poco por allá...». «¡Qué interesante! ¿Y qué vas a comer esta tarde?».

«Bah, había pensado en rollitos de moscas muertas...». ¡Puaj!



Era bonito verlas así, riéndose a sus anchas. Babú no perdió su sonrisa ni siquiera cuando se enteró de que su padre había salido para indicar a los hombres de la ronda las zonas de mayor riesgo del pueblo.

Nada de aquella tarde alegre y despreocupada hizo presagiar lo que pronto ocurriría...

¡Hasta pronto, Shirley Poppy!



Los jinetes habían llegado a la granja de los Poppy a primera hora de la tarde y habían sorprendido a Shirley en el establo. Cuatro jinetes al lomo de cuatro caballos negros. Habían pedido agua, para los caballos y para ellos cuatro, y Shirley Poppy, gentilmente, los había invitado a entrar. Mientras la «señora» de la casa les preparaba un buen té reparador y varias garrafas de agua fresca, los forasteros, que habían sido acomodados en la sala de la chimenea, miraban a su alrededor maravillados.

—Extraño, ¿eh? —dijo el más elegante de todos, al que los otros llamaban «Jefe»—. Apuesto a que nunca habéis visto ninguno de los objetos que hay en esta habitación. Crol, dime qué es esto según tú.

—¿Un candelabro, Jefe?

—No, es una bandeja para las tacitas de café. La usan algunos pueblos del Lejano Oriente. Y ahora tú, Entad: este gran huevo todo decorado...

—Vos lo habéis dicho, Jefe, es un huevo.

—Ya, pero... si lo abres, dentro hay un servicio de vasitos para licor. Es de porcelana preciosísima.

—¿Y qué hay dentro de este florero, Jefe?

—Nada, ¡es una tetera!

—Una tetera... ¿Y esa estatua?

—Es una estufa. Tócala, estará ardiendo.

—¿También lo es aquel soldado de madera?

—No, eso es una colmena.

—¿Cómo es que sabes todas estas cosas, Jefe?

—He viajado mucho mientras vosotros habéis permanecido tan parados como piedras durante siglos.

El Jefe rio con ganas mientras sus compañeros observaban la casa de Shirley, ahora con

desconfianza.

—¿Y esto qué será? —preguntó uno de ellos alzando una estatuilla.

—Es el metro de mi tía, lo va dejando por todas partes. Es un poco despistada, tienen que perdonarla —dijo Shirley entrando en la habitación con el té y las garrafas.

—No tendríais que haberos molestado, señorita...

—Me llamo Shirley Poppy.

—Estábamos admirando los maravillosos objetos de vuestra casa, señorita Shirley.

—Son regalos que a mis padres les hicieron cuando recorrían el mundo como actores en su carromato.

—Ciertamente, recibieron muchos —comentó el Jefe.

—¡Y los conservaron todos! —murmuró Etag, el segundo al que el Jefe le había preguntado.

—¿Dónde están ahora vuestros padres?

—Oh, vivo con mi padre y mi tía. Y con nuestros animales. Saluda a nuestros invitados, Mr Berry.

Mr Berry lanzó por los aires tres bolitas azules y, con la habilidad de un malabarista, se las comió al vuelo una tras otra.

—¡Qué ratón más hábil! —sonrió el Jefe—. ¡Pero no me he presentado todavía! Me llamo Humulus Bellepor, caballero de Arrochar.

—¿La Roca? —preguntó Shirley.

—Oh, no. No es la Roca de Arrochar, sino la región. Está un poco más lejos... —precisó el caballero riendo.

—Ah, no lo sabía —dijo Shirley.

—¿Puedo preguntaros a qué escuela vais? Estáis muy lejos del pueblo.

—Sí, de hecho tengo un profesor sólo para mí.

—¿De verdad? Qué práctico. ¿Y quién es?

—Se llama Rannock Moore, pero no creo que lo conozcáis —dijo Shirley sonriendo.

—No, en efecto. ¿De dónde viene?

—Pues, a decir verdad, no es un ser humano. Es un sapo. Vive cerca de aquí, en el arroyo de Empinadaorilladerriachuelorroto, en las cascadas. Yo lo llamo profesor Diccionagio, porque pronuncia «g» en lugar de «r», pero sabe un montón de palabras y siempre tiene la que me falta. ¿Queréis conocerlo?

—Oh, nos gustaría mucho —respondieron los caballeros riendo y dándose con el codo. Quizá pensaban que Shirley estaba un poco chiflada.

—Esperábamos encontrarnos con gente por estos lugares —intervino su Jefe—, pero parece que desde que el Enemigo asedia vuestra hermosa región, nadie sale de casa, ¡ni siquiera los niños!

—Qué sola debéis de sentiros aquí, sin amigos...

—Tengo a mis animales, y a veces voy al pueblo a ver a mis amigas.

—¿Hace mucho que no las veis?

—Varios meses ya. Pero espero convencer a mi padre para que me lleve pronto a Fairy Oak.

—O bien esperáis a que ellas vengan a veros. ¿Lo hacen alguna vez?

—Sí, una vez, pero ahora, como vos mismo habéis dicho, nadie sale ya.

—Si queréis, podríamos acompañaros a casa de... ¿cómo se llaman vuestras amigas?

Mr Berry chilló dos veces y mostró la lengua.

—Sois muy amable, señor Bellepor —contestó Shirley—, pero tengo que atender a mi tía y, además, mi padre estará aquí dentro de poco.

En ese momento, alguien tocó a la puerta.

—Llegas tarde, ¿dónde estabas? —preguntó Shirley al perro que entraba todo juguetón de alguna correría. Barolo trotó alrededor de los invitados, pero, al contrario de lo que normalmente hacía, empezó a enseñar los dientes y a gruñir.

—Barolo, ¿qué modales son esos? —le regañó Shirley.

—Será mejor que nos vayamos —dijo Bellepor—. Gracias por su amabilidad y hasta pronto, Shirley Poppy.



Cuando los jinetes abandonaron su casa, Shirley corrió a ponerse la capa.

—¡Vamos a casa de Rannock Moore! —dijo a Barolo y a Mr Berry.



¡Empinadaorilladerriachuelorroto!



La delgada corriente discurría en medio de un prado de musgo. Pendiente arriba, el agua caía entre los helechos en pequeñas cascadas creando minúsculos lagos cristalinos y un sonido melodioso.

—Profesor, soy Shirley, necesito hablaros.

Nadie apareció.

—Profesor, si fuera tan amable de mostrarse, ¡es urgente que le pida una cosa! Han llegado unos forasteros hoy a la granja, buscaban a las gemelas.

—No me sogpge en absoluto. Esas dos atgaen los pgoblemas como la miel a las abejas.

Un enorme sapo, abrumado por el peso de su piel rugosa, apareció desde debajo de un helecho y avanzó lentamente hasta una piedra situada justo delante de Shirley.

—Oh, buenos días, profesor, perdonad si vengo a molestaros sin habernos citado, pero creo que es importante. Creo que Pervinca y Vainilla están en peligro.

—Habla con calma, muchacha, de modo que pueda entendeg.

—Cuatro jinetes. Me han hecho muchas preguntas y, luego, querían que los llevase a casa de los Periwinkle. Naturalmente, yo he dicho que no, porque...

—Te han pagecido poco ggecomendables. Bien hecho, muchacha. No se habla con desconocidos.

«En realidad, los he dejado entrar en casa», estaba a punto de decir Shirley, pero luego pensó que no era buena idea.

—Sospeché de ellos desde el primer momento, profesor. Y cuando Mr Berry sacó la lengua azul, tuve certeza del peligro. Para ser sincera, ha dicho dos palabras. Una la he entendido, era «peligro», pero la otra...

—A ese bicho le falta todo el vocabulagio y la ggamática: no pgonuncia aún los agtículos, no conjuga un solo vegbo, no emplea conjugaciones...

Mr Berry fue a esconderse en el pelo de Shirley y, cuando estuvo seguro de que no lo veían, despotricó con grandes gestos contra el sapo.

—No se enfade con él, sólo es un ratón. Ha empezado a estudiar hace poco...

—¿Poco? ¿Diez años son pocos según tú? —gritó el profesor—. Tse, es como paga ggeírse. Al menos segá capaz de repetig la palabga, ¿o no?

—Adelántate, Berry, no tengas miedo, el profesor no te quiere hacer daño. Sólo tienes que repetir lo que me has dicho a mí antes.

Mr Berry se asomó tímidamente sobre el hombro de Shirley.

—¡Ggepítelo, gगतón!

—Qüicksqüiriqüick —pronunció Berry.

—¡Más fuegte, no te oigo!

—¡QÜICKSQÜIRIQÜICK! —gritó entonces el ratoncito perdiendo la paciencia.

—¡No estoy sogdo, habla como es debido! —le reprendió otra vez.

Mr Berry se frotó el morro con las patitas y, con la cabeza gacha, repitió por tercera vez:

—Qüicksqüiriqüick.

—Entendido, ggacias. Puedes igte.

Sacudiendo la cabeza, Mr Berry volvió a refugiarse entre los rizos de su ama. El profesor, mientras tanto, había vuelto la espalda a la niña y regresaba a su agujero.

—Y bien, profesor, ¿qué ha dicho?

—¿Eh?

—La palabra que faltaba, ¿cuál es?

—Es ayeg paga pasado mañana y pasado mañana paga ayeg. Adiós.

—Gracias, profesor. Volveré pronto a clase —se despidió Shirley.



En el camino de vuelta, Mr Berry chilló toda su desaprobación.

—Sí, ya sé que no es simpático y es un prepotente contigo, pero necesitamos a alguien que nos instruya, Berry, no podemos permanecer como unos ignorantes. Y además, siempre tiene una respuesta para todas nuestras preguntas.

Mr Berry chilló de nuevo.

—Se dice «adivinanza», Berry, no «andavinanza», apréndetelo de una vez. Tienes razón, sí, el profesor responde siempre con una adivinanza; si no, sería demasiado fácil y todo el mundo le vendría a importunar con sus preguntas. De todos modos, es culpa tuya: si pronunciaras un poco mejor las palabras, yo no tendría ninguna necesidad de preguntarle lo que dices.

Mr Berry no replicó.



—Es ayer para pasado mañana y pasado mañana para ayer —repitió Shirley Poppy—. Mmm... veamos... Eh, ¿cómo ha llegado esto hasta aquí?

La fuga de Vi



La mañana siguiente, Vainilla salió de la habitación mucho antes que nosotras.
—¿Dónde está Babú? —preguntó su hermana entrando en la cocina a desayunar.
En el estudio con papá, creo —contestó Dalia—. Quería convencerle de que le preste los gemelos.

—¿Para qué?

—Ha dicho que quiere observar cómo andan las personas cuando piensan que nadie las ve, o algo así.

—Ah, entiendo, es para la lección de magia «¡Reconoce y distingue!». Tenemos que aprender a distinguir a un Mágico de un Sinmagia: Vainilla tiene que hacerlo observando a las personas desde fuera y yo desde dentro.

—¿Cómo? ¿Abriéndolas?

—No —rio Pervinca—, por su carácter.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—No lo sé todavía, haciéndoles preguntas, supongo... Ah, aquí está Babú. ¡Has conseguido que te deje los gemelos!

—Sí —dijo Vainilla orgullosa—, con la sagrada promesa de no dejárselos a nadie y tenerlos siempre al cuello cuando estén fuera de la funda.

—¿Y si los rompes?

—¡Menudo derroche de optimismo el tuyo! No los voy a romper. ¿Vamos?



Ocurrió cuando estaban en el colegio.

Mientras Vainilla charlaba con Flox, Grisam se acercó a Vi.

—He descubierto dónde está enterrado el bastón-espada —le dijo al oído.

—Oh, gracias, Gri —dijo ella—, pero tía Tomelilla me ha dicho que sólo es una invención de Roble.

—Lo sé, tío Duff me lo ha contado todo —replicó Grisam—. Él y Tomelilla excavaron en el lugar que les indicó Roble y no encontraron nada. Pero mi tío nunca se dio por vencido y en estos años ha estudiado mejor el lugar y ahora cree que ha identificado el sitio preciso.

—¿Ah, sí? ¿Y te lo ha revelado?

—No exactamente. Ayer por la tarde, aprovechando que estaba fuera con tu padre y los de la ronda, entré en su estudio y encontré esto.

—¡Es un mapa!

—Exacto. ¿Y ves esta crucecita? Marca el punto donde podemos encontrar el bastón.

—¡UAU! ¡Eres un genio, señor Grisam! ¿Vamos?

—¿¿Ahora??

—¡No, después de clase! —lo tranquilizó Pervinca.

—Pero, dime, ¿estás loca? ¿Sabes lo que hay ahí fuera? Iremos a buscar el bastón cuando todo haya acabado, no después de clase.

—¡Pero eso podría ser dentro de siglos! —protestó Perica—. No puedo esperar tanto. Si tú no quieres venir, pues muy bien, ¡iré de todas formas!

—¿Y adónde? Este mapa es mío y no voy a dejárselo a una desconsiderada como tú.

—No lo necesito, ya he visto dónde se encuentra.

—Sí, quizá aproximadamente. Pero tendrás que excavar bastante antes de encontrarlo, ¡para entonces el Enemigo ya te habrá raptado!

—Entonces, ¡dame el mapa!

—No.

—¡Dámelo!



Estaba a punto de intervenir cuando la ronda de día lanzó la alarma. Los niños invadieron los pasillos y Pervinca aprovechó el momento: en la confusión, arrancó el mapa de las manos de Grisam y huyó. Grisam corrió detrás de ella y yo estaba segura de que la alcanzaría y detendría: era un chico fuerte, atlético y mayor que Vi. Además, contaba con el sentido común de Pervinca. «No saldrá del pueblo», me dije. «Es impulsiva, pero no hasta ese punto».

En cualquier caso, y ante la duda, volé a avisar a Vainilla de que iba a ausentarme un momento y le rogué que se quedara con los maestros y con los demás niños.

Pero al volverme para seguir a Pervinca, vi a Grisam regresar corriendo.

—¡La he perdido! —exclamó jadeante.

—¿Cómo que la has perdido?

—Hay un gran jaleo ahí fuera. Todos corren de un lado para otro, no sé qué está pasando. Vuela a avisar a mi tío y a Tomelilla, Felí. ¡Ve!

—¡Voy! Tú no te separes de Vainilla.

Grisam tenía razón: todo el pueblo estaba patas arriba. Algunos corrían, otros gritaban, otros clavaban tablones en las ventanas, otros cargaban mulos con sus enseres, otros —y eran muchos—

despotricaban contra los Mágicos.

—¿Qué ocurre? —pregunté a un hada que volaba hacia la escuela.

—¡Están llegando, Felí! ¡Los ejércitos se lanzan contra Fairy Oak! ¡Pon a salvo a tus niñas! —gritó mientras huía.

—¿Los ejércitos?

Me elevé para ver más allá de las casas del pueblo y de la muralla, y me quedé sin habla.

¡Fairy Oak estaba rodeado!



Por el sur, el este y el oeste, por todas partes a donde mirara, los ejércitos negros avanzaban hacia el pueblo. Una riada compacta e interminable de seres horribles: lobos tan grandes como caballos, ratas que parecían lobos, insectos gigantes y famélicos... miles y miles de ellos bajaban de las montañas e invadían el valle aullando, rechillando, gritando.

Me quedé de piedra. Miraba aquel espectáculo aterrador con la boca abierta y las antenas flojas, incapaz de apartar la mirada. Entonces...

—¡QUE CIERREN LAS PUERTAS! —ordenó el alcalde en ese momento. Mágicos y Sinmagia se apresuraron a atrancar las puertas de entrada al pueblo.

«Si ha salido, ya no podrá entrar», pensé. «Tengo que advertir a Tomelilla, pero primero debo poner a salvo a Vainilla».



Cuando volví al colegio, los niños estaban todavía bajando hacia la cueva.

—¿Habéis visto a Vainilla Periwinkle? —pregunté zigzagueando entre las filas a lo largo del pasillo—. ¿Quién ha visto a Vainilla Periwinkle? Estoy buscando a la gemela de Pervinca, ¿la habéis visto? ¿Y a Grisam Burdock? ¿A Flox Polimón? Profesor Otis, ¿sabe dónde está Vainilla?

—Hace un momento estaba aquí.

—¿Quién ha visto a mi Vainilla? —seguí preguntando cada vez más nerviosa—. Pic, ayúdame, por favor, no consigo encontrar a Babú. Talosén, ¿tú la has visto? ¿Y tú, Lolaflor? A lo mejor habéis visto a Flox o a Grisam..., estaban juntos.

—No, lo siento, Felí, no las hemos visto. Tal vez ya hayan bajado.

—Me parece raro, sus compañeros están todavía aquí.

—Con mucho gusto te ayudaríamos a buscarlas, Felí, pero en momentos como estos debemos quedarnos con nuestros niños —se disculpó Talosén.

—Lo sé, no os preocupéis. Si al menos lograra encontrar a Devién...

—¡Yo la he visto! —exclamó una voz desde la mitad de la fila.

—¿Quién ha hablado? —pregunté volando un poco más alto para ver mejor.

—¡Yo! —contestó Scarlet Pimpernel alzando la mano. El entusiasmo que me había inundado en el instante en que había oído decir «yo» desapareció de forma fulgurante: ¿acaso alguna vez

aquella niña había dicho la verdad?

—¿Tú... has visto a Devién?

—¡No, he visto a Vainilla! Le he oído decir que quería ir a casa y luego la he visto salir.

—¿Estás segura, Scarlet? ¿Absolutamente segura? —pregunté mirándola a los ojos.

—¡Claro!

—¿Y Flox estaba con ella?

—Oh, no, Flox ya ha bajado a la cueva. ¡Vainilla estaba sola!

El pueblo asediado



Los ejércitos estaban rodeando el pueblo y ¡pronto estarían a sus puertas!

—¡A LAS ARMAS, A LAS ARMAS! —se desgañitaba la ronda corriendo por las calles—.

¡QUE TODOS LOS QUE ESTÉN EN CONDICIONES DE LUCHAR SE REÚNAN CON LOS DEMÁS EN LA PLAZA DEL ROBLE! ¡RÁPIDO, RÁPIDO!

De cada casa salió un hombre, a veces dos o tres. Hermanos, padres, hijos, hombres armados sobre todo de valor. Los más intrépidos entre los Sinmagia llegaron a la plaza portando piedras y bastones. Otros se presentaron con sus arneses de trabajo: el leñador McDoc estaba listo para hacer valer su hacha; el herrero Pernic tenía intención de demostrar de qué era capaz con un martillo; el labrador Biagio distribuyó palas y rastrillos de hierro; el panadero Pamull usaría la paleta para alimentar el fuego como sólo él sabía hacerlo, y el luthier McMike llegó con un enorme contrabajo.

—Es muy viejo, ¡pero estrellándolo contra la cabeza se oye música! —dijo.

Sobre los tejados y en las torretas, entre tanto, las mujeres Simpoderes se preparaban para lanzar toda clase de objetos: sillas, planchas, troncos de leña, ollas de aceite hirviendo, sacos de guindillas en adobo, clavos y hasta zapatos.

Magos y brujas, de la Oscuridad y de la Luz, estaban listos para transformarse.

Duff Burdock, a los pies de Roble, organizaba la defensa.

—... Cinco Sinmagia manejarán la gran catapulta. Cícero, tú te subirás a la torre con los gemelos e indicarás la trayectoria. Quienes tengan pequeñas piedras, que hagan hondas, encuentren un sitio alto al que subirse y golpeen al enemigo desde allí. Que herreros y carpinteros refuercen las puertas del pueblo como puedan. Llevad también los carros y lo más pesado que logréis encontrar.

—¿Qué hacen esos hombres sobre la muralla? —preguntó el alcalde Pimpernel.

—Están apilando leña —explicó Duff—. Si los monstruos tratan de encaramarse, se encontrarán con el fuego. Nosotros, los Mágicos de la Oscuridad, nos transformaremos en bestias

feroces, mientras los Mágicos de la Luz pensarán en transformar a las bestias feroces de ahí afuera en mariposas, pétalos de rosa y otras cosas inofensivas. Nos apostaremos sobre la muralla, detrás de cada puerta del pueblo y en el centro de la plaza siguiendo este orden: un Mágico de la Oscuridad, uno de la Luz y un Sinmagia; un Mágico de la Oscuridad, uno de la Luz y un Sinmagia, y así sucesivamente. De este modo, cuando falle uno de ellos, golpeará el siguiente, y así tendremos menos oportunidad de fracasar. ¿Alguna pregunta?

El luthier McMike levantó la mano:

—Si esos monstruos entran en el pueblo, Duff, ¿cómo podremos distinguirlos de vosotros, los Magos de la Oscuridad?

—¡Una buena observación, Filadelfo! —respondió Duff—. Podríais reconocernos por... veamos...

—¡Por nosotras! —exclamó un hada—. Los niños están ya en la cueva con los profesores, o en casa con sus madres, no necesitan a las hadas. Dadnos vuestro permiso, señor Duff, y cada una de nosotras estará junto a uno de vosotros.

—Sois muy generosas. Sea, pues, y ocúpate tú de advertir a las demás.

Una vez organizado también esto, el señor Burdock dio finalmente la señal:

—¡Preparaos para la batalla! ¡Guardaos las espaldas y no perdáis de vista a vuestros compañeros! ¡Buena suerte a todos! —exclamó—. Nos reencontraremos aquí...

La multitud se dispersó: quienes tenían carro fueron a por él; los que sabían hacer hondas, las hicieron para todos; los hombres más fuertes colocaron la catapulta en una buena posición; los herreros y carpinteros se pusieron manos a la obra, y sobre las murallas se alinearon las formaciones sugeridas por Duff: un Mágico de la Oscuridad, uno de la Luz, un Sinmagia...

—Pancraccio, ¡baja inmediatamente de ahí! —berreó Adelaida Pimperl al ver subir a su marido.

—No, ¡yo también quiero luchar! —replicó el alcalde.

—¿Y tienes que hacerlo con tus mejores pantalones?

—Sí, señora, un caballero va a la guerra con el traje más elegante —declaró el señor Pimperl tomando posición junto a Duff.

—¡Así es! —dijo él dándole un codazo solidario.

—¡YA LLEGAN! UN CUARTO DE MILLA... ¡QUIZÁ MENOS! ¡DAOS PRISA, DAOS PRISA! —gritó Cícero desde la torre.

Al oír esas palabras, Duff y los demás Mágicos de la Oscuridad se transformaron en criaturas horripilantes: lobos poderosos como toros, monstruos de espaldas con espinas y ratas grandes como lobos. El alcalde estuvo a punto de desmayarse, y el resto de los Sinmagia, de forma instintiva, se apartaron unos metros.

—No tenéis que temer nada de nosotros —trató Duff de tranquilizarlos. Pero la feroz voz con que lo dijo arruinó el efecto de sus palabras: los Sinmagia siempre mantuvieron un poco la distancia entre ellos y los monstruos del pueblo.

—¡Yo estaré cerca de vos, señor Burdock! —dijo el hada Pic volando hasta él. Devién alcanzó a Hortensia, que en ese momento tenía el aspecto de un ratón con hocico de lobo.

¿Y yo?

¡Mis niñas!



Fuíndome de lo que había dicho Scarlet, había vuelto a casa pero no había encontrado a Vainilla ni a los demás. Las habitaciones estaban vacías, la cocina también y la sala de la chimenea, la Habitación de los Hechizos, el jardín... Y el hueco de la escalera donde Vainilla se refugiaba cuando tenía miedo... ¡vacío!

¡Qué desesperación sentí!

Ofuscada y confusa, seguía mirando a mi alrededor incapaz de pensar y de comprender. Y mientras, el vacío, ese vacío que improvisadamente había ocupado nuestra casa, contagiaba también mi corazón. Hasta que, de repente, me pareció que se había parado o incluso que ya no estuviera. «No hagas eso, Sifelizyoserédecíseloquerré», me dije. «Ya verás como estará con Dalia, escondida en casa de unos amigos. Si ahora sales y la buscas, verás como la encuentras».

Así que salí y volé por las calles, llamando y preguntando a todo el que encontraba, mientras mis antenas eran alcanzadas por señales de alarma, tantas que no me era posible reconocer ninguna.

Luego, por fin...

—Ve a casa de los Polimón, allí está Dalia, que está preparando con Rosie la defensa de la torreta —me dijo el señor Calicanto, mientras con ayuda de sus hijos sacaba a empujones un enorme armario de la casa.

—Claro, Polimón, ¿cómo no se me ha ocurrido antes? ¡Gracias!

Al llegar bajo las ventanas, la llamé:

—¡Dalia, soy Felí!

—¡Felí! Entra. Creía que estabas en el colegio o con algún Mago de la Oscuridad. ¿Qué ocurre?



Quando le conté lo sucedido, ella se olvidó del peligro, de los monstruos, de la batalla, del frío y,

tal como estaba, sin un abrigo ni una capa, corrió a la calle a toda prisa, hacia la Plaza del Roble.

El viejo árbol, viéndola llegar tan agitada, tocó a Cícero en un hombro y le indicó que mirara hacia abajo.

—¿QUÉ HACÉIS AHÍ? ¡DALIA, VE A CASA! —gritó Cícero desde la torre—. ¡EL ENEMIGO ESTÁ ATACANDO!

—¡He perdido a las niñas! —dijo ella.

—¿QUÉ? NO TE OIGO...

—¡LAS NIÑAS! ¡NO SABEMOS DÓNDE ESTÁN! —chilló entonces mamá Dalia estallando en sollozos.

Cícero se apartó los gemelos.

—¡QUE ALGUIEN VENGA A RELEVARME AQUÍ ARRIBA ! —gritó mientras dio un salto para caer junto a nosotras; al momento preguntó—: ¿Qué quiere decir que habéis perdido a las niñas? Estaban en el colegio, así que ahora estarán en la cueva con los demás chicos. ¿Dónde iban a estar, si no?

—¡NOS ATACAN! —gritó en aquel momento el hombre de la torre.

Escalofriantes gritos de guerra se levantaron en el valle, y la tierra comenzó a temblar: los ejércitos negros habían lanzado su asalto. Los hombres apostados en los muros y en la plaza alzaron sus armas, los Mágicos de la Oscuridad aullaron para darse ánimos unos a otros, los de la Luz se prepararon para lanzar sus encantamientos y Roble empezó a girar sus ramas.

Cícero abrazó a Dalia y la apretó con fuerza.

—Ahora debemos correr muy deprisa, ¿podrás?

—Sí —dijo ella.

—¡Pronto, vamos al colegio!



El choque fue tremendo.

Como la furia de un océano que se estrella contra los acantilados, así los enemigos se lanzaron contra las puertas de la muralla, con un estruendo ensordecedor. Las montañas de carros y muebles amontonados contra ellas se desmoronaron y el pueblo de Fairy Oak miró abatido cómo la madera de las puertas crujía y se retorció bajo el empuje de la horda enemiga.

Por suerte, los equipos organizados por Duff no perdieron los ánimos. Mientras los monstruos del pueblo oponían toda su fuerza y su peso, los Sinmagia apuntalaron las puertas con gruesos palos y los Mágicos de la Luz crearon cadenas de una resistencia excepcional para reforzar el cerrojo.

En ese momento, los hombres de la muralla prendieron fuego a los leños, y Magos y Brujas de la Oscuridad y de la Luz se prepararon para repeler a los invasores. Desde la cornisa de llamas que había envuelto al pueblo, se elevaban resplandores y aullidos terroríficos: señal de que los Mágicos estaban combatiendo.

Pero ¿cuánto tiempo podrían resistir?

El hombre de la torre había enmudecido ante el espectáculo aterrador que tenía delante de los ojos. Los enemigos eran tantos que, como contaría más tarde, «todo el valle parecía sumergido por una marea negra».

Dalia y Cícero atravesaron corriendo la plaza y se dirigieron al colegio. Yo iba un poco por delante. «Hadadelosdeseos, haz que estén ahí», me dije. «¡Haz que sólo sea un mal sueño y que las niñas no estén en medio de ese infierno!».

Por fin llegamos. Las puertas estaban abiertas de par en par y desde fuera el colegio parecía desierto.

Cícero levantó una piedra del suelo y juntos descendimos la escalera hacia la cueva. Era una larga escalera de caracol que se hundía en las profundidades de la tierra. Cada tanto, una antorcha iluminaba un trecho del camino junto a los dibujos que los niños se habían divertido en hacer sobre la pared. Había que contar cien escalones exactos para encontrar la entrada de la cueva, porque estaba a oscuras y, claro, no se veía.

—¡Estamos llegando! —dijo Cícero.

Unos metros más y llegamos a la puerta de hierro. Tocamos tres veces, tal como había establecido la directora al principio del año escolar. Una pequeña mirilla, del tamaño de una moneda más o menos, se abrió en la parte de arriba, a la derecha, y el ojo del profesor Otis se asomó para controlar. Después desapareció y la mirilla se volvió a cerrar.

Pasaron unos instantes y la puerta se abrió.

—¿Sois vosotros? —preguntó el profesor palidísimo—. ¿Ya ha acabado, podemos salir?

—No, todavía no. Hemos venido para comprobar que Vainilla y Pervinca están bien —dijo Cícero.

—¡No están aquí! —exclamó el profesor.

Dalia se sintió desfallecer.

—¿Cómo es eso de que no están aquí?, entonces, ¿dónde están? —preguntó Cícero enfurecido.

—No tengo ni idea. No bajaron con nosotros, creíamos que Felí las había llevado a casa.

—Nunca llegaron —murmuró Dalia, y unas profesoras la ayudaron a sentarse.

—¿Y Flox Polimón? —preguntó Cícero.

—Ella tampoco está aquí.

—Y Grisam Burdock, ¿él sí está?

—Tampoco, lo siento —contestó el profesor.

—Pero ¿cómo es posible que hayan perdido a todos?

—Ha habido muchísima confusión; algunos padres vinieron a buscar a sus hijos, de otros se ocuparon las hadas. Pensaba que estarían con ustedes —se justificó el profesor.

—Yo creo —dije a Cícero hablando en voz baja y con infinita tristeza— que, por el bien de los niños, deberíamos tener en cuenta la posibilidad de que haya ocurrido lo que hasta ahora me negaba a pensar...

—Y ¿qué es? —preguntó él sin alzar la mirada.

—Creo que Pervinca se escapó del pueblo y los otros la siguieron.

El Encanto de la Oscuridad



Antes... antes de que los ejércitos rodearan el pueblo, antes de que el alcalde ordenase cerrar las puertas, un momento antes de que el jefe de la ronda diera la señal de alarma, Pervinca, con el mapa apretado entre las manos, había alcanzado la puerta sur de Fairy Oak y desde allí había tomado el camino del bosque.

La vista de los ejércitos que avanzaban debía haberla decidido a dar media vuelta de inmediato, pero en cambio se detuvo simplemente, como si una voz hubiese pronunciado con fuerza su nombre, o alguien o algo la retuviera. Durante un largo momento observó los ejércitos negros y experimentó su encanto. ¿Qué prodigio podía unir a un número tan considerable de Mágicos de la Oscuridad? ¿Hacia qué sueño marchaban, compactos como un solo hombre?

Porque de esto se trataba, Pervinca estaba segura. ¿Qué otra cosa podía empujar a esas criaturas terroríficas a actuar con tanta determinación, sino el deseo de hacer realidad un sueño? ¿Y qué inmensa potencia podía dirigir un ejército tan vasto... de qué mente prodigiosa había surgido un sueño tan... enorme?

Era una visión extraordinaria y la joven bruja se quedó absorta, incapaz de moverse o de recordar a qué mundo pertenecía ella realmente.

Hasta que un recuerdo de su vida en el pueblo se deslizó en su mente: volvió a ver a su hermana Vainilla a merced del Enemigo, en el faro. En aquel instante, el encanto desapareció y el terror la recorrió de la cabeza a los pies. Tenía que huir, volver a Fairy Oak, volver a sí misma.

Pero ya era demasiado tarde. Cuando llegó ante las puertas, las encontró cerradas. Las golpeó y gritó, pero el fragor del avance cubría el sonido de su voz. Desesperada, consiguió transformarse en un ratoncito y huir antes de ser arrollada.



La joven Vi corrió con el corazón latiéndole en la garganta y casi sin aliento. Las hierbas y las irregularidades del suelo que desde pequeña salvaba de un solo paso, ahora eran bosques y colinas.

Se metió en la madriguera de un topo, después en la de un lirón que dormía profundamente; evitó un hormiguero y, finalmente, entró en la de un ratón de campo. Desde allí, corriendo por debajo de la tierra, alcanzó la linde del bosque.

Antes de salir, sacó la cabeza y se aseguró de que todo estuviera tranquilo.

En su fuga, había perdido el mapa, pero en ese momento el bastón-espada ya no le interesaba. Quería alcanzar Frentebosque lo antes posible y refugiarse en casa de los Poppy para luego volver a la suya. Si es que para entonces existía todavía.

Se alzó sobre las patitas posteriores y olisqueó el aire: olía a hongos y hojas húmedas, pero no a peligro, por lo tanto... «¡Vía libre!». Con mucha prudencia, salió.

No le dio tiempo ni a dar un paso cuando una gruesa bota se le puso delante cortándole el camino.



—Terminarás en el nido de un búho si no te transformas cuanto antes —dijo una voz de tono amable y familiar. Una mano la levantó con cuidado, y Pervinca vio el rostro de un hombre sonriente. No parecía un emisario del Enemigo. Pero entonces, ¿quién era? ¡Estaba segura de no haberlo visto nunca!

Trató de desprenderse de la mano, pero al mirar abajo se lo pensó mejor: estaba demasiado alto, si se caía se haría daño. No le quedaba más remedio que transformarse, como había dicho el forastero.

—¡Mucho mejor así! —exclamó el hombre al verla aparecer en su aspecto normal.

Pervinca notó que tenía sujetas las riendas de un gran caballo negro. «Hace un momento no estaban ni el uno ni el otro, ¡y miré bien!».

—¡No miraste detrás de ti! —dijo el hombre.

—¿Leéis mi pensamiento? —preguntó asombrada.

—No, pero he supuesto que estabas preguntándote cómo es que no me viste.

—¡Ni os oí!

—Eso es mérito de mi Noson, pesa como una montaña, pero tiene el paso silencioso de un gato; es una de sus muchas cualidades —dijo el caballero acariciando al caballo.

—¿Quién sois?

—Me llamo Humulus Bellepor y vengo de Arrochar.

—¿La... la Roca?

—Sí —reconoció el hombre. Su expresión seguía siendo amable, y Pervinca se fijó en que tenía un hermoso rostro. Era muy alto y, pese a que una capa negra lo tapaba de la cabeza a los pies, Pervinca percibió su elegancia.

—Así pues, ¿sois un emisario del Enemigo? —preguntó sin retroceder ni un paso.

—Soy el mensajero de confianza de aquel que, sospecho, vos llamáis el Terrible 21. ¡Qué nombre más bobo!

—Parecéis un caballero y, sin embargo, sonreís mientras tu amo está devastando mi pueblo y a

su gente. Si de verdad eres su mensajero, si puedes hablar con él, decidle que se detenga, ¡os lo ruego!

—Yo no tengo ese poder. Pero tú, sí.

—¿Yo, cómo? —lloró Pervinca.

—Encuétrate con Él. Ahora mismo si quieres.

—¿En... encontrarme con Él?

—Sí, deja que te lleve adónde está, te escuchará. Pero tendrás que escucharle también tú, porque tiene cosas importantes que decirte.

—¿Decirme a mí? —Pervinca vaciló: lo que tantas veces le había ocurrido en sueños se hacía realidad. La misma voz, las mismas palabras... Dio un paso atrás y tuvo la tentación de huir. Pero tampoco lo logró esta vez—. Estás mintiendo —dijo con la cara roja—. El Terrible 21 no tiene rostro ni voz, ni escucha a nadie.

—Te equivocas... —dijo el caballero.

—No, no me equivoco. Todo el mundo lo sabe, ¡lo dice la historia! Él es la tortura, el devastador de nuestro valle, un ser horrible y cruel.

—Puede adoptar muchas formas, eso es cierto, y desde luego no es muy tierno con quien se cruza en su camino —dijo el hombre un poco más serio—, pero tiene mente, y corazón.

—¿Cómo puede tener corazón quien es capaz de hacer esto? —exclamó Pervinca señalando hacia el pueblo asediado—. ¿Cómo se puede estar del lado de quien devasta y mata?

—Fíate de mí —dijo Humulus volviendo a sonreír—, deja que te conduzca ante Él y todo esto cesará.

—¿Por qué?

—Porque es a ti a quien quiere.

—Ya he vivido este momento —dijo despacio Pervinca—. En mi sueño, daba la espalda a mi familia y a mi pueblo. Ahora nunca lo haría.

—No te estoy pidiendo que traiciones a tu pueblo, Pervinca.

—Tú no, pero Él...

—Él te hablará de un sueño. Vi, tú eres el lado oscuro de una medalla que no debería existir, ¡pues el otro lado es luz!

—No..., no lo entiendo —balbució Pervinca.

—Quizá ahora no, pero si te unes a nosotros, verás un futuro que ni siquiera imaginas. Entenderás qué quiere decir ser «Uno» y no la mitad de uno. Hemos aceptado demasiado tiempo compartir el Infinito Poder con los Mágicos de la Luz. Es hora de que el Poder sea de nuevo uno solo, ¡y sólo será Oscuridad! Alíate a nosotros, bruja, y una gran luna negra reinará sobre la Tierra. Conviértete en el brazo de su mente, ayúdanos a llevar a cabo su plan, y el Infinito Poder será todo nuestro.

—¿Su... su plan?

—¡El Imperio de la Oscuridad, Pervinca! ¿No es eso lo que siempre has soñado?



—Yo...

—¿No dijiste que querías ver las estrellas de cerca? ¿Hablar con los animales y volar también de día? ¿No sufres respetando normas que confinan tu poder en una estrecha mitad? Pásate a nuestro lado, Vi, y las estrellas vendrán a ti, el día no existirá más y tu poder será por fin libre, pues las tinieblas reinarán día y noche.

—Y los Mágicos de la Luz, los Sinmagia, ¿qué será de ellos?

—Vivirán en la Oscuridad y pronto se acostumbrarán. Nadie les hará daño, te lo prometo.

—Si voy a hablar con Él, ¿tú estarás cerca?

—Por supuesto.

—¿Y... si no acepto?

—¡Tienes que aceptar, Pervinca! Mientras Vainilla y tú estéis juntas, siempre habrá un rayo de sol impidiendo nuestro sueño, ¿no lo entiendes?

—Si acepto, ¿cesará el ataque?

—¡Te doy mi palabra!

La batalla



Cícero se dejó caer en una silla.

—Entonces, los han capturado... —murmuró.

—Todavía no es seguro. Dejarme que vaya a buscarlos. No dejan de ser Magos y bastante capaces; además, puede que se hayan escondido —dijo buscando su mirada.

—¡Voy contigo! —dijo levantándose—. No puedo estar aquí con los brazos cruzados.

—Pero... ¿cómo pensáis salir? ¿Habéis visto lo que hay ahí fuera? ¿Creéis que podéis abrir la puerta y decir «Con permiso, tenemos que ir a buscar a nuestros hijos», es lo que pensáis hacer? —preguntó Dalia desesperada.

—Pediré a Duff que me convierta en algo que pueda volar —contestó Cícero.

—¡Nunca lo hará!

—Yo creo que sí, su sobrino también está fuera.

—¿Y yo qué hago mientras tanto?

—Si no consigues quedarte aquí, ve arriba y mira a ver cómo puedes ser útil —le pidió Cícero con un beso.

Dalia se secó las lágrimas y asintió.

Antes de dejarlos ir, el profesor Rosmarinus Otis le prestó a Cícero su capa de mago de la Oscuridad.

—Con ella podríais pasar incluso por uno de ellos. ¡Tened cuidado, os lo ruego!



Fuera, la batalla se recrudecía.

Guiados por los gritos del hombre de la torre, los Sinmagia que manejaban la catapulta lanzaban y cargaban sin descanso, mientras hombres, mujeres, brujas y magos corrían a amontonar otra vez todo lo que encontraban contra las puertas, que estaban a punto de ceder. Reconocí los muebles de los Coclery, el carro de los Bugle, el viejo arcón de tía Hortensia, la

mesa de trabajo del carpintero, incluso los pupitres del colegio. Apilados contra las puertas, oscilaban y caían ante los empujones de los enemigos. Y de nuevo, los ciudadanos volvían a juntarlos, mientras los monstruos del otro lado oponían toda su fuerza.

Desde la muralla sobre la puerta sur, la más expuesta, Tomelilla lanzaba encantamientos de luz contra aquellos que querían entrar, y alcanzaba a muchos, transformándolos en flores, plumas y rachas de viento.

Pero otros y otros y otros más llegaban para reemplazar a los que desaparecían o salían volando, en una sucesión interminable de enemigos sedientos de sangre y de victoria.

—¿Creéis que podría hablar un momento con Tomelilla? —pregunté al «monstruoso» Duff.

—Ahora no —contestó—. Está en un puesto peligroso y es esencial que no pierda la concentración.

—Entonces deberá hacerlo usted, señor Burdock.

—Dime, ¿qué quieres que haga?

—Necesito que me transformes, Duff —gritó Cícero a sus pies.

—¿Por qué tendría que hacerlo?

—Porque tengo que ir a buscar a nuestros niños.

Duff se agachó; era diez veces mayor que Cícero.

—¿Están ahí fuera? —preguntó alarmado.

—Sí, Duff. Pervinca, Vainilla, Flox y... Grisam.

El monstruo miró a su amigo a los ojos unos instantes, después le rozó la cabeza y Cícero se convirtió en halcón.

—Buena suerte —dijo mientras volábamos por encima de la muralla.

—¡Felí, espérame! —oí decir de repente.

—¡Devién!

—¡He oído todo y quiero ir con vosotros!

—Gracias, amiga mía, nos serás muy útil.

Volamos por encima de las filas enemigas y desde lo alto las vimos en todo su horror. En ese vasto mar negro, Fairy Oak era como una pequeña isla dorada que resistía la marea pero que pronto sería sumergida.

Mientras volaba detrás del halcón, tuve el presentimiento de que pasara lo que pasase, y que finalizara como fuera, nada volvería a ser como antes.

La lagartija y la tortuga



Viendo a su hermana salir corriendo del colegio, Vainilla se había alarmado muchísimo. No sabía por qué Pervinca se marchaba, pero estaba segura de algo: no bajaría al refugio sin ella. Por eso había dicho a Flox que se adelantara, ya que quería ir en busca de su hermana.

Por su parte, Flox no iba a bajar nunca a la cueva sin Vainilla, así que las dos amigas decidieron que se escaparían juntas.



Sin embargo, lo último que esperaban era ver lo que se presentó ante sus ojos nada más salir del colegio: monstruos horribles y gigantescos marchaban por las calles del pueblo en llamas, mientras hombres y mujeres huían llevándose todo lo que podían.

En aquella barahúnda, con el enemigo a las puertas, nadie había advertido a los niños de que los magos de la Oscuridad se habían transformado en monstruos. Por eso, Flox y Vainilla pensaron que el Enemigo había entrado en Fairy Oak y que era inminente el final de todo.

Poco faltó para que se desmayaran. El terror fue tal que Flox reaccionó transformándose en una lagartija antes incluso de haberlo decidido. ¿Y Vainilla?

Vainilla se desesperó. Con lo asustada que estaba, no lograba transformarse en nada. Se dirigió a su amiga...

—Ayúdame, Flox, te lo ruego. No sé hacer encantamientos cuando estoy nerviosa.

La lagartija, que no se lo esperaba, dijo unas palabras incomprensibles y Babú cambió de aspecto.

—¿Qué soy? —preguntó—. Me cuesta mover la cabeza.

—¡Una tortuga! —contestó la lagartija.

—¡Oh, Flox! ¿Cómo busco ahora a mis padres y a Pervinca con un cuerpo tan lento y pesado?

¿Cómo puedo huir?

—Perdona, yo tampoco tengo demasiada práctica. Pero por lo menos tienes un escudo que te protege.

—Muchas gracias. ¿Dónde vas?

—¡Huyo! Mira a tu alrededor, Babú, ¿qué otra cosa se puede hacer?

—Quiero encontrar a mi familia, no puedo huir sola.

—Los monstruos te aplastarán, Vainilla, no puedes atravesar el pueblo. Vámonos, volveremos cuando todo haya acabado.

—¿Acabado?

—Quiero decir... cuando haya acabado bien. Por favor, metámonos en los canales que salen de la muralla y pongámonos a salvo.

La lagartija y la tortuga bordearon los muros del colegio y enseguida desaparecieron dentro de uno de los canales que desaguaban el agua de lluvia fuera del pueblo.

En silencio, caminaron hacia la luz acompañadas por el eco de sus pasos y los gritos de los enemigos, que cada vez se escuchaban más cerca.

Ya en la parte opuesta de la muralla, se encontraron en un bosque de garras enormes que corrían y pateaban, y de casualidad nadie las espachurró.

—¡Debajo de aquel pedrusco, rápido! —dijo Flox.

Aunque no fue una empresa fácil, consiguieron llegar al gran pedrusco y se refugiaron debajo.

—Esto es peor que todas las pesadillas que haya tenido jamás —jadeó la tortuga.

—Y tanto —respondió la lagartija con la lengua fuera.

Mientras esperaban recuperar el aliento, se volvieron a mirar el pueblo.

—¿No te parece un poco raro lo que está ocurriendo? —preguntó Flox.

—¿Sólo un poco?

—No, en serio: los monstruos que están dentro del pueblo luchan para que los de fuera no entren. No lo entiendo...

—¡AH! —gritó repentinamente Vainilla—. ¡He visto a mi tía!

—¿Dónde? ¿Dónde?

—¡Allí, cerca de aquel monstruo enorme! ¡En la muralla!

—Eh..., es verdad. Pero no parece asustada, es más... ¡están luchando juntos!

—Oh, no —se lamentó Flox.

—¿Qué?

—¡No, no, no!

—¿Por qué dices no, no, no?

—¡Nos hemos equivocado!

—¿En qué?

—En cuanto a los monstruos que hemos visto en el pueblo: no eran enemigos.

—¿No?

—No, eran nuestros Mágicos de la Oscuridad transformados en monstruos. ¡Qué estúpidas! ¡Apostaría a que entre ellos estaba también mi tía Hortensia!

—Bueno, pero es una gran noticia. ¡Venga, entonces volvamos dentro!

—¿Pasar de nuevo por ahí?! Estás loca —dijo Flox.

—¿Y entonces qué hacemos?

—Quedémonos aquí.

—No, no podemos quedarnos, este lugar no es nada seguro —protesto Vainilla—. Pronto esta roca será derribada también. Si no quieres volver a Fairy Oak, iremos al bosque.

—Me parece una idea definitivamente mejor —respondió la lagartija—. ¿Lista para salir corriendo?

—Soy una tortuga, Flox, ¡las tortugas nunca están listas para salir corriendo!

—Entonces, iremos despacito.

Dicho esto, las dos amigas se encaminaron hacia el bosque. Arrastrándose y andando como podían, superaron los desniveles y las plantas que se iba encontrando Pervinca. De repente, un ratón de campo salió a su encuentro:

—¿Qué hacéis vosotras aquí? —preguntó.

Vainilla y Flox se miraron sorprendidas.

—¿Nos conoces?

—¿Cómo sabes que no somos una tortuga y una lagartija?

Antes de responder, el ratón hizo ademán de que lo siguieran hasta la mitad de las hierbas altas.

—Primero, las lagartijas tienen la lengua bífida... —comenzó.

—¿Es decir? —preguntó Flox.

—Escindida, doble, como las serpientes.

—¡Uy! —exclamó la lagartija.

—... Segundo, ¡las tortugas-tortugas no tienen lunares rosas!

Las patas de Vainilla flojearon de la sorpresa:

—¿¿Tengo lunares?? ¡FLOX!

—Shhh, ¿quieres atraer la atención de todos? —le susurró la amiga—. ¿Qué va a saber un ratón con los colores y adornos de moda?

—Y yo que creía que estaba perfectamente mimetizada con el terreno.

—Tercero, os habéis transformado en dos animales que nunca andarían por ahí en esta época.

—Bueno, en esto tienes razón —dijo Flox.

—Vale, sabes un montón de cosas, pero todavía no nos has dicho quién eres y por qué entendemos lo que dices.

El ratón les hizo de nuevo una señal para que lo siguieran.

—¿Realmente este flequillo rubio que se me ha quedado no os dice nada? —preguntó acercándose a un charco de agua.

—No conozco ratones con flequillo rubio —dijo la lagartija.

En la tortuga, en cambio, se hizo la luz:

—¿Grisam?

—Sí, soy yo.

—¿Qué haces aquí afuera?

—Seguí a Pervinca, luego llegó el enemigo y me transformé.

Grisam tomó un poco de barro del charco y lo extendió por el caparazón de la tortuga.

—¿Sabes si Pervinca salió del pueblo? —preguntó Vainilla.

—Sí, dijo que quería ir a buscar el bastón-espada y se escapó antes de que cerraran las puertas.

Si ha logrado que el Enemigo no la atrape, habrá llegado hasta el bosque: el bastón está escondido allí y, en todo caso, es el mejor lugar para refugiarse.

—¡Vayamos enseguida! —exclamo Babú.

—Es lo que estaba haciendo cuando os he visto llegar. Caminemos por la hierba alta, incluso con el barro eres bastante visible, Vainilla.

El halcón negro



Después de una fatigosa caminata, finalmente lo vieron. El bosque estaba precisamente delante de ellos, sólo quedaba por atravesar un pequeño claro. Eran pocos pasos, pero si la protección de la hierba alta, Vainilla se sentía descubierta y en peligro.

—Esperemos que ninguna rapaz me vea —suspiró—. Ahora me impulsaré y... —un goterón de agua le cayó a plomo en la cabeza.

—¡Ay! —exclamó.

Estaba empezando a llover.

—Babú, debes darte prisa —gritó Grisam desde el otro lado del claro—. ¡La lluvia disolverá el barro de tu caparazón y dentro de poco serás de color rosa otra vez!

La tortuga trató de acelerar el paso, pero, aunque le parecía estar corriendo, el bosque seguía igual de lejos.

¡POC, POC, POC!, sonaban las gotas de agua al caer sobre ella.

—No consigo ir deprisa, ¡las patas se me hunden en el barro! ¡Esperadme! —dijo.

En medio del claro, la uña de una de sus patas posteriores se quedó pillada en un matojo de brezo. En ese momento, resonó en el cielo el grito de un halcón.

—¡Date prisa! —chilló Flox—. Está cerniéndose sobre ti. ¡Corre, Babú, corre!

—No puedo ir más rápido de lo que voy. ¡Ayúdame, Flox, haz algo!

Todo lo que Flox consiguió hacer en ese terrible apuro fue transformar al ratón en Grisam. Pero no lo bastante deprisa para que el muchacho consiguiera salvar a Vainilla. Rápido como el rayo, el halcón cayó sobre la tortuga, la aferró con sus garras y se elevó de nuevo llevándosela.

—¡BABÚ! —gritaron los dos niños.

Grisam trató de seguir el vuelo de la rapaz.

—¡Es un mago! —exclamó.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Has visto alguna vez un halcón tan grande y tan negro?

—¡VA HACIA LA PLAYA ! NO, NO, AHORA HA GIRADO, VA ... ¡HACIA LA ROCA! —gritó Flox—.

Espera, ¡ahora da la vuelta! ¿Qué hace?

—Huye de otro halcón —dijo Grisam—. ¿Lo ves?

—Sí, aquel más pequeño está persiguiendo al halcón negro... casi lo ha alcanzado.

—Ahora el negro se ha detenido, ¡se enfrenta a él!

—¡Increíble, están luchando!

—Quizá el pequeño ha visto la tortuga y la quiere para él.

—¿Para qué?

—Para comérsela, creo.

—¡OH, NO, POBRE VAINILLA!

—El halcón negro ha perdido su presa, ¡Babú se cae!

—¡Debes agarrarla al vuelo, Grisam!, ¡corre, corre!

—¿Y cómo lo hago? La lluvia no me deja verla...

—Está ahí, ahí... ¡Más a la derecha! ¡A la izquierda! ¡Corre!

Sin mirar, Grisam tendió los brazos hacia el cielo y, un segundo después, la tortuga aterrizó entre sus manos.

Teniéndola apretada contra sí, el muchacho se refugió entre los árboles, donde pronto llegó la lagartija. Ambos temblaban como hojas.

—¿Estás... estás bien? —preguntó Flox.

Grisam abrió las manos y habló con delicadeza hacia dentro del caparazón de Vainilla, todo arañado por las uñas del halcón.

—Ya estás a salvo, ahora puedes salir —dijo al animalillo que estaba atrincherado en el interior.

El morro de la tortuga apenas asomó.

—¿Sois vosotros? —preguntó con vocecita asustada.

—Sí, ¡sal!

—¡Qué miedo he pasado!

—Creo que ahora todos podríamos volver a transformarnos —dijo Grisam—. Ser pequeño es cómodo, pero es aterrador.

Grisam ayudó a las niñas a recuperar su aspecto original. Flox se sacudió las hojas de la tripa y Babú se miró con asombro el vestido que había sido desgarrado en la espalda.

—Ha sido el halcón —le explicó Grisam.

—¡Oh! —respondió Vainilla, un poco avergonzada de que él la viera en aquel estado.

—No podemos quedarnos aquí —dijo el joven mago—. Si el halcón pequeño no logra matar al negro del Enemigo, pronto lo tendremos encima de nuevo y esta vez no vendrá solo. Tenemos que irnos.

—¿Y Pervinca?

—No sabemos dónde está, Babú. Buscarla ahora es demasiado peligroso.

—Pero si ella anda por aquí y nosotros nos vamos, se quedará sola. Quizá esté herida...

¡PERVINCAAAA!

—Es inútil —dijo Grisam—. Los árboles no tienen casi hojas. Si estuviese aquí, la veríamos.

Encontremos un abrigo seguro donde refugiarnos de esta lluvia. No podemos hacer otra cosa.

Se encaminaron, uno detrás del otro, a través del bosque, y pronto llegaron al puente sobre el río Otrot.

—Desde aquí iremos a la playa, allí está la cueva, podría ser un buen refugio —sugirió Grisam.

Vainilla se volvió una vez más a mirar el bosque.

—¡VIIIH! —gritó de nuevo, pero nadie respondió.

Empapados hasta los huesos, los chicos atravesaron el puente y tomaron el sendero hacia la playa.

El valor de Cícero



La lluvia se hizo aguacero y el aguacero, tormenta. El valle se oscureció y el terreno se transformó en una laguna. El pequeño halcón había alejado al halcón negro, pero su pecho sangraba. Durante un rato había logrado seguir a los niños y estaba descendiendo hacia ellos cuando sus alas no resistieron más. Si no hubiésemos estado con él, se habría precipitado sin remedio. Sujetándolo delicadamente por las alas, Devién y yo ayudamos a Cícero a posarse en un prado y esperamos a que el hechizo perdiera efecto.

Apoyado sobre un costado, con el pico en el agua, empapado por la lluvia, el pobre animal te desgarraba el corazón. Nos consolaba saber que el efecto de los hechizos en los Sinmagia no duraba demasiado. Muy pronto, Cícero recuperó su aspecto y entonces pudimos apreciar la gravedad de las heridas.

Además, ya sabíamos que al menos tres de nuestros niños estaban bien. Devién los había visto atravesar el claro y los había reconocido: una tortuga, una lagartija...

—¡Son ellos! —había exclamado el hada sabia. Al ver al halcón apoderarse de la tortuga, Cícero se había puesto furibundo y, sin pensárselo dos veces, se había lanzado contra la rapaz enemiga pese a ser mucho mayor que él.



—Se está pasando el efecto —susurró Devién—. Mira...

Envuelto en un tenue resplandor, el pequeño halcón se desvaneció y, en su lugar, apareció el papá de Vainilla y Pervinca cubierto por la capa del profesor Otis.

—Habéis sido muy valiente —le dije mientras trataba de ponerse en pie. Sin embargo, su rostro se contrajo en un gesto de dolor.

—¿Qué me ha pasado? —preguntó con un hilo de voz llevándose las manos al pecho.

—El halcón os ha herido —dije—. No tengáis prisa por poner os en pie, tenéis que descansar. Mientras tanto, nosotros intentaremos taponar las heridas. Después iremos a buscar a los niños.

—Taponadlas y vayámonos —respondió él.

—Pero, Cícero...

—Haced lo que os digo, por favor.

—Está bien —suspiré—. Indicadnos dónde os duele más, os soplaremos un poco de polvo de hada que os quitará el dolor.

Azotados por la lluvia y el viento, nos pusimos en marcha. Pero Cícero caminaba despacio: los zapatos, pesados por el barro, hacían que cada paso le supusiera un enorme esfuerzo. Devién y yo íbamos por delante para iluminarle el camino, pero el chaparrón le impedía ver, y las irregularidades del terreno y las raíces hacían que tropezara y se cansara aún más.

—¡No estamos lejos, aguantad! —le dije—. Si los niños han ido a la playa, pronto llegaremos allí también.

—No os paréis, señor Periwinkle, y dentro de poco los volveremos a ver —lo animó también Devién.

Pero al llegar al pie de la colina que nos separaba de la costa, Cícero nos pidió que nos detuviéramos un momento.

—¿Tenemos que pasar precisamente por ahí, no hay otro camino?

—Por desgracia, no —dije—. La senda de los mulos está controlada por los enemigos. Un poco de coraje, es el último esfuerzo.

—Intentaremos ayudaros a subir —dijo Devién agarrándolo por una de las mangas.

Pobre señor Cícero, para levantarse tuvo que recurrir a todas sus fuerzas: la larga capa de lana, embebida de agua y barro, tenía que pesar muchísimo.

Una vez puesto en pie, se secó como pudo los ojos y miró la pendiente que le esperaba: parecía un torrente.

Pero lanzó un suspiro y afrontó la subida.

De rodillas, agarrándose a la hierba, a las ramas y raíces, avanzaba apretando los dientes sin darse jamás por vencido. Progresaba un palmo y resbalaba dos, uno adelante, dos atrás, uno adelante, dos atrás... Y por mucho que le ayudáramos tirando de la capa y de los pantalones, los progresos eran desalentadores. Siempre estábamos en el mismo sitio.

—Tengo que dejar de fumar en pipa —dijo pasado un rato, al detenerse. Respiró un momento, afanosamente. Después se quitó la capa—. ¡Con esto encima no lo conseguiré nunca! —dijo—. Vamos...

Reanudamos la subida, y esta vez con más éxito. Sin la capa empapada de agua, Cícero era más ágil, pero ¿cuánto podía resistir con aquel frío, mojado por completo?

—Tirar de él no sirve de nada —dijo Devién—. Quedémonos cerca y calentémoslo con nuestro resplandor: no es tan caliente como el de la estufa, pero siempre es mejor que nada.

Empezamos a volar junto a él, una a cada lado.

—Mejor, gracias —dijo él con una pequeña sonrisa.

Media hora después, muertos de cansancio, percibimos el prado más allá de la colina.

—Bravo, señor Cícero. Un poco, sólo un poco más... —exclamé. Él bajó la cabeza, cerró los ojos y, con una expresión de inmensa fatiga en la cara, recorrió el último trecho. Exhausto, se dejó

caer en el prado boca abajo, con la cara entre la hierba mojada.

Poco después descendimos por la duna que conducía a la playa.

—¡VAINILLAAA! —gritamos todos juntos—. ¡FLOOOX! ¡GRISAAAM!

—Aquí no están —dije alarmada.

Recorrimos la playa a lo largo y a lo ancho, mirando detrás de cada escollo e incluso removiendo los cúmulos de arena. ¡Nada!

—¡BABUUÚ! ¡PERVINCAAAA! —llamó otra vez Cícero.

Dos gaviotas levantaron el vuelo asustadas, pero nadie respondió.

—¡La gruta de las Ocas! —exclamó de repente Devién.

—Está inundada por el mar, ¿cómo podrían estar ahí? —preguntó Cícero—. Tendrían que ser peces o haber conseguido una barca.

—O algo que se le parezca —dije yo.

En la playa faltaba algo...

La gruta de las Ocas



A lo largo de los siglos, el mar y el viento habían excavado una amplia cueva en el acantilado, un espacio alto y profundo en el cual las olas rompían los días de mar gruesa produciendo un eco similar al grito de las ocas. Por eso la llamaban así.

Sólo se podía entrar en barca o nadando.

—Ahora tenemos que transformarnos —había dicho Grisam cuando llegaron a la playa.

—Ah, no, yo ya tengo bastantes transformaciones por hoy —había replicado Flox.

Vainilla se dejó caer sobre la arena:

—No puedo, soy incapaz. Me quedo aquí, para lo que...

Se sentía más triste que en toda su vida. Mirándola, contó Flox tiempo después, parecía un montoncito de desesperación y desánimo.

—Te lo ruego, Babú, no seas así —la animó, tirándole de un brazo—, reacciona, por el bien de Pervinca. Si enfermas, no podrás venir con nosotros cuando llegue el momento de ir a buscarla.

Vainilla rompió a llorar.

—¿Y cuándo podremos? Mira lo que está pasando en nuestro pueblo: ¡dentro de poco ya no existirá! Papá, mamá, tía Tomelilla... ¡todo habrá terminado!

Los niños no habían sabido responder a sus palabras: estaban tan asustados como ella, pero no habían perdido la fe, sus padres eran valientes y sus tíos poseían grandes poderes. Esto les daba la esperanza y la fuerza para reaccionar. ¿Por qué Vainilla no lograba hacer lo mismo? ¿Tal vez porque Pervinca no estaba con ella?

Tal vez. Pero ahora tenían que salvarse...

—Está bien, no nos transformaremos, pero al menos ayúdame a buscar el modo de entrar en la gruta.

—Necesitaríamos una barca —dijo Flox.

—Sí, pero ni tú ni yo podemos hacerla aparecer.

—No me miréis a mí —dijo Vainilla—. No sabría hacer un encantamiento tan difícil ni

aunque estuviera tranquila; figuraos ahora. Pervinca, ella sabría encontrar la solución. Ella sabe muchas cosas, es inteligente y nunca se da por vencida. Ella haría flotar aquel tronco de allí, si estuviera aquí...

Flox y Grisam se volvieron a la vez.

—¿Qué has dicho?

—Que quiero a mi hermana.

—No, ¡has hablado del tronco! Pervinca nunca podría hacer un hechizo así porque es una Bruja de la Oscuridad, pero tú sí. Es fácil, Babú, no tienes que crear nada, ¡sólo transformar ese tronco en una balsa!

—Ni siquiera estando aquí un siglo. No es que no quiera, de verdad, es que cuando estoy de este humor yo...

—Entonces hazlo volar hasta el mar —insistió Grisam—. Te lo ruego, Babú, inténtalo. Si nos quedamos aquí, tarde o temprano el Enemigo nos encontrará.

Acompañada por sus amigos, la joven Bruja de la Luz se acercó al tronco y, para estar segura de no equivocarse, profirió muchas palabras mágicas.

—Veamos, pues...

Años ha que descansas aquí en la playa,
antiguo madero, salado y pesado.
Has rodado, has navegado
y hasta nosotros hueco has llegado.
Ánimo, prueba ahora a ser sabio
y volando a la arena di adiós.

El tronco no se movió.

—Os dije que no sería capaz —dijo Vainilla desconsolada. En ese momento, algo oscureció la poca luz que aún quedaba. Una sombra apareció en la playa y, por su silueta, Grisam reconoció al halcón.



—¡DENTRO DEL TRONCO, DEPRISA! —gritó.

Se metieron los tres, uno seguido del otro, apretadísimos, mientras la sombra del halcón se iba haciendo cada vez más pequeña: señal de que el animal se estaba acercando.

¡WIIIK!, oían los niños sobre sus cabezas.

¡WIIIK!, cada vez más cerca.

—Si se posa, estamos acabados —se desesperó Flox.

—¡Te lo pido, árbol, vuela, vuela! —suplicó Vainilla.

En ese momento, el tronco tembló.

—¿Lo habéis notado?

—¡Se ha movido!

—Bravo, árbol, así, ahora vuela —dijo bajito Vainilla.

El tronco vibró de nuevo, y esta vez más fuerte.

—Creo que se está librando de la arena —murmuró Babú.

El árbol dio una fuerte sacudida y después otra y otra más, cada vez más fuerte, tanto que los niños tuvieron que sujetarse para no rodar fuera.

Hasta que de repente...

—Fijaos, ¡se está elevando!

—¡Vuela!

—¡Viva!

Grisam miró hacia fuera y vio cómo la playa se iba alejando.

—Lo mejor sería decirle a dónde queremos ir.

—Tienes razón —dijo Vainilla—. ¡HACIA LA GRUTA, ÁRBOL! Gracias.

Volando como sólo un tronco puede volar, el viejo madero, salado y pesado, se coló en la gruta y, ligero como una hoja, se posó en las aguas en calma al abrigo de la lluvia. Pero los encantamientos no habían terminado. Con un fragor ensordecedor, las rocas de la entrada se juntaron las unas a las otras, cerrando el paso al halcón enemigo. Inmediatamente después, las aguas se retiraron, dejando al descubierto un blando fondo de algas. El tronco se tendió sobre él y los chicos pudieron bajar.

Por el momento estaban a salvo.



Cuando Devién y yo entramos en la gruta, todavía estaban sentados en el tronco, con frío, cansados, tristes, pero al menos no estaban mojados.

—¡Felí! —exclamó Vainilla corriendo a mi encuentro.

—¡Tesoro mío, aquí estoy!

Le besé la naricita y las frías mejillas y, temiendo que estuviese herida, le soplé polvo de hada por todas partes.

Lo mismo hizo Devién con Flox, y ambas, a la vez, soplamos polvo mágico sobre Grisam.

—¿Dónde está Pervinca? —pregunté. No fue precisa ninguna respuesta, la mirada y las lágrimas de Babú fueron muy elocuentes.

—Esperaba que me lo dijeras tú. Entonces, se ha perdido de verdad. Oh, Felí, ¿qué hará? Te lo ruego, vamos a buscarla. Sola, estará desesperada y triste, como yo.

—Claro que iremos. Pero, antes, hay una persona que nos espera en la playa...

—¿Quién es? —preguntó Babú.

—Ven, vamos...

Cícero y Vainilla se fundieron en un abrazo tierno y desesperado, como sólo se lo dan aquellos que han tenido miedo a perderse: muy apretado, con los ojos cerrados y la respiración entrecortada.

—¡Mi niña! —susurró él mirándola para asegurarse de que estaba entera, de que era ella, de que estaba bien.

Vainilla lloraba con grandes lágrimas.

—Vamos a encontrarla, ¿verdad, papá?

Cícero la abrazó de nuevo, pero esta vez lo hizo para que Babú no le viera llorar.

Mientras, las defensas de Fairy Oak estaban cediendo.

Los Mágicos estaban cansados, muchos de ellos heridos, y los Sinmagia se sentían ya al límite de sus fuerzas. La catapulta ya no disparaba más y no quedaban carros ni muebles que apilar tras las puertas. Los troncos que las apuntalaban habían cedido y las zarpas feroces de las bestias enemigas abrían grandes grietas en la madera. Pronto entrarían los ejércitos.

Muy pocos luchaban todavía con la misma energía que al principio, y Duff Burdock estaba entre ellos. Con su vozarrón de lobo, incitaba a sus compañeros a no rendirse y, al tiempo, repelía a los enemigos con mordiscos y zarpazos. Tomelilla, en la muralla, no había dejado ni un instante de lanzar sus hechizos, que les habían salvado la vida a muchos. Pero también ella estaba cansada y sentía que pronto las fuerzas la abandonarían. Fairy Oak vivía su último día.

Sin embargo, justamente cuando parecía que ese momento había llegado, cuando el cerrojo de la puerta sur, la mayor, estaba a punto de romperse bajo el empuje de los monstruos negros, y en la muralla ya no se distinguía a los amigos de los enemigos...

En ese momento, ¡el Enemigo se detuvo!

¡Fairy Oak está a salvo!



Se fueron tal y como habían llegado.

Marchando en largas filas hacia el monte del que habían bajado, como si su misión hubiera terminado y una voz les hubiera ordenado dar media vuelta, se retiraron silenciosos.

El pueblo humeaba, y desde la playa eran visibles incluso los daños en la vieja torre y la muralla, pero Fairy Oak había resistido.

Con las armas todavía empuñadas y listos para seguir lanzando hechizos, Duff, Tomelilla, Hortensia, Prímula, Liliium, Campánula, el luthier McMike, Alcanfora Luke... asistieron atónitos a la larga retirada.

Cuando el último monstruo desapareció de su vista, bajaron lentamente la guardia. Los Sinmagia dejaron las hachas, los remos, los cantos..., los Mágicos volvieron a su aspecto de siempre.

Que los magos recordaran, aquella había sido una de las batallas más difíciles y terroríficas de la historia, pero habían aguantado. O al menos así lo creían.

Los hombres de la torre, las mujeres de los tejados y las terrazas se retiraron; aquellos que se habían escondido, salieron de sus escondites, y quienes estaban en casa sintieron la necesidad, como todos, de ir a reunirse con los demás en la gran Plaza.

Caminaban con el paso prudente de quienes no creen que la pesadilla ha terminado, mientras la alegría inundaba sus corazones. Sin hablar, los hombres y mujeres, y los niños que el profesor Otis y los demás maestros habían hecho salir de la cueva, todos juntos se dirigieron hacia Roble. El paso se hizo más rápido y el silencio fue barrido por los «¡Viva!» y los «¡Hurra!».

Alguno encendió antorchas y las distribuyó. Otro pensó en las linternas. Pocas habían sobrevivido a la batalla, pero bastaron para iluminar las calles y traer la confianza de nuevo. ¡Qué poder tiene la luz!

Duff salió corriendo a colocar dos en el exterior de cada entrada del pueblo. «Para aquellos que todavía no han regresado», había dicho a Dalia. Inmediatamente después, junto a Tomelilla y

tía Hortensia, habían alzado el vuelo para venir a buscarnos.

—¡Un barco! —dijo Grisam.

A Cícero se le escapó una sonrisa triste.

—Es Meum —dijo tranquilo—. Está de pesca... apuesto a que no se ha enterado de nada.

—Deberíais volver al pueblo con él —dije—. El valle es un pantano. Nosotras, mientras, volaremos a avisar a Tomelilla y a los padres de los niños.

—Será mejor que aviséis también a Meum —intervino Grisam— o, miope y sordo como está, nos dejará aquí.

Mientras volábamos hacia el barco del señor McDale, una franja roja en el horizonte separó el cielo del mar.

—El atardecer —susurró Devién.

La tormenta se estaba alejando.



La buscamos toda la noche. Tomelilla, yo y todos los Mágicos del pueblo. Desde los bosques altos hasta el valle de Aberdur, peinamos cada rincón, sin éxito: Pervinca había desaparecido.

Fue una de las cosas más difíciles de soportar de toda mi vida. Y la primera y única vez que le vi lágrimas a Tomelilla.

Cuando volvimos, las estrellas se difuminaban ya en el azul del día. El sol se levantaba, inconsciente de nuestra tragedia.

Dejé que Cícero y Tomelilla consolasen a Dalia, y volé donde Vainilla. La encontré acurrucada en un extremo de la cama de Pervinca, con los ojos llenos de lágrimas y el Libro Antigo apretado entre sus manos.

—Es culpa de este libro —dijo sacudida por los sollozos—. Si Vi no hubiera leído acerca de ese bastón, no habría salido a buscarlo.

Volé hasta ella y le cerré los ojos.

—Escucha tu corazón, Vainilla. Oye lo que te dice y fíate sólo de él. El miedo es mal consejero y aleja los buenos pensamientos. Pervinca es fuerte y sabrá encontrar el camino a casa. Tiene consigo la brújula y las estrellas de la noche la guiarán hasta nosotros. Mándale estos pensamientos, ella te oirá y regresará. Ahora cálmate, tesoro mío, por favor.

La ayudé a tumbarse y le acaricié hasta que se le cerraron los ojos. Pero incluso con los ojos cerrados, lloraba y un sollozo le hacía temblar de vez en cuando.

—Shhh, todo va bien —le decía entonces.

—Felí —susurró al rato—. Yo no puedo vivir sin ella.

—Lo sé —dije en voz baja—. Lo sé.

¡La Asamblea!



Esa tarde, más o menos a la hora establecida para la Asamblea, las calles se llenaron de gente, adultos en su mayoría: magos, brujas, hombres, mujeres...
Pasaban bajo nuestra ventana con las cabezas vendadas, brazos en cabestrillo, chichones y moratones en todas partes. El leñador McDoc había trabajado toda la noche fabricando muletas para que quien tuviera una pierna rota o un pie herido pudiese acudir al encuentro.

Abrigados en sus capas, marchaban hacia la Plaza del Roble y la Asamblea, evitando los cascotes y los agujeros dejados por la batalla.

—Están yendo todos —comenté.

Vainilla no dijo nada. Estaba con la cabeza bajo la almohada, en silencio. De vez en cuando lloraba.

—¿Qué te gustaría hacer? —le pregunté.

—Ir a buscarla —respondió con una suave vocecita.

Tomé en la mano la labor de costura y suspiré. ¿Qué podía decirle? Tomelilla y Duff habían salido otra vez a rastrear el valle y todavía no habían vuelto.

Mientras cosía un botón del uniforme de Vainilla, alguien llamó desde la calle:

—Pst, ¡Vainilla!

—¿Quién es? —pregunté a Babú. Esperaba que se levantara, o al menos se moviera, pero...

—Es Grisam —fue lo único que dijo.

—¿No quieres preguntarle qué quiere?

—No.

—¿Estás enfadada con él?

—No.

—¿Por qué no le hablas entonces?

—En este momento no me siento con ánimos. No quiero que me vea llorar.

—También él habrá llorado, ¿no crees? En el fondo, quiere mucho a Pervinca.

—¿Hay alguien en la habitación? —preguntó Grisam—. He pasado para ver cómo estáis y para deciros que voy a la Asamblea. A lo mejor podíamos ir juntos.

Dejé la costura y me asomé.

—Buenos días, Grisam —saludé—, eres muy amable al invitarnos, pero Vainilla no se siente demasiado bien. A lo mejor podéis veros otro día...

—Espera, Felí. ¡Voy! —exclamó saltando de la cama.

—¿Has cambiado de idea? —pregunté.

—Sí, quizá alguien haya visto algo, o a lo mejor hablan de Pervinca..., quiero oírlo.

—¡Bajamos enseguida! —dije asomándome de nuevo.

Grisam se detuvo y volvió atrás.

—Bien —respondió—. Daos prisa y pasemos también a buscar a Flox y a Devién.

Durante el trayecto, los dos niños no cruzaron ni una sola palabra, y cuando Flox se unió al grupo, la situación no mejoró gran cosa.



Cuando llegamos, la plaza estaba abarrotada. Flox, Grisam y Vainilla, como muchos otros niños del pueblo, se sentaron en una rama de Roble, mientras Devién y yo nos acomodamos en sus hombros.

—Escuchad, amigos —comenzó Duff Burdock desde la tribuna—, ayer libramos una dura batalla, y los ciudadanos de Fairy Oak demostraron su valor y su coraje. De todos modos, si nos hemos reunido hoy aquí, es porque corren tiempos oscuros y peligrosos...

—Vaya, ¡nos estás asustando de nuevo, Duff! ¡Nosotros tenemos ganas de celebrar! Hemos ganado, ¿recuerdas?

—Sí, sí, Liliium —sonrió Duff—, ¡nos hemos portado bien! Bien y como unos valientes, pero ahora...

—¡Ahora corrámonos una juerga! —gritó Butomus Rush—. Organizaremos una fiesta aquí, en la Plaza del Roble.

—OOOH, SIIÍ, MEEE ENCANTARIÍÍA —dijo Roble agitando sus ramas. Por poco no nos hizo caer a todos.

—También la haremos, Butomus, pero primero, por favor, dejadme hablar...

—Tendrías que haberte visto, Duff. Eras clavadito a ellos, ¡terrorífico! —rio la señora Campánula dando a su delgado marido un codazo en las costillas.

—¡Incluso demasiado, si me permitís decirlo! —el alcalde tomó la palabra—. Lamento decírtelo, Duff, pero ayer me dabas más miedo tú que los de fuera.

Nunca había oído al alcalde hablar en aquel tono.

—Corren malos vientos —susurró Devién.

—Bueno, si es por eso, a mí me da miedo también así —bromeó el señor Martagón.

—No creo que haya muchos motivos para reír, Liliium. Lo que vi ayer me asusta todavía hoy.

—Es exactamente lo que trataba de decir —intervino Duff—. Siguen siendo tiempos oscuros

y...

—¿Tiempos oscuros? ¿Es así como los llamáis vosotros? —exclamó el alcalde—. Ayer pusimos en riesgo nuestra vida, ¡os diré si son «tiempos oscuros»! Para vosotros, los Mágicos de la Oscuridad, todo resulta fácil, tenéis confianza con la oscuridad. Una transformación aquí, una batalla allá y todo se arregla. En cambio, ¡nosotros sufrimos! ¡Y tenemos miedo!

—Es verdad —dijo una voz entre los asistentes—. Ya no trabajamos por miedo a salir de casa.

—Los campos están abandonados.

—El puerto, ¿habéis visto el puerto?

—Desde ayer no queda ni un solo barco que flote. ¿Quién saldrá a pescar?

—El mío flota —farfulló Talbooth.

—Lo sé, lo sé —dijo Duff haciendo un gesto a todos para que mantuvieran la calma—. Hemos sufrido daños y, por desgracia, también algunas pérdidas, pero... nos recobramos, sabemos cómo hacerlo. Y estaremos en guardia.

—¿Para qué estar en guardia? ¿Habéis visto esos ejércitos? ¿Creéis de verdad que podéis derrotarlos?

—El alcalde tiene razón, Duff, reconócelo: la de ayer fue una extraña retirada.

—Si hubieran seguido atacando un minuto más, ¡ahora seríamos polvo!

—¿Queréis decir que sólo ha sido una advertencia? —preguntó Liliun Martagón. Grisam levantó el brazo.

—No creo que te presten atención —le dijo Flox—, por lo que parece, en esta Asamblea ese gesto no se tiene en cuenta. Me temo que tendrás que gritar como los demás. E incluso así, no es seguro que te dejen hablar.

—Bah, tienes razón... —dijo él bajando la mano—. Sólo soy un niño, y a los niños no los escucha nadie.

—No, no, Liliun, el enemigo nunca se ha comportado así, no hace «advertencias» —dijo Duff.

—Entonces, ¿cómo te explicas la retirada de ayer?

—No me la explico. Pero no es como decís vosotros.

—Nos han dejado vivir para que nos hundamos en el terror hasta el próximo ataque. Volverán, ya veréis, y nos masacrarán —gritó Thomas Naibaf. Su mujer, Estrelia, dejó de hacer punto y le tiró de la chaqueta.

—No digas esas cosas, Tom, ¡hay niños delante!

Duff volvió a pedir a los presentes que se calmaran.

—Todos estamos bastante cansados y asustados, no es cuestión de echar más leña al fuego. Más bien...

—¡Háblanos del prisionero! —gritó alguien del público.

—Y la pobre sobrina de Tomelilla, ¿qué ha sido de ella?

Vainilla apretó la mano de Flox.

—¿La han raptado los cazadores de Mágicos?

—Así pues, ¡los fantasmas del pasado están volviendo!

—Tenemos que marcharnos.

—¿Y dejar nuestro valle? ¡Jamás!

—Me rindo —dijo Duff a Tomelilla dejándose caer sobre su silla, desmoralizado—. Es imposible guiar un debate de esta manera.

Tomelilla le dio una palmada en el hombro para animarlo.

—Ahora sabemos para qué robaban las cancelas y los arados —prosiguió Calicanto Winter—. ¡Las jaulas negras! Las habéis visto, ¿no? Las han fabricado con nuestro hierro y en ellas nos llevarán a todos.

—Nosotros las hemos visto, han pasado a «esto» de nosotras —dijo Flox, pero con una voz no lo bastante alta para que la oyeran.

—Y también ya sabemos qué hacen con nuestros barcos y con los árboles: ¡sus carros! —exclamó Fenzy Airy.

—¡Los que arrastraban las jaulas, es cierto!

—Vamos a tener que vivir escondidos, con pavor, el resto de nuestras vidas.

—O huir antes de que vuelvan, no hay elección.

Duff se puso en pie e hizo otro intento:

—Si me dejerais hablar...

—No —dijo un joven Mago de la Luz levantándose—. Ahora nos toca hablar a nosotros.



¡Él está aquí!



El joven Morus Voltar se puso en pie sobre su silla.
—Vosotros los Mágicos de la Oscuridad habéis decidido lo bueno y lo malo de este pueblo durante mucho tiempo. Sois los más poderosos y los más atrevidos de todos, pero ayer os vimos: apenas os transformasteis, ¡os volvisteis como ellos!

¡Grisam levantó ambos brazos!

—Mide tus palabras, Morus —lo amenazó Duff—. Tus ojos están viendo a la señora que ayer te salvó la vida y que, para tu conocimiento, es una Bruja de la Luz.

—Sí —contestó Morus—, pero por casualidad es también tía de una Bruja de la Oscuridad. No tengo nada contra vosotros en particular, pero es un hecho que los Mágicos de la Oscuridad causan problemas. O los atraen, es lo mismo. Hasta que vivamos junto a vosotros, estaremos destinados a afrontar guerras y luchas, sin escape posible. Entonces, digo yo, lo mejor es que nos rindamos, sin que nos masacren más.

Grisam se puso en pie sobre la rama.

—¿Hablas por todos o por ti mismo? —preguntó Duff.

—Por todos, Sinmagia y Mágicos de la Luz.

Del público se elevó un vocerío.

—Realmente yo no sabía nada de esto —dijo Cícero.

—Yo tampoco —apuntó Bernie Polimón.

—No me miréis a mí —se defendió Vic Burdock.

—Creo que estás hablando sólo en tu nombre, chaval —dijo Duff después de haber escuchado algunos comentarios—. Por eso, siéntate y...

—Espera, deja que hable, Duff —dijo el alcalde—. Oigamos a dónde quiere llegar. Por favor, Morus, continúa...

—Lo que quiero decir es que el Enemigo nos necesita para devastar nuestro valle y volver a gobernar. Ya ha enrolado a muchos, los vimos ayer. Ahora bien, vosotros sois iguales a esos

monstruos, nosotros vivimos con vosotros, sacad la conclusión...

—Sácala tú, en vista de que pareces saber tantas cosas.

—¡Es sólo cuestión de tiempo! Por las buenas o por las malas, todos os pasaréis a su lado. Nosotros seremos aniquilados y la Oscuridad volverá a imperar. He estudiado la historia, señor Burdock, no soy ningún tonto. Por eso, más vale aliarnos todos con Él y dejar de sufrir.

Vainilla y yo nos miramos estupefactas, y lo mismo hicieron Flox y Devién.

—¡NOSOTROS NO SOMOS COMO ELLOS! —oímos gritar a Grisam desde el árbol. Todos los presentes se volvieron hacia él.

—Quiero decir... nosotros no somos como ellos —repitió Grisam volviendo a sentarse.

—Exacto, nosotros no somos como ellos —le hizo eco su tío Duff. Los asistentes volvieron a mirar el estrado.

—No te ofendas, amigo —intervino Liliium Matagon—, pero ayer faltó un pelo para que no te golpeará. Te confundí con uno de esos lobos tan grandes como caballos, sólo que tú eras mayor y dabas más miedo. Por suerte, en un momento dado hablaste, si no...

—Es verdad, a mí también me pasó —dijo Alcanfora Luke.

—Nosotros no somos como ellos —repitió Duff.

—A mí también me pasó —dijo Matricaria Blossom—. Y si he de decir la verdad...

—¿NO HAS OÍDO A MI SOBRINO? ¡NOSOTROS NO SOMOS COMO ELLOS! —explotó el mago de la Oscuridad—. Vosotros sólo os fijáis en el aspecto externo, pero yo hablo de lo que tenemos dentro, aquí, en el corazón. ¡Nosotros somos distintos!

—Por eso, según vosotros, los monstruos contra los cuales luchamos ayer, ¿fueron en otro tiempo Mágicos de la Oscuridad... «malos»? —preguntó Morus Voltar—. ¿O bien no sabéis que el Enemigo usa la tortura para convencer a quienes captura de que se pasen a su bando?

Al oír esas palabras, Dalia se desmayó entre los brazos de Cícero, y Vainilla y yo nos unimos en un abrazo.

—¿Qué sugieres que hagamos, Morus? —preguntó el alcalde.

—Aliémonos con él, espontáneamente, dejemos de combatir y salvémonos. ¿Qué otra elección tenemos?

Duff se dirigió a los asistentes:

—¿Es eso lo que queréis? —preguntó muy serio—. ¿Aliaros con el enemigo?

De la Plaza se elevó una voz particularmente sonora.

—Yo no quiero irme de Fairy Oak —dijo Filadelfo McMike abrazando a su Mordillo—, pero reconócelo, Duff, ¿qué futuro tenemos en este valle? Quizá la idea de aliarse no sea tan mala.

—Al menos salvaremos a nuestros hijos.

—Y nuestros barcos —masculló el Capitán Talbooth.

—¡Basta! —dijo Tomelilla levantándose—, hablar no sirve de nada, Él ya está aquí —la bruja pidió a Duff que le dejara un poco de sitio y habló a sus conciudadanos—: Butomus, Liliium... y tú, Filadelfo, ¿no abres tu Taller de Música?

—Bueno, realmente, después de lo que ha ocurrido... —se burló el señor McMike.

—Pero, Filadelfo, ¡Fairy Oak no puede vivir sin tu música! Y tú, Marta, y tú, Vic, ¿hoy no hay

exquisiteces? Rosie, querida, veo a tu Flox con nuestra Vainilla: ¿desde hace cuánto son amigas?

—Desde que nacieron, Tomelilla —contestó Rosie con una sonrisa—. Como nosotras dos.

—Sí, como todos nosotros. Somos amigos desde que vinimos al mundo —continuó Tomelilla— y desde que aprendimos a caminar nos encontramos bajo las ramas de Roble. Como hoy... Conocemos cada una de las piedras de este pueblo, cada arroyo, cada planta, cada lago, cada camino; sabemos dónde maduran las moras más dulces y cada primavera esperamos que florezcan los almendros para la Fiesta del Equinoccio. Prímula, Hortensia, y tú, Matricaria, ¿podrías renunciar acaso a los paseos por los cerros cubiertos de brezo? Lilium Butomus, ¿no os gusta admirar las bandadas que atraviesan nuestros cielos en junio? Talbooth, ¿te has cansado de salir a pescar? Y... ¿dónde están las jóvenes madres? Ah, ahí estáis, Ana, Lavándula, Rosa... ¿no esperáis con ganas llevar a vuestros niños a jugar a la playa?

Las madres asintieron.

—¿De verdad estaríais dispuestos a renunciar a todo eso? ¿Pensáis que no me sería fácil a mí, a nosotros, rendirnos ahora mismo a condición de volver a ver a nuestra Vi? Pero ese no es el camino. Tenemos que luchar como hicieron nuestros padres y los padres de nuestros padres, y no ceder hasta que Verdellano sea de nuevo libre. Y si permanecemos unidos, firmes, venceremos, os lo prometo. E iremos a rescatar a nuestros hijos y a nuestras personas queridas. Y volveremos a vivir nuestra vida, como nos gusta a nosotros. Todos, sin excluir a nadie y...

—¡SE ACERCA UN FORASTERO! —gritó en ese momento el hombre que vigilaba en la torre. Tomelilla interrumpió su discurso.

Los Magos, las Brujas y los Sinmagia que hasta aquel momento habían escuchado en absoluto silencio, cruzaron miradas de angustia y curiosidad. ¿Quién podía ser?

—Quizá sea un solitario, uno de esos que viven en el Paso del Gogoniat —murmuró alguien.

—Si es un solitario, ¿para qué viene aquí?



—¡QUE ME CAIGA UN RAYO! ¡ABRID LAS PUERTAS, DEPRISA! —gritó de nuevo el vigía.



Uno que todavía podía caminar, corrió a descerrar el cerrojo que los herreros habían reparado ya. Desde lo alto de la tribuna, Tomelilla miraba fijamente la puerta y, cuando esta se abrió, pareció que sus ojos veían un fantasma.

—Un bonito discurso —dijo el viejo Meum McDale—, estoy contento de haberlo oído casi entero. Estoy del todo de acuerdo con Tomelilla; nosotros no...

Roble le tocó el hombro y le indicó que mirara hacia donde todos nosotros mirábamos ya con la boca de par en par.



Una niña caminaba hacia la plaza arrastrando los pies por el cansancio.

—¡PERVINCAAAA! —gritó Vainilla saltando de la rama.

El secreto de Vi



Las dos hermanas se abrazaron apretándose hasta las lágrimas. Vainilla no podía contener su júbilo.

—¡Vi, querida Vi, creía que no te volvería a ver nunca! —dijo besándola y estrechándola.

—Aquí estoy, Babú. ¿Tú estás bien?

—Ahora sí, ¡pero qué miedo me has hecho pasar!

Cícero alzó a Pervinca entre sus brazos y la hizo girar dos veces en el aire, mientras Dalia lloraba y la tocaba incrédula.

—Ahora estoy vivo del todo de nuevo —dijo Cícero abrazando a su amada Vi.

También Tomelilla dio muestras de su alegría, la saludó y acarició, pero en su mirada había algo insólito. Algo que yo nunca había visto.

Volé a ponerme ante la naricita de Vi y le soplé una hoja de enebro. Pervinca estornudó y yo me abracé a ella.

—¡Bienvenida, pequeña peste!

El pueblo de Fairy Oak se agolpó alrededor de nosotros.

—¡Bienvenida, Pervinca! —decían.

—¡Qué alegría volverte a ver!

—¡Qué contenta estará tu madre!

—Te hemos buscado muchísimo, ¿dónde estabas?

—¿Estás bien?

—Sí, me parece que sí. Gracias...

—Tendrás hambre y sed.

—Un poco de sed.

—Pero miradla, pobrecita, cuánto debe haber andado para estar así.

—Estarás tan cansada.

—Ahora la llevaremos a casa —dijo Dalia abrazando a su Vi—. Ven, tesoro, voy a hacerte una leche caliente con miel, como a ti te gusta...



Mientras Dalia acompañaba a su niña fuera de la multitud, los ojos de Pervinca se cruzaron con los de Grisam y, durante un largo, larguísimo tiempo, los jóvenes siguieron mirándose sin decirse nada. Luego ella le guiñó un ojo y él le devolvió el guiño.

El rostro de Vi seguía vuelto hacia él y sonreía cuando por fin abandonamos la plaza para ir a casa.

Babú trotaba junto a Vi y le cogía la mano.



Nada más llegar a casa, Vi pidió permiso para subir enseguida a su habitación.

—No me tengo en pie del sueño, aunque creo que antes tendré que darme un baño —dijo—. Mañana os contaré.

—¿No quieres comer nada? ¿Ni siquiera beber un poco de leche? —le preguntó mamá Dalia. Pervinca movió la cabeza.

—Dinos al menos qué te ha pasado, tesoro. ¿Te han perseguido los monstruos? ¿Te has perdido? —preguntó Cícero sujetándola dulcemente por una mano.

—Ocurrió precisamente así, papá. Me escondí, y cuando pensé que había encontrado un lugar seguro...

—¡Te encontraron!

—No, caí en una trampa.

—Oh, pobrecita.

—Pero supe arreglármelas. Ahora perdonad, pero estoy cansada de verdad.

—Está bien, tesoro —dijo Dalia—. Te llevo toallas limpias.

—Gracias, mamá. Buenas noches a todos.

—Buenas noches, Pervinca.

—¡Voy con ella! —anunció Babú ya en la escalera.

—Lo sabemos —sonrieron los demás.

—Yo también subo —dije—. Estaré abajo a medianoche para la Hora del Cuento. Ah, casi lo olvido, Tomelilla, Roble me ha pedido que os entregue esto.

—Te espero en la Habitación de los Hechizos, Felí —contestó Tomelilla tomando el sobre.

Pervinca se quitó la ropa que llevaba desde la mañana anterior: estaba sucia de barro y olía a bosque y a fuego. Se lavó y se puso el camisón, mientras Vainilla la esperaba sentada en la cama junto a Regina.

—Saluda a tu amita, araña escrupulosa. Ha vivido una fea aventura, ¿sabes? Pero ahora está aquí ¡y yo estoy con-ten-tí-si-ma!

Vi saltó a su lado y le estampó un beso en la mejilla.

—¿Me contarás algo de lo que te ha ocurrido?

—Sí, pero no hoy, Babú, estoy exhausta.

—¿Mañana?

—Mañana.

—Temíamos que te hubiera raptado el Terrible 21, yo estaba desesperada.

—Ya todo ha pasado, Babú.

La sospecha



Esa noche no esperé el duodécimo toque.
A medianoche menos un segundo llamé a la puerta de la Habitación de los Hechizos. Al no ser respuesta, entreabrí ligeramente la puerta: Tomelilla estaba leyendo una carta. Tenía en los ojos la misma mirada que le había visto en la plaza, y sus manos temblaban. Había abierto todos los cajones del escritorio, había tirado por el aire su archivo, revuelto en los cajones, consultado todos los libros.

—¿Puedo entrar? —pregunté.
—¿Qué?... Ah, sí, sí, adelante —contestó.
Puse derecho el atril y volé hasta ella.
—Nuestra brujita ha vuelto —dije tendiéndole su sombrero— y, sin embargo, parecéis todavía inquieta.
Ella plegó la carta.
—Si el correo de los árboles fuese un poco más puntual, nos ahorraríamos no pocos problemas —dijo enfadada.
—¿Os ha escrito alguien?
—Es una carta de Shirley Poppy, pero ha llegado tarde.
Me asombró saber que Shirley Poppy había escrito una carta a Tomelilla y no a las niñas.
—¿Contenía un mensaje importante? —pregunté.
—Mucho —contestó ella tendiéndome la carta.
Eran pocas palabras, escritas con mano insegura, pero lo que decían estaba muy claro.
—Comprendo vuestro disgusto —dije devolviéndole el papel—. Pero me parece que el peligro ha pasado, las niñas están en casa, a salvo. ¿O no?
—Hay algo que no cuadra, Felí —respondió ella—, y tengo una terrible sospecha.
—¿Respecto a qué?
—Te contesto con una pregunta: dime, ¿cuál fue tu primer pensamiento cuando viste a Pervinca?

—De gran alegría. ¿Por qué?

—¿No se te pasó por la cabeza que Vi ha sido la primera bruja en volver de un secuestro?

—Sí, lo pensé. Pero Vi nos ha dicho que no fue raptada, sino que cayó en una trampa.

—Exactamente. Sólo que no hay «trampas» en Verdellano, no desde hace muchos siglos.

—Y entonces, ¿qué creéis que le ha sucedido?

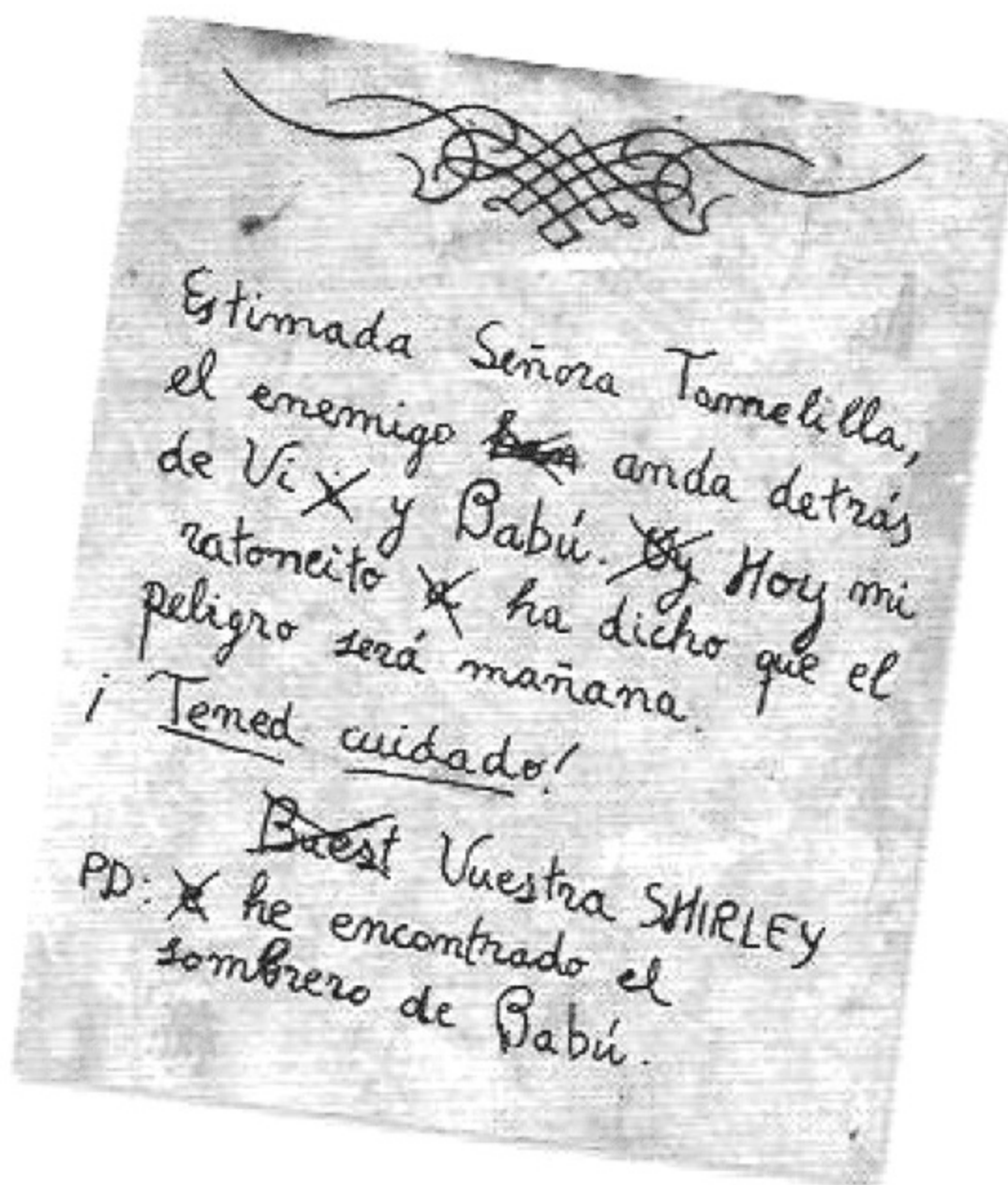
—Ah, no lo sé, pero si es lo que me temo...

—No estaréis pensando que... ¡Oh, pero eso es absurdo!

Tomelilla cerró un grueso libro polvoriento y sopló las velas.

—Vamos a dormir —dijo—. Aquí ya no hay nada que hacer y la jornada ha sido bastante larga.

Me despedí de Tomelilla y en el camino de vuelta a la habitación me reconfortó pensar que iba a ver otra vez a mis niñas juntas en su dormitorio, en casa.



Estimada Señora Tomelilla,
el enemigo ~~ha~~ anda detrás
de Vi X y Babú. ~~By~~ Hoy mi
ratoncito X ha dicho que el
peligro será mañana.
¡ Tened cuidado!
Baest Vuestra SHIRLEY
PD: X he encontrado el
sombrero de Babú.

Cuando entré, la luz estaba apagada, pero sentí el rumor de las niñas que estaban hablando. En el calorcito de sus camas, se contaban secretos y, de vez en cuando, reían o decían «¿De verdad?».

—¿De verdad sabes dónde se encuentra el segundo volumen del Libro Antiguo? —exclamó Babú—. ¿Dónde?

—Te lo digo mañana, antes tengo que comprobar una cosa —contestó Pervinca.

—Vi —le pidió luego Babú—, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Dime.

—Esa bruja con la que tú también sueñas, esa de la que sólo vemos una mitad, ¿te acuerdas?, ¿por qué te da tanto miedo?

—Quizá... porque yo veo la mitad que tú no ves.

—¿Y es fea y mala esa mitad?

—Sí, Babú, pero quédate tranquila, ¡tú no la verás nunca! —dijo Pervinca abrazando con fuerza a su hermana.

—Te quiero, Vi.

—Yo también, Babú.



Bueno, ahora sabéis casi toda la historia. Aunque lo bueno estaba todavía por llegar. ¿Cómo había dicho el Capitán?

«Un ancla te tiene atado a la Tierra, pero la confianza... la confianza te hace volar a donde quieras...».





ELISABETTA GNONE, nace en Génova el 13 de abril de 1965 y, tras cursar estudios clásicos, en 1990 entra en Disney y se hace periodista.

Su colaboración con la publicación semanal Topolino (Mickey Mouse) fue sólo el comienzo de una carrera que unirá su nombre a los mayores éxitos editoriales de Walt Disney Company Italia: colabora en la creación de las publicaciones mensuales Bambi, Cip e Ciop (Chip y Chop), Minni & Co. y La Sirenita, y en 1997 lanza el mensual Winnie the Pooh.

Directora de las publicaciones preescolares y femeninas de Disney, en 1997 crea la serie W.I.T.C.H., destinada a ser un éxito mundial y publicada en más de 20 países, así como la revista mensual homónima, para la que escribe también las historias «Haloween» y «Los doce portales», aparecidas en los dos primeros números.

Con la experiencia de ese éxito, Elisabetta vuelve al trabajo y en los últimos años desarrolla la idea de Fairy Oak, un mundo mágico en el cual tienen lugar las historias recogidas en la Trilogía inicial y en la nueva serie Los Cuatro Misterios.